Traiciones del Corazón

Rocio Verdun



Traiciones Del Corazòn

Amores y Secretos Ocultos

Rocio Verdun

Copyright © 2012 Rocio Verdun
Todos los derechos reservados.
ISBN: 9798344017556

DEDICATORIA

"A todas mis lectoras, gracias por acompañarme en cada historia. Sus emociones, suspiros y sueños son los que dan vida a mis palabras. Cada página es para ustedes. Con cariño, Rocìo Verdun."

CONTENIDO

Agradecimientos

1 Prólogo

2 El Festejo

3 Decepción

4 Alianza Forjada

5 Conflictos Del Corazón

6 ENCRUCIJADA DE PASIONES

7 Entre el Deseo y el Dolor

8 DESEO PROHIBIDO

9 Bajo Su Sombra

10 Vínculos Peligrosos

11 Cautiva de Heinst

12 Cautiva

13 Corazón Dividido

14 Entre Dos Mundos

15 Verdades que lastiman

16 Decisiones Fatales

17 Ecos de Pérdida

18 La Venganza

19 Duelos Silenciosos

20 Doble Juego

21 Bajo la Superficie

22 Revelaciones

23 Desenlace

24 Sombras del Pasado

25 El Amanecer de la Decisión

26 Encrucijada
27 Doble Cautiverio
28 Lealtades Quebradas
29 Rescate en el Abismo
30 Al Filo de la Orilla
31 Operación Escarlata
32 La verdad en juego
33 ¿Un acuerdo?
34 No Subestimes al Enemigo
35 La Partida Decisiva
36 Jugando con fuego
37 Lealtad Oscura
38 Atrapado en un Torbellino
39 Un Pasado a la luz
40 Revelación Amarga
41 La Última Advertencia
42 Estrategia Mortal
43 Cazador y Presa
44 Desenmascarado
45 La Dualidad del Dolor
46 Vulnerabilidad y Frustración
47 Tormenta Interna
48 La Llamada
49 Traiciones Silenciosas
50 Máscaras
51 El Peligro Inminente
52 Revelaciones Oscuras
53 Nudo en el Estómago
54 Realidad Distorsionada

55 Futuro Incierto

56 Deseo sin Amor

57 El Último Adiós

58 Verdades Ocultas

59 Infierno

60 Epílogo

AGRADECIMIENTOS

"A mi amada familia, por su apoyo incondicional y su amor que me impulsa cada día. A ti, Edgar David Blanco Alarcón, mi compañero de vida, gracias por ser mi inspiración y por creer en mí incluso en los momentos más difíciles. Este logro es también suyo. Con todo mi amor y gratitud."

Prólogo

En el borde de la ciudad, donde las luces se mezclan con las sombras de la noche, Clara Miller siempre había creído en la perfección de su vida. Con un prometido como Noah, cuya devoción y amor eran inquebrantables, y una carrera floreciente en la firma familiar, parecía que nada podría interrumpir su camino hacia la felicidad.

Pero las noches tienen su propia magia y sus propios demonios. En una de esas noches, lo que comenzó como una celebración se convirtió en un laberinto de pasiones desatadas y errores irrevocables. Bajo el efecto del alcohol, Clara fue víctima de un plan oscuro tramado por su propia sangre, su gemela Cara, cuya envidia era tan profunda como el océano.

Heinst Conrab, un hombre marcado por su propia ambición y deseos, se convirtió sin querer en el eje de una tragedia inesperada. Confundido y embriagado, tomó a Clara por Cara, y en esa confusión, los destinos de tres almas quedaron entrelazados en una red de amor, traición y secretos.

Clara se encuentra ahora atrapada entre el amor inalcanzable de Noah, quien desconoce la verdad de aquella noche, y la compleja atracción que comienza a sentir por Heinst, un hombre cuya presencia despierta en ella emociones contradictorias. A medida que los eventos se desarrollan, Clara debe enfrentarse no solo a las consecuencias de aquella noche, sino también a la sombra de su propia hermana, cuyas acciones amenazan con destruir todo lo que ella había construido.

En este triángulo amoroso, donde cada corazón late con un deseo distinto, Clara lucha por encontrar su propia verdad. ¿Podrá reivindicar su honor y su amor por Noah? ¿O sucumbirá a la inevitable atracción que la une a Heinst? Solo el tiempo revelará si el amor verdadero puede superar las barreras del engaño y la traición.

La noche de la traición se convirtió en un punto de inflexión, una herida abierta que Clara no podía cerrar. Cada vez que cerraba los ojos, revivía los momentos oscuros y confusos, sintiendo una mezcla de culpa y repulsión que la desgarraba por dentro. Pero lo peor de todo era la mirada en los ojos de Heinst, un hombre que ahora ocupaba un lugar insospechado en su vida.

Heinst Conrab no era solo un extraño. Con el paso del tiempo, su presencia se volvió inevitable, casi omnipresente. Como hijo de un socio clave de la firma, sus caminos se cruzaban constantemente en reuniones y eventos. Su mirada intensa y su actitud posesiva comenzaron a traspasar las fronteras de lo profesional, creando un vínculo inquietante y perturbador.

Para Clara, Heinst representaba una mezcla de temor y atracción. Su amor posesivo la confundía, haciéndola cuestionar su propia cordura. Cada vez que él estaba cerca, podía sentir la electricidad en el aire, una conexión que, aunque no deseada, era innegable. Heinst, por su parte, estaba decidido a reclamar lo que creía suyo. La confundía con su gemela aquella noche, pero en el fondo, su obsesión por Clara solo crecía.

Noah, ajeno a la tormenta que azotaba el corazón de Clara, continuaba siendo el faro de amor y estabilidad que ella necesitaba. Sin embargo, cada vez se hacía más difícil mantener la fachada. Los secretos pesaban como una losa sobre su pecho, y la culpa la consumía. La doble vida que se veía obligada a llevar la estaba destrozando lentamente.

Heinst no se rendía. Sus intentos de acercarse a Clara eran cada vez más evidentes y audaces. A pesar de su resistencia, había momentos en los que ella sentía una atracción abrumadora hacia él, como si un hilo invisible los uniera. Este vínculo, alimentado por la pasión y el peligro, la hacía cuestionar sus propios sentimientos y deseos.

En medio de este torbellino, Clara debía tomar decisiones que definirían su futuro. ¿Podría resistir la atracción magnética de Heinst y mantener su lealtad a Noah? ¿O sucumbiría al amor posesivo que la ataba a Heinst, desatando una serie de eventos que cambiarían sus vidas para siempre?
El destino de Clara pendía de un hilo, enredado en un triángulo amoroso lleno de drama, deseo y traición. Mientras luchaba por encontrar su verdad, cada paso que daba la acercaba más a una encrucijada donde tendría que enfrentarse a sus peores miedos y elegir entre dos amores tan distintos como devastadores.

El Festejo

Clara Miller asumió como directora ejecutiva de la firma especializada en inversiones a largo plazo *"Miller Legacy Capital"* Todo parecía indicar que ella y su familia tenían todo lo que podían desear, dinero, poder, amor y felicidad.

Era viernes, y Clara estaba reunida con sus compañeros de trabajo, celebrando el haber trabajado duro para cerrar un acuerdo con empresarios que habían apostado por su firma. Clara, a pesar de ser una mujer elegante y bella, se sumergía en su trabajo, lista para llevar en alto el apellido Miller. A una distancia de ella se encontraba su gemela, Cara. Ambas eran idénticas, ella con el rostro perfilada y el cabellos un poco más largo que la de Clara, pero con sentimientos muy opuestos. Clara siempre veía la vida con alegría y esperanza, siempre ofreciendo una cálida amistad a quienes se cruzaban en su camino. Sin embargo, Cara era todo lo contrario a Clara, era callada, egoísta, y hasta se podía decir malvada.

Para Cara, la vida era un juego, una vida sin aventuras era aburrida. Pero muy, muy en el fondo de su corazón, ella amaba a un hombre, pero jamás había mencionado siquiera el nombre de ese afortunado para ella, aunque en realidad era una completa desgracia para quien había llegado en el corazón de Cara.

Nadie sospechaba que esa noche marcaría la vida y el destino de Clara.

—¿Deberíamos ir a bailar? Esto es muy aburrido... sentarnos aquí hablar de vidas ajenas es una completa pérdida de tiempo —dijo Cara. Los ojos de los demás estaban puestos en ella. El silencio de los demás era incómodo.

—Cara, sabes que lo mío no es bailar, ni beber tanto —dijo Clara.

—Es más, ya es muy tarde y debo volver a mi casa —dijo Clara levantándose de su silla, mientras observaba su reloj de cuero importado. Las manos de Cara la sujetaron con fuerza mientras la volvía a sentar.

—Oye, Cara, ¿Qué haces? —dijo Clara asombrada por la actitud de su gemela. Cara la miro fijamente, mientras que los demás compañeros de la empresa las estaba observando.

—Clara, me la debes... ¿recuerdas? Me lo prometiste. No puedes simplemente hacerte la idea y no ir a festejar conmigo —dijo Cara inclinando su cabeza hacia su hermana quien la estaba observando.

—Está bien, lo haré. Pero primero déjame avisarle a Noah que llegaré tarde —dijo Clara mientras intentaba escribir un mensaje de texto en su celular. Cara sabía que el novio de su hermana era un hombre seguro de sí mismo, y no tendría problema alguno en que su prometida acudiera con ella en

un bar para beber.

Cara había salido con su propósito, el de llevar a su hermana a un club nocturno, donde pasarían la noche bebiendo y bailando con desconocidos. ¿Qué podría pasar por una noche de baile?

Cuando llegaron al club nocturno, Cara llevó a su hermana y a sus compañeros a un rincón en el segundo piso, un sector reservado para aquellos que podían pagar por su tranquilidad y algunos privilegios.

Clara se presentó en el lugar con la misma ropa que había acudido a la reunión de aquella tarde, un vestido largo hasta los tobillos, con un tajo en uno de los costados que dejaba ver la hermosa pierna que tenía ella. En la parte de arriba llevaba una chaqueta de cuero de color negro que hacía juego con el vestido y el cinturón con plumas de avestruz. Aquella vestimenta era totalmente seductora, y las miradas de los que se encontraban en el lugar no dejaban de mirarla. Cara, por su parte, llevaba un vestido un poco más corto, este era más llamativo que el que tenía su hermana, pero no le aportaba la elegancia que las prendas de su hermana.

Esa noche, había pasado bebiendo y riendo en compañía de su gemela Clara, nada parecía estar fuera de lugar. Aunque ella y su gemela no tenían un acercamiento como lo harían otras gemelas, esa noche parecía que iba a ser diferente.

Un hombre con un atuendo formal se encontraba bebiendo, tanto que pensó que la noche se acabaría, pero los ojos de Cara se encontraban en él. Ella lo vio salir del lugar para seguirlo. Cuando estaba por entrar en el baño de hombres, Cara lo empujó en el interior para besarlo de una manera totalmente demente. Los que los vieran juntos en ese momento dirían que este hombre y la mujer eran amantes desde hacía muchos años.

—Toma, nos encontraremos en este punto... No me falles —dijo ella poniendo en el bolsillo de aquel hombre la tarjeta de la habitación que ella había reservado con anterioridad. El hombre, quien parecía sumergido en el efecto del alcohol, no se olvidaría de la propuesta indecente de una mujer desconocida. Estaba seguro de que iría a su encuentro.

Las horas pasaban, y Cara junto a Clara estaban bebiendo como jamás habían hecho. Clara sabía que beber demasiado era un grave y gran error. Cuando ella se dio cuenta, ya se encontraba totalmente borracha, incapaz de pararse y ni siquiera dar pasos precisos.

—Oye, Cara, ¿me ayudas? —dijo Clara intentando sostenerse por su hermana.

—Vamos, déjame llevarte a mi habitación, en ese estado no podrás manejar —respondió Cara sosteniendo a su hermana para despacharse de los demás que aún se encontraban festejando.

Cara pasó la segunda tarjeta para meter a su hermana y llevarla en el sillón, aunque Clara estuviera con el efecto del alcohol, aún estaba despierta.

—Iré al baño... prepárame algo para tomar. Seguiré festejando —dijo Clara mientras se introducía en el baño.

—Clara iré al bar del hotel y traeré algo para beber. No tardaré mucho —dijo ella mientras se escabullía en busca de una botella más de bebida. Cuando Cara salió del departamento, vio como venía el hombre que ella había invitado a su habitación. De manera hábil ella logra esconderse detrás de unas paredes que llevaba a otro pasillo, una sonrisa se dibuja en los labios de ella. Imaginarse de que su hermana se llevaría una gran sorpresa lo satisfacía por completo.

El hombre misterioso pasó la tarjeta y se introdujo en el interior de aquella habitación, para luego cerrar la puerta con sus pies.

Heinst Conrad, se encontraba en la puerta de aquella habitación lujosa, precisamente una suite ejecutiva, se aflojó la corbata para sacarse de un estirón de su camisa, Clara quien salía del baño con ayuda de las paredes trataba de dar pasos. Heinst la observó atentamente preguntándose ¿cómo es que se cambió de ropa en ese estado?

Las mangas de su camisa blanca estaban subidas hasta los codos, revelando unos antebrazos musculosos cubiertos por unos tatuajes que parecían unas cadenas alrededor de un corazón con

fuego.

Se acercó peligrosamente hacia Clara para tomarla de la cintura y hacerla girar, sus ojos se clavaron en los de Heinst sacándole el aliento. Cuando ella levantó la cabeza para hablar al hombre parado en frente de ella, simplemente no pudo. Clara Miller se estremeció.

La mirada de aquel hombre desconocido tenía algo que despertó en ella un escalofrío de deseo. Tal vez había pasado mucho tiempo en que ella no compartía una intimidad con Noah.

—Estás más hermosa que antes —dijo Heinst mientras la confundía con Cara. Pero Clara no podía escuchar una sola palabra, pero tampoco podía dejar de verlo directamente a los ojos, uno el cual parecía escanearla que parecía que él podía saber sus más íntimos secretos.

El ambiente se volvió tenso y cargado de deseo, Clara podía sentir el calor del cuerpo de Heinst a través de su ropa, su respiración se volvió más profunda y sus labios se secaron. Él la acercó aún más a su cuerpo, dejando que sus manos recorrieran su espalda, sintiendo cada curva de su cuerpo. Clara cerró los ojos y se dejó llevar por el momento, sintiendo cómo la pasión la invadía por completo.

Heinst la tomó de la mano y la llevó hacia la cama, donde la recostó suavemente sobre las sábanas de seda. Sus labios se encontraron en un beso apasionado, lleno de deseo y necesidad. Clara se perdió en ese beso, sintiendo cómo su cuerpo respondía a cada caricia y cada beso de Heinst. Él la hizo sentir como nunca antes lo había hecho, despertando en ella un deseo que había estado dormido por mucho tiempo.

Pero Clara puso sus manos en el duro pecho de Heinst, él como todo un caballero se alejó para verla al rostro, ella no le decía palabra alguna, pero se quedó mirándolo atentamente mientras que su mente le hacía ver lo que ella realmente deseaba ver. A Noah, era a él que veía en un rostro ajeno. Ella estiró la camisa de Heinst para acercarlo a sus labios, ella sin perder el control empezó a besarlo hasta que iba en aumento con necesidad. La noche se volvió una mezcla de susurros, caricias y besos, donde Clara y Heinst se entregaron el uno al otro en una noche de pasión y lujuria. Clara se dejó llevar por el momento, disfrutando de cada segundo de placer que Heinst le brindaba.

Al mismo tiempo que Clara caía en una verdadera trampa de parte de la persona que ella no imaginó que la traicionaría de esa manera. Una pequeña cámara estaba filmando cada detalle de aquella noche donde la pasión y el deseo llevaban a sus protagonistas a consumar sus actos sin pensar en el mañana.

Cara llegó al departamento de quien sería su cuñado, una doble traición se estaba por consumar al ver que Noah estaba bebiendo esperando a Clara.

Decepción

—Cara, ¿qué haces aquí? —dijo Noah mientras Cara entraba en su departamento sin pedir permiso.
—Vaya, una bebida a tu altura —empezó a decir mientras tomaba un vaso para poner hielo en él para luego servirse un poco de la bebida fina que Noah estaba tomando. Se acercó a él para brindar con el vaso de Noah.
—Cara, sabes que no es correcto que vengas cuando tu hermana no está —dijo Noah al sentir los brazos de Cara alrededor de su cuello.
—Sabes, deja el formalismo a un lado... Siempre me has gustado y tú lo sabías. Además, sé que no puedes dejar de pensar en aquella noche en el hotel ¿te acuerdas? —dijo ella intentando besarlo. Ella estaba segura de algo, que lo amaba, y que haría todo lo que estuviera a su alcance para borrar el amor de él por su hermana.
—Esa noche fue un error, y lo sabes muy bien —dijo Noah sacando los brazos de Cara de encima de él para que luego se alejara de ella.
—Mira, mira cómo Clara está haciendo feliz... Dime, ¿aún piensas que te ama? —dijo tajante segura de sí misma Cara, mientras sacaba su teléfono móvil y le mostraba a Noah la grabación de Clara y Heinst en la cama. Noah se quedó sin palabras, su corazón se rompió en mil pedazos al ver a la mujer que amaba con otro hombre. Cara sonrió satisfecha, había logrado su cometido, había destruido la relación de su hermana y Noah.
Noah seguía viendo con atención las imágenes de Clara con otro hombre en el hotel; dejó caer el vaso que sostenía con la mano para que las lágrimas empezaran a brotar en sus ojos sin dejar que resbalen en su rostro.
—No, no puede ser... Ella no me haría esto —dijo Noah volviendo a mirar las imágenes para lanzar el celular de Cara en el living.
Se acercó a la mesa para tomar la botella y empezar a beber de una manera peculiar, su corazón sangraba, su orgullo fue aplastado por la mujer que amaba. Solo quedaba sumergirse en la bebida para tratar de borrar las imágenes que vio.
—Ves, me rechazaste por ella que al final te traicionó. Yo te amo con locura Noah —dijo Cara acercándose a él de manera peligrosa. Noah sumido en el dolor, la ira tomó a Cara para atraerla a él y pegarla a su cuerpo.
—¿Entonces qué piensas? Tú borras este dolor y el amor por ella, ¡Inténtalo! —dijo Noah, dejando en claro que ya nada importaba para él. Estaba decidido a pagar la traición de Clara con la misma moneda.
—Dime, ¿te casarías conmigo? Te ayudaré a vengarte de ella —dijo Cara llevando la escena a otro nivel. Quería abrazarlo. Quería sentir esos fuertes brazos rodeándola, quería escucharlo diciendo su nombre con esa voz ronca y profunda que le recordaba la larga y calurosa noche que una vez ella fue suya por completo.
Noah la alzó en sus fuertes brazos para llevarla a su habitación, en la misma cama que dormía con Clara pero no la tocaba, sabía que ella era virgen, pura y deseaba esperar por ella hasta la noche de su boda con ella, la besó con pasión, dejando que sus manos recorrieran cada curva de su cuerpo, sintiendo su piel suave y tersa bajo sus dedos. Cara gemía de placer mientras Noah la hacía suya, olvidándose de Clara y del dolor que le había causado. La noche se volvió una mezcla de susurros, caricias y besos, donde Noah y Cara se entregaron el uno al otro en una noche de pasión y lujuria.
La noche anterior había estado llena de traiciones, deseo y lujuria, y cada uno de los cuatro

involucrados había jugado su papel. Clara se despertó en la cama de su hermana, sintiendo un dolor de cabeza intenso y confuso sobre los eventos de la noche anterior. Se dio una ducha fría para despejar su mente y luego se vistió para salir del apartamento de su hermana. El hombre ya no se encontraba a su lado cuando ella despertó con dolores en la cabeza.

Mientras conducía por la carretera, fragmentos de la noche anterior le venían a la mente, llenándola de pena y vergüenza. ¿Cómo le explicaría a Noah su aventura con un completo desconocido? ¿Cómo lo tomaría él? Estas preguntas se repetían una y otra vez en su mente mientras se dirigía al departamento de Noah.

Cuando finalmente llegó, encontró que Noah había preparado una cena romántica para ellos. Sus ojos se llenaron de lágrimas al ver la escena, sintiendo el peso de su traición hacia él. Pero cuando se dirigió a la habitación que compartían, abrió la puerta para encontrar a Noah en la cama con su propia hermana. Clara dejó caer su bolso al suelo, sintiendo que sus fuerzas se desvanecían por completo.

El dolor y la traición se reflejaban en los ojos de Clara, mientras observaba a su hermana y a Noah juntos en la cama. Sintió como si su corazón se hubiera roto en mil pedazos, y su mente se llenó de pensamientos oscuros y confusos. ¿Cómo pudo haber sido tan ciega? ¿Cómo pudo haber confiado en su hermana después de todo lo que había pasado entre ellas?

Sin decir una palabra, Clara se dio la vuelta y salió del departamento, sintiendo que su mundo se desmoronaba a su alrededor. No sabía a dónde ir o qué hacer, pero sabía que necesitaba alejarse de todo y de todos. Necesitaba tiempo para pensar y tratar de entender cómo había llegado a este punto.

Mientras conducía sin rumbo fijo, las lágrimas caían por sus mejillas y su corazón se sentía vacío y roto. Pero en medio de todo el dolor y la confusión, Clara sintió un extraño sentimiento de liberación. Por primera vez en mucho tiempo, se sintió libre de las expectativas y las obligaciones que había tenido durante tanto tiempo. Y aunque no sabía qué le depararía el futuro, sabía que tenía que seguir adelante y encontrar su propio camino en la vida.

Durante los últimos siete días, Clara había estado luchando con el dolor de la traición y la vergüenza que sentía después de la noche en que todos habían sido envueltos en un plan bien armado. A pesar de que había estado yendo a la empresa todos los días, su padre, el señor Hall, notó que algo andaba mal con su hija. Clara, que solía ser la persona más alegre y sonriente de la oficina, ahora parecía perdida en sus pensamientos y su semblante era serio.

—Clara, ¿qué sucede? —preguntó Hall a su hija, quien se mantenía de pie frente a él con una postura reacia a decir lo que realmente estaba pasando. Clara estaba decidida a sufrir y llorar en silencio, creyendo que era lo mejor para ella.

Sin embargo, Hall no iba a dejar que su hija sufriera sola. Él la conocía mejor que nadie y sabía que algo la estaba afectando profundamente. Con una voz suave y llena de preocupación, Hall le dijo.

Después de que Clara terminara de hablar, Hall se acercó a ella con una mirada de decepción y enojo en su rostro.

—¿En qué estabas pensando? —gritó Hall, dejando en claro que no toleraba la traición de su hija. El matrimonio que tenía fijado con Noah era algo que Hall ansiaba más que el amor de su hija. Era el trato que habían arreglado ambas familias por pedido del joven Noah Cortes. La familia Cortes era el socio mayoritario de la empresa, y Hall como lo es la familia Conrab. Sabía que esto sería un desastre si salía a la luz la traición de Clara.

En ese momento, Cara entró en el despacho de su padre, seguida de cerca por Noah, quien tenía fijos sus ojos en Clara. El brillo que irradiaba era más bien de rabia que de amor hacia ella.

—Señor Hall, ambos sabemos que ninguno de los dos nos conviene... Por ello, deseo casarme con Cara —dijo tajante Noah, tomando la mano de Cara entre la suya. Cara sonreía feliz mientras que Clara que se encontraba dando la espalda a Noah y Cara, cerraba sus ojos mientras escuchaba las decisiones de Noah.

—Clara, tú ya no puedes ser la directora de la empresa. Desde hoy ya no eres mi heredera —dijo Hall de la manera más fría que un padre podía serlo. Clara, desde muy dentro de sí, supo que eso era lo que le esperaba tras su error.
—Padre... aquí tienes mi renuncia —ella, dejando en el escritorio de su padre el telegrama de renuncia que ella misma había redactado. Luego de eso, ella se retiró, pasando al costado de Noah, quien la miraba al rostro.
Noah no pudo evitar sentir una mezcla de rabia y deseo al ver a Clara. Aunque su mente le decía que debía olvidarla, su cuerpo anhelaba estar cerca de ella. La recordaba en la cama con aquel desconocido, gimiendo de placer, y no podía evitar sentir celos. Pero sabía que no podía perdonarla, no después de lo que había hecho.
Clara, por otro lado, se sentía destrozada. Había traicionado al hombre que amaba y había perdido todo lo que había trabajado tan duro para conseguir. Se sentía vacía y sola, sin saber qué hacer con su vida. Pero sabía que tenía que seguir adelante, aunque no supiera cómo.

Alianza Forjada

Mientras tanto, Cara sonreía satisfecha, saboreando su victoria. Había logrado separar a Clara y Noah y ahora se casaría con el hombre que amaba. Pero lo que no sabía era que el destino aún tenía algunas sorpresas preparadas para ella y para todos los involucrados en aquella noche de traiciones y deseos prohibidos.
Noah había decidido su camino por medio de la venganza, los días pasaron y Noah Cortes el único hijo legítimo de la prestigiada familia y socio mayoritario de la firma cada noche estaba pasaba su tormentos y sufrimiento ahogando en un vaso de licor. Cara, como era de costumbre iba por él para sacarlo de allí, odiaba verlo de aquella manera. Sufriendo por Clara hasta perderse en la bebida.
El día de la boda de Cara con Noah, había llegado, ella se encontraba en el cuarto de vestir de aquel lujoso hotel esperando el momento de que fuera la hora para salir con su vestido de novia y caminar hacia su felicidad. El salón estaba lleno, Hall y su segunda esposa, estaban esperando con una sonrisa de felicidad el momento en que su hija Cara Miller entrara en el salón al compás de la música prenupcial. La corbata de Noah estaba torcida. Levanto las manos por enésima vez y ajusto la seda hasta que colgó en línea recta por la mitad de su pecho. Sus palmas brillaban de sudor, pero no era nada comparado con el sudor debajo del traje perfectamente confeccionado que llevaba. Casarse sin amor, y morir cada segundo por la hermana de la que ahora sería su esposa, sin duda estaba metido en una mierda profunda.
Los sonidos anunciaban la presencia de la novia, Noah, sentía que ya no había vuelta atrás. Respiraciones irregulares entraban y salían de sus pulmones, mientras veía acercarse Cara de la mano de su padre. Estaba imaginando que la mujer que avanzaba era su Clara, su único amor que había roto su corazón por su traición en pedacitos.
Mientras que se llevaba el matrimonio de Cara con Noah Cortes, Clara estaba llorando desconsoladamente, saber que había perdido al hombre que amaba por una vil trampa preparando por su hermana la estaba destrozando, acostada en su cama ella tomaba con fuerza la almohada para gritar, mientras que lloraba. Era la Única manera que tenía para sacarse de encima aquel dolor, desahogarse era lo único que podía hacer.
La noche iba avanzando mientras que los protagonistas estaban enfrentando las consecuencias de sus actos.
Cara estaba sentada en la cama de aquel hotel esperando por su esposo. Había preparado todo lo

que necesitaba para pasar con Noah la primera noche de bodas. Dos horas sin rastro alguno de su esposo, tomó con su mano el encaje de novia que tenía por su cabello para quitárselo y lanzarlo a un costado, la había dejado plantada. Eso la enfurecía por completo.
Se cambió de ropa, para salir de aquella habitación en busca de su esposo. Ella tenía una leve seguridad de dónde encontrarlo. Sumergido en la bebida.
Cuando llegó al bar de aquel hotel vio a su esposo dormido sobre la barra de aquel bar completamente borracho.
Con una determinación y orgullo, Cara toma de los brazos de su esposo para llevarlo a la habitación. Aunque pesaba mucho, aun así lo llevaría al cuarto. Mientras que Cara estaba intentando de ocultar que su matrimonio no es lo que otros pensaban, los padres de Cara y Clara estaban manejando la oscura carretera.
—Espero que ambos sean felices —dijo Martina la segunda esposa de señor Hall Miller.
—Lo serán, mujer... Lo serán —respondió Hall tratando de convencerse de ello. Había tomado un poco en la boda de su hija, pero la lluvia no aportaba seguridad. Las horas de lluvia se intensificaron mientras Hall manejaba por aquella carretera. Un destello de luz logra despistarlo para quedar atrapado entre dos autos. El primer auto que venía hacia ellos logró chocarlo para arrástralo por la carretera y caer en un precipicio. La vida de ambos había sucumbido por aquel accidente. Clara estaba sosteniendo una taza de café para que él mismo cayera en el suelo y se partiera por la mitad, una sensación que no podía explicarlo le había acechado por completo. El sonido del timbre de su celular logra sacarla de sus pensamientos, toma la llamada para atender.
—Hola ¿Quién habla? —pregunto ella con la voz quebrada. La voz del otro lado de la línea solo aumentaba el suspenso como el misterio.
—Puede presentarse en el hospital para reconocimiento de los cuerpos —dijo la mujer que estaba dando quizás la peor noticia para ella.
Clara sabía que debía ir, no importaba si estuviera su hermana, ella debía estar presente como hija del Señor Miller. Se cambió y subió a su auto para encenderla manejó toda la carretera bajo una intensa lluvia, pero debía llegar al hospital regional de Villa Florida.
Horas después Clara ya estaba llegando al lugar donde debía presentarse. Un oficial forense la estaba esperando con una notificación que ella debía firmar.
Clara firmó la notificación y se preparó mentalmente para lo que venía después. Sus ojos se cristalizaron, sus manos heladas por la emoción y tristeza que la acechaba, su corazón se desechó totalmente. Cuando entró en aquella habitación con la luz tenue y de ambiente frío, sus lágrimas ya estaban rodando por sus mejillas. Se acercó a uno de los cuerpos, y el hombre que la estaba viendo esperó el momento en que ella le diera la señal para levantar las sábanas blancas que cubrían el rostro de la persona sin vida en frente de ella.
—¿Está lista señorita? —preguntó el médico forense y el policía que se encontraba allí presente. Ella levantó la mirada hacia ellos para darles señales de que sí lo estaba. El médico levantó la sábana y vio ella que se trataba de su madre, estaba pálida.
—Es mi madre —dijo con la voz quebrada. Lo mismo hizo con su padre, ella tomó sus manos lastimadas para inclinarse hacia él y lamentarse por todo.
—Oh, padre. Perdóname... te fuiste sin mí —dijo ella mientras que sus lágrimas caían sobre las sábanas de aquel cuarto donde yacía muerto su padre.
Cuando Clara salió de aquella habitación, Cara estaba llegando con su esposo. Todo indicaba que Noah había amanecido con la misma ropa de bodas. Ella al igual que Clara debía entrar para hacer el reconocimiento. Noah, estaba mirando fijamente mientras que ocultaba sus ganas de ir a abrazarla, besarla. Jamás pensó Noah que sería tan difícil de ocultar aquel sentimiento por ella.
Noah no pudo evitar sentir un dolor en el pecho al ver a Clara tan triste y destrozada. Quería consolarla, decirle que todo iba a estar bien, pero sabía que no podía. Ya no era suyo, ahora pertenecía a Cara. Pero aun así, no podía dejar de pensar en ella, en sus besos, en sus caricias.

Recordaba aquella noche en que la había traicionado con su gemela, y se sentía culpable por ello. Pero también recordaba la pasión que había sentido en sus brazos, la forma en que se habían entregado el uno al otro.
Mientras tanto, Clara se sentía vacía y sola. Había perdido a sus padres, a Noah y a su empresa. Todo lo que había trabajado tanto tiempo para construir se había derrumbado en cuestión de días. Pero aun así, no podía dejar de pensar en Noah, en el amor que todavía sentía por él. Sabía que no podía estar con él, pero tampoco podía olvidarlo. Se sentía atrapada en un limbo, sin saber qué hacer o a dónde ir. Solo quería llorar, llorar hasta no poder más, hasta que todo el dolor y la tristeza se fueran de su cuerpo. Pero sabía que eso era imposible, que el dolor y la tristeza la acompañarían por mucho tiempo.
Noah abrazó a Cara, su esposa, mientras que observaba a Clara. ¿Qué más podía hacer? Solo verla con los mismos sufrimientos que él sentía.
—¿Por qué estás aquí? —preguntó Cara. Su presencia la molestaba. Clara, sin mirarla, se secó con sus manos su mejilla para girar hacia ella y verla atentamente.
—¿Por qué crees? Es obvio, vine a cumplir con mi obligación... por cierto, felicidades por su unión —dijo Clara para que su gemela sintiera una satisfacción al saber que le había quitado algo que ella amaba. A Noah.
Noah sintió como una provocación de su parte, también no esperó mucho para responderle.
—Gracias, Clara. Espero que tú también encuentres la felicidad —dijo Noah mientras abrazaba a su esposa y dejaba un beso elegante en sus labios, tal como lo haría él en los labios de ella. Clara miró nerviosamente a Noah, sus palabras estaban dando justo en aquella herida. Ella asintió y se giró para alejarse del lugar.
Al día siguiente, las hermanas Miller despidieron a su padre como debían, ambas llevaban un dolor amargo en su interior. Ante todos, la indicada de llevar adelante la firma más prestigiosa debía ser Clara, pero en el testamento de su padre había asentado que ese lugar debía ser ocupado por Cara y como vicepresidente a Noah Cortes.
La noticia de que Cara no se sentía apta para llevar a cargo la presidencia, dejó que su esposo lo hiciera por ella.

Conflictos Del Corazón

—Quiero que Noah, mi esposo, sea el presidente de la firma —dijo totalmente segura. El abogado Montero la miró y estuvo de acuerdo en acatar las órdenes de su cliente.
Noah se sintió halagado por la confianza de su esposa, pero también se sintió culpable por los sentimientos que aún tenía por Clara. Intentó concentrarse en su trabajo y en su matrimonio, pero no pudo evitar pensar en Clara y en los momentos que habían compartido juntos.
Clara, por otro lado, se sintió destrozada al enterarse de que Noah sería el presidente de la firma. Sabía que tendría que verlo todos los días y que sería un recordatorio constante de lo que había perdido. Intentó distraerse con el trabajo y con otras actividades, pero no pudo evitar pensar en Noah y en el amor que aún sentía por él.
Un día, mientras trabajaba en su oficina, Clara recibió una invitación para una cena de negocios. Al principio dudó en asistir, pero luego pensó que sería una buena oportunidad para distraerse y conocer gente nueva. Se arregló con un vestido elegante y se dirigió al lugar de la cena.
Cuando llegó, se sorprendió al ver a Noah allí. Él la miró con una mezcla de sorpresa y deseo en sus

ojos. Clara sintió cómo su cuerpo respondía a su presencia y se sintió tentada a acercarse a él. Pero luego recordó que él era el esposo de su gemela y que no podía hacer nada al respecto.
Noah, por otro lado, no pudo resistirse a la tentación y se acercó a Clara.
—Hola, Clara. ¿Qué haces aquí? —preguntó con una sonrisa en sus labios. Clara sintió cómo su corazón se aceleraba al escuchar su voz y se sintió tentada a besarlo. Pero luego recordó que él era el esposo de su gemela y que no podía hacer nada al respecto.
—Solo vine a cenar —respondió con una sonrisa forzada.
Noah la miró a los ojos y sintió cómo su cuerpo respondía a su presencia. Sabía que no podía hacer nada al respecto, pero no pudo evitar sentir deseo por ella.
—Bueno, entonces disfruta de la cena —dijo Noah con una sonrisa en sus labios antes de alejarse de ella y volver a sentarse en la misma mesa en la que ella fue invitada a cenar.
Clara se sentía incómoda, pero trató de disimularlo con una sonrisa forzada. El señor Conrad, uno de los amigos de su padre, la saludó con amabilidad y le indicó su lugar en la mesa. Noah no dejaba de verla atentamente, algo en la actitud del socio de su suegro le estaba molestando seriamente.
—Señorita Miller, me alegra que haya aceptado mi invitación —dijo el señor Conrad mientras Clara se sentaba en la silla que él mismo le había ofrecido como todo un caballero.
—Muchas gracias por la invitación, señor Conrad — respondió Clara con educación.
—Buenas noches, pido disculpas por la tardanza —dijo Cara desde la espalda de Clara. Era obvio que la cena no la iba a disfrutar nada.
—Oh, Clara... Veo que también te han invitado a ti —dijo Cara en doble sentido, ocultando su malestar ante los anfitriones, mientras que saludaba a su gemela con desprecio.
—Así es —dijo Clara dejando en claro que nada de lo que dijera su gemela la haría intimidar.
—Señor Darién, ¿Esperamos a alguien más? —preguntó Cara. Los ojos de Noah seguían en Clara, nada de lo que hiciera su esposa en la mesa hacía que él la dejara de ver.
—Noah, amor, ¿está todo bien? —preguntó Cara para sacarlo de aquella concentración de ver a su hermana.
—Sí, sí, todo está bien, cariño —respondió Noah tratando de molestar aún más a Clara.
—Me alegra saber que mi sobrino haya decidido casarse después de todo —dijo Darién Conrad, el anfitrión de la cena.
—¿Sobrino? —dijeron ambas hermanas al mismo tiempo. La noticia de saber que el segundo accionista mayoritario de la empresa era familiar les había tomado con incertidumbre pero a la vez asombro.
Noah, no pudo evitar sentir una extraña sensación en el estómago al escuchar las palabras de su tío. ¿Qué pasaría si Clara descubría su verdadera identidad? ¿Cómo reaccionaría ella al saber que él era el primo del responsable de haberla confundido con su gemela y haberla llevado a la cama? Él sabía que debía decirle la verdad, pero opto callarlo.
Mientras la cena continuaba en espera, Clara no podía dejar de sentir la mirada de Noah sobre ella. Su presencia la inquietaba, pero al mismo tiempo la excitaba. Ella recordaba cada detalle de la noche que habían pasado juntos, cada caricia, cada beso, cada susurro. No podía negar que aún sentía algo por él, a pesar de todo lo que había sucedido.
Noah, por su parte, no podía dejar de pensar en Clara. La había visto entrar al restaurante con ese vestido rojo que resaltaba sus curvas y había sentido un deseo irrefrenable por ella. Sabía que no debía estar pensando en eso, que ahora era un hombre casado, pero no podía evitarlo. Clara lo había hechizado desde la primera vez que la vio, y ahora que la tenía tan cerca, no podía resistirse a su encanto.
La cena continuó con una conversación animada entre los comensales, pero la tensión entre Clara y Noah era palpable. Ambos sabían que debían mantenerse alejados el uno del otro, pero la atracción que sentían era demasiado fuerte.
—Buenas noches. Una disculpa por haber tardado, es que el tráfico estaba de lo peor —dijo un

hombre con una voz grave detrás de ambas mujeres. Por alguna razón, Clara abrió los ojos en asombro al escuchar aquella voz, al igual que su hermana.
Heinst caminaba para acercarse a la silla cerca de su padre y entre su primo recién casado. Pero al momento de ver a las damas que estaban acompañando a su padre, Heinst no podía dejar de ver a ambas. Eran exactamente iguales, como gotas de agua. Noah, al ver la actitud de su esposa, toma la mano de ella para que ella no se desplomara ante el hombre con quien su hermana había tenido una noche de aventura.
—¿Por qué él está aquí? —preguntó Cara mientras se acercaba a su esposo mientras disimulaba que le daba besos en el cuello.
—Nada de que sea de tu incumbencia, cariño —la actitud de Noah con su esposa había cambiado de manera drástica. Noah estaba siendo testigo del encuentro de Heinst con la que alguna vez fue su prometida. La ira, el dolor y las ganas de estamparlo con la silla no disminuían. Sabía que sería difícil el encuentro entre él, Clara y su primo. Pero debía conservar la calma.
Heinst se sentó en su lugar, sin dejar de observar a Clara. Su belleza era impresionante, y su cuerpo era aún más atractivo de lo que recordaba. Sus curvas se marcaban a través del vestido que llevaba puesto, y sus labios rojos lo tentaban a besarla allí mismo. Pero sabía que no podía hacerlo, no después de todo lo que había pasado.
—Buenas noches, Clara —dijo Heinst con una sonrisa en los labios, tratando de disimular su nerviosismo.
—Buenas noches, Señor Heinst —respondió Clara con una voz fría y distante, sin dejar de mirarlo a los ojos.
La cena continuó, pero la tensión entre Heinst y Clara era palpable. Noah no dejaba de observar a su ex prometida, quien parecía cada vez más incómoda con la presencia de Heinst. Cara, por otro lado, disfrutaba de la situación, saboreando cada momento de incomodidad de su hermana.
—¿Cómo has estado, Clara? Mi padre no ha dejado de alabarte en cada encuentro —preguntó Heinst, tratando de hacer conversación.
—Bien, gracias. Me alaga saber que el señor Conrab es mi admirador —respondió Clara, sin dar más detalles.
—Felicidades, Noah. Me han dicho que te habías casado y que tu esposa era muy bella... Pero se quedaron chico ante la descripción —dijo Heinst, antes de tomar un sorbo de su vino.
La cena continuó, pero la tensión entre Heinst y Clara seguía en aumento. Noah podía ver cómo Clara temblaba ligeramente cada vez que Heinst la miraba, y cómo sus mejillas se sonrojaban ligeramente. Sabía que aún había algo entre ellos, algo que no había terminado.
—¿Bailas, Clara? —preguntó Heinst de repente, levantándose de su silla.
Clara lo miró sorprendida, pero luego asintió con la cabeza. Heinst le extendió la mano, y ella la tomó con duda. Juntos se dirigieron a la pista de baile de aquel restaurante, mientras Noah y Cara los observaban con atención.
Heinst la tomó por la cintura, y Clara puso sus manos sobre sus hombros. El contacto entre ellos era eléctrico, y ambos podían sentir la tensión sexual que había entre ellos. Heinst comenzó a moverse al ritmo de la música, y Clara lo siguió, perdiéndose en el baile.
—Nunca imaginé que tú eras aquella mujer —susurró Heinst al oído de Clara, mientras la acercaba aún más a él. Ella podía sentir su aliento cálido en su cuello, y su cuerpo respondió involuntariamente, acercándose aún más al de él.
—Solo olvida esa noche, gracias a ella todo a mí alrededor se destruyó —dijo Clara con pesar, pero Heinst no parecía dispuesto a dejarla ir. No podía hacerlo. Al tenerla nuevamente cerca, no pudo dejar de sentir que la mujer que tenía en frente había cambiado tanto, ya no era aquella mujer apasionada con quien había pasado la noche.

—No puedo olvidarlo —respondió él, mientras su mano bajaba lentamente por la espalda de Clara, acariciando suavemente su piel expuesta —Esa noche fue inolvidable.
Clara sintió un escalofrío recorrer su cuerpo, y se mordió el labio inferior mientras miraba a Heinst a los ojos. Sabía que no debía estar haciendo esto, pero no podía resistirse al deseo que sentía por él.
—Noah y Cara nos están mirando —dijo ella en un susurro, tratando de recuperar la cordura.
—No me importan ellos —respondió Heinst, mientras su mano se deslizaba por la cintura de Clara, acercándola aún más a él —Solo quiero estar contigo.
Clara sintió cómo su respiración se aceleraba, y su cuerpo anhelaba el contacto de Heinst. Pero sabía que no podía dejarse llevar por el deseo, no después de todo lo que había pasado.

—No puedo —dijo ella, alejándose de él con dificultad —Lo siento, pero no puedo.
Heinst la miró con decepción, pero no insistió. Sabía que Clara tenía razón, y que no podían arriesgarse a ser descubiertos.
—Padre ¿quién es la mujer con quien hoy baile en la pista? —pregunto Heinst, tratando de saber más sobre Clara.
—Ella fue la prometida de Noah, luego no sé qué paso pero resulto que Noah se casó con su gemela —Dijo el señor Conrad.
Heinst se sentía frustrado y enojado por la situación. No podía creer que Clara, la mujer con la que había compartido una noche de pasión, estuviera comprometida con otro hombre. Para él, era una traición imperdonable. Pero a pesar de su enojo, no podía negar la atracción que sentía hacia ella.
Decidió investigar más a fondo la vida de Clara, para entender por qué había actuado de esa manera. Quería saber todo sobre ella, cada detalle de su vida y de la gente que la rodeaba. Y para eso, contaba con la ayuda de Lucas, su mano derecha y confidente.
—Hola, Lucas. Necesito toda la información que puedas conseguir sobre Clara Miller —ordenó Heinst por medio de un mensaje de texto.
Lucas era un joven eficiente y leal, que había pasado más tiempo con Heinst que con su propio padre. Sabía cómo conseguir la información que su jefe necesitaba, y no dudó en ponerse manos a la obra.
Mientras esperaba la información, Heinst se sumergió en un baño relajante. Le encantaba el agua caliente y la sensación de flotar en la tina. Cerró los ojos y se hundió en el agua, aguantando la respiración durante unos segundos antes de emerger de nuevo. Se sentía poseído por el agua, como si ésta tuviera un poder sobrenatural sobre él.
Cuando finalmente salió del baño, se dirigió a su habitación y se acostó en la cama. El sonido de su celular lo sacó de su ensoñación. Era Lucas, quien había conseguido la información que Heinst necesitaba.
—Clara Miller era prometida de Noah Cortes, el hijo del accionista de la empresa donde trabaja tu padre —leía el mensaje de Lucas.
—Pero eso no es todo. También he descubierto que Clara tiene una gemela, Cara, que está celosa de ella, pero corrió un rumor de que Clara Miller paso la noche con un desconocido, algunos decía que solo fue un plan de ella para terminar la relación con Noah —dijo Lucas para luego terminar la

conversación.
Heinst se sintió intrigado por la información. Ahora entendía por qué Clara había actuado de esa manera, y también veía una oportunidad de vengarse de ella y de Noah. Pero antes de tomar cualquier decisión, necesitaba más información.

—Gracias, Lucas. Necesito que sigas investigando a Clara y a su gemela. Quiero saber todo lo que hacen, con quién se relacionan y cuáles son sus puntos débiles —ordenó Heinst.
Lucas asintió y se puso manos a la obra. Heinst, por su parte, se sumergió de nuevo en el agua caliente de la tina, pensando en cómo utilizaría la información que había conseguido para conseguir todo lo que quería. Clara Miller no iba a ser una decepción, sino una pieza más en su juego de seducción y venganza.
Los días pasaron, y Clara se centraba en dejar todo listo para dejar su vida en aquella empresa. Estaba decidida en buscar otro futuro en el que ella pudiera seguir adelante. Sin embargo, todo parecía complicarse más.
—Noah, ¿qué haces aquí? —dijo ella al ver al nuevo director ejecutivo cerrando la puerta de su oficina.
Noah no podía seguir ignorando que ella estaba allí en la misma empresa trabajando tan cerca de él.
—Necesitamos hablar... No puedo seguir adelante no sin antes aclarar contigo muchas cosas —dijo Noah. Ignorando que estaba arriesgando mucho al hacer lo que estaba haciendo.
—No hay nada de qué hablar... además estoy muy ocupada —dijo ella tratando de mantener la calma.
—¿Por qué? —dijo Noah mientras la observaba desde donde se encontraba.
Aquella pregunta hizo que Clara dejara de escribir en el teclado de la computadora, sus ojos se clavaron en la pantalla de la computadora como si ella estuviera pensando qué decir.
—¿Por qué? ¿Es en serio? Creo que ambos tuvimos nuestra elección. Tú ahora estás casado con mi hermana y yo... yo seguiré con mi vida —dijo ella tratando de hacer entender a Noah que ya nada sería como antes. Clara caminó hacia la puerta para salir de allí. Pero sus pasos se detuvieron al momento en que Noah la detuvo tomando sus manos. Ambos estaban sufriendo mucho, pero también sabían que ya eran extraños.
—Por favor, no lo hagas. Solo déjame ir... —dijo Clara, pero sus palabras se borrarían al momento en que Noah la estaba besando. No podía dejarla ir. Era como si su vida dependiera de sus besos. Él la guio hacia las paredes de su oficina para acorralarla entre su cuerpo y la pared que ahora eran testigos de la pasión que había entre ellos.
Los labios de Noah recorrieron el cuello de Clara, haciéndola gemir de placer. Sus manos acariciaban su cuerpo, sintiendo cada curva y cada línea de su figura. Clara respondió a sus caricias con pasión, dejándose llevar por el momento.
Noah la levantó en brazos y la llevó hasta su escritorio, donde la recostó suavemente. Sus manos comenzaron a desabrochar su blusa, mientras sus labios seguían recorriendo su cuerpo. Clara se dejó llevar por la pasión, sintiendo cómo su cuerpo ardía en deseo.
Los gemidos de placer de Clara se mezclaban con los jadeos de Noah, mientras sus cuerpos se movían al ritmo de la pasión. Clara sintió cómo Noah al besarla la penetraba la piel, haciéndola gemir de placer, era como si él la estaba marcando para toda la vida. Sus cuerpos se movían en perfecta sincronía, mientras el placer los invadía por completo. Los besos eran intenso.
Justo cuando Noah estaba por poseerla por completo, las manos de Clara detienen sus acciones, ella estaba teniendo la respiración agitada. Alejó a Noah de ella para que saliera de aquella oficina apresuradamente. Debía huir de aquel momento arriesgado donde estaba a punto de perder la cordura para entregarse a él.
Llegó en la azotea de la empresa para sostener con fuerza la barandilla de aquel lugar, mientras que la sostenía con fuerza, ella estaba llorando amargamente.

—¿Hasta cuándo debo aguantar? Porque el maldito destino se empeña en destrozar todo lo que deseo —decía con ira pero con lágrimas en su rostro, mientras que chocaba sus manos contra la barandilla de metal que evitaba que ella cayera de aquella altura.
—Sabes, pensé que tú serías diferente a las demás mujeres que sólo piensan en jugar con los hombres —dijo Heinst quien se encontraba a una distancia. Clara se giró hacia él de manera rápida. Y ahí estaba parado observándola con unos ojos negros llenos de ira.
—¿Qué haces aquí ? —preguntó ella mientras que se secaba su rostro las lágrimas que empañaban su bello rostro.

—Desde hoy ocuparé el lugar de mi padre como accionista de la empresa —dijo mientras se acercaba a ella peligrosamente.
—No entiendo algo ¿Por qué te entregaste a mí si estabas por casarte con mi primo? ¿No contenta ahora estás dispuesta a seducir al esposo de tu hermana? —dijo Heinst, Clara intentó golpearlo por sus ofensas. Pero Heinst sostuvo sus manos para atraerla hacia él.
—No te atrevas a juzgarme, no sabes lo que he pasado —dijo Clara con ira.
—Lo sé, lo sé muy bien. Pero eso no es excusa para jugar con los sentimientos de los demás —dijo Heinst mientras la acorralaba contra la barandilla.
—Yo no estoy jugando con nadie —dijo Clara mientras intentaba zafarse de él.
—¿Entonces por qué no puedes resistirte a Noah? ¿Por qué no puedes dejar de pensar en él? —dijo Heinst mientras acariciaba su mejilla.
—Déjame en paz —dijo Clara mientras lo empujaba.
Pero Heinst no se detuvo, la tomó por la cintura y la besó con pasión. Clara intentó resistirse, pero su cuerpo traicionaba sus deseos. No podía negar que Heinst también le atraía, que su cuerpo anhelaba sus caricias.
Noah llegó a la azotea mientras era testigo de cómo Clara estaba besando apasionadamente a Heinst. Cerró los puños con fuerza, sintiendo cómo la ira y los celos se apoderaban de él. Caminó hacia ellos y los separó bruscamente.

—Déjala. Ella es mía —dijo con ira Noah, olvidando por completo que ahora era esposo de Cara.
Heinst lo miró desafiante, sin apartar la vista de Clara.
—¿Tuya? ¿Estás seguro de ello? —dijo mientras secaba la sangre de sus labios por el golpe que Noah le había propinado.
Noah estaba a punto de lanzarse sobre él, pero Clara se interpuso en el medio de los dos.
—Noah, por favor no lo hagas —suplicó ella, con lágrimas en los ojos.

Entre el Deseo y el Dolor

Noah había dirigido su mirada hacia los ojos de Clara, sintiendo cómo su corazón se aceleraba al verla tan vulnerable.
—Clara, ¿qué estás haciendo con él? —había preguntado, con voz temblorosa. Clara, acercándose a él, acarició su rostro.
—Lo siento, Noah. Yo no lo sé. Tú y yo sabemos que esto no puede ser, pero no puedo dejar que entres en mi vida —dijo Clara.
Noah, al sentir el contacto de Clara, notó cómo su cuerpo respondía. La tomó por la cintura y la

acercó a él, intentando besarla de nuevo. Heinst, lleno de ira y celos, los observaba desde lejos. No podía permitir que Noah se llevara a Clara, así que se acercó sigilosamente y tomó a Clara por la cintura, separándola de Noah.
—Ella es mía —había dicho con voz firme, mientras la mantenía a su lado, sosteniendo de su mano. Noah, consumido por los celos, lo miró con ira.
—No te lo permitiré —dijo, mientras se lanzaba sobre él. Los dos hombres comenzaron a pelear, mientras Clara los observaba con lágrimas en los ojos. No podía creer que todo hubiera terminado así, con los dos hombres peleando por ella.
A una distancia, Cara, la joven esposa de Noah, era testigo de aquella pelea por su gemela, Clara. Apretó sus puños tratando de contener la rabia de ver a su esposo Noah pelear por su hermana. Finalmente, Cara intervino rápidamente para separar a los dos y evitar que siguieran haciendo del refocilo.
—Vayámonos de aquí —dijo ella, mientras besaba con ternura a Noah en sus labios. Clara, con los ojos llenos de tristeza, dijo.
—Tiene razón tu esposa Noah. Debes irte con ella —Noah la miró con dolor, sintiendo cómo su corazón se rompía en mil pedazos.
—Lo sé —dijo, mientras dejaba que Cara estrechara sus dedos con los de él para luego alejarse de aquel lugar y de ella. Clara lo observó mientras se alejaba, sintiendo cómo las lágrimas caían por sus mejillas.
Clara se acercó a Heinst y lo ayudó a levantarse.
—Lo siento —dijo ella. Heinst la miró a los ojos, sintiendo cómo su corazón latía con fuerza.
—No te preocupes, Clara —dijo Heinst.
—Pero deberías olvidarte de él. Supongo que eso no será problema después de haber dormido con un completo desconocido —dijo Heinst, fijando sus ojos en los de ella. Clara lo miró con asombro, sintiendo cómo su corazón latía al mismo ritmo que el de él. Sabía que había encontrado alguien que le inspiraba miedo. Haría lo que fuera necesario para estar lejos de aquel hombre. No importaba si él fue el primer hombre que la sumergió en una verdadera llamarada de pasión. Solo eso era él para ella. Un Desconocido.
—Tienes razón. He dormido con un extraño... Por eso es mejor olvidar eso. Tú sigue tu vida y yo la mía —dijo ella. Heinst soltó una risa incrédulo al oír las palabras de Clara. Los dedos largos y finos la sujetaron para evitar que ella se alejara de él. No la dejaría irse tan fácil, su orgullo herido lo había traicionado por completo.
—¿Conque estás aquí por él? Pues no te dejaré que te salgas con la tuya... No sabes cuántas veces me he topado con mujeres como tú que solo esperan una oportunidad de arruinar el matrimonio de otra persona —dijo Heinst con ira, la atrajo más hacia él para que las manos de Clara se sostuvieran contra los pechos duros de Heinst.
—¿Una mujer como yo? Ni me conoces para sacar una conclusión estúpida como esa sobre mí —dijo ella, sus miradas estaban fijas en uno al otro, la respiración agitada de ella chocaba con la de él, el aliento a menta de él se impregnaba en ella.
—¡Suéltame! —ordenó ella con una voz casi quebrada. Heinst la seguía observando con una sonrisa forzada, él seguía sosteniéndola con una fuerza que no producía dolor sino una molestia sobre Clara.
—¿Qué haré contigo? —dijo Heinst, envolviendo a Clara en una sensación de soledad y temor. Ella debería olvidarse de mantener su trabajo en aquella empresa y seguir adelante, pero los miedos, el dolor y sobre todo el amor que una vez sintió por Noah no la dejaban seguir adelante.
—Pues no hagas nada. Solo sigue con tu vida y olvida de mí ¿Quieres? —dijo ella acudiendo su brazo para lograr alejarse de Heinst. Mientras se alejaba casi corriendo, Heinst alzó su voz para que ella lo escuchara.
—¡Serás mía, Clara! ¡Solo mía! —gritó Heinst para verla cruzar aquella puerta dentro de la empresa, sin embargo, él seguía parado allí afuera golpeando con su mano la banderilla de metal que impedía

que cayera en el precipicio.
La tensión sexual entre ellos era palpable, la atracción que sentía el uno por el otro era como un imán que los atraía el uno al otro. Heinst la miraba con deseo, recorriendo cada curva de su cuerpo con la mirada, mientras que Clara sentía cómo su cuerpo respondía a ese deseo, sintiendo cómo su piel se erizaba y su respiración se aceleraba. A pesar de todo, Clara sabía que tenía que resistirse, que no podía dejarse llevar por ese deseo, que no podía perder la cabeza por un hombre como Heinst. Pero la verdad era que cada vez que él la tocaba, cada vez que la besaba, Clara sentía cómo su cuerpo se rendía a ese deseo, cómo su mente se nublaba y solo podía pensar en aquella noche con èl.
Después de que el padre de Clara le hubiera echado de la casa y le hubiera prohibido pertenecer a la empresa, ella aún seguía trabajando. Días habían pasado desde la muerte repentina de sus padres, ahora se encontraba en la fiesta de nombramiento del nuevo director ejecutivo de la empresa que alguna vez había dirigido. Las personas de alta sociedad estaban presentes, mujeres bellas y vestidas elegantemente estaban presentes acompañando a sus esposos. La toma hostil de la presidencia por parte de su ahora cuñado había sido toda una sorpresa para Clara.
Mientras lo observaba desde el lugar donde estaba parada, sosteniendo una copa de champán, pensaba que había tenido una esperanza férrea de encontrar un amor verdadero, un compañero que recorriera el mismo camino que ella. En su lugar, había un hombre sediento de venganza hacia ella, sus ojos se cristalizaron mientras observaba a su gemela sonriendo con tanta felicidad, saber que ella fue la causante de toda su desgracia le dolía mucho.
Clara sintió un leve mareo, observó la copa que tenía en su mano para dejarla en la mesa cerca de ella, caminó hacia el tocador de mujeres. Pero para su desgracia, estaba ocupado. No entendía cómo era que se había embriagado si apenas bebió un sorbo de aquella bebida, de repente sintió cómo le revolvía el estómago, mientras caminaba con rapidez hacia otro tocador se sostenía con las manos por las paredes de aquel lugar. Heinst, la había observado desde una distancia prudente, al verla en un estado extraño decidió que debía seguirla sin acercarse tanto a ella.
El deseo que Clara sentía por Heinst era innegable, pero ella sabía que era peligroso acercarse a él. Sin embargo, en ese momento, su cuerpo parecía tener otros planes. Mientras caminaba hacia el tocador, sintió cómo su cuerpo se estremecía al recordar el tacto de Heinst, la forma en que sus manos recorrían su cuerpo con una delicadeza que la hacía estremecer. Clara se detuvo frente al espejo del tocador, mirándose a sí misma con una mezcla de deseo y culpa. Sabía que no debía dejarse llevar por esos sentimientos, pero su cuerpo parecía tener otros planes.
Heinst la observaba desde la distancia, sintiendo cómo su cuerpo respondía al deseo que sentía por Clara. Él sabía que no debía acercarse a ella, pero su cuerpo parecía tener otros planes. Mientras la veía desaparecer en el tocador, sintió cómo su corazón latía con fuerza, la necesidad de tenerla cerca era abrumadora. Heinst se acercó sigilosamente al tocador, escuchando los gemidos de Clara al otro lado de la puerta.
Sin pensarlo dos veces, abrió la puerta y la encontró allí, apoyada en el lavabo, con los ojos cerrados y el rostro enrojecido. Las náuseas que ella sentía en ese momento eran tan intensas que no se dio cuenta de que detrás de ella se encontraba Heinst. Ella sintió que el vestido que llevaba puesto la asfixiaba, tanto que puso sus dedos sobre su espalda tratando de bajar el cierre. Ella en ese momento se encontraba alejada del espejo, los mareos que Clara sentía la hacían volver a la realidad para sentir que todo a su alrededor daba vueltas.
Heinst tomó el cierre con delicadeza para deslizarlo hacia abajo, dejando al descubierto la piel suave de Clara. Sin poder negarse a tocar su piel, recorrió lentamente su espalda con sus dedos. Clara abrió los ojos sorprendida al sentir el tacto de alguien más sobre su piel. Cuando ella se giró hacia la persona, vio a Heinst muy cerca de ella. Pero en ese momento, ella cayó desmayada. Heinst la sostuvo con firmeza al verla tan vulnerable, la tomó en brazos como lo haría cualquier caballero para llevarla a una de las oficinas de aquella empresa.

DESEO PROHIBIDO

Heinst la recostó en el sofá, para observarla atentamente. Con sus dedos recorría el rostro de Clara, eran finos, blancos y delicados. Heinst sintió estremecer cada uno de sus músculos, aquel calor abrasador que ella infringía en él lo hacía tan débil pero varonil a la vez. Sus labios se acercaron lentamente a los de Clara, sintiendo su aliento cálido en su rostro. La besó con delicadeza, saboreando cada uno de sus labios, mientras su lengua jugueteaba con la de ella. Clara al sentir unos labios carnosos sobre los suyos abre abiertamente para ver a Heinst quien la estaba besando. Ella primero intento alejarlo pero luego instintivamente respondió al beso con pasión, sintiendo cómo su cuerpo se estremecía al sentir el tacto de Heinst.

Sus manos recorrían el cuerpo de Clara, sintiendo cada una de sus curvas, mientras ella gemía de placer. Heinst deslizó sus manos por debajo de su vestido, acariciando sus muslos suavemente. Clara sintió cómo su cuerpo respondía al tacto de Heinst, sintiendo un deseo intenso recorrer todo su ser. Él la miró a los ojos, sintiendo cómo su corazón latía con fuerza. Sin poder resistirse más, la tomó en sus brazos y la llevó a un viaje sin fin.

Desde muy dentro de Clara, sabía que aquel deseo no debía seguir, un juego tan peligroso que temía que se convirtiera en su adicción. Ella rompió aquel momento de deseo entre ella y Heinst para levantarse del sofá, y tratar de subir el cierre de su vestido nuevamente.

—No podemos... no puedo hacerlo —dijo ella tratando de salir de aquel momento embarazoso. Heinst siguió en la posición en la que se encontraba, para luego verla al rostro. Se incorporó del sofá para acercarse a ella y rodearla. Con la misma delicadeza con la que él deslizó el cierre para abajo, ahora lo estaba alzando. Su respiración chocaba con el cuello de ella. Clara cerró sus ojos en ese momento, tratando de ignorar lo que aquel suspiro causaba en ella.

—¿No puedes o no quieres sentirlo? —preguntó él con una voz gruesa. Clara no dijo nada, solo arrugó su vestido con sus manos tratando de reprimir sus emociones.

—Vete, Clara... esta vez te dejaré ir. Pero no habrá otra oportunidad como esta en el futuro —amenazó Heinst. Aunque él la dejara ir esta vez, ella no dejaba de despertar en él aquel deseo que lo estaba consumiendo por dentro.

Esa noche Clara salió apresuradamente de aquella oficina, dejando a Heinst solo con aquel calor en su cuerpo. Ella supo en ese momento que era momento de dejar su vida atrás, para seguir en otro lugar lejos de aquel recuerdo y pasado que la destruyó.

El deseo que Clara sentía por Heinst era abrumador, pero sabía que no podía dejarse llevar por él. Su cuerpo anhelaba el tacto de Heinst, pero su mente le decía que era peligroso como también recordaba que aún seguía enamorada de Noah. Clara trató de reprimir sus emociones, trató de ignorar aquel suspiro que la hacía estremecer, pero era difícil. Heinst la tenía atrapada en un juego peligroso, un juego en el que ella no quería participar, pero en el que su cuerpo anhelaba estar.

Cuando Heinst la amenazó con no haber otra oportunidad como esta en el futuro, Clara sintió un nudo en la garganta. Sabía que era mejor irse, alejarse de Heinst y de aquel deseo que la consumía. Pero no era fácil, su cuerpo anhelaba el tacto de Heinst, anhelaba sentir sus labios sobre los suyos, anhelaba sentir su cuerpo contra el suyo.

Esa noche Clara se fue, dejando atrás aquel deseo que la consumía. Pero no sabía cuánto tiempo podría resistirse a él, no sabía cuánto tiempo podría mantenerse alejada de Heinst. Lo único que sabía era que tenía que tratar de olvidarlo, tenía que tratar de dejar atrás aquel deseo y el amor que

sentía por Noah que la estaba destruyendo.
Clara llegó al departamento que había alquilado por unas noches, tomó sus pertenencias para luego escribir una carta de despedida para Noah. Cuando terminó, lo envió por el correo. Sabía que para cuando él la leyera, ella ya se encontraría lejos de allí.
Pero esa noche Clara no solo estaba dejando atrás su desgracia y se estaba llevando consigo para tratar de salir adelante. Sino que también dentro de ella estaba llevando algo tan importante que ella no sabía que estaba llevando.
Esa noche, después de haber terminado la fiesta para el nuevo director de la empresa, ahora estaba en su despacho revisando su correo. Cuando vio con asombro un correo de parte de Clara, Noah no dudó en abrir aquel correo, mientras leía estaba dejando que sus lágrimas se deslizaran por su rostro, el dolor de leer aquella carta de despedida, lo estaba destrozando lentamente. Cuando Noah intentó enviar una carta en respuesta a la que había recibido, no pudo hacerlo, desde ese momento supo que ella había eliminado aquel correo para cortar lazos con él y con su hermana. Una oleada de ira acechó en Noah para lanzar todo a su paso de lo que había encima de su escritorio. Ya nada le importaba, en el círculo íntimo, no debía fingir preocupación, amor, y respeto hacia Cara. No la amaba, y contra eso no había nada que hacer.
Noah se sentía destrozado, su corazón se sentía vacío sin Clara. La necesitaba, la deseaba, la amaba. Pero ella ya no estaba, había desaparecido de su vida sin dejar rastro. Noah se sentía perdido, no sabía qué hacer, no sabía cómo seguir adelante sin ella.
Mientras tanto, Clara estaba en un lugar lejos de allí, tratando de olvidar todo lo que había dejado atrás. Pero no era fácil, su corazón aún latía por Noah, y su cuerpo aún anhelaba el tacto de Heinst. Clara se sentía confundida, no sabía qué era lo que realmente quería, no sabía qué era lo mejor para ella.
Pero lo que Clara no sabía era que dentro de ella estaba creciendo una nueva vida, un nuevo ser que la llenaría de amor y alegría. Clara no sabía que estaba embarazada, pero pronto lo descubriría, y tendría que tomar una decisión sobre su futuro y el de su bebé.
La pasión y el deseo habían marcado la vida de Clara, pero ahora era el momento de pensar en el futuro, de pensar en lo que realmente importaba. Clara tenía que decidir si seguir adelante sola, o si regresar en su vida pasada y enfrentar juntos los desafíos que la vida les pusiera por delante. Sea cual sea su decisión, Clara sabía que tenía que hacerlo con el corazón, y con la certeza de que era lo mejor para ella y para su bebé.
Ahora, Clara Miller, se encontraba en el aeropuerto de Australia, en un país donde empezaría de cero, trataría de olvidar al amor que ahora ya no podría estar con ella. Una joven con una amplia sonrisa estaba sosteniendo un cartel donde había escrito su apellido; se trataba de una antigua amiga que no había visto desde hace mucho tiempo.
—¿Kendra? Por el amor de Dios, mírate qué hermosa estás —dijo Clara, mientras que la abrazaba a la joven que vestía unos vaqueros enterizos, con una remera de color blanca, unas trenzas que caían en su frente que solo aumentaban su belleza.
—Clara, estás hermosa, mírate eres toda una mujer madura con una sonrisa angelical —respondió Kendra mientras correspondía el abrazo de una vieja amiga que no había visto durante mucho tiempo.
Después de un viaje largo y cansador, por fin ya se encontraba en la residencia de los Growf, ambas mujeres estaban pasando por la puerta para oír unas risas que venían a ella como tanta energía. Un hombre de contextura grande y alto estaba delante de ella, era el hermano de Kendra, Cristóbal, quien había cambiado radicalmente, de un joven adolescente delgado y flaco, por otro hombre más maduro y con un físico muy trabajado, el abrazo que él le estaba dando era reconfortante, a pesar de haber sufrido mucho Clara sintió que estaba contenida por buenos amigos.
Clara no podía negar que Cristóbal había cambiado mucho, su cuerpo ahora era fuerte y musculoso, su mirada era intensa y profunda, y su sonrisa era cálida y acogedora. Clara sintió una extraña

sensación en su estómago al verlo, una sensación que no había sentido en mucho tiempo.
Esa noche, Clara se encontraba en su habitación, tratando de conciliar el sueño, pero su mente no paraba de pensar en Noah. Sus pensamientos se volvieron más intensos y eróticos, imaginándose a Noah acariciando su cuerpo, besando sus labios, haciéndola sentir placer. Clara se estremeció al sentir la humedad en su entrepierna, sintió un deseo intenso por Noah un deseo que no podía controlar.
Al día siguiente, Clara se encontró con Cristóbal en la cocina, él estaba preparando el desayuno, y ella no podía dejar de observarlo. Su cuerpo se movía con gracia y seguridad, y Clara sintió un deseo de reír, por los bailes que él estaba haciendo mientras cocinaba. Cristóbal la miró, y sus ojos se encontraron, Clara sintió una conexión intensa con él, una conexión de amistad que no había sentido con nadie más en mucho tiempo.

Bajo Su Sombra

Aquella mañana, Clara había empezado su día de una manera diferente, al ver a Cristóbal, su antiguo amigo de la infancia, cocinar y bailar al mismo tiempo, le había hecho sonreír.
—Oh, Clara, ¿qué haces ahí parada? Ven, siéntate que te serviré el desayuno —dijo Cristóbal. Clara se acercó a la mesa de la cocina para tomar asiento, en frente de ella había una variedad de frutas frescas, pero ninguna de ellas llamaba su atención. Clara sentía que tenía el estómago cerrado, no podía probar bocado aunque le dijeran que lo hiciera.
Vio un platillo bien servido poniendo en frente de ella, tomó el tenedor e intentó probar bocado. Insertó el tenedor en la salchicha y el huevo revuelto para observarlo. Justo cuando estaba por llevarlo a su boca, ella volvió a sentir las náuseas. De manera rápida, ella llevó sus manos a su boca para salir directamente hacia el baño. Cristóbal, quien la veía asombrado, solo se apoderó de una preocupación.
—Clara, ¿estás bien? —preguntó él antes de que ella cerrara la puerta en su rostro. La preocupación de él hacia ella era evidente. Cristóbal la consideraba como una hermana más que una amiga.
Clara se encontraba en el baño, con la cabeza sobre el inodoro, sintiendo cómo las náuseas la invadían. No era la primera vez que esto sucedía, llevaba varios días sintiéndose así, pero no le había dado importancia. Sin embargo, en ese momento, comenzó a preocuparse.
Después de unos minutos, Clara salió del baño, con el rostro pálido y sudoroso. Cristóbal la estaba esperando afuera, con una toalla y un vaso de agua.
—Toma, esto te ayudará a sentirte mejor —dijo él, mientras le entregaba la toalla y el vaso de agua.
—Gracias, Cristóbal —dijo Clara, mientras se secaba el rostro y tomaba un sorbo de agua.
—Clara, creo que deberías ir al médico —dijo Cristóbal, con preocupación en su voz.
—No, no creo que sea necesario. Seguramente es solo estrés o algo así —respondió Clara, tratando de convencerse a sí misma.
—No lo sé, Clara. No me gusta verte así. Por favor, ve al médico —insistió Cristóbal.
Clara suspiró, sabía que Cristóbal tenía razón. Necesitaba ir al médico para asegurarse de que todo estuviera bien. Asintió con la cabeza y le prometió a Cristóbal que iría al médico lo antes posible.
Esa tarde, Clara fue al médico. Después de una revisión completa, el médico le dio la noticia que cambiaría su vida para siempre. Clara estaba embarazada. La noticia la dejó en shock, no podía creerlo. No estaba segura de qué hacer, pero sabía que necesitaba hablar con sus amigos.
Cuando Clara le contó a Kendra y a Cristóbal sobre su embarazo, él la abrazó fuertemente y le dijo

que la apoyaría en todo lo que necesitara. Clara se sintió aliviada, sabía que no estaba sola en esto. Juntos, decidieron contarle a Kendra y a los demás sobre la noticia.
La noticia del embarazo de Clara fue una sorpresa para todos, pero todos la apoyaron y le brindaron su ayuda. Clara se sintió agradecida por tener amigos tan maravillosos en su vida. Todos empezaron a tener una idea de quien podría ser el padre de su bebe, pero no se atrevieron a decir nada. En cambio Clara sabía perfectamente que el padre era un completo desconocido, uno con una mentalidad extraña y que para ella era u completo demonio. Heinst Conrab aquel demonio que la había arrancado su primera vez con uno besos, y caricias que solo logro su objetivo, la de hacerla mujer por completo. Ahora sería madre de su hijo.
Durante los siguientes meses, Clara y Cristóbal se hicieron más cercanos. Él la acompañaba a todas sus citas médicas y la ayudaba con lo que necesitara. Sus amigos estaban a su lado, eran unos verdaderos amigos para una mujer que acababa de digerir que sería madre. Aquellos meses pasaron de manera tranquila.
Mientras que Clara estaba haciéndose la idea de que muy pronto sería madre, en Nueva Italia, Heinst se encontraba desesperado al no saber nada sobre Clara. Ella lo había dejado como un perro callejero. Eso solo despertó la rabia y la necesidad de encontrarla para castigarla de la peor manera. La haría sufrir por su osadía de huir de él.
Sentado en la oficina reemplazando a su padre, estaba inmerso en sus pensamientos, con una pluma en sus dedos estaba jugando con ella mientras escuchaba el sonido de una canica que se deslizaba de un lado a otro haciendo ruido que algunos pensaban que lo relajaba, pero todo era lo contrario.
—Heinst, tengo buenas noticias, ya sé dónde está ella —dijo Lucas, su fiel amigo. Los ojos de Heinst se clavaron en su amigo.
—Dime, ¿qué tienes? —preguntó él, deteniendo el ruido de aquello que solo perturbaba su paz.
—Está en Australia, me han informado que ella se fue a refugiarse en casa de unos amigos de su infancia —dijo Lucas, para que Heinst se levantara de su silla, tomara su chaqueta y saliera en busca de ella. Estaba decidido a que ella volvería con él, pero no solo como una mujer de una aventura, sino como su esposa.
Heinst no dudó en tomar el primer vuelo a Australia. Tenía que encontrar a Clara y hacerla suya. Cuando llegó a Australia, se dirigió directamente a la casa de los amigos de Clara. La encontró allí, con una barriga prominente y una sonrisa en el rostro. Heinst se sintió confundido al verla así, pero no iba a desistir en su empeño.
Desde el auto que él había alquilado, estaba observando a Clara, estaba embarazada. Los pensamientos de Heinst solo estaban confundidos, él pesaba si ella había estado con otro hombre aparte de él.
—Lucas... ¿tienes informe de cuántos meses se encuentra ella? —preguntó Heinst sin apartar la mirada de ella.
—No, amigo. No he tenido ese informe. ¿Quieres que vaya por ella? —preguntó Lucas. El silencio de parte de Heinst solo preocupaba a Lucas.
—No, no es necesario. Por ahora, llévame a un hotel —dijo Heinst mientras Lucas encendía el auto para llevar a su jefe a un hotel. El camino a un hotel era de manera incómoda, el silencio de Heinst solo inquietaba a Lucas.
Al llegar al hotel, Heinst se dirigió directamente a su habitación. Necesitaba pensar con claridad. No podía creer que Clara estuviera embarazada. ¿De quién sería el bebé? ¿Era suyo o de otro hombre? Heinst no podía dejar de preguntarse esto.
Después de un rato, Heinst decidió salir de su habitación y dirigirse al bar del hotel. Necesitaba tomar una copa para calmar sus nervios. Mientras tomaba su copa, vio a una mujer sentada sola en una mesa cercana. La mujer lo miró y le sonrió. Heinst le correspondió la sonrisa y se acercó a ella.
—Hola, ¿puedo sentarme contigo? —preguntó Heinst.
—Claro, adelante —respondió la mujer.

Heinst se sentó frente a ella y comenzaron a conversar. La mujer era muy hermosa y parecía interesada en él. Heinst se sintió halagado y comenzó a coquetear con ella. Después de un rato, la mujer lo invitó a su habitación. Heinst dudó por un momento, pero finalmente aceptó.
Al llegar a la habitación, Heinst y la mujer comenzaron a besarse apasionadamente. Heinst se sintió excitado y comenzó a desvestir a la mujer. Pero en medio del acto, Heinst no podía dejar de pensar en Clara. La imagen de ella embarazada lo atormentaba. Heinst se detuvo y se separó de la mujer.
—Lo siento, no puedo hacer esto —dijo Heinst, mientras se vestía rápidamente.
—¿Qué pasa? ¿Te pasa algo? —preguntó la mujer, confundida.
—No, no me pasa nada. Lo siento, tengo que irme —dijo Heinst, mientras se dirigía a la puerta.
Heinst salió de la habitación y se dirigió a su habitación. Necesitaba pensar con claridad. No podía dejar de pensar en Clara y en el bebé que llevaba en su vientre. ¿Qué haría ahora? ¿Seguiría intentando conquistarla o la dejaría en paz? Heinst no lo sabía, pero una cosa estaba clara: no podía dejar de amarla.
Clara, ajena de que el padre de su hijo se encontraba en Australia, vivía su vida como pudo. Era lunes, y como todos los lunes, ella tenía turno con su médica. Estaba en el quinto mes y su barriga era prominente, el embarazo le sentaba bien y la hacía ver aún más hermosa.
Salió del auto de Kendra, su amiga, para dirigirse al hospital. Kendra tenía algo urgente que tratar y no la podía acompañar, pero ante la seguridad de Clara, ella no le dio importancia de ir con ella. Ella sabía que Clara sabía cuidarse, y más ahora que muy pronto sería madre.
Cuando Clara entró en el consultorio, su rostro palideció totalmente al ver a Heinst sentado a un lado del escritorio de su doctora. Heinst ya sabía de cuántos meses estaba, pero lo que no sabía era con certeza si el bebé que ella esperaba era suyo o de alguien más.
—Te dejo un momento... ya vuelvo para hacerte la ecografía de este mes —dijo Laura, la ginecóloga encargada de llevar un control sobre su embarazo.
Cuando la doctora Laura salió del consultorio, Clara intentó abandonar el consultorio, pero la voz de Heinst la detuvo por completo.
—No te atrevas a hacerlo... No tientes mi paciencia Clara —dijo Heinst con la voz gruesa que lo caracterizaba como un hombre sin rodeos ante los demás.

Vínculos Peligrosos

Clara, aun estando a espaldas de Heinst, soltó la manija de la puerta para luego cerrar sus ojos. Sabía que huir no podría, así que se armó de valor para enfrentarlo.

—¿Cómo me encontraste? —dijo ella tratando de conservar la calma. Heinst se acercó hacia ella para cortar la distancia entre ellos. Aquella cercanía solo aumentó la preocupación de la joven madre.

—¿Eso importa? Te encontré y eso es lo único que importa —respondió Heinst con una mirada penetrante.

Clara sintió cómo su corazón latía con fuerza, pero no por miedo, sino por la emoción de ver a Heinst frente a ella. A pesar de todo lo que había pasado entre ellos, ella no podía negar que aún se sentía atraída por él. Heinst la miraba fijamente, con una expresión inescrutable en el rostro.

—Heinst, yo... —comenzó a decir Clara, pero Heinst la interrumpió.

—¿De quién es? —preguntó Heinst, llevando su mano al vientre de ella. Aquel tacto de su parte

solo aumentó la agitación de su respiración. Clara no sabía con exactitud cómo actuar en ese momento.

—¿Eso importa? No te preocupes, no es tuyo —mintió ella sin pestañear. Heinst vio seguridad en sus ojos, algo que llamó su atención.

—Sí importa, y mucho. Debes volver conmigo y casarte conmigo —dijo Heinst, tomando por sorpresa a la joven madre.

—Eso no pasará... no dejaré que me obligues a hacerlo —dijo tajante en su posición Clara. Estaba segura de algo, que ella no volvería a Nueva Italia y mucho menos sería su esposa. Eso no lo haría.

—Bien, como sea... traté de ser condescendiente contigo. Pero no me dejas otra opción —dijo Heinst, durmiéndola para sacarla de allí.

La doctora que en principio estaba reacia a cooperar con Heinst ahora era ella quien traía una silla de ruedas, con su ayuda nada detendría a Heinst de llevarla consigo a Nueva Italia.

Cuando Clara despertó horas después, se encontraba en una habitación desconocida. Miró a su alrededor y vio a Heinst sentado en una silla junto a la cama.

—¿Dónde estoy? —preguntó Clara, confundida.

—Estás en Nueva Italia, en mi casa —respondió Heinst, con una sonrisa en el rostro.

—¿Por qué me trajiste aquí? —preguntó Clara, sintiendo una mezcla de miedo y enojo.

—Porque quiero que estés conmigo y que seas mi esposa —dijo Heinst, tomando la mano de Clara.

—No puedo hacer eso, Heinst. Tengo mi propia vida y mi propio hijo en camino —dijo Clara, retirando su mano de la de él.

—Lo sé, y por eso quiero cuidar de ti y de nuestro hijo —dijo Heinst, acariciando el vientre de Clara.

Ella lo miró con sorpresa. ¿Cómo era posible que supiera que el bebé era suyo?

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Clara, confundida.

—Porque te conozco, Clara. Sé que no mentirías sobre algo tan importante. Y si lo hicieras no sabrías hacerlo de todos modos —dijo Heinst, con una sonrisa en el rostro.

Clara no sabía qué decir. Se sentía atrapada entre su deseo de huir y su atracción por Heinst. Pero sabía que no podía ceder a sus demandas, no después de todo lo que había pasado.

—Lo siento, Heinst. No puedo casarme contigo —dijo Clara, con una voz temblorosa.

—Lo sé, pero no te preocupes. No te forzaré a hacer nada que no quieras —dijo Heinst, besándola en la frente.

Clara se sintió aliviada, pero aun así, no podía dejar de sentirse inquieta. Sabía que Heinst no era el tipo de hombre que se rindiera fácilmente, y temía por lo que podría pasar en el futuro.

Clara no podía creer que ya hubieran pasado varios días desde que llegó a la residencia de Heinst. Aunque al principio se sintió incómoda con la idea de tener a su disposición a varias mujeres para que la atendieran, poco a poco se fue acostumbrando a la situación. Sin embargo, aún le parecía una exageración por parte de Heinst, a quien ella consideraba un verdadero demonio.

Las mujeres que habían servido al joven Conrad y a su padre durante años notaron un cambio en el carácter de Heinst desde el momento en que Clara llegó a vivir a la residencia. Él solía ser un hombre frío y distante, pero ahora parecía más cálido y atento, especialmente con Clara.

Una de las mujeres, una sirvienta de confianza llamada María, le comentó a Clara una tarde mientras la ayudaba a vestirse:

—Señorita Clara, nunca había visto al señor Heinst tan diferente. Es como si usted hubiera traído luz a esta casa —dijo la joven que estaba entrando en sus dormitorio llevando sabanas y fundas limpias para cambiar la cama.

Clara sonrió débilmente, pero no respondió nada. Aunque apreciaba el gesto de María, no podía evitar sentirse incómoda con la situación. Todavía no entendía por qué Heinst la había traído a vivir con él, y temía que sus intenciones no fueran buenas.

El día había pasado con total normalidad, después de haberse comunicado con sus amigos en Australia y les había comentado que el padre de su hijo la había ido a buscar, Kendra y Cristóbal se habían tranquilizado. La confusión de quién sería el padre de su hijo aún quedaba en la mente de sus amigos. Para ellos estaban seguros que se trataba de Noah, ninguno de ellos sabía que Cara, su gemela, se había convertido en esposa de su ex prometido.

Pero lo que no sabía Clara era que tanto Noah como su hermana esa noche estarían cenando en la misma residencia por pedido del padre de Heinst.

Clara bajaba las escaleras para dirigirse al gran salón, donde los anfitriones la estaban esperando. Para alivio de ella, los invitados que el señor Conrad había invitado aún no habían llegado, ante eso la ponía tranquila ya que no quedaría como la persona que ha llegado tarde a una cena.

—Clara, me alegra saber que te unes para compartir una cena con amigos —dijo el padre de Heinst mientras que el joven heredero, Heinst, de la familia Conrad estaba deslizando la silla para que ella se sentara.

—Muchas gracias por invitarme, señor Conrad —dijo Clara mientras que se sentaba para disfrutar la cena, Heinst tenía una leve sonrisa al ver que ella había accedido a la invitación de su padre.

El timbre de la puerta estaba anunciando que los invitados ya habían llegado, Clara estaba de espaldas a ambos invitados que estaban llegando al gran salón.

—Señora y señor Miller... me alegra que han accedido a mi invitación —dijo Antonio Conrad. Clara al escuchar el apellido de su familia supo que los invitados eran nada más que su cuñado y su gemela, ella sujetaba con fuerza el tenedor para abrir sus ojos ante el asombro de saber que tendría a Noah y a su hermana delante de ella.

La tensión en el ambiente era palpable, Clara no sabía cómo reaccionar ante la presencia de Noah y Cara, mientras que Heinst los observaba con una mirada fría y calculadora. Cara, por su parte, no podía dejar de mirar a Clara con odio y celos, mientras que Noah se mostraba incómodo y confundido.

La cena transcurrió en un ambiente tenso y silencioso, Clara apenas probaba bocado mientras que Heinst la observaba con preocupación. Noah y Cara apenas se dirigían la palabra, y cuando lo hacían, era con una frialdad que helaba la sangre.

De pronto, Heinst rompió el silencio con una pregunta dirigida a Noah.

—¿Cómo va tu negocio, Miller? —dijo Heinst con una sonrisa maliciosa.

Noah lo miró con desconfianza, sabía que Heinst no era alguien de confiar, pero no podía evitar responder:

—Va bien, gracias por preguntar —dijo Noah con una voz seca.

Heinst sonrió ante la respuesta de Noah, y luego dirigió su mirada hacia Clara, era claro que para Heinst era el momento para ajustar una cuenta vieja. Dentro de él, sus celos lo consumían que no le importaría en lastimar a Clara con las palabras frías que él estaba diciendo.

—Y tú, Clara, ¿cómo te sientes? —preguntó Heinst con una voz suave.

Clara lo miró con sorpresa, no esperaba que Heinst se preocupara por ella, pero al mismo tiempo sentía una extraña sensación en el estómago al escuchar su voz.

—Estoy bien, gracias —respondió Clara con una voz temblorosa.

Heinst sonrió ante la respuesta de Clara, y luego dirigió su mirada hacia Cara.

—Y tú, Cara, ¿cómo te sientes al ser la esposa de un hombre que ama a otra mujer? —preguntó Heinst con una voz fría y calculadora. El silencio fue el protagonista de aquella noche.

Cara lo miró con odio, sabía que Heinst estaba jugando con ella, pero no podía evitar sentir celos al ver a Clara sentada junto a él.

—Yo amo a mi esposo, y él me ama a mí —respondió Cara con una voz seca, mientras llevaba su mirada en Noah.

Heinst sonrió ante la respuesta de Cara, y luego dirigió su mirada hacia Noah.

—¿Estás seguro de eso, Miller? —preguntó Heinst con una voz maliciosa.

Noah lo miró con desafío, sabía que Heinst estaba tratando de provocarlo, pero no podía evitar sentir celos al ver a Clara sentada junto a él.

—Sí, estoy seguro —respondió Noah con una voz firme. Dejando en claro que aquella seguridad era más por Clara su ex prometida que por su esposa.

Heinst sonrió ante la respuesta de Noah, y luego se levantó de la mesa.

—Bueno, creo que es hora de que nos retiremos. Tengo mucho trabajo que hacer mañana —dijo Heinst con una sonrisa maliciosa.

Cautiva de Heinst

Clara se levantó de la mesa, sintiendo una extraña sensación en el estómago al ver a Heinst alejarse. Noah y Cara se despidieron de los anfitriones, y luego se dirigieron hacia la puerta.

—Clara, ¿estás embarazada? —preguntó Cara con asombro hasta se podía sentir una decepción de parte de Noah. En ese momento, Heinst se acerca a Clara para entrelazar sus dedos en la de ella.

—Claro, amor... No hemos dado un aviso formal para los invitados y decirles que muy pronto seremos padres —dijo Heinst con una sonrisa forzada, apareciendo en el rostro de ella tratando de aparentar una calma que en definitiva estaba por echar por la borda las apariencias que ambos estaban tratando de demostrar. Heinst infringe una fuerza con sus manos para darle un aviso a Clara que ella debía seguir actuando.

Clara sintió un escalofrío recorrer su cuerpo al escuchar las palabras de Heinst, pero al mismo tiempo sentía una extraña sensación de excitación en el estómago. Sabía que Heinst era un hombre peligroso, pero no podía evitar sentirse atraída por él. Ambos se alejan del lugar para ir a sus respectivas habitaciones.

Cuando Clara se encontró sola con Heinst en el pasillo, él se acercó a ella y le susurró al oído.

—No te preocupes, Clara, pronto serás mía —dijo Heinst con una voz suave y seductora.

Heinst sonrió ante la reacción de Clara, y luego se alejó de ella, dejándola sola en el pasillo. Clara se dirigió hacia su habitación, sintiendo una confusión de emociones en su interior. Sabía que no debía dejarse llevar por los encantos de Heinst, pero al mismo tiempo no podía evitar sentirse atraída por él.

La noche transcurrió en un sueño inquieto para Clara, lleno de pensamientos confusos y emociones encontradas. Al día siguiente, se despertó con la determinación de alejarse de Heinst y de sus encantos, pero al mismo tiempo sabía que no sería fácil. La atracción que sentía por él era demasiado fuerte, y temía que pronto cayera en sus redes.

Mientras tanto, Noah y Cara se encontraban en su habitación, discutiendo sobre la sorpresiva noticia del embarazo de Clara.

—No puedo creer que esté embarazada de ese hombre —dijo Cara con enojo.

—No estoy seguro de que sea cierto —respondió Noah con preocupación.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Cara confundida.

—Heinst es un hombre peligroso y manipulador. No me extrañaría que estuviera mintiendo sobre el embarazo de Clara para lograr algún objetivo —dijo Noah con preocupación.

—Pero, ¿por qué haría eso? —preguntó Cara.

—No lo sé, pero tengo la sensación de que hay algo más detrás de todo esto —respondió Noah.

Mientras tanto, Clara se encontraba en su habitación, tratando de calmar su mente y tomar una decisión sobre su futuro. Sabía que debía alejarse de Heinst y proteger a su bebé, pero al mismo tiempo no podía negar la atracción que sentía por él. La situación se estaba volviendo cada vez más complicada y Clara no sabía cómo salir de ella.

Conteniendo sus lágrimas, Clara se estremeció por los abrasadores vientos invernales mientras miraba a través de la ventana escarchada de su habitación. "A la mierda mi vida", pensó. Se sentía que había llegado a un nuevo punto bajo en su vida. Sopló su aliento cálido en sus manos heladas, tratando de calentarlas, mientras seguía de pie frente a la ventana entreabierta. No Esperaba sentir que alguien más le pusiera un tapado para cubrir su cuerpo.

—¿No temes enfermarte en tu estado? —la voz de Heinst la sorprendió, y su aroma a colonia la impregnó completamente.

—Gracias... ¿Supongo que deseas hablar conmigo? Por eso invades mi privacidad —dijo Clara, viendo cómo Heinst cerraba las ventanas.

—Sí, así es. Quería avisarte que hoy haré una fiesta en la residencia. Hoy anunciaré nuestro compromiso. Es solo una formalidad para los demás —dijo Heinst, seguro de sí mismo.

Clara no podía creer que llegara tan lejos, frunciendo el ceño.

—Aún no he aceptado ser tu esposa. ¿Quién te has creído para tomar tal iniciativa? —preguntó enojada Clara. Heinst se acercó a ella para poner sus manos en su hombro y mirarla fijamente al rostro.

—¿Quién soy? ¿Estás segura de que no sabes quién soy para ti? Alguien te traerá lo necesario para esta noche —dijo Heinst, acercando su rostro a la mejilla de Clara para dejar un beso delicado pero lleno de advertencia.

Clara sintió un escalofrío recorrer su cuerpo al sentir el aliento de Heinst en su oído. Sabía que no podía escapar de su control, pero no estaba dispuesta a rendirse tan fácilmente. Aunque su cuerpo traicionaba sus verdaderos sentimientos, su mente seguía luchando por mantenerse fuerte.

—No tengo nada que ponerme —mintió Clara, tratando de ganar tiempo.

—No te preocupes por eso, ya he elegido un vestido para ti —dijo Heinst con una sonrisa maliciosa, dejando a Clara sola en la habitación.

Clara se sintió impotente al ver cómo Heinst controlaba cada aspecto de su vida. Sabía que debía encontrar una manera de escapar de su control antes de que fuera demasiado tarde. Pero, ¿cómo podía hacerlo cuando ni siquiera podía salir de su habitación sin su permiso?

Mientras se preparaba para la fiesta, Clara no podía dejar de pensar en Noah y en cómo su vida

había tomado un giro tan inesperado. Aunque sabía que no podía cambiar el pasado, no podía evitar sentir un profundo arrepentimiento por haber dejado que Heinst entrara en su vida. Ahora, estaba atrapada en una red de mentiras y engaños, sin saber cómo salir de ella.

Cuando finalmente bajó las escaleras para unirse a la fiesta, Clara sintió cómo todas las miradas se posaban en ella. Sabía que todos estaban esperando el anuncio de su compromiso con Heinst, pero ella aún no estaba lista para rendirse. Con una sonrisa forzada en el rostro, se dirigió hacia el grupo de invitados, tratando de mantener la calma.

—Clara, te ves hermosa esta noche —dijo Cara, acercándose a ella con una sonrisa maliciosa.

—Gracias, Cara —dijo Clara, tratando de no dejar que su voz temblara.

—Bueno, creo que es hora de hacer el anuncio —dijo Heinst, subiendo al escenario.

Clara sintió cómo su corazón se aceleraba mientras Heinst tomaba el micrófono. Sabía que este era el momento que había estado temiendo, el momento en el que su vida cambiaría para siempre.

—Queridos amigos y familiares, les agradezco a todos por estar aquí esta noche. Tengo un anuncio muy especial que hacer —dijo Heinst, mirando a Clara con una sonrisa triunfante.

—Heinst, por favor, no lo hagas —suplicó Clara en un susurro, pero él ignoró sus palabras.

—Como todos ustedes saben, Clara y yo hemos estado juntos durante algún tiempo, y ahora hemos decidido llevar nuestra relación al siguiente nivel. Quiero anunciarles que Clara y yo nos comprometemos —dijo Heinst, levantando la mano de Clara en alto.

Clara sintió cómo el mundo se derrumbaba a su alrededor mientras los aplausos y las felicitaciones llenaban la habitación. Sabía que no podía seguir adelante con esta farsa, no después de todo lo que había pasado. Tenía que encontrar una manera de escapar de Heinst y recuperar su vida.

Pero, ¿cómo podía hacerlo cuando él controlaba todo lo que hacía? ¿Cómo podía escapar de un hombre que se había vuelto tan obsesionado con ella? Clara no tenía respuestas, pero sabía que no podía rendirse. Tenía que luchar por su libertad y por su felicidad, aunque eso significara enfrentarse a Heinst y a todo lo que él representaba.

Mientras Heinst hablaba con los invitados, Clara se sentía cada vez más incómoda. Su sonrisa forzada comenzaba a dolerle la mandíbula y su corazón latía con fuerza en su pecho. No podía creer que había aceptado ser la prometida de un hombre como Heinst, un hombre que la había secuestrado y obligado a vivir con él.

De repente, vio a Noah en la distancia, con el semblante serio y los ojos rojos. Clara tragó saliva con dificultad, sintiendo cómo sus manos heladas comenzaban a sudar. Sabía que Noah estaba herido, y no era para menos. Ella había desaparecido sin decirle una palabra, dejándolo solo y confundido.

La noche parecía interminable para Clara. Todos los invitados felicitaban a Heinst y a ella, pero ella no podía sentir alegría alguna. Se sentía como un trofeo, como un objeto que Heinst había ganado en una competencia. Y lo peor de todo era que llevaba un hijo en su vientre, un hijo que no sabía si sería feliz en aquella vida de mentiras que se ha sumergido.

Cuando finalmente los invitados se fueron, Clara se dirigió a su habitación, sintiendo un nudo en la garganta. No quería estar allí, no quería ser la prometida de Heinst. Pero ¿qué otra opción tenía? Él

la había secuestrado y la había obligado a vivir con él. ¿Cómo podía escapar de un hombre tan poderoso y peligroso?

Clara se sentó en su cama, sintiendo cómo las lágrimas comenzaban a brotar de sus ojos. Se sentía sola, asustada y confundida. No sabía qué hacer, no sabía cómo salir de esa situación. Pero una cosa sí sabía: no podía seguir viviendo así.

Cautiva

De repente, escuchó un ruido en la puerta. Clara se levantó de la cama, sintiendo cómo su corazón se aceleraba. ¿Sería Heinst? ¿Querría algo de ella? Pero cuando la puerta se abrió, vio a Noah parado en el umbral, con los ojos rojos y el semblante serio.

—Noah, ¿qué haces aquí? No deberías estar aquí —preguntó Clara, sorprendida.

—Vine a hablar contigo —dijo Noah, con voz ronca. No le importaba si es descubierto por Heinst. Debía hablar con ella.

—¿Cómo entraste? —preguntó Clara, confundida, mientras observaba a todos lados para ver si alguien más los estaba viendo. Luego de asegurarse de que nadie los vio ella introduce a Noah en su habitación.

—Encontré una manera —respondió Noah, evadiendo la pregunta.

Clara lo miró a los ojos, sintiendo cómo su corazón latía con fuerza. Sabía que Noah estaba herido, pero también sabía que todavía lo amaba.

—Noah, lo siento mucho —dijo Clara, con voz temblorosa.

—Yo también lo siento. Pero lo que acabas de hacer es un gran error —respondió Noah, acercándose a ella.

Clara sintió cómo sus lágrimas caían por sus mejillas cuando Noah la abrazó con fuerza. Sabía que no podía seguir viviendo una mentira, no podía seguir siendo la prometida de Heinst, pero también no podía tener un Románce con Noah. No se permitía hacerlo. Tenía que encontrar una manera de escapar de él y de Noah, el hombre al que verdaderamente amaba.

Clara se alejó de Noah, sintiendo que el diablo la había atrapado. Lo que comenzó como un error inocente se convirtió en un verdadero infierno. En su defensa, no quiso involucrarse con un príncipe de la mafia. Pero él irrumpió en su vida, la acechó desde las sombras y le robó la vida que ella

conocía. Heinst Conrad puede parecer encantador, pero en su interior se esconde un verdadero depredador. Quiere poseerla, dominarla y retenerla. Pero Clara no tenía planes de quedarse en su mundo empapado de sangre, y según lo que ella intuía, sediento de venganza contra las mujeres.

La fiesta en la residencia de los Conrad estaba en pleno apogeo, pero Clara no podía disfrutarla. Se sentía atrapada, como un animal enjaulado. Heinst no la dejaba ni un segundo sola, la vigilaba constantemente, y ella sabía que era porque no confiaba en ella. Y no era para menos, Clara tenía planes de escapar de ese infierno.

—Huye conmigo... Clara, te llevaré lejos de todo y en especial de él —dijo Noah, acercándose a ella con cuidado. Sus ojos se cristalizaron al momento de escuchar el riesgo en el que él estaba dispuesto a entrar. Pero Clara lo amaba realmente, y el hecho de pensar que él pudiera hacerle algo la aterraba.

—Noah, no puedo... —comenzó a decir Clara, pero él la interrumpió.

—Sí, puedes. No quiero verte así, Clara. No quiero verte sufrir. Sé que estás asustada, pero yo te protegeré. Te lo prometo —dijo Noah, tomando sus manos con suavidad.

Clara lo miró a los ojos y supo que decir. No podía seguir viviendo en ese infierno, no podía seguir siendo propiedad de Heinst. Tenía que escapar, y Noah era su única esperanza.

—Está bien, huyamos —dijo Clara, con determinación en su voz.

Noah sonrió y la tomó de la mano, llevándola hacia la salida. Pero justo cuando estaban a punto de salir, Heinst apareció frente a ellos, con una sonrisa maliciosa en el rostro.

—¿Adónde creen que van? —dijo Heinst, con voz fría.

—Nos vamos, Heinst. Ya no quiero estar aquí —dijo Clara, con valentía.

Heinst la miró con odio, pero no dijo nada. Solo se limitó a apartarse del camino, permitiendo que Clara y Noah se fueran.

Clara y Noah corrieron hacia el auto, subieron rápidamente y se alejaron de la residencia lo más rápido posible. Clara no podía creer que finalmente estaba escapando de ese infierno, pero sabía que Heinst no se quedaría de brazos cruzados. Lo conocía bien, y sabía que haría todo lo posible por recuperarla. Pero ella no iba a permitirlo, haría todo lo posible por proteger a su hijo y a Noah. Ya no era la misma Clara que había caído en las garras de Heinst, ahora era una mujer fuerte y decidida, dispuesta a todo por su felicidad y la de su familia.

Mientras Noah manejaba directo hacia la libertad de ambos, el sonido de su celular no cesaba de sonar. Ambos sabían de quién se trataba.

—Noah, es Cara. ¿No deberías hablar con ella? —dijo Clara ante tanta insistencia de la llamada.

—No lo haré. No te preocupes, te llevaré lejos y luego me divorciaré de ella —dijo Noah mientras ponía su mano encima de la mano de ella.

Esto es un error. El peor de todos. El más desastroso de todos. Tal vez incluso el más mortífero. Pensó Clara mientras observaba por la ventana del auto. Una luz tintineaba a lo lejos, cuando llegaron a una distancia prudente, Noah detuvo el auto para observar a una barrera policial esperándolos.

—Sabía, sabía que no me dejaría ir así de la nada. Noah, sabes que no pasaremos, ¿no es así? —dijo ella sintiendo su respiración acelerarse.

Noah apretó el acelerador del auto, su mirada fija en la barrera.

—Clara, ¿estás lista? —preguntó él.

Clara asintió con la cabeza, sabiendo que no había vuelta atrás. Noah aceleró aún más, dirigiéndose directamente hacia la barrera policial. Los oficiales gritaron y se apartaron justo a tiempo, mientras el auto de Noah se estrellaba contra la barrera, rompiéndola en pedazos.

Noah golpeó la cabeza contra el volante, mientras que Clara pudo proteger a su bebé, pero llevó su cabeza contra los cristales de la ventana del auto, sintió un líquido caliente recorrer parte de su rostro. Mientras policías venían a ellos para socorrerlos.

Aquella noche, el poder de Heinst pudo más que las ganas de ser libre de Clara. Él quería enseñarle a Clara que ella jamás sería libre. Haría cualquier cosa para tenerla, incluso mentir. Encantador, mortífero y lo suficientemente inteligente como para ocultarlo, Heinst Conrab era un monstruo vestido con los trajes perfectamente confeccionados de un caballero. Le gustaba poco la moral y aún menos el amor, pero no podía negar la extraña atracción que sentía hacia la mujer que vivía justo con él.

Ella era el objeto de sus más oscuros deseos, el único rompecabezas que no podía resolver. Y cuando surge la oportunidad de acercarse a ella, rompe sus propias reglas para ofrecerle un trato que no podrá rechazar. Todo monstruo tiene su debilidad. Ella era la suya.

Porque a pesar del carácter frío de Clara, él la hacía sentir todo cuando estaba con él. Apasionada. Protegida. Verdaderamente deseada. Su amor era retorcido por los secretos y manchado por las mentiras, y cuando las verdades se revelaran finalmente, podrían destrozarlo todo. Pero, mientras eso llegara en el momento adecuado, Heinst se aseguraría de mantener a Clara a su lado, aunque él tuviera que hacer trato con el mismísimo diablo.

Cuando Clara despertó en el hospital, se sintió desorientada y confundida. Su cabeza le dolía y no recordaba lo que había pasado. Pero cuando vio a Heinst sentado a su lado, todo volvió a su mente. Él le sonrió y le tomó la mano, y ella sintió una extraña sensación de seguridad. Pero esa sensación se desvaneció rápidamente cuando vio a Cara entrar en la habitación, con una mirada de odio en sus ojos.

—¿Cómo has permitido que ambos escaparan? —dijo Cara, reprochando las acciones de Heinst. Él la miró con frialdad y le respondió con voz llena de amenazas.

—Cara, ve y cuida de tu esposo... que yo me encargaré de mi mujer ¿has entendido?— dijo Heinst. Cara lo ignoró y se acercó a la cama de Clara, con una sonrisa maliciosa en el rostro.

—Ojalá hubieras muerto —dijo ella con total frialdad. Pero antes de que pudiera decir algo más, Heinst la empujó contra la pared, apretando su cuello con fuerza.

—Jamás vuelvas a decir algo así —dijo él, con los ojos fríos y sin amor alguno. Cara luchó por liberarse, pero Heinst era demasiado fuerte. Finalmente, la soltó y ella cayó al suelo, tosiendo y jadeando por aire. Se levantó lentamente y se fue de la habitación, con miedo en sus ojos.

—Al final te compadezco Clara. Has encontrado a alguien que te hará la vida un infierno —dijo

Cara con rencor mientras se alejaba de la puerta de la habitación de su gemela.

Clara movía lentamente sus cejas bien dibujadas, lentamente, estaba despertando. Heinst observó con ansiedad, deseaba que ella viera su rostro.

Los ojos de color ámbar de Clara, se perdían en los ojos negros de Heinst. Clara estaba viendo a un verdadero diablo, uno que todo pareciera ser su diablo personal enviado por alguien para que él le haga su vida más difícil de lo que ya era.

—¿Dónde estoy? —preguntó confundida Clara. Heinst tomó su mano para que Clara sintiera un miedo ante su tacto.

—Estás en el hospital... ¿Acaso deseas perder a nuestro hijo? Si algo le sucediera no dudaría en matar a Noah —dijo tajante Heinst, mientras que llevaba su mano en su vientre.

Clara sintió un escalofrío recorrer su cuerpo. Sabía que Heinst era peligroso, pero no pensó que llegaría a tal extremo. Ella no quería perder a su hijo, pero tampoco quería que Noah sufriera algún daño.

Corazón Dividido

Heinst, mientras seguía tocando el vientre de Clara, una emoción lo acechaba. Podía ver el miedo en los ojos de Clara, pero aun así, no dejaría que la mujer elegante y apasionada que logró enamorarlo en una sola noche se sintiera sola. La habitación estaba iluminada por la tenue luz de la Luz del día, creando sombras danzantes en las paredes y añadiendo un aire de misterio y sensualidad al ambiente.

Clara, con su piel suave y tersa, temblaba ligeramente bajo el toque de Heinst. Sus dedos recorrían cada centímetro de su vientre, como si estuvieran trazando un mapa de deseo y ternura. Cada caricia era una promesa, una declaración silenciosa de amor y protección. Heinst podía sentir la respiración de Clara acelerarse, su pecho subiendo y bajando en un ritmo que parecía sincronizarse con el latido de su propio corazón.

La noche en que se conocieron había sido mágica. Clara, con su porte elegante y su mirada penetrante, había capturado la atención de Heinst desde el primer momento. Su conversación había fluido con una naturalidad que parecía desafiar el tiempo, y cada palabra intercambiada había sido

una chispa que encendía una llama más intensa. Aquella noche, bajo la luz de la luna, habían compartido besos que sabían a promesas y caricias que hablaban de un futuro junto.

Ahora, en la intimidad de su habitación, Heinst se sentía más conectado con Clara que nunca. Cada movimiento de sus manos sobre su piel era una afirmación de su amor, una promesa de que estaría allí para ella, sin importar lo que el futuro les deparara. Clara, con sus ojos llenos de miedo y deseo, se aferraba a él, buscando en su mirada la seguridad y el consuelo que tanto necesitaba.

Heinst se inclinó hacia ella, sus labios rozando suavemente los de Clara. El beso fue tierno al principio, pero pronto se convirtió en algo más profundo y apasionado. Sus lenguas se encontraron en una danza sensual, explorando y saboreando cada rincón de sus bocas. Clara al principio intentó negarse a corresponder al beso, pero Heinst tomó las manos de ella para sacarla de su pecho para intensificar sus besos. Ella gimió suavemente, su cuerpo respondiendo a cada caricia y beso de Heinst.

La habitación parecía girar a su alrededor, el mundo exterior desvaneciéndose en un mar de sensaciones y emociones. Heinst podía sentir el calor de Clara, su deseo palpable en cada movimiento de su cuerpo. La pasión entre ellos era como una fuerza imparable, una corriente que los arrastraba hacia un lugar donde solo existían ellos dos.

Heinst susurró palabras de amor y deseo en el oído de Clara, su voz baja y ronca, cargada de emoción.
—Clara no logró hacerme la idea de que no estes a mi lado —dijo Heinst.
Cada palabra era una caricia, cada susurro una promesa. Clara se estremeció bajo su toque, su cuerpo respondiendo a cada movimiento de Heinst con una intensidad que parecía desafiar la realidad.

En ese momento, Heinst supo que no había vuelta atrás. Clara era suya, y él era de ella. Juntos, enfrentarían cualquier desafío, cualquier miedo. Porque en los brazos del otro, habían encontrado un refugio, un lugar donde el amor y la pasión se entrelazaban en una danza eterna. Y en esa danza, Heinst y Clara se perdieron, encontrando en el otro la esencia misma de su ser.

Noah, quien se había escabullido de su habitación aprovechando que su amada esposa Cara se había retirado del lugar, se encontraba ahora frente a la puerta de la habitación de Clara. Con el corazón latiendo con fuerza en su pecho, abrió la puerta y lo que vio lo dejó destrozado. Clara, la mujer que había ocupado sus pensamientos y sueños, estaba en los brazos de otro hombre, Heinst, quien la besaba apasionadamente.

—¿Clara, qué haces? —dijo Noah, su voz temblando de dolor y sorpresa.

Clara se alejó de Heinst, sus ojos llenos de asombro al ver a Noah parado en la habitación. La escena era surrealista, como si el tiempo se hubiera detenido en un instante de traición y deseo.

—¡Noah! Yo... ¿Qué haces aquí? —preguntó Clara, su voz apenas un susurro.

Heinst, quien aún se mantenía de espaldas a Noah, escuchó la voz quebrada de Noah y sintió una oleada de seguridad. La situación parecía estar a su favor, y la tensión en el aire era palpable.

—¿Qué hago aquí? Estaba preocupado por ti... y tú aquí besándote con él —reprochó Noah, su voz cargada de dolor y reproche.

Clara sabía que aún sentía algo por Noah, pero también era consciente de que Heinst despertaba en

ella un deseo que iba más allá de la razón. La situación era complicada, y su corazón estaba dividido entre dos hombres que la amaban de diferentes maneras.

—Lo siento, Noah. Pero deberías regresar a tu habitación... tu esposa te estará esperando —dijo Clara, disculpándose con una mezcla de pena y determinación.

Noah se acercó a ella sin temor a que Heinst lo detuviera. Tomó las manos de Clara y las apretó con fuerza, como si quisiera transmitirle todo el amor y desesperación que sentía.

—No renunciaré a ti... te amo y no dejaré que otro hombre se adueñe de ti —dijo Noah, su voz firme y decidida.

En ese momento, Heinst, incapaz de contener su ira, tomó la ropa de Noah y lo estampó contra la pared. La habitación se llenó de tensión y violencia, y Clara, al ver lo que ocurría ante sus ojos, se apresuró a intervenir.

—¡Deténganse! —gritó Clara, su voz llena de desesperación.

Se interpuso entre los dos hombres, sus manos temblando mientras trataba de separarlos. La situación era insostenible, y Clara sabía que debía actuar rápidamente para evitar que las cosas se salieran de control.

—Por favor, no hagan esto —suplicó Clara, sus ojos llenos de lágrimas.
—No quiero que se lastimen por mi culpa —dijo ella observando a Heinst para luego voltear y mirar a Noah quien estaba observándola atentamente.

Noah, con el rostro marcado por la ira y el dolor, miró a Clara con una mezcla de amor y desesperación. Sabía que no podía perderla, pero también era consciente de que la situación era más complicada de lo que había imaginado.

Heinst, por su parte, se mantenía firme, su mirada desafiante y segura. Sabía que Clara era suya, y no dejaría que nadie se interpusiera en su camino.

—Clara, sal de aquí... —dijo Heinst, su voz baja y controlada.
—No puedes intervenir... esto solo se solucionará de una forma — afirmó Heinst mientras que intentaba ella se alejara de allí.

Clara miró a ambos, su corazón latiendo con fuerza en su pecho. Sabía que tenía que tomar una decisión, pero la idea de lastimar a cualquiera de ellos era insoportable.

—Por favor, Heinst. No lo hagas. Te prometo que haré lo que quieras para que lo dejes ir —dijo Clara, su respiración agitada y sus ojos llenos de desesperación.

Noah, con el corazón roto, negó lentamente. Sabía que no podía forzar a Clara a tomar una decisión en ese momento, pero la idea de dejarla en manos de Heinst era insoportable.

—¿Clara, qué dices? No puedes hacer esto. No dejaré que lo hagas —dijo Noah, sujetando el brazo de Clara para hacerla girar hacia él. Heinst, aún parado frente a Noah, sonreía con una arrogancia triunfante, disfrutando del control que parecía tener sobre la situación.

—Noah, estaré bien. Confía en mí... por favor, ahora vete —ordenó Clara, su voz temblando pero firme. Noah se negaba a abandonar la habitación, pero en ese momento, Cara ingresó en la habitación de Clara. Sus ojos estaban rojos de ira, y ver a su esposo mendigar por el amor y perdón

de Clara la irritaba por completo.

—Noah, cariño, ¿qué haces aquí? Estuve buscándote por todo el lugar —dijo Cara, su voz cargada de reproche y desdén.

Noah y Heinst seguían cruzando miradas de desafío, era claro que entre los dos había comenzado una batalla por el amor de Clara. La tensión en la habitación era palpable, y cada palabra y gesto parecía cargado de una intensidad que amenazaba con estallar en cualquier momento.

Cara, al ver la escena, se acercó a Noah y lo tomó del brazo con firmeza.
—Vamos, Noah. No hay nada que hacer aquí —dijo, su voz cortante y decidida.

Noah, con el corazón destrozado, miró a Clara una última vez antes de permitir que Cara lo sacara de la habitación. La puerta se cerró tras ellos, dejando a Clara y Heinst solos en un silencio cargado de emociones. Clara se volvió hacia Heinst, sus ojos llenos de lágrimas y confusión.

Heinst estaba observando con atención a la mujer que, sin dudarlo, se había dispuesto a intervenir en medio de él y Noah, solo para defenderlo. Clara, con su porte elegante y su mirada decidida, había capturado su atención desde el primer momento. Su valentía y determinación eran cualidades que Heinst admiraba profundamente.

Clara se dio la vuelta y lo miró, su corazón dio un salto al tiempo que su trasero pegaba contra el pecho duro de Heinst. "Oh Dios, ¿qué he hecho?" repetía una y otra vez, con un terrible dolor lacerando su cabeza.

Entre Dos Mundos

La situación era intensa y cargada de emociones, y Clara se sentía atrapada entre dos hombres que la amaban de diferentes maneras.

Heinst caminó hacia ella, haciéndola retroceder hasta acorralarla contra las paredes de aquella habitación. Sus ojos brillaban ante el deseo de someterla, de hacerla suya. La quería castigar por haberlo desafiado, por haberse interpuesto entre él y Noah.

—¡Ahora que estamos solos!... ¿qué te parece si cumples con tu promesa? —dijo Heinst, su voz baja y amenazante.

Los ojos de Clara se abrieron más al escuchar las palabras de Heinst. *"Debe ser una maldita broma"*, se dijo a sí misma mientras se mantenía quieta, sin saber qué pasaba en la mente de aquel hombre. La tensión en el aire era palpable, y cada palabra parecía cargada de una intensidad que amenazaba con estallar en cualquier momento.

—¿Qué deseas que haga? —preguntó Clara, clavando sus ojos en el hombre que tenía frente a ella. Su voz temblaba ligeramente, pero su mirada era firme y decidida.

—Quiero que te olvides de él, quiero que seas mía. Y por último, que cuides de él con tu vida si es necesario —dijo Heinst, acercándose peligrosamente hacia el rostro de Clara. Podía sentir los latidos

de su corazón, su respiración acelerada. La proximidad entre ellos era electrizante, y cada movimiento parecía cargado de una pasión incontrolable.

—Está bien, lo cuidaré... pero no sé si podré cumplir con tu otro pedido —dijo Clara, desafiando a Heinst con una mezcla de valentía y temor.

—Está bien, no lo cumplas... pero tampoco me haré responsable la próxima vez que lo vea junto a ti tocándote —amenazó Heinst, mientras se alejaba de ella. Su voz era grave y seca, cargada de una determinación que dejaba claro que no estaba dispuesto a compartirla.

Clara se quedó inmóvil, su corazón latiendo con fuerza en su pecho. Sabía que estaba en una encrucijada, atrapada entre dos hombres que la amaban y la deseaban. La situación era complicada, y su corazón estaba dividido entre el amor y la pasión que sentía por Heinst y la lealtad y el cariño que aún sentía por Noah.
Heinst, con una mirada intensa y decidida, se acercó nuevamente a Clara. Sus manos recorrieron su cuerpo, acariciando cada curva y cada rincón, como si estuvieran memorizando cada detalle de su piel.

Clara entre abrió ligeramente sus labios al sentir el tacto de Heinst, su cuerpo respondiendo a cada caricia y beso de Heinst. La pasión entre ellos era innegable, y cada movimiento parecía cargado de una intensidad que amenazaba con consumirlos.

—No puedo dejarte ir, Clara —susurró Heinst, su voz baja y ronca, cargada de deseo y emoción. —Te necesito, te deseo más de lo que puedo expresar con palabras.

Después decir aquellas palabras, el joven arrogante se alejó de Clara dejándola descansar. Clara quedó atenta a las palabras de Heinst quien sin duda se estaba declarando abiertamente.

Heinst se encontraba de pie en el mirador, la brisa nocturna acariciando su rostro mientras sus ojos se perdían en la inmensidad del cielo estrellado. La luna llena iluminaba el paisaje, creando un juego de luces y sombras que parecía reflejar la complejidad de sus propios pensamientos. En ese momento de soledad, sus recuerdos lo llevaron de vuelta a la primera vez que conoció a Clara, una noche que había quedado grabada en su memoria para siempre.

Heinst cerró los ojos y dejó que su mente viajara en el tiempo. Recordó aquella noche, hace tantos años, cuando era un joven lleno de sueños y esperanzas. Había estado caminando por la playa, disfrutando de la tranquilidad del mar bajo la luz de la luna, cuando de repente escuchó un grito desesperado. Sin dudarlo, corrió hacia el sonido y vio a una joven luchando por mantenerse a flote en el agua.

Clara, con sus ojos llenos de pánico, intentaba desesperadamente mantenerse a flote. Heinst no lo pensó dos veces y se lanzó al agua, nadando con todas sus fuerzas hacia ella. La alcanzó justo a tiempo, sosteniéndola con firmeza mientras la llevaba de vuelta a la orilla. Clara, temblando y agotada, se aferró a él con gratitud, sus ojos llenos de lágrimas y alivio.

Mientras que Heinst estaba recordando el pasado, en el hospital estaba por suceder algo que cambiaría por completo las vidas de todos. En especial la de Noah y Clara.
Clara, incapaz de dormir, decidió buscar a Noah en su habitación. El hospital estaba en silencio, y la luz de la luna se filtraba a través de las ventanas, creando sombras danzantes en los pasillos. Clara caminó con cuidado, sus pasos amortiguados por la media suave que llevaba. Al llegar a la puerta de

la habitación de Noah, notó que estaba entreabierta. Con curiosidad y un poco de inquietud, se asomó por la rendija.

Lo que vio la dejó sin aliento. Noah estaba sentado en la cama ante un escritorio portátil, hablando en clave a través de un dispositivo de comunicación. Su voz, normalmente cálida y reconfortante, estaba cargada de autoridad y peligro. Mencionaba operaciones y objetivos, y Clara entendió que Noah no era quien parecía ser.

—El objetivo está confirmado. Procederemos según el plan —dijo Noah, su tono firme y decidido.
—No podemos permitirnos errores. Todo debe ser ejecutado con precisión —afirmó Noah.

Clara retrocedió silenciosamente, su corazón latiendo con fuerza en su pecho. Las piezas del rompecabezas comenzaban a unirse en su mente. Noah, el hombre que había amado y en quien había confiado, tenía un secreto oscuro.

Mientras que Clara estaba escuchando en secreto la conversación de Noah con otra persona desconocida, Heinst la estaba observando desde una distancia. Ver su rostro acomplejado le hizo saber en ese momento que quizás ella había descubierto algo sobre Noah. Heinst, con su instinto protector, decidió intervenir.

Clara, con el corazón latiendo con fuerza, retrocedió silenciosamente de la puerta entreabierta de la habitación de Noah. Sus pensamientos eran un torbellino de confusión y miedo. ¿Quién era realmente Noah? ¿Y por qué se había casado con Cara, su gemela? Las preguntas se arremolinaban en su mente mientras se alejaba con cuidado.

Heinst, que había estado observando desde las sombras, se acercó a Clara con pasos silenciosos. Su presencia era reconfortante, y Clara se sintió aliviada al verlo. Sin decir una palabra, Heinst la tomó de la mano y la llevó a un lugar seguro. En un rincón oscuro del hospital, lejos de oídos indiscretos, Heinst reveló su propia identidad.

—Clara, necesito que me escuches con atención —dijo Heinst, su voz baja y seria. —Hay algo que debes saber.

Clara lo miró fijamente, sus ojos llenos de curiosidad y temor. Heinst respiró hondo y continuó.

—Soy el líder de Justicia y Orden, una organización secreta que lucha contra el crimen. Noah no es quien parece ser. Es el líder de una organización criminal, y he estado tratando de acercarme a ti para protegerte.

Clara quedó atónita, su mente luchando por procesar la información. Heinst, el hombre que había llegado a amar, tenía una doble vida. Pero también sabía que él siempre había estado ahí para protegerla, incluso cuando no lo sabía.

—¿Por qué no me lo dijiste antes? —preguntó Clara, su voz temblando de emoción.

Heinst tomó sus manos entre las suyas, sus ojos llenos de sinceridad y amor.
—No podía arriesgarme a ponerte en peligro. Pero ahora que sabes la verdad, necesito que confíes en mí. Juntos, podemos enfrentar cualquier desafío — terminó diciendo.

Clara asintió, sintiendo una mezcla de miedo y alivio. Sabía que, con Heinst a su lado, podría enfrentar cualquier cosa. La pasión y el deseo que sentían el uno por el otro eran innegables, y en ese momento, Clara supo que no había vuelta atrás.

Heinst se acercó a ella, sus manos acariciando suavemente su rostro. Clara cerró los ojos, dejándose llevar por las sensaciones. Sus labios se encontraron en un beso apasionado, lleno de promesas y deseo. La tensión y el miedo de los últimos momentos se desvanecieron, reemplazados por una pasión ardiente.

—Te amo, Clara —susurró Heinst, su voz baja y ronca. —No dejaré que nadie te haga daño.

Los días pasaron, y la vida de Clara se volvió como las aguas turbias del mar. Ella no sabía cómo manejar la noticia de que Noah, el hombre que en un momento casi fue su esposo, ahora era su cuñado, pero eso era el menor de sus problemas. Saber que él no era aquel hombre que la enamoró en su momento era un golpe tan fuerte que no sabía qué haría si lo tuviera frente a ella. El timbre de la puerta sonó en la residencia de los Conrad, y la mujer de limpieza le acercó un sobre.

—Señora Conrad, esto acaba de llegar para usted —dijo la mujer, depositando el sobre en manos de Clara.

Clara, con duda, tomó el sobre y lo revisó. Al sacar la tarjeta de invitación de una cena de gala referente a la empresa de su padre, leyó con atención la lista de invitados. Para su sorpresa, ella y Noah eran invitados a la gala de ejecutivos. Aunque ya no pertenecía a la empresa, Clara decidió tomar por última vez la responsabilidad de presentarse.

En una elegante cena de gala, Noah tomó la mano de Cara, su esposa actual, presentándola como su esposa a un grupo de individuos influyentes. Sin embargo, Clara notó que varios de ellos parecían más interesados en Noah que en Cara.

Verdades Que Lastiman

La sala estaba iluminada por lámparas de araña que proyectaban una luz cálida y dorada sobre los invitados, creando un ambiente de opulencia y sofisticación.

Clara, vestida con un elegante vestido de noche que resaltaba su figura, observaba desde una distancia prudente. Sus ojos se encontraron con los de Noah en varias ocasiones, y cada vez, sentía una mezcla de ira y confusión. ¿Quién era realmente este hombre que había amado y en quien había confiado?

Cuando se separaron de la multitud, Noah se acercó a Clara con una expresión seria.
—Clara, necesito hablar contigo —dijo, su voz baja y cargada de tensión.

Clara asintió, siguiendo a Noah a un rincón más tranquilo de la sala. Noah respiró hondo antes de continuar.

—Mi matrimonio con Cara es parte de un plan mayor para consolidar mi poder dentro de la organización criminal. Necesito mi fachada de hombre respetable para desviar sospechas.

Clara lo miró fijamente, sus ojos llenos de incredulidad y dolor.
—¿Y qué hay de tus sentimientos por Cara? —preguntó, su voz temblando ligeramente.

Noah bajó la mirada, un atisbo de arrepentimiento en sus ojos.
—Mis sentimientos por Cara son más complicados de lo que admito. Pero no puedo permitir que eso interfiera con mis objetivos —confesó Noah.

Clara, determinada a descubrir la verdad, siguió a Noah hasta un almacén abandonado. La noche era oscura, y el almacén estaba iluminado solo por la luz tenue de una lámpara solitaria. Clara se ocultó en las sombras, observando cómo Noah se reunía con un grupo de hombres que discutían planes oscuros.

En el mismo lugar, Lucas, la mano derecha de Heinst, disfrazado, estaba infiltrado, recopilando información crucial. Clara escuchó atónita cómo Noah y Lucas intercambiaban palabras en clave, revelando sus respectivas posiciones en bandos opuestos. La tensión en el aire era palpable, y Clara se dio cuenta de que estaba atrapada entre dos fuerzas poderosas.

Mientras Clara observaba desde las sombras, sintió una mano fuerte y cálida en su hombro. Se giró rápidamente, encontrándose con Heinst. Sus ojos se encontraron, y en ese momento, Clara sintió una mezcla de alivio y deseo.

—Heinst, ¿qué haces aquí? —susurró Clara, su voz apenas audible.

—No, ¿Que haces aquí y en tu estado? —preguntó él mientras que estaba cerca de ella.

Heinst la atrajo hacia él, sus brazos envolviéndola en un abrazo protector. —Estoy aquí para protegerte, Clara. No dejaré que te enfrentes a esto sola —dijo Heinst mientras que la oculta aún más de la Luz tenue del almacén.

Clara se aferró a él, sintiendo la seguridad y el amor que Heinst le ofrecía. En ese momento, sus rostros se encontraron tan cerca, lleno de promesas y deseo. La tensión y el miedo de los últimos momentos se desvanecieron, reemplazados por una pasión ardiente que amenazaba sus concentraciones.

Heinst tomó a Clara de la mano y la llevó a un lugar seguro, lejos del almacén y de los peligros que acechaban. En un rincón oscuro, Heinst la miró fijamente, sus ojos llenos de amor y determinación.

—Clara, te prometo que no dejaré que nada te pase. Juntos, enfrentaremos cualquier desafío —dijo Heinst, su voz suave y reconfortante.

Clara asintió, sintiendo una mezcla de miedo y alivio. Sabía que, con Heinst a su lado, podría enfrentar cualquier cosa. La pasión y el deseo que sentían el uno por el otro eran innegables, y en ese momento, Clara supo que no había vuelta atrás.

Cara vivía un cuento de hadas. Ella no veía el verdadero peligro que se avecinaba. La noche de gala la había pasado hablando con personas influyentes de su esposo. Personas que jamás había visto en su vida, sin embargo, ella pensaba que las personas con quienes estaba en conversación eran conocidos empresariales que estaban trabajando con su esposo.

Ajena a lo que se tejía a su espalda, Cara seguía adelante con su vida. Para ella, lo tenía todo, estatus social, el amor de su esposo, el hombre que siempre amó detrás de la sombra de Clara, su hermana.

El comportamiento de Noah tuvo un cambio radical después de aquella gala. Era más frío y casi nunca durante el día compartían como marido y mujer. Cara comenzó a notar que algo no estaba bien, pero no podía poner el dedo en la llaga. Las sonrisas de Noah se volvieron forzadas y sus palabras, escasas. Las noches se llenaron de silencios incómodos y las mañanas de despedidas apresuradas.

Cara intentó hablar con Noah, pero él siempre encontraba una excusa para evitar la conversación. Se sumergió en su trabajo y en reuniones interminables, dejando a Cara sola con sus pensamientos y dudas. Ella trató de mantener la calma, de creer que todo era una mala racha, pero cada día que pasaba, la distancia entre ellos se hacía más grande.

Una noche, mientras Cara revisaba unos documentos en el estudio de Noah, encontró una carta dirigida a él. La curiosidad la llevó a abrirla. La carta era de una mujer que Cara no conocía, pero que parecía tener una relación muy cercana con Noah. Las palabras en el papel eran claras, Noah estaba engañándola.

Cara sintió que su mundo se desmoronaba. Todo lo que había creído cierto se desvanecía ante sus ojos. Se enfrentó a Noah, pero él negó todo, alegando que la carta era un malentendido. Sin embargo, Cara sabía la verdad. La traición de Noah la dejó devastada.

Cara había decidido que no podía seguir viviendo en una mentira. Con el corazón roto, tomó la determinación de hacer algo que jamás pensó que llegaría a considerar. Salió de su hogar y se refugió en las carreteras, sin saber a dónde se dirigía, pero continuaba. Sentía la necesidad de llamar a su gemela para desahogarse. Debía hacerlo.

—Hola, ¿quién habla? —preguntó Clara, mirando nuevamente el número desconocido que la llamaba con tanta insistencia.

—Clara, por favor encuéntrame en el lugar de siempre —dijo Cara antes de cortar la llamada. Clara sintió la preocupación atravesar cada rincón de su cuerpo. Justo cuando estaba saliendo de la residencia de los Conrad, Noah llegaba a la casa de su tío. Ante el apuro de Clara, ella no vio a Noah, quien la observaba. Él decidió seguirla, algo en su actitud había despertado una creciente preocupación por ella.

Horas después de haber manejado por la oscura carretera, Clara llegó al puerto donde las dos hermanas solían encontrarse cuando algo no estaba bien entre ellas durante su juventud. Clara se embarcó en el viejo bote, que le traía recuerdos tanto dolorosos como felices.

—¿Cara? Ya llegué... Cara, ¿dónde estás? —preguntó Clara, elevando su voz al llamar a su gemela. Cara, por su parte, estaba sentada en la parte trasera del bote, observando el cielo mientras bebía sin parar. El dolor que sentía era tan grande que no podía pensar con claridad sobre qué rumbo tomar ahora que sabía la gran mentira en la que estaba envuelta.

—Cara, santo cielo, ¿qué sucede contigo? —dijo Clara, reprochando a su gemela su actitud, que sólo la hacía parecer inmadura en ese momento.

—¿Qué sucede conmigo? ¿Es en serio? —respondió Cara, llorando mientras volcaba la botella de vino en la copa que tenía delante de ella. Clara no entendía qué había llevado a su hermana a

comportarse de esa manera.

Lástima. Eso era lo que Clara sentía por su hermana. Se acercó a ella y se sentó frente a ella para afrontar o tratar de abordar la pregunta que temía hacerle.

—Cara, ¿has peleado con Noah? —preguntó Clara con cierto temor. Una sonrisa amarga escapó de los labios de Cara.

—No me ama... era todo una gran mentira, Clara —dijo Cara mientras tomaba un sorbo de su bebida.

En ese momento, Noah apareció en la escena, dispuesto a discutir con Cara. Ante su presencia, Cara tomó un cúter que tenía frente a ella y lo amenazó, advirtiendo que si se acercaba, lo mataría. Clara no podía permitir que su hermana arruinara su vida haciendo daño a Noah; pensaba que ella no merecía eso.

—Cara, por favor, suelta eso —suplicó Clara, intentando calmar la situación, pero Cara no escuchaba.

—¡No te acerques, Noah! —gritó Cara, sus manos temblando mientras sostenía el cúter. Sus ojos estaban llenos de una mezcla de dolor y desesperación. La tensión en el aire era palpable, y cada segundo que pasaba aumentaba la posibilidad de que algo terrible ocurriera.

Noah levantó las manos en señal de paz, tratando de acercarse lentamente.
—Cara, por favor, baja el arma. Podemos hablar de esto —dijo con una voz calmada, aunque su corazón latía con fuerza en su pecho.

—¡Hablar! ¿Hablar de qué? ¿De cómo me mentiste todo este tiempo? —Cara no podía contener su ira y dolor. Sentía que todos estaban en su contra, incluso Clara, quien intentaba razonar con ella.

—Cara, no estoy en tu contra. Solo quiero ayudarte —dijo Clara, su voz quebrándose. Sabía que debía actuar rápido para evitar una tragedia. Se acercó a su hermana, tratando de encontrar las palabras correctas para calmarla.

La discusión entre ellos se intensificó, y Cara sintió que incluso Clara estaba traicionándola al ponerse del lado de Noah. Los gritos resonaban en el bote, y la situación parecía estar al borde del colapso.

—Cara, estoy aquí para ti, siempre lo he estado. Pero esto no es la solución —insistió Clara, sus ojos llenos de lágrimas.

Decisiones Fatales

El viento soplaba suavemente, y las olas del mar golpeaban contra el bote, como un recordatorio del peligro que estaban enfrentando.

Noah intentó acercarse más, pero Cara tomó a Clara como rehén para impedir que Noah se acercara a ella.

—Oye, Cara. Suéltala, ella no tiene la culpa de esto... Lo sabes ¿No es así? —dijo Noah intentando salvar la vida de la mujer que en verdad amaba.

Cara, al ver la debilidad de su esposo, presionó más el cúter contra la garganta de Clara, sometiéndola a un peligro mayor.

—Cara, no olvides que estoy embarazada... Mira, no sé qué ocurrió entre Noah y tú, pero esto no solucionará nada — dijo Clara tratando de que su hermana no perdiera la cordura y la dañara.

Mientras que Noah avanzaba, más retrocedía Cara hacia el borde de aquel bote.

—Creo que es mejor dar un pequeño paseo ¿Qué piensas, Clara? —amenazó Cara con el cúter en la garganta de Clara.

—Está bien... Está bien, Cara, iremos de paseo —asintió Clara dándole señales a Noah para que encendiera el bote y se introdujera en el interior del mar.

—Ya hemos llegado al centro del mar... Cara, suelta a Clara. ¿No te atreverías a dañarla? Recuerda que es tu gemela —dijo Noah mientras levantaba las manos en el aire para tratar de convencer a Cara, su esposa, de desistir de lo que tenía en mente.

Cara retrocedió más para quedar al borde del bote, pero antes de que Noah las alcanzara, ambas cayeron al agua.

Noah veía cómo ambas caían al agua. Cara había tomado una terrible decisión. Sabía que aún amaba a su hermana, pero estaba decidida a acabar con ella y con su propia vida. Cuando ambas cayeron al agua, fueron arrastradas por la corriente. A Cara, la corriente la llevó hacia los enormes arrecifes, mientras que Clara intentaba nadar hacia la superficie. Cuanto más intentaba subir a la superficie, más sentía dolor en el vientre. El estrés y el golpe que sufrió al caer al borde del bote habían hecho que ella perdiera al bebé. Lentamente, Clara perdía la conciencia y sentía cómo se estaba desangrando.

Noah, desesperado, se lanzó al agua tras ellas. La corriente era fuerte y le dificultaba nadar, pero su determinación por salvar a Clara era inquebrantable. Mientras luchaba contra las olas, podía ver a Cara siendo arrastrada hacia los arrecifes, pero su prioridad era Clara. Finalmente, logró alcanzarla y la sostuvo en sus brazos, tratando de mantenerla a flote.

Clara, apenas consciente, murmuraba palabras incoherentes. Noah podía ver la sangre en el agua y sabía que la situación era grave. Con todas sus fuerzas, comenzó a nadar hacia el bote, luchando

contra la corriente que intentaba alejarlos. Cada brazada era una lucha, pero no podía rendirse.

Finalmente, logró llegar al bote y subió a Clara con cuidado. La recostó en el suelo del bote y trató de detener la hemorragia con lo que tenía a mano. Clara estaba pálida y su respiración era débil. Noah, con lágrimas en los ojos, le susurraba palabras de aliento, rogando que aguantara.

—Vas a estar bien... No dejare que mueras. No puedes hacerme esto —dijo Noah en voz fuerte mientras intentaba desesperadamente para la hemorragia.

Mientras tanto, Cara había sido arrastrada hacia los arrecifes. Su cuerpo golpeó contra las rocas y quedó atrapado entre ellas. La corriente seguía arrastrándola, pero ya no tenía fuerzas para luchar. Sabía que su decisión había sido fatal y que no había vuelta atrás. Con sus últimas fuerzas, miró hacia el bote y vio a Noah cuidando de Clara. Una mezcla de arrepentimiento y tristeza la invadió antes de perder la conciencia.
Las olas del mar había arrastrado el cuerpo de Cara a las orillas del mar, las oleadas chocaban contra su cuerpo para llevarla a tierra. En medio de la noche Cara había tomado una terrible decisión que posiblemente cambiaría radicalmente las vidas de todos. Cara tenía una herida importante, la sangre teñía las aguas como las arenas mojadas de la costa donde ella ahora estaba tendida totalmente inconsciente.

Por otro lado, Noah, desesperado, encendió el motor del bote y se dirigió hacia la orilla lo más rápido posible. Sabía que cada segundo contaba. Al llegar a la orilla, pidió ayuda a gritos. La gente del puerto se acercó rápidamente y llamaron a una ambulancia. Clara fue trasladada de inmediato al hospital, mientras Noah la acompañaba, sosteniendo su mano y rogando que se recuperara.

En el hospital, los médicos lucharon por salvar la vida de Clara. Noah esperaba en la sala de espera, consumido por la preocupación y el dolor. Finalmente, un médico se acercó a él y le informó que Clara había perdido al bebé, pero que su vida estaba fuera de peligro. Noah sintió una mezcla de alivio y tristeza. Sabía que Clara necesitaría mucho tiempo para recuperarse, tanto física como emocionalmente. Pero muy adentro de él no quería llamar a Heinst para avisarle que su esposa estaba en el hospital.

Mientras tanto, el cuerpo de Cara fue encontrado entre las frías y mojadas arenas de las costas. La noticia de su muerte llegó a Noah, quien sintió una profunda tristeza por la pérdida de su esposa, a pesar de todo lo que había ocurrido. Sabía que la relación entre Cara y Clara había sido complicada, pero nunca imaginó que terminaría de esa manera.

—¿Dónde está? Quiero ver a mi esposa —se escuchaban los gritos provenientes desde el exterior de aquella habitación. Era Heinst, quien estaba desesperado por ver a su esposa.

—Te mataré, por tu culpa ella perdió a nuestro hijo —dijo Heinst mientras sostenía con fuerza la camisa de Noah, que aún se encontraba mojado. Noah tomó las manos de Heinst para mirarlo directamente a los ojos. Desafiante y lleno de enemistad, ambos se enfrentaban frente a frente.

—No fue mi culpa, más bien todo esto es tu culpa... Si no te hubieras acostado con mi prometida, esto no habría pasado y todos estaríamos tranquilos y con otra vida. ¡Ahora ya suéltame! —exigió Noah, sacando la mano de Heinst de un solo movimiento.

Heinst, consumido por la ira y el dolor, no podía contener su furia. Había perdido a su hijo y su esposa estaba en grave estado. La culpa lo carcomía, pero en su desesperación, necesitaba encontrar

a alguien a quien culpar. Noah, por su parte, estaba igualmente devastado. Había intentado salvar a Clara, pero las circunstancias habían conspirado en su contra.

—¡Eres un cobarde! —gritó Heinst, lanzando un puñetazo que Noah esquivó por poco. —¡Si no hubieras interferido, nada de esto habría pasado!

Noah, aunque cansado y abatido, no estaba dispuesto a ceder.

— ¿Interferido? ¡Tú eres el que se metió en medio de mi relación! ¡Tú eres el que destruyó todo! — respondió Noah, empujando a Heinst con fuerza.

La tensión en el aire era palpable. Ambos hombres, enfrentados en un duelo de palabras y emociones, estaban al borde de la violencia. La habitación parecía encogerse a su alrededor, llena de la energía negativa que emanaba de su confrontación.

—¡Basta ya! —gritó una voz desde la puerta. Era Clara, quien había logrado salir de su habitación con la ayuda de una enfermera. Aunque débil, su presencia fue suficiente para detener la pelea.

— ¿No se dan cuenta de que esto no soluciona nada? — dijo con lágrimas en los ojos.

Ambos hombres se volvieron hacia ella, sorprendidos y avergonzados. Clara, con una mano en su vientre y la otra apoyada en la pared, continuó.

—He perdido a mi hijo y casi pierdo la vida. ¿Creen que esto es lo que necesito ahora? ¿Verlos pelear como animales?

Noah y Heinst bajaron la mirada, incapaces de sostener la de Clara. La vergüenza y el arrepentimiento comenzaron a invadirlos. Clara, con voz temblorosa, añadió.

—Necesito que se detengan. Necesito que se apoyen mutuamente, no que se destruyan.

La enfermera, preocupada por el estado de Clara, se acercó para ayudarla a regresar a su habitación. Clara, antes de irse, miró a ambos hombres y dijo — Por favor, piensen en lo que realmente importa. No quiero perder a ninguno de los dos.

La habitación quedó en silencio mientras Clara se alejaba. Noah y Heinst se miraron, la ira dando paso a una tristeza compartida. Sabían que Clara tenía razón. La situación era demasiado dolorosa para todos, y la única manera de superarla era unirse, no destruirse.

—Lo siento —dijo Noah finalmente, rompiendo el silencio. —No quise que esto pasara.

Heinst asintió, su rostro reflejando una mezcla de dolor y comprensión.

—Yo también lo siento. No debí culparte. Todos hemos cometido errores.

—¿Dónde está ella? Quiero verla —exigió Clara, aún parada cerca de la cama. Tanto Noah como Heinst se miraron al rostro, intentando encontrar la manera de decir la devastadora noticia.

—¿Qué sucede con ustedes? Cara, ¿dónde está? —volvió a preguntar Clara, sin saber que su hermana había perdido la vida.

—Clara, lo siento. ¿Por qué no te sientas primero? —dijo Heinst mientras intentaba que su esposa le hiciera caso. Noah estaba intentando mantener la calma.

—Hay, por favor, ya díganme qué ha sucedido —preguntó Clara, elevando su voz ante la

impaciencia.

Ecos de Pérdida

—Clara, ella... ella murió. Lo siento, Clara —dijo Noah. Clara aún estaba parada cerca de la cama, pero al escuchar la noticia, sintió que todo en la habitación le daba vueltas. Finalmente, cayó inconsciente. La noticia que Noah le estaba dando era tan impresionante que ella no había resistido. Heinst la sostuvo entre sus brazos.

El silencio en la habitación era ensordecedor. Heinst, con Clara en sus brazos, la llevó suavemente a la cama y la recostó con cuidado. Noah, preocupado, se acercó para ayudar. Ambos hombres se miraron, compartiendo una mezcla de tristeza, preocupación y rivalidad.

—Tenemos que llamar a un médico —dijo Noah, rompiendo el silencio —Clara necesita atención inmediata.

Heinst asintió y, con voz temblorosa, llamó a una enfermera. La enfermera llegó rápidamente y, al ver la situación, llamó al médico de guardia. El médico examinó a Clara y ordenó que se le administraran sedantes para ayudarla a calmarse y recuperarse del shock.

Mientras Clara recibía atención médica, Noah y Heinst se sentaron en silencio, cada uno perdido en sus propios pensamientos. La noticia de la muerte de Cara había sido un golpe devastador para todos. La tensión entre ellos se había disipado, reemplazada por una profunda tristeza y un sentimiento de pérdida compartida.

—No puedo creer que esto haya sucedido —dijo Heinst, rompiendo el silencio.
— Cara era mi esposa, pero también era la hermana de Clara. Esto es demasiado doloroso —dijo Noah compartiendo la experiencia.

Heinst, asintió, su rostro reflejando una mezcla de dolor y arrepentimiento.
—Lo sé. Nunca imaginé que las cosas llegarían a este punto. Cara tomó una decisión terrible, pero eso no cambia el hecho de que todos la amábamos a nuestra manera —dijo Heinst.

El médico regresó y les informó que Clara estaba estable, pero que necesitaría tiempo para recuperarse del shock emocional. Les aconsejó que se mantuvieran cerca de ella y le brindaran todo el apoyo posible.

—Gracias, doctor —dijo Heinst, agradecido por la atención. — Nos quedaremos con ella todo el tiempo que sea necesario.

Noah y Heinst se turnaron para estar al lado de Clara, asegurándose de que siempre tuviera a alguien cerca. La habitación se llenó de un silencio pesado, interrumpido solo por el sonido de los monitores médicos y el suave murmullo de las enfermeras.

Clara comenzó a despertar lentamente, sus ojos se abrieron y miró a su alrededor, confundida. Al ver a Noah y Heinst a su lado, recordó la noticia devastadora. Las lágrimas comenzaron a brotar de sus ojos, y ambos hombres se acercaron para consolarla.

—Lo siento mucho, Clara —dijo Noah, tomando su mano. — Sé que esto es muy difícil para ti.

Heinst, con voz suave, añadió —Estamos aquí para ti, Clara. No estás sola en esto.

Clara, con la voz entrecortada por el llanto, respondió: — No puedo creer que Cara se haya ido. Era mi hermana, mi gemela. ¿Cómo pudo suceder esto?

Noah y Heinst compartieron una mirada de comprensión. Sabían que no había palabras que pudieran aliviar el dolor de Clara, pero estaban decididos a estar a su lado en cada paso del camino.

—Vamos a superar esto juntos, Clara —dijo Heinst, abrazándola con ternura —Te prometo que estaremos aquí para ti, pase lo que pase.

Noah asintió, apoyando a Clara con su presencia silenciosa. Juntos, los tres comenzaron a enfrentar el dolor y la pérdida, encontrando consuelo en el apoyo mutuo y en la esperanza de un futuro mejor.

A pesar de que Heinst y Noah tenían sus propios objetivos, ambos trataron de dejar sus diferencias de lado en las horas de dolor que Clara estaba atravesando. Sin duda, la guerra de poder comenzaría a jugarse en las vidas de ambos hombres.

Heinst se quedó allí, sereno y sin emociones, al igual que Noah, que estaba en silencio. Las lágrimas de Clara mojaron la camisa de Heinst mientras ella se desahogaba, sujetando con fuerza la camisa de Heinst.

—¿Qué quieres que diga? —dijo Heinst mientras la abrazaba con una intensidad que proporcionaba a Clara una cierta seguridad y un cariño que sin duda ella necesitaba.

Clara levantó su rostro hacia él para mirarlo. Tenía los ojos rojizos de tanto llorar y le temblaba el labio inferior.

—Que no está muerta. Que ella está en una de las habitaciones recuperándose —dijo ella mientras más lágrimas se derramaban por sus mejillas para caer nuevamente sobre la camisa de Heinst.

Heinst frunció el ceño mientras tomaba con sus manos el rostro de su esposa, obligándola a mirarlo al rostro.

—¿Quieres que te mienta? Engañarte es solo aumentar el dolor que estás sintiendo, cariño —alegó Heinst para volver a acurrucarla entre sus brazos fuertes.

—Quiero que me dejen sola, por favor —Clara soltó la camisa y dio pasos atrás, sacudiendo su cabeza.

Noah avanzó hacia ella para intentar acercarse a ella, al igual que Heinst estaba interesado en abrazarla, sentir y transmitirle que él estaría a su lado pase lo que pase.

—Eres increíble, Noah —dijo Heinst mientras sujetaba con fuerza la mano de Noah para detener sus acciones. Noah llevó sus ojos a la mano de Heinst, para luego arrebatarse de su agarre de una manera casi violenta.

Es cierto que para Heinst dolió verla sufrir tanto, pero aun así, no dejaría que Noah se acercara a ella. No se lo permitiría, no ante su presencia.

—Descansa... vendré más tarde a verte —dijo Heinst, mientras sacaba a Noah de la habitación de su esposa.

—Ya suficiente... ¿De qué tienes miedo? ¿Acaso temes que ella volviera conmigo? —dijo desafiante Noah, dejando salir su verdadera esencia.

—¿Miedo? No, lamento decepcionarte... Pero seamos sinceros, tu relación con ella estaba estancada. Fracasó antes de que llegaran al altar —manifestó Heinst mientras ponía una mano en el hombro de Noah. Aquellas palabras hicieron que la sangre de Noah hirviera como lava lista para derretir todo a su paso.

—Éramos felices hasta que apareciste en nuestras vidas solo para acabar con nuestra paz —Los ojos de Noah estaban rojizos por la ira acumulada en su interior, sin embargo, las miradas de ambos se sostuvieron el uno contra el otro. Heinst decidió que no contestaría al último comentario de Noah, pues era cierto, él la había sacado quizás a la única mujer que había amado, o eso es lo que Noah aseguraba.

Por otro lado, las noticias se habían propagado sobre la muerte de Cara, la heredera que había asumido tras la muerte de los padres de ambas gemelas. Ahora, todo lo que ella había recibido de la herencia había quedado en manos de Noah. Actualmente, era el hombre más rico y joven que era dueño de un imperio. Las casas novas ahora tenían fijos sus ojos y su atención en él.

El puesto de vicepresidente se le había otorgado a Clara. Después de haber decidido que no dejaría la empresa de su padre en manos de Noah, decidió volver a tomar las riendas de la empresa, aunque fuera desde el puesto de vicepresidencia.

Un auto se estacionó delante de la empresa para que un joven abriera la puerta del pasajero. Unos zapatos de tacón alto y elegante descendieron del auto, permitiendo que todos los que estaban en el interior de la empresa vieran con sus propios ojos que Clara volvía a la empresa. Mientras caminaba hacia el interior de la empresa, los empleados no dejaban de mirarla. Clara llevaba un pantalón de vestir de color negro y una camisa blanca, aquella vestimenta la dejaba tan hermosa que incluso los nuevos empleados no disimulaban al momento de verla.

Cuando salió del ascensor, ella se dirigió directamente hacia la oficina donde su hermana trabajaba. Todo estaba tal como ella había recordado: la oficina amplia, con la ventana reluciente, el estante repleto de carpetas y el escritorio lleno de las cosas personales de Cara. Aunque había pasado un mes desde su partida, ella había ordenado no cambiar nada en la oficina.

Tomó con sus dedos los anteojos de sol que tenía puestos para sacarlos de su rostro. A un costado de la oficina, había cajas por todos lados, ya que aún no habían tenido tiempo de desempacarlo todo, pero estaba en sus planes hacerlo. El mayor desafío para Clara fue empezar de nuevo sin su hermana, recordándola cada segundo, cada pelea, todo venía a su mente como lluvia en invierno.

—Clara, has llegado. Veo que aún no han quitado las pertenencias de Cara... Pero ahora mismo ordenaré que lo hagan —dijo Noah. Clara, sin verlo directamente al rostro, decidió decir unas palabras.

—No es necesario, de hecho, ordené que no toquen sus cosas —dijo ella, mientras caminaba hacia el escritorio para tomar la fotografía de su hermana donde salía tan sonriente.

—Estaba tan feliz ese día —vociferó mientras esta vez observaba a Noah. Él, por otra parte, tenía las manos en los bolsillos, mientras desviaba su mirada de la fotografía que Clara estaba sosteniendo. Era el día de su boda con Cara.

—Sí, eso parece... Clara, creo que deberías dejarla descansar. Ella ya no está entre nosotros —dijo Noah de una manera fría, como si jamás la hubiera amado. Clara dejó la fotografía encima del

escritorio, para dejar escapar una sonrisa. No podía creer que estaba siendo tan frío y poco empático ante la muerte de su esposa.

La Venganza

—Suenas como si jamás la hubieras amado. ¿Qué ocurrió contigo? ¿Quién eres en realidad? —dijo ella mientras sostenía su mirada en él.

—Sabes muy bien que no la amaba. Si me casé, solo fue porque tú me traicionaste. Estaba dolido —confesó Noah. Clara quedó sin reaccionar ante sus palabras, era como si alguien le hubiera derramado agua fría.

—Esto es increíble... Noah, no eres ni la mitad del hombre del que me enamoré —dijo ella mientras caminaba en dirección de la puerta para salir de allí. Necesitaba aire y mucho.

—Quizás me convertí en un hombre frío y capaz de acabar con cualquiera que se cruce en mi camino. Tú eres la creadora de este nuevo hombre que dices no reconocer... ¿Has pensado en ello? —dijo Noah mientras tomaba con fuerza a Clara para hacerla girar hacia él. Los ojos de ella estaban vidriosos; no habían hablado en varios días desde la muerte de Cara, pero no era raro que ella le reprochara su actitud hacia la muerte de su hermana.

—Noah, suéltame —dijo ella con la voz quebrada, pero el joven CEO no estaba dispuesto a ceder ante sus exigencias. La encaminó hacia las paredes de aquella oficina, allí Noah la sujetó con más firmeza mientras la observaba con una furia descomunal.

—Sabes... Ahora que volviste a mi lado, no te dejaré en paz —empezó a decir Noah con una voz aparentemente calmada, mientras que con una mano recorría el fino rostro de ella.

—Quizá deberías considerar la posibilidad de divorciarte de tu esposo lo más rápido posible antes de acabar con su vida —sugirió.

—¿Qué pasa si no lo hago? —dijo ella desafiándolo de tal manera que Noah la sujetó con más fuerza de sus brazos. Ella dejó escapar un gemido de dolor mientras intentaba zafarse de su agarre. Noah se acercó más a ella, listo para dejar unas palabras en sus oídos.

—Entonces no me culpes de lo que haré... Quiero ver por cuánto tiempo intentarás jugar el papel de una buena esposa de la familia Conrab —dijo Noah para dejarla sola y salir de allí.

La sensación de falta de aire que produjo la amenaza de Noah le resultaba desconocida. Noah, por otra parte, mientras caminaba al otro extremo de la oficina de Clara, estaba metido en sus propios pensamientos.

"Eres una mujer increíble, Clara. Es una pena que nuestro matrimonio no haya salido como lo habíamos planeado, pero espero que sepas que no renunciaré a ti. Quiero castigarte por tu traición con Heinst", pensaba Noah mientras cerraba detrás de él la puerta de su oficina. Se apoyó contra su escritorio para ver con atención la fotografía de Cara con él el día de su boda, para luego lanzarla a un costado y que los vidrios del marco se deshicieran por el impacto.

Finalmente, la verdadera cara de Noah estaba saliendo a la luz, dejando decepcionada a Clara, pero a la vez preocupándola ante la firmeza de su amenaza. Se levantó de la silla de su escritorio, se estiró mientras veía el paisaje de los rascacielos que deslumbraba su vista, cruzada de brazos, estaba pensando en qué podría hacer para mantener a raya a su ahora cuñado.

Clara, aún en su oficina, intentaba recuperar el aliento y la compostura. La amenaza de Noah resonaba en su mente como un eco interminable. La idea de que él pudiera hacerle daño a Heinst la aterrorizaba, pero también la enfurecía. ¿Cómo había llegado a este punto? ¿Cómo había permitido que Noah se convirtiera en una amenaza tan real y peligrosa?

Mientras tanto, Noah, en su oficina, se sentía más decidido que nunca. La traición de Clara lo había cambiado, lo había endurecido. Ya no era el hombre que una vez había sido, y no estaba dispuesto a perder lo que consideraba suyo. La fotografía rota de Cara en el suelo era un símbolo de su determinación. No había vuelta atrás.

Clara, por su parte, sabía que tenía que actuar rápido. No podía permitir que Noah llevara a cabo sus amenazas. Necesitaba un plan, algo que le permitiera proteger a Heinst y a sí misma. Se dirigió hacia el estante donde había las carpetas del último registro de lo que se había hecho en la empresa. Los rascacielos, que antes le parecían majestuosos, ahora se sentían como una jaula.

Decidió que lo primero que haría sería ocultar la amenaza que le había hecho Noah a Heinst. Necesitaba evitar que ambos se enfrentaran. Sabía que su esposo no se quedaría con los brazos cruzados y que incluso él haría algo de lo que luego se arrepentiría.

Clara llegó a la residencia de los Conrad y se sentó en la mesa. Para su fortuna, el padre de Heinst no se encontraba allí, pero no negaba que se sentía tranquila al saber que estaba de viaje con su nueva conquista. Eso era un alivio.

—¿Cómo te fue en tu primer día en la empresa? —preguntó Heinst mientras comía su comida. Clara tomó la copa de agua para beberla, mientras lo hacía, estaba pensando qué decir o por qué su esposo estaba preguntando sobre eso.

—Bien, de hecho, aún no he terminado de desempacar mis cosas personales. ¿Y tú? ¿Qué tal te fue con tu entrevista sobre el proyecto nuevo? —se atrevió a preguntar, aunque en realidad no era algo que le apetecía hacerlo.

—Bien, pronto mi padre regresará de su viaje y él se encargará de su puesto en la empresa, así yo me centraré en mi trabajo. Necesito tener más pruebas sobre Noah —dijo Heinst. Aquella noche estaba llegando a su fin y Clara estaba metida en su cama en su habitación. Heinst también ya se encontraba en su habitación, solo una puerta los separaba. Era un matrimonio falso que los unía.

Clara, acostada en su cama, no podía dejar de pensar en la amenaza de Noah. La idea de que él pudiera hacerle daño a Heinst la aterrorizaba. Sabía que tenía que ser cuidadosa y estratégica. No podía permitir que su esposo se enterara de la amenaza, al menos no hasta que ella tuviera un plan sólido para protegerlo.

Mientras tanto, Heinst, en su habitación, también estaba sumido en sus pensamientos. Sabía que Noah era una amenaza, pero no tenía idea de hasta qué punto. Estaba decidido a recopilar más pruebas para poder enfrentarlo de manera efectiva. La tensión entre ellos era palpable, y Heinst no estaba dispuesto a dejar que Noah se saliera con la suya.

La noche pasó lentamente, y Clara apenas pudo dormir. Cada ruido en la casa la sobresaltaba, y cada pensamiento sobre Noah la llenaba de ansiedad. Sabía que tenía que mantener la calma y actuar con inteligencia. No podía dejar que el miedo la paralizara.

Al día siguiente, Clara se levantó temprano y se preparó para ir a la empresa. Sabía que tenía que seguir adelante con su plan. Necesitaba encontrar una manera de proteger a Heinst y a sí misma sin que Noah se diera cuenta de sus intenciones.

Mientras se dirigía a la empresa, Clara repasaba mentalmente sus opciones. Sabía que tenía que ser cautelosa y no dejar que Noah sospechara de sus movimientos. La batalla contra él apenas comenzaba, pero ella estaba decidida a no dejarse vencer. La verdadera cara de Noah había salido a la luz, y ella estaba preparada para enfrentarla.

Cuando llegó a la empresa, lo primero que hizo Clara fue dirigirse hacia los informes de contaduría. Mientras revisaba el informe de los primeros dos meses en los que su hermana había tomado la directiva, notó que no tenía sentido lo que había en el registro con lo que había en el centro de informes central de la empresa. Era como si los informes hubieran sido maquillados. ¿Pero con qué fin? Eso debía averiguar ella.

Clara se sentó en su escritorio y comenzó a comparar meticulosamente los datos de los informes con los registros centrales. Cada discrepancia que encontraba la anotaba en un cuaderno, intentando descifrar el patrón que se escondía detrás de las cifras alteradas. La tarea era ardua y requería de toda su concentración, pero estaba decidida a llegar al fondo del asunto.

Mientras revisaba los documentos, no podía evitar sentir una creciente inquietud. La idea de que alguien dentro de la empresa pudiera estar manipulando los informes para su propio beneficio la preocupaba profundamente. Sabía que tenía que ser cautelosa y no levantar sospechas mientras investigaba.

Clara decidió que necesitaba más información para entender mejor lo que estaba sucediendo. Se dirigió al departamento de contaduría y solicitó acceso a los registros originales de las transacciones. El jefe de contaduría, un hombre de mediana edad con una expresión seria, le entregó los documentos sin hacer preguntas. Clara agradeció su discreción y se retiró a su oficina para continuar con su investigación.

A medida que avanzaba en su análisis, comenzó a notar que las discrepancias no eran aleatorias. Había un patrón claro en las cifras alteradas, y parecía que alguien estaba desviando fondos de la empresa hacia cuentas desconocidas. La magnitud de la manipulación era alarmante, y Clara se dio cuenta de que estaba frente a un caso de fraude.

La preocupación de Clara aumentó cuando se percató de que las cuentas desconocidas podrían estar relacionadas con Noah.

Enfrentamiento Silencioso

La idea de que él estuviera involucrado en un acto tan deshonesto la enfurecía y la asustaba al mismo tiempo. Sabía que tenía que actuar con extrema precaución para no poner en riesgo su propia seguridad y la de Heinst.

Decidió que necesitaba pruebas concretas antes de confrontar a Noah o tomar cualquier acción. Clara comenzó a recopilar toda la información que había encontrado y a documentar cada discrepancia con detalle. Sabía que necesitaba un plan sólido para enfrentar a Noah y exponer sus acciones sin poner en peligro a nadie más.

Mientras tanto, Clara también se aseguró de mantener una fachada de normalidad en la empresa. No quería que nadie sospechara que estaba investigando algo tan delicado. Continuó con sus tareas diarias y mantuvo una actitud profesional y calmada, aunque por dentro estaba llena de ansiedad y preocupación.

La noche llegó y Clara se quedó en su oficina hasta tarde, revisando y revisando los documentos una y otra vez. Sabía que no podía dejar ningún cabo suelto. Finalmente, cuando ya no podía mantener los ojos abiertos, decidió que era hora de irse a casa.

Al llegar a la residencia de los Conrad, Clara se encontró con Heinst en la sala de estar. Él la miró con preocupación, notando las ojeras bajo sus ojos y la tensión en su rostro.

—¿Estás bien, Clara? —preguntó Heinst, acercándose a ella.

—Sí, solo estoy un poco cansada —respondió Clara, tratando de sonar lo más normal posible.

—¿Segura? Pareces preocupada —insistió Heinst.

Clara dudó por un momento, pero decidió que no era el momento adecuado para compartir sus descubrimientos. Necesitaba más tiempo y más pruebas antes de involucrar a Heinst en todo esto.

—Solo estoy tratando de ponerme al día con todo el trabajo en la empresa —dijo Clara, forzando una sonrisa.

Heinst asintió, aunque no parecía completamente convencido. Clara se dirigió a su habitación, sintiendo el peso de la responsabilidad sobre sus hombros. Sabía que tenía una tarea difícil por delante, pero estaba decidida a llegar al fondo del asunto y proteger a su familia y a la empresa de cualquier amenaza.

La batalla contra Noah apenas comenzaba, pero Clara estaba preparada para enfrentarla con valentía y determinación.

Noah estaba en el departamento donde vivía con Cara un tiempo antes de su muerte, mientras

contemplaba el cielo y bebía algo fuerte. El viento jugueteaba con su pelo rubio corto, rapado a los lados y un poco más largo en la parte superior, lo que le daba un aspecto militar. Pero nada podía ocultar su cara de misterio. Tal vez fuera la expresión de sus ojos azules, un poco inocentes y llenos de venganza.

—Hola —Tristen se acercó y miró dentro de la bolsa. —¿Puedo tomar un poco de tu croissant? —preguntó el joven mercenario y viejo amigo de Noah.

Antes de esperar su respuesta, lo agarró y le dio un mordisco.

—Toma, quiero que averigües todo sobre él. ¿Dónde trabaja? ¿Si sale con su esposa? ¿Dónde va, qué come? Quiero saber todo sobre él. ¿Has entendido, Tristen? —ordenó Noah mientras depositaba entre sus piernas un sobre marrón con la foto de Heinst.

—Oye, lo conozco... Es Heinst, tu primo. ¿Qué ha hecho para que lo tengas en la mira? —preguntó con curiosidad Tristen. Los ojos de Noah solo rodaron ante sus preguntas. Sabía que solo el dinero lo callaría como una tumba. Sacó de su mochila otro sobre marrón con billetes verdes, se lo lanzó para que el joven mercenario lo agarrara y quedara satisfecho al ver la cantidad de billetes que Noah le estaba dando.

—Código para no quiero hablar de ello —dijo luego de sonreír.

Tristen tomó una botella para abrirla con los dientes, luego bebió de ella y salió de allí, dejando nuevamente a Noah solo con sus pensamientos o lamentos.

Noah se quedó mirando el cielo, perdido en sus pensamientos. La venganza era lo único que llenaba su mente. La traición de Clara y la muerte de Cara habían despertado en él una oscuridad que no podía controlar. Sabía que tenía que actuar con cautela, pero también con determinación. No podía permitir que Heinst se saliera con la suya.

Mientras bebía otro trago de su bebida fuerte, Noah recordaba los momentos felices que había compartido con Cara. Aunque su matrimonio había sido una farsa, una manera de castigar a Clara, no podía negar que había llegado a sentir algo por Cara. Su muerte había dejado un vacío en su vida, un vacío que ahora estaba lleno de odio y deseo de venganza.

Noah sabía que tenía que ser paciente. No podía actuar precipitadamente y arriesgarse a ser descubierto. Necesitaba información, necesitaba saber todo sobre Heinst para poder planear su próximo movimiento. Tristen era la clave para obtener esa información, y Noah confiaba en que su viejo amigo cumpliría con su tarea.

El viento seguía jugueteando con su pelo, y Noah se perdió en sus pensamientos una vez más. La noche avanzaba, y él sabía que no podía permitirse el lujo de descansar. Tenía que estar alerta, tenía que estar preparado para cualquier cosa. La batalla contra Heinst apenas comenzaba, y Noah estaba decidido a ganarla, costara lo que costara.

Mientras tanto, en la residencia de los Conrad, Clara y Heinst compartían una cena en silencio. Clara no podía dejar de pensar en la amenaza de Noah y en los informes alterados que había descubierto en la empresa. Sabía que tenía que actuar rápido, pero también con cautela. No podía permitir que Noah se saliera con la suya.

Heinst, por su parte, notaba la preocupación en el rostro de Clara. Sabía que algo la inquietaba, pero

no quería presionarla. Decidió que lo mejor era darle espacio y estar allí para ella cuando lo necesitara. La tensión entre ellos era palpable, pero también había una conexión profunda que los unía.

La noche avanzaba, y Clara y Heinst se retiraron a sus habitaciones. Aunque estaban separados por una puerta, ambos sabían que estaban unidos en su lucha contra Noah. La batalla apenas comenzaba, pero estaban decididos a enfrentarla juntos, con valentía y determinación.

Heinst estaba en su oficina revisando unos documentos cuando recibió una llamada anónima. La voz al otro lado de la línea era distorsionada y amenazante.

—Sabemos dónde estás, Heinst. No puedes escapar de nosotros — Heinst colgó el teléfono, pero la llamada se repitió varias veces. Cada vez que contestaba, la voz repetía la misma amenaza. Heinst comenzó a sentirse observado y decidió salir de la oficina para ver si alguien lo seguía. Al salir, notó a un hombre con gafas oscuras y una gorra que lo observaba desde la acera de enfrente.

El corazón de Heinst latía con fuerza mientras intentaba mantener la calma. La sensación de ser observado era abrumadora, y la amenaza en la voz distorsionada resonaba en su mente. Decidió que necesitaba moverse, alejarse de la oficina y ver si alguien lo seguía. Se puso su abrigo y salió del edificio, tratando de actuar con normalidad.

Al cruzar la calle, Heinst miró disimuladamente hacia atrás y vio al hombre con gafas oscuras y gorra que lo seguía a una distancia prudente. La tensión en el aire era palpable. Heinst aceleró el paso, intentando perder a su perseguidor entre la multitud de la ciudad. Sin embargo, el hombre mantenía la distancia, siempre a unos metros detrás de él.

Heinst decidió cambiar de ruta varias veces, girando en esquinas y entrando en callejones, pero el hombre seguía detrás de él. La persecución se volvió más intensa cuando Heinst se adentró en un callejón oscuro. De repente, el hombre se acercó y lo empujó contra la pared. Heinst se defendió, pero el hombre era fuerte. En medio de la lucha, Heinst logró ver el rostro del hombre y se dio cuenta de que era Tristen, el mercenario amigo de Noah.

—¿Qué quieres de mí? —preguntó Heinst, jadeando y tratando de liberarse del agarre de Tristen.

—Solo un mensaje de un viejo amigo —respondió Tristen disfrazado con una sonrisa siniestra—. Quiere que sepas que no puedes escapar de él.

Heinst sintió un escalofrío recorrer su espalda. Sabía que Noah era capaz de cualquier cosa, pero no esperaba que llegara a estos extremos. Tristen lo soltó y se alejó, dejando a Heinst en el callejón, temblando de miedo y rabia.

Heinst regresó a su oficina, aún conmocionado por lo que había sucedido. Sabía que tenía que tomar medidas para protegerse y proteger a Clara. No podía permitir que Noah los amenazara de esta manera. Decidió que necesitaba más información sobre lo que Noah estaba planeando y cómo podía contrarrestar sus movimientos.

Esa noche, Heinst llegó a la residencia de los Conrad y se encontró con Clara en la sala de estar. Ella notó la preocupación en su rostro y le preguntó qué había sucedido. Heinst dudó por un momento, pero decidió contarle todo. Le habló sobre la llamada anónima, la persecución y el encuentro con Tristen. Clara escuchó con atención, su rostro palideciendo a medida que Heinst relataba los eventos.

—Noah está detrás de todo esto —dijo Clara, su voz temblando de miedo y rabia.

—Tenemos que hacer algo. No podemos dejar que nos controle de esta manera.

Heinst asintió, determinado a no dejarse vencer por las amenazas de Noah.

Duelos Silenciosos

Juntos, Clara y Heinst comenzaron a planear su próximo movimiento. Sabían que tenían que ser cautelosos y estratégicos. No podían permitir que Noah se saliera con la suya. La batalla contra él apenas comenzaba, pero estaban decididos a enfrentarla con valentía y determinación.

La noche avanzó y Clara y Heinst se retiraron a sus habitaciones, pero ninguno de los dos pudo dormir. La tensión y la preocupación los mantenían despiertos. Sabían que tenían que estar preparados para cualquier cosa que Noah pudiera lanzarles.

Al día siguiente, Clara intervino en una reunión importante que Noah estaba teniendo en la sala de juntas.

La sala de juntas estaba llena de ejecutivos y altos directivos de la empresa, todos ellos vestidos impecablemente y con expresiones serias. La atmósfera era tensa y profesional, hasta que Clara irrumpió en la sala. La puerta se abrió de golpe y todos los ojos se volvieron hacia ella. Clara, con una expresión decidida y llena de ira, se dirigió directamente hacia Noah, quien estaba de pie al frente de la sala, presentando un informe.

Sin decir una palabra, Clara agarró la camisa de Noah con fuerza, tirando de ella y desgarrando parte del tejido. La acción fue tan inesperada y violenta que todos los presentes quedaron en silencio, mirándola con una mezcla de sorpresa y confusión. Noah, sin embargo, no parecía sorprendido. En lugar de eso, la miraba fijamente, y una sonrisa macabra comenzó a dibujarse en su rostro.

—¿Qué demonios estás haciendo, Clara? —preguntó Noah, su voz llena de una calma inquietante que contrastaba con la tensión en la sala.

—No puedes seguir haciendo esto, Noah —respondió Clara, su voz temblando de ira y desesperación—. No puedes seguir amenazando a mi familia y a mí. Esto tiene que parar.

—Pueden retirarse... Continuaremos con la reunión en otra ocasión —ordeno Noah para que lo demás se levantara de sus lugares para retirarse.

Noah soltó una risa baja y siniestra, sin dejar de mirarla. —¿Y qué vas a hacer al respecto, Clara? ¿Crees que puedes detenerme?— dijo el mirándola fijamente.

La sala de juntas estaba en silencio, todos los presentes que habían observado la escena con una mezcla de incredulidad y temor ya se habían retirado. Clara, con lágrimas en los ojos, soltó la camisa de Noah y dio un paso atrás, tratando de recuperar la compostura.

—No puedes seguir haciendo esto, Noah —repitió Clara, su voz más firme esta vez.

—No voy a permitir que destruyas todo lo que hemos construido —concluyo ella.

Noah se ajustó la camisa desgarrada y se acercó a Clara, su sonrisa macabra aún en su rostro.

—Clara, siempre has sido tan ingenua. ¿Realmente crees que puedes detenerme? ¿Crees que puedes proteger a Heinst de mí?

Clara levantó la barbilla, desafiante. —Sí, lo creo. Y haré todo lo que esté en mi poder para asegurarme de que no le hagas daño a él ni a nadie más.

Noah se río de nuevo, esta vez con más fuerza. —Eres tan patética, Clara. Siempre lo has sido. Pero adelante, inténtalo. Será divertido ver cómo fracasas —la desafió nuevamente. La tensión en la sala era palpable.

Mientras caminaba por el pasillo, Clara sentía una mezcla de ira, miedo y determinación. Sabía que había cruzado una línea al confrontar a Noah de esa manera, pero también sabía que no podía seguir permitiendo que él controlara su vida y la de Heinst. Tenía que actuar, y tenía que hacerlo rápido.

Noah al ver que Clara lo estaba confrontando por Heinst, sintió nuevamente la rabia recorrer su cuerpo. No podía negarse a sí mismo que, aunque Clara estaba realmente molesta, estaba malditamente atractiva. Solo la quería besar, sentir nuevamente sus labios contra los suyos y dejarle en claro a ella que él era su dueño. Nada de lo que Heinst hiciera o tratara de hacer haría que él disminuyera en sus ideas de recuperarla.

La oficina de Clara estaba en silencio, clara vio entrar a Noah en su oficina, estaba invadiendo su privacidad tal como ella lo había hecho segundo atrás.

—Noah ¿qué haces aquí? —pregunto ella tratando de conservar la calma, y ocultando la impotencia que aun sentía.

—Clara, sabes que no puedes escapar de mí —dijo Noah, su voz baja y amenazante —No importa lo que hagas, siempre estaré aquí, esperando.

Clara lo miró con desprecio, pero Noah pudo ver el miedo en sus ojos. Sabía que tenía el control, y eso lo excitaba aún más. Se acercó a ella, invadiendo su espacio personal, y pudo sentir su respiración acelerada.

—Noah, aléjate de mí —dijo Clara, su voz temblando ligeramente.

—¿Por qué? ¿Tienes miedo de lo que pueda hacerte? —Preguntó Noah, su voz llena de deseo y amenaza —Sabes que me perteneces, Clara. Siempre has sido mía.

Clara intentó alejarse, pero Noah la sujetó por la muñeca, acercándola a él. Podía sentir su corazón latiendo con fuerza contra su pecho, y la sensación de su cuerpo contra el suyo era embriagadora.

—Suéltame, Noah —dijo Clara, su voz llena de desesperación.

—No hasta que entiendas que no puedes escapar de mí —respondió Noah, su voz baja y amenazante—. No importa lo que hagas, siempre estaré aquí, esperando.

Finalmente, Noah soltó a Clara y dio un paso atrás, su sonrisa macabra aún en su rostro. Clara, con lágrimas en los ojos, se dio la vuelta y salió de su oficina, dejando a todos en un silencio atónito.

Heinst, justo estaba entrando en el ascensor para dirigirse a la oficina de su esposa. Estaba preocupado por ella y no podía quedarse con los brazos cruzados sin ver con sus propios ojos que su esposa se encontraba realmente bien.

Los murmullos se hicieron presentes mientras avanzaba Heinst hacia la oficina. Podía ver el rostro de preocupación de los empleados, cuya acción solo aumentaba su tensión a cada detalle.

Una joven recepcionista se apresuró a interceptar a Heinst para evitar que se diera cuenta de que Noah estaba en la oficina de su esposa.

—Señor Heinst... ¿Qué le puedo ofrecer? Así le traigo algo para tomar —dijo la recepcionista, con el nerviosismo evidente en su rostro, un claro aviso de que algo estaba ocurriendo en la empresa.

—Señorita Lilith... ¿No es cierto? Le recuerdo que aún soy un accionista suplente de mi padre, lo cual me faculta venir a la hora que quiera en la empresa —dijo Heinst, avanzando hacia la oficina de su esposa.

—Señor Heinst... Su esposa no está en su oficina. La acabo de ver que iba en dirección del sanitario —dijo otra mujer joven que también parecía muy nerviosa.

Heinst, sin embargo, no se dejó disuadir. Continuó avanzando hacia la oficina de Clara, con una creciente sensación de inquietud. Al llegar a la puerta, la encontró entreabierta. Decidido, la empujó para entrar y se quedó perplejo al ver a Noah dentro de la oficina de su esposa. La sorpresa y la desconfianza se reflejaron en su rostro.

—Noah, ¿qué haces aquí? —preguntó Heinst con desconfianza. Noah no dejaba de sonreír con una soberbia que jamás había mostrado ante los demás.

—¿Qué haces tú aquí? —respondió Noah con otra pregunta, su tono lleno de desafío.

—Es obvio, ¿no? Estoy aquí por mi esposa —dijo Heinst, intentando mantener la calma aunque su voz denotaba irritación.

Mientras tanto, Clara salía del sanitario, pero fue interceptada por Lilith, quien tenía su rostro desfigurado por la preocupación.

—Señora Clara, su esposo está en su oficina —advirtió la joven, su semblante reflejando un profundo malestar.

—¿Qué has dicho? ¿Dónde está él ahora? —preguntó Clara, sintiendo cómo la inquietud se apoderaba de ella.

—Es que ambos están en su oficina —dijo Lilith, su expresión aún seria.

Clara se apresuró en dirigirse hacia su oficina, sus pasos resonaban por el pasillo, impulsados por una mezcla de preocupación y curiosidad. Su mente trabajaba a mil por hora, intentando imaginar el motivo detrás de la presencia simultánea de Heinst y Noah en su oficina. Al llegar, vio a ambos hombres de pie, mirándose a una distancia considerable, como si un abismo invisible los separara. La tensión en el aire era palpable.

Con una respiración profunda, Clara se introdujo en el interior de su oficina. Tanto Heinst como Noah la observaron con asombro, sus miradas reflejaban sorpresa y una pizca de incomodidad. El silencio en la habitación era denso, casi opresivo.

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó Clara, su voz firme aunque un poco temblorosa, mientras cerraba la puerta detrás de ella.

Heinst fue el primero en hablar, dando un paso hacia adelante con expresión seria.

—Clara, vine porque necesitamos hablar de algo importante —dijo, sin apartar la mirada de Noah, quien aún mantenía su sonrisa arrogante.

Noah, sin embargo, no esperó a que Clara respondiera y avanzó también.

—Oh, por favor, Heinst. Todos sabemos que tu concepto de "importante" es bastante subjetivo —replicó con un tono cargado de sarcasmo.

Clara levantó una mano, exigiendo silencio.
—Basta. No vine aquí para ser mediadora en sus disputas. Quiero saber, ahora mismo, qué está pasando y por qué ambos están aquí —dijo, su tono no admitía réplica.

Heinst suspiró, mirando a Clara con una mezcla de preocupación y determinación.

—Clara, vine porque creo que Noah está tramando algo en tu contra. No puedo permitir que te haga daño —dijo, su voz baja pero cargada de sinceridad.

Noah soltó una carcajada, aunque sus ojos no mostraban humor alguno.

Doble Juego

—¿Tramar algo en su contra? Heinst, tú siempre tan melodramático. Yo solo vine a discutir unos asuntos de trabajo con Clara —respondió, encogiéndose de hombros.

Clara sintió cómo la tensión aumentaba, y por un momento se quedó en silencio, tratando de analizar la situación. Observó los rostros de ambos hombres, buscando cualquier pista que le revelara la verdad.

—Esto no tiene sentido —murmuró para sí misma, antes de mirar a ambos con decisión—. Necesito que ambos salgan de mi oficina ahora.

Hablaré con cada uno por separado para entender qué está pasando realmente.

Heinst y Noah intercambiaron miradas, pero no se movieron.

—Clara, no puedes estar sola con él. No es seguro —insistió Heinst.

—Y tú no eres quien para decirle qué hacer —replicó Noah, dando un paso adelante.

Clara alzó la voz, cortando la discusión.

—¡Basta! Ambos salgan ahora. Esta es mi oficina, y yo tomaré las decisiones aquí —ordenó.

Finalmente, después de un momento de duda, ambos hombres asintieron y salieron de la oficina, aunque no sin antes lanzarse miradas desafiantes. Clara cerró la puerta tras ellos, sintiendo un leve alivio al quedarse sola, pero sabiendo que las respuestas aún estaban por descubrirse.

Heinst se encontraba en una sala oscura, iluminada solo por la luz tenue de una lámpara de escritorio. Estaba rodeado de papeles, diagramas y notas escritas a mano que cubrían casi cada centímetro de la mesa y las paredes. La habitación estaba cargada con el aire de una intensa concentración y determinación.

—Clara no entenderá la gravedad de la situación hasta que vea el peligro real —murmuró para sí mismo, trazando una línea roja en un mapa extendido sobre la mesa—. Si puedo demostrarle que Noah no es de fiar, que sus acciones pueden ponerla en peligro, entonces no tendrá más opción que confiar en mí.

La obsesión de Heinst por proteger a Clara lo había llevado a idear un plan meticuloso y algo siniestro. Decidió que la única manera de hacer que Clara viera a Noah como una amenaza era crear una situación que lo implicara en actividades sospechosas. Para ello, Heinst planeó simular un pequeño incidente.

Heinst pensó en cada detalle con precisión. Planeó colocar pruebas falsas que involucraran a Noah en actividades ilícitas. Decidió contratar a un detective privado, alguien discreto y altamente competente, para seguir a Noah y obtener fotografías comprometedoras que respaldaran su historia fabricada. Las fotos tendrían que ser lo suficientemente incriminatorias como para sembrar la duda en la mente de Clara, pero no tan explícitas que pudieran ser fácilmente desacreditadas.

Después de varias llamadas y reuniones discretas, Heinst logró contratar a un detective conocido por su habilidad para mantenerse en las sombras. Le proporcionó las instrucciones precisas y le entregó un sobre con un pago considerable.

Heinst se sentó en su escritorio, revisando meticulosamente cada detalle de su plan. Sabía que tenía que ser cuidadoso; cualquier paso en falso podría alejar a Clara para siempre. Estaba decidido a protegerla, incluso si eso significaba presionarla para que aceptara su ayuda.

El detective comenzó a seguir a Noah, tomando notas detalladas de sus movimientos y actividades diarias. Heinst revisaba cada informe con una precisión casi maniática, asegurándose de que cada pieza del rompecabezas encajara perfectamente en su narrativa.

Una noche, el detective logró obtener una serie de fotografías de Noah en un lugar sospechoso, reuniéndose con individuos de aspecto dudoso. Aunque las reuniones eran inofensivas, las imágenes contaban una historia diferente. Con estas pruebas en la mano, Heinst sabía que había llegado el momento de actuar.

Preparó cuidadosamente el sobre con las fotografías y un informe detallado, explicando la "investigación" que había llevado a cabo. Se aseguró de que todo pareciera legítimo y convincente.

Finalmente, con el sobre en su mano, se dirigió a la oficina de Clara, dispuesto a presentar su caso.

El corazón de Heinst latía con fuerza mientras se acercaba a la puerta de la oficina de Clara. Sabía que estaba a punto de cruzar una línea, pero su determinación de protegerla era más fuerte que cualquier duda. Al llegar, respiró hondo y golpeó suavemente la puerta.

—Clara, necesito hablar contigo. Es urgente —dijo, entrando con paso decidido.

Clara levantó la mirada de su escritorio, sorprendida por la expresión grave en el rostro de Heinst.

—¿Qué ocurre, Heinst? —preguntó, dejando a un lado sus papeles.

Heinst extendió el sobre hacia ella, sus manos temblaban ligeramente.

—Necesitas ver esto. Es sobre Noah. Creo que está involucrado en algo peligroso, y debes saber la verdad para protegerte.

Clara tomó el sobre con cautela, sus ojos llenos de preocupación. Lo abrió lentamente y comenzó a revisar las fotografías y el informe. Su rostro palideció a medida que avanzaba, y sus manos comenzaron a temblar.

—Esto... esto no puede ser cierto —murmuró, levantando la mirada hacia Heinst con ojos llenos de confusión y miedo.

—Clara, sé que es difícil de creer, pero debes confiar en mí. Necesitas protegerte, y para eso, necesitas mi ayuda —dijo Heinst, acercándose a ella con una expresión de sincera preocupación.

Clara asintió lentamente, su mente abrumada por las revelaciones. Sabía que tenía que tomar una decisión difícil, pero en ese momento, la seguridad que Heinst le ofrecía parecía ser su única opción.

Noah se encontraba en su despacho, un lugar moderno y elegante, con grandes ventanales que ofrecían una vista panorámica de la ciudad. El horizonte urbano se extendía ante él, iluminado por las luces centelleantes de los edificios y el bullicio constante del tráfico. El ambiente sereno del despacho contrastaba con la actividad frenética del mundo exterior, creando una burbuja de tranquilidad para Noah mientras trabajaba.

En su escritorio de vidrio y acero, varios documentos confidenciales estaban esparcidos, cada uno cuidadosamente organizado según su importancia. Noah se recostó en su silla de cuero, tamborileando los dedos en la superficie del escritorio. Una sonrisa fría se dibujó en su rostro mientras su mente trabajaba incansablemente en la mejor manera de manipular a Clara para que hiciera lo que él quería.

—Clara es demasiado ingenua, siempre queriendo ver lo mejor en las personas. Pero todos tienen un punto de quiebre —pensó en voz alta, sus palabras resonando en la habitación vacía. Tomó uno de los archivos confidenciales y comenzó a revisarlo, sus ojos escaneando cada línea con precisión—. Si puedo encontrar algo que realmente le importe, algo que la desestabilice, podré controlarla.

Noah estaba revisando archivos antiguos en la oficina, buscando información que pudiera usar para consolidar su control sobre Clara. La luz suave de su lámpara de escritorio iluminaba las hojas amarillentas que estaba revisando, creando un contraste con la oscuridad que envolvía el resto de la habitación. El ambiente era tranquilo, solo perturbado por el suave crujido de los papeles y el sonido rítmico del tamborileo de los dedos de Noah en el escritorio.

Mientras escaneaba uno de los documentos, una carta antigua, escrita a mano, cayó al suelo. Intrigado, Noah la recogió y comenzó a leerla con detenimiento. Las palabras, desvaídas por el tiempo, revelaban un secreto impactante: Clara no era la hija biológica de sus padres, sino que había sido adoptada. Pero eso no era todo; la carta también mencionaba que la verdadera familia de Clara pertenecía a una poderosa y peligrosa organización que había estado buscando a su hija perdida durante años.

La sorpresa inicial de Noah se transformó rápidamente en una sonrisa maliciosa. Se recostó en su silla, sosteniendo la carta con una mano mientras su mente comenzaba a trazar un nuevo plan.

—Esto es perfecto —murmuró para sí mismo, con una satisfacción evidente en su voz—. Clara no tiene idea de quién es realmente, y este secreto puede ser mi carta maestra. Si juego bien mis cartas, ella no tendrá más opción que seguir mis órdenes.

Noah sabía que la información contenida en esa carta podría cambiarlo todo. Clara siempre había sido una persona fuerte e independiente, pero este nuevo conocimiento podría desestabilizarla profundamente. La clave era encontrar la manera exacta de usar esta revelación para manipularla, sin levantar sospechas.

Pasó la noche elaborando un plan. Primero, debía asegurarse de que Clara descubriera su verdadera identidad de una manera controlada, donde él pudiera manejar su reacción y ofrecerse como su único apoyo. Luego, debía explotar el miedo y la inseguridad que surgirían de esa revelación, presentándose como el único que podía protegerla de los peligros que acechaban.

Noah volvió a leer la carta, asegurándose de no pasar por alto ningún detalle. Era crucial que cada parte de su plan fuera ejecutada con precisión. Sabía que no podía cometer errores; la más mínima equivocación podría desbaratar todo y alertar a Clara sobre sus verdaderas intenciones.

Noah pasó los días sumido en un frenético esfuerzo por descubrir el paradero de los padres biológicos de Clara y su hermana gemela, quien ya no estaba en la tierra. La información contenida en la carta antigua lo había lanzado a una obsesiva búsqueda, y cada nuevo hallazgo aumentaba su determinación. Sabía que si lograba encontrar a esta familia, podría manipular a Clara de una manera aún más profunda y efectiva.

El hecho de saber que el padre de Clara era un líder de una organización criminal solo aumentaba el interés de Noah por conocerlo. Las conexiones, el poder y la influencia que este hombre debía poseer eran recursos que Noah estaba decidido a explotar a su favor.

Bajo la Superficie

Cada noche, Noah se sumergía en un mar de documentos, informes y bases de datos, rastreando cada pista con una tenacidad implacable.

Durante el día, mantenía una fachada de calma y normalidad, pero sus pensamientos estaban constantemente enfocados en su búsqueda. Había contratado a varios detectives privados y hackers para que lo asistieran en la investigación, y no escatimaba en gastos para obtener la información que necesitaba.

Mientras tanto, Clara seguía con su vida diaria, ajena a la tormenta que se aproximaba hacia ella como un verdadero huracán. Confiaba cada vez más en Noah, viendo en él a un aliado y protector en medio del caos que su vida había devenido tras la revelación de su adopción. Noah jugaba bien su papel, brindándole apoyo y consejo, ganándose su confianza día a día.

Una noche, mientras revisaba informes de sus investigadores, Noah encontró una pista crucial: una dirección en una ciudad lejana, supuestamente vinculada con el paradero de los padres de Clara. Decidió actuar de inmediato, sabiendo que debía moverse rápido antes de que la información se enfriara.

Noah organizó un viaje bajo la excusa de asuntos de negocios, dejando a Clara con la promesa de que pronto tendrían más respuestas sobre su familia biológica. Clara, agradecida por su constante apoyo, no sospechó nada.

Al llegar a la ciudad, Noah se dirigió a la dirección que había encontrado. El lugar era un lujoso pero discreto edificio en una zona residencial exclusiva. Con su usual astucia, Noah logró ingresar al edificio y llegar al apartamento indicado. Allí, finalmente, se encontró cara a cara con el hombre que había estado buscando: el padre biológico de Clara.

—¡Mis hombres me han dicho que me estabas buscando! ¿Qué hace un hombre con ropa fina en este suburbio? — preguntó el hombre. El encuentro fue tenso. El padre de Clara, un hombre de mirada dura y calculadora, lo recibió con recelo. Noah, sin embargo, supo manejar la situación con su carisma habitual.

—Sé quién eres y sé quién es tu hija —dijo Noah, sin rodeos —Clara no sabe de tu existencia, pero eso puede cambiar pronto. Estoy aquí para proponer una alianza.

El hombre lo observó en silencio, evaluando cada palabra y cada gesto.

—¿Por qué debería confiar en ti? —preguntó finalmente, con una voz tan fría como su mirada.

—Porque tengo información valiosa sobre Clara y sobre la organización que has construido. Juntos, podemos asegurarnos de que ella permanezca segura y que tú continúes con tus negocios sin interferencias —respondió Noah, con una seguridad inquebrantable.

—No tengo una sola hija... sino que dos —dijo el hombre mientras que se servía bebida en un vaso. Noah no había pensado que decir por la muerte de Cara.

—Si, lo sé. Pero esta muerta... se llamaba... — antes que Noah terminara de hablar, el hombre lo

interrumpió.

—Cara... así se llamaba mi segunda hija. Lo siento por tu pérdida — dijo el hombre para que Noah quedará en silencio, las palabras del hombre había sorprendido por completo a Noah.

La conversación se prolongó durante horas. Noah detalló su plan y cómo ambos podrían beneficiarse de esta alianza. Finalmente, el padre de Clara aceptó, viendo en Noah a un aliado útil.

Con el acuerdo sellado, Noah regresó a la ciudad con una mezcla de triunfo y anticipación. Ahora tenía no solo el control sobre Clara, sino también una poderosa conexión que podría utilizar para sus propios fines.

Clara, sin embargo, seguía sin tener idea de la magnitud de la tormenta que se aproximaba.
Cada día que pasaba, Clara se acercaba más al centro de un huracán de intrigas y peligros que amenazaba con desmantelar su vida. Y mientras Noah se preparaba para ejecutar su plan, la calma antes de la tormenta era lo único que separaba a Clara de la verdad devastadora que pronto saldría a la luz.

Román Reagan, sentado en su imperio, estaba evaluando las ventajas y desventajas. Saber que muy pronto podría tener la posibilidad de tener a su hija en frente suyo lo ponía en cuna cuerda floja. No obstante, recordar que su esposa había entregado a sus dos hijas a los padres de Clara, despertaba en él una molestia que crecía en su interior.

—Señor ¿quiere que lo siga? —preguntó el joven que estaba parado a su costado. Erick Dovanox estaba dispuesto cumplir los deseos de aquel hombre que lo cuidó y crió como su verdadero hijo.

—No es necesario... No es un peligro este sujeto. Pero sabes quiero que averigües todo sobre mi hija Clara... creo que ha llegado el momento de conocernos — dijo Román. Mientras que seguía disfrutando de su bebida.

— Si señor — respondió Erick.

Heinst por su parte, estaba recopilando cada prueba n contra de Noah, hace tres años atrás había jurado que no dejaría de luchar para poner justicia por la muerte de su prometida.

Lucas había decidido seguir de cerca los movimientos de Noah, sintiendo que algo extraño estaba ocurriendo. Mientras lo observaba con cautela, resolvió informar cada uno de los pasos que tomara Noah a su jefe, Heinst. Con una mezcla de nerviosismo y determinación, Lucas sacó su teléfono y marcó el número de su superior.

—Hola, dime Lucas, ¿qué tienes? — preguntó Heinst al otro lado de la línea, con su habitual tono serio pero curioso.

—Señor, seguí a Noah como me pidió, pero vino a los suburbios de la ciudad para visitar a un sujeto — informó Lucas, tratando de mantener la calma a pesar de la inquietud que sentía.

Heinst escuchaba en silencio, y la falta de respuesta durante unos momentos hizo que Lucas se preocupara. El joven agente apretó el teléfono contra su oído, esperando ansiosamente una reacción.

—Señor, ¿me escucha? — preguntó Lucas, rompiendo el incómodo silencio.

Finalmente, la voz de Heinst volvió a sonar, aunque con un tono más contenido y reflexivo.

—Sí, estoy aquí... Lucas, sigue vigilándolo. Luego me pasas la dirección donde estuvo. Yo averiguaré por mi cuenta —respondió Heinst, con un aire de preocupación que no solía mostrar. Desde el fondo de su corazón, presentía que algo más grande y oscuro estaba en marcha, algo que requería de su completa atención y discreción.

La llamada terminó, pero el ambiente seguía cargado de tensión. Lucas, sintiendo el peso de la responsabilidad sobre sus hombros, continuó observando a Noah, consciente de que cada movimiento podría ser crucial para desentrañar el misterio que los envolvía.
Algo que tenía a Heinst es confiar en su intuiciones, casi nunca le han fallado. Y esta vez estaba seguro que no será una excepción.

Clara vivía su vida cotidiana sin sospechar que, desde las sombras, alguien la vigilaba constantemente. Erick, la mano derecha del hombre que era su verdadero padre, había recibido instrucciones precisas: observarla, protegerla, y asegurarse de que todo lo que hiciera estuviera bajo su control.

Cada mañana, mientras Clara seguía su rutina sin preocupaciones, Erick permanecía a una distancia prudente, lo suficientemente lejos para no ser detectado, pero lo suficientemente cerca para intervenir en caso de cualquier peligro. Si Clara salía a dar un paseo, él la seguía. Si se sentaba a leer en el parque, Erick se aseguraba de estar en un lugar donde pudiera verla sin ser visto. Cuando ella hablaba con alguien, él analizaba cada palabra, cada gesto, en busca de cualquier señal de amenaza o de algo que pudiera interesar a su jefe.

Un día, mientras Clara caminaba por una calle tranquila rumbo a una pequeña cafetería, Erick la seguía como de costumbre. Todo parecía normal hasta que un hombre desconocido se acercó a ella con demasiada familiaridad. Erick, desde la sombra de un edificio cercano, tensó los músculos, listo para intervenir. Observó atentamente la interacción, tratando de leer las intenciones del extraño. Clara, sin sospechar nada, sonreía amablemente, pero Erick sabía que su trabajo era no dejar nada al azar.

Cuando el hombre se despidió y Clara entró en la cafetería, Erick se relajó solo un poco. Su misión era clara, no debía perderla de vista, aunque ella no tenía ni idea de que él existía. No podía dejar que supiera la verdad; que su vida estaba siendo controlada por alguien que no era el hombre que ella creía su padre. Cada paso que daba, cada persona con la que hablaba, era monitoreado meticulosamente por Erick, quien se estaba convirtiendo en una sombra constante en su vida, un protector silencioso que, aunque invisible para Clara, estaba dispuesto a todo para cumplir con su deber.

A medida que los días pasaban, Erick se encontraba cada vez más atrapado en el dilema de su misión. Mientras seguía vigilándola, no podía evitar sentirse cada vez más involucrado en su vida, deseando poder revelarle la verdad, pero sabiendo que hacerlo podría desatar una serie de eventos que cambiarían sus vidas para siempre.

Lentamente, la vida de Clara se iba tornando cada vez más misteriosa, como si de repente se hubiera sumergido en un cuento tenebroso lleno de intrigas y sombras. Sin saberlo, se encontraba atrapada en una trama que parecía tejerse a su alrededor con todos los ingredientes de un destino marcado por el sufrimiento y el peligro.

Cada día, pequeñas señales comenzaban a inquietarla: miradas furtivas en lugares que solían ser

tranquilos, la sensación constante de ser observada, y una extraña presión en el aire que la seguía dondequiera que iba. Clara trataba de convencerse de que solo eran imaginaciones suyas, producto del estrés y la rutina, pero en el fondo de su ser, algo le decía que su vida estaba cambiando de una manera que no podía entender.

Secretos en la Oscuridad

Los eventos cotidianos empezaron a desmoronarse. Conversaciones que antes eran banales adquirían un tono de urgencia, y personas que habían sido confiables empezaban a comportarse de manera sospechosa. Incluso su hogar, que siempre había sido un refugio seguro, comenzó a parecerle un lugar lleno de secretos ocultos entre las paredes. Era como si estuviera viviendo en una fábula oscura, donde cada rincón de su vida albergaba un enigma esperando a ser descubierto, un secreto que amenazaba con desmoronar la realidad que siempre había conocido.

Sin saberlo, Clara estaba siendo empujada hacia el centro de una tormenta que había comenzado mucho antes de su nacimiento, una tormenta que la arrastraría inevitablemente hacia un pasado desconocido, donde descubriría que su vida no era lo que parecía, y que las sombras que la rodeaban tenían rostros y nombres que cambiarían su mundo para siempre.

Clara se encontraba en la biblioteca de la residencia de los Conrab, un refugio que había descubierto por accidente, donde el silencio solo era roto por el susurro de las páginas al pasar. Estaba inmersa en la lectura de un libro antiguo que había encontrado en una estantería olvidada, cubierta de polvo y telarañas, como si nadie hubiera tocado ese lugar en años. Las palabras, casi borradas por el tiempo, la transportaban a otro mundo, un mundo lejano que parecía más real que la propia realidad.

Sin embargo, mientras se adentraba en la historia, una inquietante sensación comenzó a crecer en su interior. Era como si algo o alguien la estuviera observando desde las sombras. El sentimiento se intensificaba con cada minuto que pasaba, pero Clara trató de ignorarlo, convenciéndose de que solo eran los efectos de la soledad y el ambiente oscuro de la biblioteca.

De repente, y sin previo aviso, las luces parpadearon y luego se apagaron por completo, sumiendo la habitación en una oscuridad impenetrable. Clara se quedó inmóvil, su respiración se aceleró mientras sus ojos intentaban adaptarse a la repentina falta de luz. La oscuridad no era lo que la aterrorizaba; era la certeza de que no estaba sola. Antes de que pudiera reaccionar o gritar, sintió un agudo pinchazo en su cuello.

—Pero… ¿Qué fue eso? —dijo Clara. Trató de alzar la mano para tocar el área afectada, pero una sensación de debilidad la invadió rápidamente. Su visión comenzó a nublarse, y el libro que sostenía cayó al suelo con un sonido sordo.

El mundo a su alrededor comenzó a desvanecerse, convirtiéndose en una nebulosa de sombras y ecos lejanos. Clara intentó aferrarse a la conciencia, pero todo se volvió borroso. Sus piernas fallaron y su cuerpo comenzó a desplomarse lentamente hacia el suelo. Desde las sombras, Noah observaba la escena con una frialdad que no coincidía con su habitual expresión amable. Sabía que el tiempo era esencial. Sin vacilar, salió de su escondite, se acercó a Clara y la levantó en brazos. Sentía el peso ligero de su cuerpo, el latido lento de su corazón bajo los efectos del sedante. Todo estaba saliendo según lo planeado.

Noah salió de la biblioteca con Clara en brazos, atravesando la mansión en silencio. Nadie lo detuvo; todo estaba perfectamente coordinado. Su misión era clara.

Llevar a Clara ante su verdadero padre, un hombre que ella ni siquiera sabía que existía, pero cuyo poder se extendía más allá de lo que cualquier persona común podría imaginar. Mientras caminaba por los largos pasillos, Noah no podía evitar preguntarse qué sucedería cuando Clara despertara y descubriera la verdad.

Al mismo tiempo, a kilómetros de distancia, Heinst estaba en medio de una importante reunión en la sede de su compañía. La presentación de un proyecto crucial captaba toda su atención, y la sala estaba llena de ejecutivos atentos y enérgicos. Pero algo había llamado su atención, y era que Noah, el presidente de la compañía no se encontraba en el lugar, en su lugar había designado a otro representante.

Sin embargo, mientras hablaba, algo cambió en el ambiente. Una extraña sensación de tensión comenzó a flotar en el aire, imperceptible al principio, pero cada vez más palpable.

Los guardias de seguridad, siempre atentos, comenzaron a recibir informes de una posible amenaza en el edificio. Se comunicaban en voz baja, intentando no alterar el desarrollo de la reunión, pero la preocupación en sus rostros no pasó desapercibida.

Heinst, a pesar de que lleva una doble vida, como un agente contra los crímenes, también supo sobrellevar su vida como hijo de un empresario, en su oído llevaba un audífono el cual podía escuchar la voz de Lucas.

—Señor, hemos recibido una información sobre un posible ataque… Debería salir de la reunión y ponerse a resguardo — dijo Lucas.

Antes de que pudieran reaccionar de manera efectiva, un estruendo sacudió la estructura. Una explosión resonó en algún lugar del edificio, y la onda expansiva arrojó a Heinst al suelo con una fuerza brutal.

Aturdido y con la visión borrosa, Heinst intentó ponerse de pie. El sonido agudo en sus oídos y el dolor en su cuerpo lo desorientaban, pero su instinto de supervivencia era fuerte. Sin embargo, antes de que pudiera moverse más, las puertas de la sala de conferencias se abrieron de golpe. Varias figuras enmascaradas y armadas irrumpieron en la sala con precisión militar. La confusión se transformó en caos.

Los atacantes no dieron tiempo a que nadie reaccionara. Uno de ellos se acercó rápidamente a Heinst, quien apenas había logrado ponerse de rodillas. El golpe fue certero y contundente, directo a la cabeza. La oscuridad envolvió a Heinst mientras caía inconsciente, su mente apagándose al mismo tiempo que su cuerpo se desplomaba en el suelo frío. La reunión, que había comenzado como una

oportunidad para asegurar el futuro de la empresa de su esposa, se había convertido en una emboscada cuidadosamente planeada.

Mientras tanto, Noah continuaba su camino, ajeno al ataque que había sufrido Heinst, pero consciente de que el destino de Clara estaba ahora en manos de fuerzas que ella aún no comprendía. Todo se desarrollaba en una red de intrigas y secretos que pronto saldrían a la luz, cambiando sus vidas para siempre.

Noah conducía con precisión, sus manos firmemente sujetas al volante mientras el vehículo avanzaba a través del día y mucho tráfico. Clara, inconsciente en el asiento trasero, era completamente ajena al destino que la aguardaba. La luz de día iluminaban brevemente la carretera con los autos pasando al costado el auto de Noah, antes de que la oscuridad volviera a engullir todo a su alrededor. El viaje se prolongó en silencio, solo roto por el suave zumbido del motor y el sonido de la respiración constante de Clara. Noah no desvió la mirada del camino, consciente de que cualquier error podría poner en peligro su misión. El lugar al que se dirigía no debía ser descubierto por nadie. En especial por Clara.

Finalmente, después de lo que parecieron horas, Noah llegó a su destino, una mansión antigua y majestuosa, oculta en lo más profundo de un bosque denso y sombrío en las afueras de la ciudad. La estructura, con sus paredes cubiertas de enredaderas y su fachada desgastada por el tiempo, irradiaba una atmósfera de misterio y secretos bien guardados. Noah detuvo el coche y salió, abriendo la puerta trasera con cuidado. Levantó a Clara en brazos, sintiendo su ligereza y la fragilidad que la envolvía en ese estado. Con pasos rápidos pero silenciosos, la llevó al interior de la mansión.

Mientras tanto, en un lugar muy cercano, Heinst se recuperaba lentamente del ataque sufrido en su oficina. Despertó en una habitación oscura y húmeda, con el cuerpo dolorido y la cabeza llena de confusión. Trató de moverse, pero sus manos y pies estaban atados a una silla de madera. Sus captores lo habían dejado en una posición vulnerable, sin forma de comunicarse con el exterior. La soledad de la celda y la sensación de impotencia se apoderaron de él. Sin embargo, a pesar del dolor físico, su mente estaba concentrada en un solo pensamiento, Clara. Algo en su interior le decía que ella estaba en peligro, pero no podía hacer nada para ayudarla. La frustración lo consumía mientras intentaba desesperadamente encontrar una manera de liberarse.

Noah depositó a Clara en un diván con movimientos calculados y precisos, casi mecánicos, como si cada acción estuviera premeditada hasta el último detalle. Su mirada no se apartaba de ella mientras observaba cómo comenzaba a recobrar la conciencia. Los párpados de Clara temblaron ligeramente, como si estuviera luchando contra una pesadilla de la que no podía despertar. Su respiración, inicialmente irregular, se hizo más profunda y pausada, y poco a poco el mundo alrededor de ella empezó a enfocarse, pero aún con una bruma de confusión.

Al principio, Clara no comprendía dónde estaba. Las sombras danzaban en las esquinas de la habitación, y la luz tenue que apenas iluminaba el lugar añadía un aire de misterio que le erizó la piel. Una sensación de vulnerabilidad se apoderó de ella mientras sus ojos recorrían la habitación desconocida. No había nada familiar, nada que le diera un indicio de dónde se encontraba o cómo había llegado allí.

Revelaciones

Entonces, su mirada se posó en Noah, quien estaba de pie a un lado, observándola con una expresión impasible. Ese rostro, que antes le había transmitido confianza y amistad, ahora le devolvía una frialdad que la golpeó con la fuerza de una traición.

—Noah... —murmuró Clara, su voz apenas un susurro cargado de incredulidad y dolor. No podía creer que fuera él quien la había llevado a ese lugar extraño. Cada segundo que pasaba hacía que la realidad se tornara más inquietante, y las preguntas se acumulaban en su mente, cada una más angustiante que la anterior.

Antes de que pudiera formular otra palabra, una figura emergió de las sombras, como un espectro que había estado esperando su momento. Era un hombre de porte imponente, con rasgos severos y una mirada que parecía atravesar el alma de Clara. Su presencia llenó la habitación con una autoridad indiscutible, y Clara sintió cómo su corazón se aceleraba mientras lo miraba, incapaz de moverse. Había algo en él, algo en su postura y en su rostro que le resultaba extrañamente familiar, como si lo conociera desde siempre, pero solo en lo más profundo de su subconsciente, en un lugar que no había explorado hasta ahora.

—Bienvenida, Clara —dijo el hombre, su voz resonando con una autoridad que no admitía dudas.

—He esperado mucho tiempo para este momento —Su tono era firme, calculado, como si cada palabra estuviera destinada a provocar una reacción específica en ella.

Clara no podía comprender lo que estaba sucediendo. Sentía como si su mente estuviera atrapada en una maraña de preguntas, pero ninguna de ellas lograba llegar a sus labios. Su cabeza daba vueltas mientras intentaba procesar todo lo que estaba ocurriendo, la habitación extraña, la presencia imponente de ese hombre, y la frialdad palpable en Noah. Todo la hacía sentirse como una marioneta en un juego cuyas reglas desconocía, manipulada por hilos invisibles que controlaban cada uno de sus movimientos y pensamientos.

Con esfuerzo, Clara intentó levantarse, pero sus piernas temblaron y cedieron bajo su peso. La droga que Noah le había administrado aún corría por sus venas, debilitándola, haciéndola sentir vulnerable e indefensa. El hombre observó sus esfuerzos con una sonrisa que no alcanzó sus ojos, una expresión que parecía disfrutar de su lucha interna.

—¿Por qué estoy aquí? —preguntó Clara finalmente, su voz temblando mientras trataba de mantener la compostura.

El hombre se acercó un poco más, su presencia llenando el espacio entre ellos con una intensidad que la hizo encogerse ligeramente.

—Porque ha llegado la hora de que conozcas la verdad, Clara —respondió el hombre con una calma que le resultó inquietante —Todo lo que has vivido hasta ahora ha sido una mentira —termino diciendo el hombre mientras se sentaba en una silla que uno de sus hombres acerco ante él.

Las palabras del hombre resonaron en la mente de Clara como un eco interminable. Su mundo, aquel que había conocido hasta ese momento, comenzó a desmoronarse como un castillo de naipes, y el terror se apoderó de su corazón.

—¿A qué verdad se refiere? —se animó a preguntar, su voz apenas un susurro, cargado de incredulidad y ansiedad.

El hombre la observó con una calma perturbadora, como si estuviera a punto de compartir un secreto que había guardado celosamente durante años. Sus ojos, fríos y calculadores, se clavaron en los de Clara mientras se acercaba un paso más, invadiendo su espacio personal con una intensidad que le erizó la piel. Cada segundo que pasaba sentía que el aire a su alrededor se volvía más denso, más pesado, como si la verdad que estaba a punto de escuchar fuera a cambiar su vida para siempre.

—No eres hija de Hall Miller... —dijo el hombre, su voz firme, como si estuviera dictando una sentencia inapelable—. Mejor dicho, tú y tu hermana Cara son mis hijas.

Clara sentía que su mente estaba a punto de colapsar bajo el peso de la revelación que acababa de escuchar. Las palabras del hombre resonaban en su cabeza como un eco distante, pero cada vez más persistente.

Las palabras cayeron como una losa sobre Clara, aplastando todo vestigio de lógica y seguridad que pudiera haber tenido. Todo lo que creía saber, todo lo que había experimentado, ahora parecía una ilusión, un engaño cuidadosamente orquestado. Sentía que el suelo bajo sus pies se desmoronaba, dejándola suspendida en un abismo de confusión y desesperación. Su mente trataba de procesar lo que acababa de escuchar, pero era como intentar ensamblar un rompecabezas cuyas piezas no encajaban en absoluto. La realidad que se estaba revelando ante sus ojos era demasiado abrumadora, un torbellino de emociones y pensamientos que amenazaba con consumirla.

En su interior, Clara sintió cómo la desesperación empezaba a crecer, ahogándola, llenando cada rincón de su ser con una sensación de impotencia y terror. Era como si una mano invisible se hubiera cerrado alrededor de su corazón, apretando con fuerza, mientras su mundo se desmoronaba ante ella. La verdad era un veneno que se extendía por sus venas, paralizándola, y Clara no sabía cómo enfrentarlo, cómo despertar de la pesadilla en la que estaba atrapada.

El hombre observaba sus reacciones con una expresión imperturbable, como si ya hubiera anticipado cada emoción que ella pudiera mostrar. No había compasión en su mirada, solo la fría satisfacción de alguien que ha logrado un objetivo largamente planeado. Clara no podía apartar la vista de él, sentía una mezcla de miedo y repulsión hacia ese hombre que ahora afirmaba ser su padre.

—¡Esto es absurdo!... —exclamó Clara, su voz temblando de ira y confusión. Se giró hacia Noah, buscando en él alguna señal de que todo esto no era más que un malentendido, un cruel engaño del que él no formaba parte —Noah, no puedo creer que tú estés metido en este teatro. ¿Qué pretendes?

La incredulidad teñía cada una de sus palabras. La traición de Noah era algo que aún no podía asimilar. Había confiado en él, había creído en su amor y amistad en el pasado, en su lealtad. Y ahora, verlo al lado de ese hombre, viéndola con esa expresión fría y distante, hacía que la traición doliera aún más. Sus ojos se llenaron de lágrimas no derramadas, mientras esperaba una respuesta, una explicación, algo que pudiera darle sentido a la locura en la que se había sumido su vida.

Noah permaneció en silencio, su mirada fija en el suelo, como si evitar su mirada fuera la única forma de mantenerse firme en su decisión. Era como si el Noah que Clara conocía hubiera desaparecido, reemplazado por un extraño que ahora servía a los intereses de alguien más. Esa falta

de respuesta fue un golpe más, uno que se sumaba a la montaña de angustia que ya se acumulaba en su pecho.

El hombre, en cambio, no parecía inmutarse por la desesperación de Clara. Se acercó a ella, inclinándose ligeramente, hasta que su rostro quedó a solo unos centímetros del suyo.

—Noah solo está cumpliendo con su deber, Clara. —Susurró con una voz suave pero cargada de amenaza.

—Es hora de que aceptes la verdad. Todo lo que has conocido hasta ahora, tu vida, tu familia, han sido una mentira. Ahora, todo cambiará —afirmo el hombre.

—Ahora descansa... mandare a alguien a buscarte para que sigamos con la charla —dijo el hombre parándose con ayuda de su bastón con detalles exquisitos.

—Nadie debe molestar a la Heredera de la organización, solo Noah puede entrar a verla ¿Han entendido? —ordeno el hombre, para que todos los que estaban presentes solo asintieran ante sus peticiones. Noah, sin embargo, aún se mantenía con las manos en los bolsillos para ver atreves de la ventana de aquella habitación el paisaje del exterior, mientras que escuchaba las palabras de su nuevo socio.

Finalmente, los hombres que habían acompañado al desconocido abandonaron la habitación, dejando a Clara sola con Noah. La atmósfera se volvió más pesada, casi sofocante, mientras Clara intentaba asimilar lo que acababa de suceder.

El hombre que había afirmado ser su verdadero padre había salido, dejándola en manos de Noah, su supuesto amigo, quien ahora parecía un extraño. Noah permanecía en silencio, su rostro impenetrable, como si estuviera sumido en sus propios pensamientos, decidiendo qué hacer o decir a continuación. Clara, que aún luchaba por comprender la situación, sintió cómo una mezcla de miedo y rabia comenzaba a burbujear dentro de ella. Necesitaba respuestas, necesitaba entender quién era realmente Noah y qué papel estaba jugando en todo ese retorcido teatro.

Ella aún se negaba a aceptar que los que Heinst le ha dicho sobre él era realmente cierta.

—¿Eres un matón? ¿Un criminal? —preguntó Clara, su voz tensa y temblorosa, reflejando la desesperación y la confusión que la consumían. La idea de que Noah pudiera ser un criminal, alguien que ella había conocido primero como un prometido, para llegar a ser su cuñado y amigo cercano, era inconcebible, y sin embargo, allí estaba, en medio de una conspiración que amenazaba con destruir su vida.

Noah levantó la cabeza al escuchar las palabras de Clara, y un destello de amargura cruzó por sus ojos. Su expresión, que había sido impasible hasta ese momento, se endureció con una mezcla de dolor y resentimiento.

Desenlace

Se giró lentamente hacia ella, y con pasos medidos, se acercó hasta donde estaba sentada, su mirada fija en los ojos de Clara. Sin apartar la vista, tomó la silla que su nuevo socio había estado usando momentos antes y se sentó frente a ella, como si quisiera acortar la distancia entre ellos para que sus palabras llegaran directamente a su alma.

—¿Un criminal? ¿Un matón? —Repitió Noah, su voz impregnada de una frialdad que Clara nunca había escuchado en él —¿Eso es lo que piensas de mí realmente?

Cada palabra estaba cargada de reproche, como si la acusación de Clara hubiera atravesado las capas de indiferencia que él había intentado construir alrededor de sí mismo. El hombre que había conocido durante tanto tiempo ahora parecía ser alguien completamente distinto, una figura oscura y amenazante que había emergido de las sombras de su pasado.

Clara sintió un escalofrío recorrer su columna vertebral mientras trataba de sostener su mirada. La cercanía de Noah, que antes le hubiera brindado consuelo, ahora solo la llenaba de una sensación de peligro inminente. Las palabras se agolpaban en su garganta, pero antes de que pudiera articular lo que estaba pensando, Noah habló de nuevo, cortando el aire con su tono gélido.

—No te reconozco —dijo Clara, su voz quebrándose por la mezcla de emociones que la embargaban —Te has convertido en un...

Noah no la dejó terminar. Su mirada se volvió aún más intensa, y la interrumpió con una voz que emanaba una rabia contenida, una que parecía haber sido acumulada durante mucho tiempo.

—¿Un monstruo? —dijo Noah, su voz cargada de amargura —Sí, Clara. En eso me he convertido. Un monstruo... y todo por tu culpa. Por tu traición.

Las palabras de Noah eran como un veneno que se extendía por el aire, contaminando todo lo que tocaba. Clara sintió que el suelo se desmoronaba bajo sus pies una vez más, mientras intentaba procesar lo que él había dicho. ¿Cómo podía ser ella responsable de la transformación de Noah en esta figura oscura que ahora tenía frente a ella? Pero antes de que pudiera preguntar, antes de que pudiera defenderse, Noah la miró directamente a los ojos, y en su mirada había algo más que odio; había una mezcla peligrosa de dolor, decepción y deseo de venganza.

—Ahora me pregunto... —continuó Noah, inclinándose ligeramente hacia ella, acercándose peligrosamente hasta que sus rostros quedaron a pocos centímetros de distancia

—¿Cómo te castigaré por ello?

La pregunta quedó suspendida en el aire, cargada de una amenaza implícita que hizo que el corazón de Clara se acelerara. La traición que él sentía parecía haberlo consumido, transformándolo en alguien irreconocible, y ahora, Clara estaba atrapada en medio de su rabia y su dolor, sin saber cómo salir de la pesadilla en la que su vida se había convertido. Sentía que todo lo que había conocido hasta ahora se desmoronaba ante ella, dejándola en manos de alguien que ya no reconocía, alguien que estaba dispuesto a hacer lo que fuera necesario para castigarla por un crimen que ni siquiera comprendía.

Después de dejar suspendida en el aire aquella pregunta cargada de amenaza, Noah se levantó

lentamente de la silla. Su decisión parecía firme, cada movimiento calculado, como si estuviera siguiendo un plan que había trazado en su mente una y otra vez. Sin embargo, justo cuando estaba a punto de alejarse, sintió algo que lo detuvo en seco, el suave pero decidido tacto de Clara sobre su brazo.

Clara, desesperada y consciente de que tal vez esta era su última oportunidad, lo había alcanzado, sujetándolo con fuerza. Sus ojos, llenos de una mezcla de miedo y súplica, se clavaron en los de Noah, tratando de encontrar en ellos algún rastro del hombre que una vez había conocido, el hombre en el que alguna vez confió.

—Déjame ir... —susurró Clara, su voz temblando pero cargada de una profunda sinceridad —Sabes que esto no está bien.

El silencio que siguió a sus palabras fue denso y cargado de tensión. Noah, que hasta ese momento había sido una figura impenetrable, quedó paralizado al sentir el tacto de Clara. Sus dedos se apretaban suavemente en torno a su brazo, como si su contacto fuera una cuerda de salvación que lo ataba a un pasado más inocente, a una versión de sí mismo que él había enterrado hacía tiempo.

Por un momento, sus ojos fríos se encontraron con los de ella, y en ese breve instante, algo pareció cambiar en su interior. Podía sentir la calidez de su piel, la fragilidad en su voz, y aunque había llegado a ese punto con la convicción de que su camino estaba marcado, el simple gesto de Clara logró desarmarlo por un segundo. Su mirada, que siempre había sido un reflejo de su endurecido corazón, se endureció aún más, pero no por falta de emoción, sino porque estaba luchando contra lo que sentía en ese momento. Sabía que no debía flaquear, que no podía permitir que sus sentimientos interfirieran en lo que debía hacer.

Sin embargo, en lo más profundo de su ser, esa resistencia se debilitó por una fracción de segundo. Los recuerdos de los momentos compartidos, las risas, las confidencias, todo volvió a él en un torrente que intentó suprimir con todas sus fuerzas. Apretó la mandíbula, tratando de mantener su fachada, pero algo en el interior de su corazón se rebelaba contra lo que estaba a punto de hacer. Pero Noah no podía permitir que esa rebelión interna creciera.

—No puedo... —murmuró, su voz apenas un susurro, casi inaudible —No te puedo dejar ir.

Se soltó del agarre de Clara con un movimiento brusco, como si necesitara romper el contacto para recuperar el control de sí mismo. Dio un paso hacia atrás, alejándose de ella, y en su mirada volvió a aparecer la frialdad que había intentado mantener desde el principio. Pero, aunque su rostro no lo reflejaba, la lucha interna continuaba librándose dentro de él. Noah sabía que no podía permitir que Clara volviera con su primo, no después de todo lo que había pasado, no después de todo lo que había descubierto. Sus razones eran muchas, pero la principal era una mezcla de posesión y rencor que lo había consumido desde que supo la verdad. No podía perderla, no podía dejar que regresara a una vida de mentiras, aunque eso significara que él debía convertirse en algo que había jurado nunca ser.

—No voy a dejarte ir, Clara —dijo finalmente, con una voz firme que no admitía réplica —No volverás con él, ni con nadie más.

Sus palabras eran una sentencia, una declaración que dejaba claro que Noah había tomado una decisión definitiva. Mientras Clara lo miraba, buscando una chispa de compasión en sus ojos, Noah sabía que había cruzado una línea. Lo que vendría después, lo que él haría a continuación, sería

irreversible, pero estaba dispuesto a cargar con las consecuencias. Su mundo, el mundo en el que Clara había sido su amiga, su confidente, y quizá algo más, se había desmoronado, y lo que quedaba era solo la fría determinación de un hombre que estaba dispuesto a todo por no perderla.

—¿Qué? ¿No me dejarás volver con él? —exclamó Clara, su voz cargada de incredulidad y enojo mientras luchaba por levantarse de la cama. Aun con los efectos de la droga nublando sus sentidos, estaba decidida a pararse de allí, a hacer frente a Noah y tratar de que entrara en razón. Su cuerpo temblaba, no solo por la debilidad física, sino por la intensidad de la situación. Cada movimiento requería un esfuerzo monumental, pero su determinación era inquebrantable.

—Soy su esposa... —continuó, su voz ahora más fuerte, más firme, a pesar del mareo que aún la afectaba —Debo volver con él. No puedes encerrarme aquí como a un criminal.

Las palabras de Clara resonaron en la habitación, y el ambiente se tensó aún más. Noah, que había estado observando cada movimiento de ella con una mirada fría e impenetrable, sintió cómo una oleada de rabia lo invadía al escucharla. La palabra "esposa" le golpeó como una bofetada, un recordatorio de algo que odiaba aceptar. Era como si esa palabra, tan simple y cargada de significado, tuviera el poder de despertar los demonios que él había intentado mantener a raya.

Cerró los puños con fuerza, sus nudillos palideciendo por la presión. En su interior, una tormenta de emociones se desató, alimentada por el rencor y la amargura que había cultivado durante tanto tiempo. Cada vez que Clara mencionaba a su esposo, cada vez que pronunciaba esa palabra con tal naturalidad, como si su vida con él fuera lo único que importara, sentía que una parte de sí mismo se desmoronaba.

Con un solo movimiento, Noah avanzó hacia ella, su figura imponente proyectando una sombra sobre la debilitada Clara. Sus pasos eran lentos pero decididos, y con cada paso, la distancia entre ellos se acortaba, aumentando la tensión en el aire. Quería intimidarla, hacerle entender que nada de lo que dijera le haría cambiar de opinión, que su destino ya estaba sellado, y que no tenía escapatoria. Clara, que había logrado ponerse de pie a duras penas, se sintió diminuta bajo la mirada intensa de Noah.

Sombras del Pasado

Su corazón latía con fuerza en su pecho, no solo por el esfuerzo físico, sino por el miedo que comenzaba a apoderarse de ella. Aun así, no retrocedió. No podía permitirse mostrar debilidad, no ahora, no cuando todo estaba en juego. Pero a medida que Noah se acercaba, sintió cómo su determinación empezaba a tambalearse.

Cuando él estuvo lo suficientemente cerca, Clara pudo ver el fuego en sus ojos, una mezcla de rabia contenida y dolor profundo que la hizo estremecer. Noah estaba tan cerca que podía sentir su respiración, y la tensión en el ambiente se volvió casi insoportable. Sabía que estaba cruzando una línea peligrosa, pero no podía detenerse.

—Noah, por favor... —empezó a decir, pero él la interrumpió antes de que pudiera continuar.

—¡No me hables de él! —gruñó Noah, su voz grave y cargada de furia contenida —No quiero escucharte decir su nombre, ni referirte a él como tu esposo.

Clara retrocedió un paso, impactada por la intensidad en la voz de Noah. Nunca lo había visto tan descontrolado, tan consumido por sus emociones. Era como si todo lo que había guardado durante tanto tiempo finalmente hubiera estallado, y ella estaba justo en el centro de esa tormenta.

—Noah, estás... estás loco... —murmuró Clara, tratando de mantener la calma, aunque su voz temblaba —Esto no está bien, tú lo sabes.

Pero Noah no parecía dispuesto a escucharla. Su mirada se endureció aún más, y en sus ojos ya no había rastro del hombre que ella había conocido. Se inclinó hacia ella, sus palabras cortando el aire como un cuchillo.

—No voy a dejarte volver con él —dijo con una voz tan fría como el acero —Y no me importa lo que digas o lo que creas. No eres su esposa aquí. Eres mía.

Clara sintió un escalofrío recorrer su espalda, una mezcla de miedo y excitación que la dejó sin aliento. La proximidad de Noah era abrumadora, su presencia llenaba el espacio y la envolvía en una ola de deseo que no podía ignorar. Podía sentir el calor de su cuerpo, la intensidad de su mirada, y cada fibra de su ser respondía a él de una manera que nunca había experimentado antes.

—Noah, esto es una locura —susurró Clara, su voz apenas audible —No podemos hacer esto.

Pero sus palabras carecían de convicción. Su cuerpo traicionaba sus pensamientos, y cada vez que intentaba alejarse, el la atraía de nuevo hacia él. Noah, sintiendo su debilidad y su temor, la atrajo hacia el aún más, su mano rozando suavemente su mejilla.

—Clara, no puedo seguir negando lo que siento por ti —dijo Noah, su voz ahora más suave, pero no menos intensa —No quiero compartirte con nadie más. Quiero que seas mía, completamente.

Clara cerró los ojos, sintiendo cómo su resistencia se desvanecía. La mano de Noah se deslizó por su cuello, dejando un rastro de fuego a su paso. Podía sentir su aliento en su piel, su aroma envolviéndola, y cada caricia que él realizaba por ella era una promesa de placer y pasión.

—Noah... —murmuró Clara, su voz apenas un susurro —No puedo... no debería... Amo a Heinst.

Las palabras de Clara resonaron en la habitación como un eco distante, pero fueron lo suficientemente fuertes como para detener a Noah, al menos por un breve instante. Sus ojos, oscuros y llenos de furia, se encontraron con los de ella. Por un segundo, un destello de vulnerabilidad pareció atravesar su mirada, pero fue rápidamente consumido por la tormenta de ira que bullía en su interior. Sin embargo, aquel fugaz momento fue suficiente para que Clara comprendiera que el hombre que alguna vez había amado todavía estaba allí, enterrado bajo capas de resentimiento y dolor.

Noah retrocedió un paso, como si las palabras de Clara lo hubieran empujado físicamente. Pero la calma fue efímera. La rabia volvió a inundarlo con una fuerza renovada, y en un arrebato, la empujó hacia atrás. Clara perdió el equilibrio, chocando contra la pared de la habitación. Antes de que pudiera reaccionar, Noah ya estaba sobre ella, sujetando sus muñecas con una fuerza que le hizo soltar un gemido de dolor. Sus cuerpos estaban tan cerca que Clara podía sentir el calor que

emanaba de él, y la intensidad de su mirada la atravesaba como un cuchillo afilado.

—Me importa muy poco lo que sientas por él... —espetó Noah, su voz tan fría y cortante que hizo que Clara sintiera un escalofrío recorrer su columna vertebral —No tientes la suerte de Heinst. Si vuelves a mencionar esto, juro que acabaré con él.

La amenaza quedó suspendida en el aire, cargada de una malicia que Clara nunca había experimentado de él. Noah se inclinó aún más cerca, su rostro a centímetros del de ella, su aliento cálido y entrecortado contra su piel. Clara intentó apartarse, liberarse de su agarre, pero era inútil. Su fuerza, alimentada por la furia y la obsesión, la mantenía atrapada, incapaz de moverse.

—No lo harías... —replicó Clara, su voz temblorosa, pero tratando de aferrarse a la esperanza —No eres ese tipo de persona, Noah. No eres un asesino.

Noah soltó una risa amarga, un sonido que parecía venir de un lugar oscuro y distante dentro de él. Se acercó aún más, hasta que sus labios rozaron la oreja de Clara, y susurró con un tono que la hizo estremecer de miedo.

—Pruébame —dijo, su voz cargada de una amenaza palpable —Te aseguro que no querrás conocer este lado del Noah que has conocido en el pasado.

Clara sintió un nudo en el estómago. No podía reconocer al hombre que tenía delante. Era como si Noah se hubiera transformado en una versión oscura y distorsionada de sí mismo, alguien que estaba dispuesto a hacer cualquier cosa para salirse con la suya. Su proximidad la hacía sentir atrapada, como si las paredes de la habitación se estuvieran cerrando sobre ella, dejándola sin escape.

Clara se dejó caer al suelo, su cuerpo se sentía pesado como si el mundo entero hubiera colapsado sobre ella. Sus ojos se cristalizaron, las lágrimas amenazaban con derramarse, pero ella las contuvo, tragando saliva con dificultad. La confusión y el dolor la consumían, incapaz de comprender cómo habían llegado a este punto. Su mente luchaba por resistirse a aceptar la cruel realidad en la que había despertado, como si estuviera atrapada en una pesadilla sin fin, una película de terror que sólo oscurecía su mundo y destrozaba su corazón.

Noah, sin mostrar compasión, se sentó sobre sus piernas, manteniendo una postura dominante. Sus movimientos eran lentos, calculados, y con sus dedos ásperos, tomó la barbilla de Clara, obligándola a mirarlo a los ojos. Cuando finalmente lo hizo, vio en su rostro una sonrisa macabra, una expresión que no pertenecía al hombre que ella había conocido, sino a alguien consumido por la oscuridad y el odio.

—Ya no temo perder nada —dijo Noah con una voz cargada de amargura —He perdido todo. Mi vida de felicidad a tu lado, a Cara, tu hermana, que me amó con locura... Y a ti, en una noche en la que decidiste entregarte a mi primo y traicionar mi amor por ti.

Cada palabra que Noah pronunciaba caía sobre Clara como una sentencia, su tono cruel y su mirada implacable le dejaban claro que no había escapatoria. Ella intentó apartar la mirada, pero él la sostuvo firmemente, asegurándose de que no pudiera huir de la tormenta que él estaba desatando.

—Ahora me encargaré de que sientas dolor —continuó Noah, su voz apenas un susurro, pero tan penetrante como un cuchillo —Te haré entender lo que significa estar encerrada, viviendo un infierno del que no podrás escapar.

Clara sintió un escalofrío recorrer su columna vertebral, como si las palabras de Noah hubieran sido pronunciadas directamente desde el abismo de su alma. La desesperación se apoderó de ella, y una solitaria lágrima logró escapar, rodando por su mejilla. Su corazón se rompió en mil pedazos, aplastado por la crueldad de la situación, por la fría realidad de que el hombre que alguna vez amó ahora estaba decidido a destruirla.

—Noah, por favor... —murmuró, apenas audible, su voz quebrada por el dolor.

Pero Noah no respondió, su mirada se endureció aún más, y la sonrisa en su rostro se mantuvo intacta, como si disfrutara del sufrimiento que estaba infligiendo. Clara estaba atrapada en un ciclo de dolor y desesperación, un círculo vicioso del que no sabía cómo salir. La realidad se había convertido en un infierno del que no podía despertar, y la oscuridad que la rodeaba parecía cada vez más impenetrable.

El peso de la situación la aplastaba, cada vez más difícil de soportar. El hombre que alguna vez fue su protector ahora era su torturador, y la tristeza que sentía la envolvía como una manta fría y pesada, impidiéndole respirar con facilidad. A medida que el silencio se alargaba entre ellos, Clara comprendió que no había esperanza, que su vida nunca volvería a ser la misma. Los últimos vestigios de luz en su mundo se desvanecían, reemplazados por la sombra de Noah y el infierno que había prometido crear para ella.

En ese momento, Clara se dio cuenta de que estaba verdaderamente sola. No había nadie que pudiera salvarla de la oscuridad que Noah había desatado, y su corazón, roto y herido, solo podía prepararse para soportar el tormento que estaba por venir.

El Amanecer de la Decisión

Heinst se encontraba en una situación desesperante, atado a una silla en una celda oscura y opresiva. La cinta adhesiva cubría su boca, impidiéndole emitir cualquier sonido que pudiera alertar a alguien de su paradero. Cada vez que intentaba moverse, las cuerdas que lo sujetaban se clavaban más en su piel, haciéndole sentir el frío metal de las esposas en sus muñecas. Sus ojos recorrían el lugar en busca de alguna posibilidad de escape, pero todo parecía en vano. La desesperación comenzaba a asentarse en su pecho, mezclada con una creciente rabia.

Román Russo, un antiguo enemigo de Heinst, había orquestado todo esto. Era un hombre implacable, conocido por su astucia y crueldad. Heinst había enfrentado a muchos adversarios a lo largo de su vida, pero ninguno como Román. Este hombre no solo buscaba su derrota, sino también su humillación y destrucción total.

Román se presentó ante Heinst, con una expresión de triunfo en su rostro. La tensión en el aire era palpable mientras caminaba lentamente alrededor de la silla, observando cada detalle de la situación. Heinst lo miró con ojos llenos de furia, pero no podía pronunciar una sola palabra.

—Heinst, viejo amigo —dijo Román con un tono sarcástico, inclinándose hacia él —Qué irónico que después de todos estos años, nos encontremos así.

La voz de Román resonaba con una mezcla de desprecio y satisfacción. Sabía que tenía la ventaja y disfrutaba cada segundo de ello.

—Tú y yo tenemos asuntos pendientes, pero todo se reducirá a un simple acuerdo —continuó Román, acercándose más a Heinst —Quiero que dejes libre a mi hija, y tal vez, solo tal vez, te deje salir de aquí con vida.

Heinst no sabía de quién hablaba Román, pero la cinta en su boca le impedía responder. La furia en sus ojos no disminuía, pero ahora se mezclaba con una preocupación creciente. Sabía que Román estaba dispuesto a hacer lo que fuera necesario para conseguir lo que quería.

Román, al ver que no obtenía respuesta, soltó una carcajada seca y se inclinó aún más cerca de Heinst, susurrando en su oído.

—Si no lo haces, Heinst, te aseguro que no solo será tu vida la que esté en peligro. Tengo ojos y oídos en todas partes, incluso cerca de tu esposa, Clara.

Al escuchar el nombre de Clara, un escalofrío recorrió la espina dorsal de Heinst. La desesperación se mezcló con una rabia ardiente, pero aun así, no podía hacer nada más que forcejear contra las ataduras que lo mantenían prisionero.

Román se enderezó, observando el efecto de sus palabras en Heinst, disfrutando de su tormento interno. Se dio la vuelta con una sonrisa siniestra y comenzó a caminar hacia la puerta, dejando a Heinst atrapado en su propia impotencia. Pero antes de salir, Román se detuvo y se giró para decir una última cosa.

—Piénsalo bien, Heinst. Tienes hasta el amanecer para decidir. Después de eso, ya no seré tan misericordioso.

Y con esas palabras, Román salió de la habitación, dejando a Heinst en una oscuridad aún más profunda, tanto física como emocional. La única imagen en su mente era la de Clara, y el pensamiento de que también podría estar en peligro lo desgarraba por dentro. Sabía que no podía ceder ante Román, pero también sabía que el tiempo se estaba agotando.

Erick, el hombre que había servido a Román durante años con una lealtad inquebrantable, entró en la celda donde Heinst estaba cautivo. Su expresión era fría y calculadora, el tipo de mirada que solo alguien acostumbrado a la crueldad podía tener. Sin pronunciar una palabra, se acercó a Heinst con pasos firmes y decididos. De su chaqueta sacó un sobre, cuyo contenido parecía pesar mucho más que el simple papel que contenía.

Heinst observó cada uno de sus movimientos, intentando adivinar lo que estaba por venir. Erick, sin perder tiempo, sacó un documento del sobre y lo colocó frente a Heinst sobre la mesa que había en la celda. El sonido del papel al ser desplegado resonó en la habitación, una señal ominosa de lo que estaba por suceder.

Con un gesto brusco, Erick señaló el documento con su dedo, como si diera una orden silenciosa. Heinst bajó la mirada hacia el papel y sus ojos se abrieron de par en par al leer las primeras palabras. Era una demanda de divorcio. El nombre de Clara estaba claramente escrito allí, junto con el suyo, como un cruel recordatorio de la realidad que ahora se desplegaba ante él.

La comprensión llegó como un golpe al estómago. Todo este tiempo, todas las amenazas y el

secuestro, se trataban de Clara. Román quería destruir todo lo que Heinst tenía, y estaba empezando por lo más valioso, su relación con Clara. El pensamiento lo dejó aturdido. No era solo una cuestión de poder o de dinero; Román estaba atacando lo más profundo de su vida, su amor y su matrimonio.

Heinst levantó la vista hacia Erick, su rostro una mezcla de furia y desesperación. Trató de decir algo, pero la cinta en su boca seguía impidiéndole hablar. Sus ojos, sin embargo, lo decían todo: no firmaría, no cedería a las exigencias de Román, sin importar las consecuencias.

Erick, al ver la resistencia en la mirada de Heinst, soltó una risa baja y carente de humor. Se inclinó hacia él, acercándose lo suficiente como para que Heinst pudiera ver cada detalle de su rostro.

—Sabes lo que Román quiere —dijo Erick con voz calmada, casi indiferente —Y sabes que no te queda mucho tiempo. Si no firmas ese documento, las cosas solo empeorarán para ti... y para Clara.

Heinst sintió un nudo formarse en su estómago. Sabía que Erick no estaba mintiendo. Román era un hombre que cumplía sus amenazas, y cada segundo que pasaba, Clara estaba en más peligro. Pero también sabía que firmar ese papel significaría rendirse, renunciar a su amor, y permitir que Román ganara. Era una decisión imposible, una elección entre su propia libertad y el amor de su vida.

Erick, al ver que Heinst no se movía, enderezó su postura y guardó el documento de vuelta en el sobre.

—Te daré tiempo para pensarlo —dijo Erick, su voz tan gélida como el lugar en el que estaban — Pero no demasiado. Román quiere una respuesta pronto, y créeme, no es alguien con quien querrás jugar.

Heinst permaneció en silencio, su mente un torbellino de pensamientos y emociones. Erick dio un último vistazo a su prisionero antes de girarse y dirigirse hacia la puerta, dejando a Heinst en la oscuridad de su dilema. Mientras se alejaba, el eco de sus pasos resonaba en las paredes, como un recordatorio constante de la trampa en la que Heinst se encontraba atrapado.

Otro sujeto se acercó a Heinst, este tenía la orden de aclarar la mente del hombre que se encontraba cautivo. Una y otra vez, los puños de aquel hombre chocaban contra el cuerpo de Heinst.

Mientras que es golpeado una y otra vez, Heinst sintió que el peso del papel en la mesa era mucho más que el de simples palabras; era el peso de su futuro, de su relación con Clara, y de su propia alma. La desesperación lo invadió, pero sabía que debía encontrar una manera de salir de esa situación. Sin importar lo que costara, no permitiría que Román le arrebatara a Clara de esa manera.

Después de dejar a Clara sola, Noah se sintió inquieto, su mente no dejaba de darle vueltas a lo que había ocurrido. Decidió caminar por el pasillo del segundo piso, esperando que el movimiento ayudara a despejar sus pensamientos. Fue entonces cuando, desde una ventana, vio a Erick, el hombre leal de Román, alejándose de la residencia y dirigiéndose hacia el bosque de manera furtiva. La curiosidad comenzó a crecer en Noah, quien se preguntó qué podría estar tramando Erick. Sin pensarlo mucho, decidió seguirlo, moviéndose con sigilo para no ser descubierto.

A medida que avanzaba, la noche comenzaba a caer lentamente, envolviendo el entorno en una oscuridad creciente. Noah mantuvo la distancia, observando cómo Erick se adentraba más en el bosque hasta que finalmente llegó a lo que parecía ser un búnker oculto entre la espesura. La estructura, casi invisible entre los árboles, solo hizo que la curiosidad de Noah se incrementara.

Erick desapareció dentro del búnker, y Noah decidió esperar pacientemente a una distancia segura. Los minutos pasaron, y la expectativa de Noah creció con cada segundo. Finalmente, el sonido agudo de una puerta de metal vieja y oxidada al abrirse captó su atención. Observó a Erick salir del búnker, con su rostro serio y concentrado. Noah esperó a que Erick se alejara lo suficiente antes de decidir que era su momento.

Con cautela, Noah se acercó al búnker y empujó la pesada puerta de metal, que se quejó con un chirrido agudo. Al entrar, la oscuridad lo envolvió, pero él continuó avanzando, caminando por las escaleras que descendían hacia el interior del búnker. El lugar tenía un aire de abandono, pero también de actividad reciente, lo que lo hacía parecer como un escondite para actividades clandestinas. A medida que Noah avanzaba, un gemido de dolor resonó en el aire, haciendo que se detuviera en seco.

Encrucijada

Con el corazón acelerado, continuó moviéndose hacia el sonido, cuidando de no hacer ruido. Al acercarse más, la luz tenue en el fondo del pasillo reveló una figura atada y golpeada. Cuando finalmente se acercó lo suficiente, el reconocimiento lo golpeó como un balde de agua fría: era Heinst, su primo y rival.

Un hombre robusto estaba golpeando a Heinst, quien estaba visiblemente debilitado y ensangrentado. Noah sintió un nudo formarse en su estómago al darse cuenta de que Clara estaba tan cerca de Heinst en ese preciso momento. Una mezcla de miedo y desesperación se apoderó de él, sabiendo que la situación era mucho más peligrosa de lo que había imaginado. Sin hacer ruido, retrocedió lentamente, asegurándose de no ser visto, y salió del búnker con la mente llena de preguntas y preocupaciones.

Sin perder tiempo, Noah se dirigió de inmediato al despacho de Román. La furia y la confusión lo consumían mientras empujaba la puerta y la abrió de golpe.

—¡Román! ¿Qué hace Heinst Conrad aquí? ¿Lo secuestraste tú? —exigió saber Noah, su voz alzándose mientras buscaba respuestas. El rostro de Román, impasible, no reveló nada, pero la tensión en el aire era palpable. Noah necesitaba respuestas, y sabía que no se detendría hasta obtenerlas.

Román soltó el lapicero que había estado utilizando para firmar unos documentos, su mano se detuvo en el aire por un momento antes de dejarlo caer sobre la mesa de madera. Alzó la mirada, encontrándose con los ojos de su socio, quien lo confrontaba con furia y confusión. La tensión en la habitación se hacía palpable, y el silencio se rompió con la voz profunda y controlada de Román.

—Sí, lo secuestré... Es una diferencia que hemos tenido durante mucho tiempo —respondió Román con una frialdad que dejó a Noah sin palabras por un instante. Luego, con un gesto casi despectivo, agregó —¿Acaso sientes lástima por el hombre que te ha quitado a la mujer que amas? —sus palabras eran como veneno, buscando desestabilizar a Noah mientras lo miraba fijamente,

esperando su reacción.

Noah se quedó congelado, su semblante mostrando una mezcla de asombro e incredulidad. No podía creer que Román, el verdadero padre de Clara, fuera capaz de llegar tan lejos. No obstante, se forzó a mantener la compostura, aunque en su interior una tormenta de emociones comenzaba a desatarse. Se tomó un momento para procesar las palabras de Román antes de responder, sabiendo que cualquier debilidad en su voz podría ser utilizada en su contra.

—¿Lástima por él? Claro que no... —comenzó Noah, tratando de mantener su voz firme —Pero ella está aquí, y también él... No puedes subestimar a Heinst —añadió con un tono más sombrío, su mirada se endureció al mencionar a Clara y Heinst en la misma frase. La preocupación por la seguridad de Clara se mezclaba con el odio hacia su rival, y la posibilidad de que todo esto pudiera salirse de control lo atormentaba.

Román esbozó una ligera sonrisa al ver la lucha interna en Noah, pero su expresión no cambió mucho. Se levantó de su asiento, dando un par de pasos hacia Noah, sus ojos oscuros brillaban con una mezcla de desafío y satisfacción.

—Noah, he lidiado con hombres como Heinst toda mi vida. Sé exactamente de lo que es capaz. Pero no olvides de lo que soy capaz yo —respondió Román, su voz baja pero llena de amenaza — Clara es mi hija, y todo lo que hago es para protegerla, incluso si eso significa destruir a Heinst y a cualquiera que se interponga en mi camino.

Noah sintió un escalofrío recorrer su espalda. Las palabras de Román eran claras, este hombre estaba dispuesto a hacer cualquier cosa para salirse con la suya. Aunque una parte de él comprendía la lógica detrás de las acciones de Román, no podía dejar de sentirse atrapado en un juego peligroso del que no estaba seguro de poder salir ileso.

—No te preocupes… cuando Heinst firme este documento, lo dejaré ir… o simplemente acabaré con él —dijo Román con una seguridad que hizo que Noah sintiera un nudo en el estómago. No había duda en su tono, y eso era lo que más perturbaba a Noah. Román, implacable y decidido, estaba dispuesto a hacer lo necesario para mantener el control de la situación.

Erick, el leal hombre de Román, sacó un sobre y extrajo un documento que colocó frente a Noah con un movimiento calculado. Al ver de qué se trataba, Noah no pudo evitar leerlo detenidamente, y una sonrisa interna comenzó a formarse en su rostro. Era una demanda de divorcio. Una mezcla de satisfacción y esperanza comenzó a crecer en su interior al imaginarse a Heinst cediendo y firmando el papel.

—¿Y lo firmará? ¿Renunciará a ella así de simple? —preguntó Noah, tratando de esconder su emoción detrás de una fachada de escepticismo. Sabía que Román era un hombre persuasivo, pero aún le costaba creer que Heinst se rendiría tan fácilmente.

Román sonrió de manera calmada, como si ya hubiera predicho esa reacción. Su expresión reflejaba la confianza de alguien que tenía todo bajo control, alguien que ya había considerado cada posible desenlace y estaba preparado para cualquier eventualidad.

—Lo hará… —afirmó Román con una serenidad perturbadora, como si estuviera completamente seguro del resultado.

—Pero mientras logramos esto, necesito que hagas que Clara firme la sucesión de la empresa a mi

nombre. ¿Puedes hacerlo, no? —preguntó Román, su voz llena de una sutil insinuación, buscando sembrar la inseguridad en Noah.

Noah sintió un leve escalofrío recorrer su cuerpo. La petición de Román no era algo que él no hubiera anticipado, pero la manera en que se lo pedía, con esa mezcla de exigencia y desafío, lo hizo dudar por un momento. Sabía que Clara estaba emocionalmente vulnerable, pero también sabía que ella era fuerte y no se dejaría manipular tan fácilmente. A pesar de todo, la misión que Román le había encomendado pesaba sobre sus hombros, y la presión aumentaba con cada segundo que pasaba.

El silencio se alargó entre ambos hombres, la mirada de Román clavada en Noah, evaluando cada reacción, cada gesto. Noah, por su parte, se esforzaba por mantener una expresión neutral, mientras su mente trabajaba a toda velocidad, considerando sus opciones. Traicionar a Clara de esa manera, empujándola a firmar algo que entregaría todo su legado a un hombre tan despiadado como Román, era algo que le revolvía el estómago. Pero también sabía que negarse podría tener consecuencias desastrosas, no solo para él, sino también para Clara y para todo lo que ella amaba.

Finalmente, Noah asintió, aunque con una ligera vacilación. No quería aceptar la misión, pero sabía que no tenía otra opción. Román no era alguien con quien se pudiera negociar o razonar; era un hombre de decisiones finales y acciones contundentes.

—Lo haré —dijo Noah, su voz más firme de lo que se sentía en realidad —Pero necesitaré tiempo, ella no es alguien que se rinda fácilmente.

Román lo miró por un momento más, como si estuviera midiendo la sinceridad de sus palabras, antes de asentir lentamente.

—Tómate el tiempo que necesites, pero no falles —respondió Román, su tono de voz tan cortante como un filo de acero. Luego, se giró y volvió a centrarse en los papeles sobre su escritorio, como si la conversación hubiera terminado.

Noah se retiró del despacho, con el peso de la situación cargando sobre sus hombros. Sabía que lo que estaba a punto de hacer no tenía vuelta atrás, y la responsabilidad de llevarlo a cabo lo agobiaba. Mientras caminaba por los pasillos, su mente no dejaba de pensar en Clara, en cómo podría protegerla sin traicionarla. Y, sobre todo, en cómo podría enfrentarse a Heinst, sabiendo que el hombre estaba dispuesto a luchar hasta el final por ella.

Las vidas de los tres estaban en una peligrosa encrucijada, una danza siniestra en la que cada movimiento podía ser el último. Noah lo sabía, lo sentía en cada fibra de su ser. Entendía que el juego que estaba a punto de jugar con Román no era solo un acto de sobrevivencia; era una apuesta en la que, si lograba ganar la confianza del verdadero padre de Clara, podría asegurar algo que deseaba más que cualquier riqueza o poder, podría asegurarse de que Clara le perteneciera por completo. A este punto, ni siquiera el control de la empresa, el dinero o el poder eran lo que codiciaba. Todo eso había perdido su significado para él. Su único deseo, su única obsesión, era tenerla a ella. Clara.

Pero no era una tarea fácil. Clara no era una mujer que se doblegara fácilmente, ni siquiera bajo la presión de las circunstancias más extremas. Había perdido tanto, había sido traicionada y herida de maneras que ningún ser humano debería soportar, y sin embargo, ahí estaba, resistiendo. Ahora, por un giro cruel del destino, todo lo que había perdido había vuelto a sus manos, pero de una manera

que sabía que era temporal, una ilusión de estabilidad que podía desmoronarse en cualquier momento. Sabía que estaba atrapada en un juego mucho más grande de lo que alguna vez había imaginado, y que la lucha por su libertad y su identidad estaba lejos de terminar.

Doble Cautiverio

Por otro lado, estaba Heinst, un hombre con una doble vida que había hecho lo posible por mantener a Clara segura y feliz. Su amor por ella era tan profundo que cada latido de su corazón parecía resonar con el nombre de Clara. Pero ahora, ese mismo amor lo había llevado al borde de perder todo. Sabía que Noah lo odiaba, que Román lo despreciaba, y que ambos estarían dispuestos a destruirlo para conseguir lo que querían. Cada segundo que pasaba era un riesgo, cada decisión que tomaba podía ser la última. Sin embargo, estaba dispuesto a luchar hasta el final, a enfrentar cualquier obstáculo, con tal de proteger a Clara, incluso si eso significaba perderla.

El destino parecía jugar con los tres, entrelazando sus vidas en un tejido de traiciones, secretos y deseos oscuros. Los días se volvieron más oscuros, las noches más largas, y el tiempo parecía alargarse en una agonía interminable. Noah se encontraba caminando por una cuerda floja, consciente de que un solo paso en falso lo llevaría a la ruina. Clara, por su parte, se encontraba atrapada entre el amor y el miedo, entre la esperanza y la desesperación, tratando de encontrar una salida en un laberinto de sombras. Y Heinst, envuelto en su doble vida, luchaba por mantener su control, sabiendo que estaba cada vez más cerca de perderlo todo.

El aire estaba cargado de tensión, y el silencio entre ellos era más ensordecedor que cualquier grito. Los corazones de los tres latían con fuerza, acelerados por la incertidumbre, por la duda, y por el miedo. Estaban atrapados en un juego de poder y amor que ninguno de ellos podía ganar sin perder algo a cambio. Era un juego en el que el destino parecía ser el único vencedor, y ellos, los peones movidos por fuerzas que apenas comprendían.

El destino había tejido sus vidas en una red de dolor y deseo, una red de la que ninguno de ellos podía escapar. Y mientras el tiempo avanzaba, mientras los días se convertían en noches y las noches en días, la tensión seguía creciendo, acumulándose, hasta que, inevitablemente, estallaría en un clímax que cambiaría sus vidas para siempre.

Mientras las vidas de Clara y Heinst pendían de un hilo en su cautiverio, Lucas y aquellos cercanos a ambos se sumergieron en una desesperada búsqueda para encontrarlos. La noticia de su secuestro había sacudido a todos, y la angustia se había instalado en cada uno de ellos, como una sombra que no dejaba de crecer. Pero Lucas, impulsado por una mezcla de preocupación y determinación, no estaba dispuesto a rendirse. Sabía que cada segundo contaba, que el tiempo era su enemigo, y que debía encontrar una manera de rescatar a Clara y Heinst antes de que fuera demasiado tarde.

El edificio central, donde los compañeros de Heinst se habían reunido, se había convertido en un centro de operaciones. La tensión en el ambiente era palpable; cada mirada, cada movimiento, estaba cargado de una urgencia inquebrantable. Los monitores parpadeaban con imágenes y datos, y los teclados resonaban con el golpeteo frenético de quienes intentaban descubrir cualquier pista que pudiera conducirlos a su superior. Eran un grupo bien entrenado, acostumbrado a manejar situaciones de crisis, pero esta vez, la presión era diferente. La vida de alguien que respetaban y apreciaban estaba en juego, y eso lo hacía personal.

Lucas se encontraba en el centro de la actividad, observando cada movimiento, cada informe que llegaba. Sus ojos estaban cansados, pero su mente estaba alerta, analizando cada posibilidad, cada

detalle que pudiera ser relevante. Sabía que Heinst no era un hombre fácil de derrotar, pero también entendía que los enemigos a los que se enfrentaban eran astutos y peligrosos. Cada minuto que pasaba sin noticias aumentaba la desesperación que sentía en su interior, una desesperación que intentaba mantener bajo control para no perder la concentración.

A su alrededor, los compañeros de Heinst trabajaban sin descanso, revisando grabaciones de cámaras de seguridad, interceptando comunicaciones, y trazando mapas de posibles ubicaciones donde podrían estar retenidos. Habían desplegado todos los recursos disponibles, y aun así, sentían que estaban luchando contra el tiempo. Sabían que el reloj no estaba de su lado, que cada segundo perdido podría ser fatal. Pero ninguno de ellos estaba dispuesto a rendirse. La lealtad que sentía hacia Heinst, y el afecto que algunos de ellos habían desarrollado por Clara, los impulsaba a seguir adelante, a no detenerse hasta que los encontraran.

Mientras tanto, Lucas no dejaba de pensar en Clara y en Heinst. Su mente estaba invadida por imágenes de ella, atrapada en algún lugar oscuro y frío, luchando por sobrevivir. Cada vez que cerraba los ojos, veía su rostro, y eso lo hacía redoblar sus esfuerzos. No podía permitir que nada le sucediera. No después de todo lo que había pasado. Sabía que Clara era fuerte, que no se dejaría vencer fácilmente, pero también sabía que estaban enfrentándose a enemigos que no tenían escrúpulos, que harían cualquier cosa para mantener el control.

El ambiente en la sala de control era sombrío, cada sonido parecía amplificado por la tensión que colgaba en el aire. Lucas intercambiaba palabras rápidas con los demás, revisando informes, buscando patrones, cualquier cosa que pudiera guiarlos. Sabía que estaban luchando contra el tiempo, y que cada minuto que pasaba sin encontrar una pista significativa los acercaba más a un desenlace que prefería no imaginar. Pero no permitiría que el miedo lo dominara. Estaba decidido a encontrarlos, a traerlos de vuelta con vida, y no descansaría hasta lograrlo.

Finalmente, una señal captada en una de las grabaciones llamó su atención. No era mucho, solo una pequeña anomalía en un patrón de movimiento, pero para Lucas, era suficiente para reavivar la esperanza. Inmediatamente se enfocó en esa pista, dirigiendo a sus compañeros para que se centraran en esa área. Era un rayo de luz en la oscuridad, y Lucas estaba decidido a seguirlo hasta el final.

Mientras la noche se convertía en madrugada, y los monitores seguían parpadeando en la penumbra, la determinación de Lucas se mantenía firme. Sabía que no podían permitirse el lujo de fallar. Las vidas de Clara y Heinst dependían de ello, y él no permitiría que el destino los arrebatara sin luchar hasta el último aliento.

Heinst se encontraba cautivo en el bunker oscura, apenas iluminada por una tenue bombilla colgando del techo. Las paredes de concreto, húmedas y frías, lo rodeaban como si lo aprisionaran aún más. Sus manos temblaban mientras sostenía la pluma que un hombre de Román le había entregado, el metal helado parecía arder contra su piel. El dolor en todo el cuerpo era tanto que le temblaban las piernas, no por miedo sino por el hecho que fue puesto bajo tortura. Frente a él, el documento de divorcio yacía sobre la mesa de madera astillada, cada palabra impresa pesaba como una condena. La fría amenaza de Román resonaba en su mente, una y otra vez.

Román estaba de pie a un lado, observándolo con una expresión severa, casi inhumana. La sombra que proyectaba su cuerpo en la pared parecía crecer, envolviendo a Heinst en una oscuridad aún más

profunda. El hombre frio y sin escrúpulos saco su aparto celular para mostrarle un vídeo de clara mientras estaba inconsciente, esto hace que Heinst abriera sus ojos de par en par.

—Juro que te matare... si le haces daño —amenazo Heinst, una carcajada sale de los labios de Román, como si lo que acaba de escuchar fuera un estúpido chiste.

—Si te importa la vida de Clara, firmarás este papel, Heinst —dijo Román, su voz cortante, sin dejar espacio para la duda o la misericordia.

El corazón de Heinst latía con fuerza, como si intentara escapar de su pecho. Un nudo en la garganta lo asfixiaba lentamente, y la desesperación comenzaba a invadir cada rincón de su ser. Sabía que no tenía elección; la vida de Clara estaba en peligro, y Román no dudaba en utilizar cualquier medio para obtener lo que quería. Cada segundo que pasaba sin firmar sentía que el lazo que Román había atado alrededor de Clara se apretaba más.

Con un profundo suspiro, llevó la pluma al papel, pero su mano vacilaba, temblorosa. Su mente estaba llena de recuerdos de Clara: su risa, su sonrisa, la manera en que sus ojos brillaban cuando hablaban de su futuro junto. El amor que sentía por ella era inmenso, pero también lo era el miedo de perderla para siempre. Pero, al final, no podía permitir que le pasara nada malo.

El trazo firme y doloroso que hizo al firmar la demanda de divorcio fue como una daga atravesando su corazón. Al hacerlo, sintió como si una parte de su alma se desmoronara, como si hubiese sellado su destino y el de Clara. El eco de la pluma raspando el papel llenó la habitación con un sonido que parecía retumbar en sus oídos.

—ya firme... déjala fuera de esto. No le hagas daño —dijo Heinst casi suplicando por la vida de ella.

Román sonrió, satisfecho, mientras Erick, en silencio, tomaba el papel firmado y lo guardaba en un sobre con manos firmes. La expresión en el rostro de Román era la de un hombre que había ganado una batalla decisiva, un hombre que disfrutaba del sufrimiento ajeno.

—Bien hecho, Heinst —dijo Román con un tono de triunfo que hizo que la piel de Heinst se erizara —Ahora, te sugiero que no intentes nada estúpido. Tu sacrificio no será en vano, siempre y cuando sigas nuestras órdenes.

—Por cierto, no le haría daño a ella. Al fin de cuentas es hija mía —dijo Román para que Heinst levantara su rostro hacia aquel criminal.

Heinst asintió débilmente, sintiendo que su cuerpo había quedado vacío, despojado de esperanza. Sabía que en ese momento había perdido algo invaluable, algo que nunca podría recuperar. Pero su mente, incluso en medio del dolor, ya estaba trabajando en un plan. No importaba lo que tuviera que hacer, encontraría la manera de salvar a Clara. La batalla no había terminado; solo había comenzado.

Lealtades Quebradas

Mientras que Heinst estaba firmando bajo un gran engaño el documento, las cosas se pondrían aun peor de lo que se encontraba. Erick abrió la puerta de la habitación donde Clara estaba retenida, el rechinar de las bisagras rompió el silencio pesado del lugar. La joven, sentada en un rincón oscuro, levantó la vista hacia él con una mezcla de miedo y esperanza en sus ojos. Aunque sabía que Erick había sido leal a Román durante años, algo en su interior le decía que había una chispa de humanidad en él, algo que podía aprovechar.

—Erick, por favor, tienes que ayudarme —suplicó Clara, su voz temblorosa y cargada de desesperación —Esto no está bien. Tú lo sabes. No soy solo un peón en el juego de Román.

Las palabras de Clara resonaron en la habitación, y Erick se quedó en silencio, sus ojos fijos en los de ella. La lucha interna era evidente en su expresión; sus cejas se fruncieron mientras procesaba lo que ella le decía. Clara, con el corazón en un puño, pensó que lo había convencido. Lo observó dar un paso hacia adelante, su mano temblando ligeramente mientras tomaba la suya, un gesto que revelaba la grieta en la lealtad que había sostenido durante tanto tiempo.

—No puedo seguir haciendo esto —susurró Erick, con un tono que evidenciaba su arrepentimiento —Te sacaré de aquí, Clara. No puedo permitir que Román siga manipulándote de esta manera.

Con manos temblorosas, comenzó a liberar a Clara de sus ataduras, cada movimiento impregnado de la urgencia de un hombre que finalmente había decidido hacer lo correcto. Clara sintió un atisbo de alivio al notar la determinación en los ojos de Erick, pero la tensión seguía presente, como una sombra ineludible.

Justo cuando Erick estaba a punto de soltar la última cuerda, un crujido en el piso detrás de ellos lo alertó. Se giró rápidamente, y allí, en la puerta, estaba Noah, su figura imponente oscureciendo el umbral. La mirada feroz en sus ojos no dejaba lugar a dudas sobre su furia.

—¿Qué estás haciendo, Erick? —preguntó Noah, su voz impregnada de una ira contenida que amenazaba con desbordarse.

Erick se tensó, su cuerpo rígido, pero antes de que pudiera responder, Noah avanzó hacia él con pasos firmes y decididos. Sin previo aviso, le asestó un fuerte golpe en el rostro. El impacto fue tan poderoso que Erick cayó al suelo, aturdido, su mente nublada por el dolor. La sangre brotó de su labio partido mientras trataba de recomponerse, pero Noah ya había cambiado su atención hacia Clara.

—No creas que podrás escapar tan fácilmente, Clara —dijo Noah con un tono frío y calculador, mientras la tomaba del brazo con fuerza. Su agarre era firme, casi doloroso, y la arrastró fuera de la habitación sin darle tiempo a reaccionar.

Clara luchó por liberarse, pero Noah era implacable. Cada paso que daba hacia la oscuridad del

pasillo parecía alejarla más de la libertad que había creído estar tan cerca de alcanzar. Mientras la conducía hacia lo desconocido, su corazón latía desbocado, y la esperanza que había sentido momentos antes comenzó a desvanecerse, sustituida por un miedo profundo e incontrolable.

Noah llevó a Clara a la fuerza hasta el automóvil que tenía estacionado fuera de la residencia. La noche caía rápidamente, y el bosque circundante, envuelto en la penumbra, parecía intensificar la tensión del momento. El sonido de las hojas moviéndose con el viento era el único acompañamiento al estrépito de sus pasos. Clara luchaba con todas sus fuerzas para liberarse del agarre de Noah, pero él era demasiado fuerte, su control era absoluto.

—Noah, por favor, no hagas esto —rogó Clara, las lágrimas surcando sus mejillas en un río de desesperación.

Noah la miró con frialdad mientras la empujaba hacia el asiento trasero del auto. Su rostro no mostraba ni una pizca de emoción mientras respondía con voz gélida.

—Te llevaré a un lugar donde nadie podrá encontrarte. Ya no confío en nadie. Ni siquiera en Erick.

Mientras Noah arrastraba a Clara hacia el automóvil, ella miró desesperadamente a su alrededor, buscando alguna señal de esperanza en la oscuridad que comenzaba a rodearlos. La luz tenue del faro del auto apenas iluminaba su entorno, acentuando el vacío y la desesperación que la envolvían. Justo antes de que Noah cerrara la puerta del auto, un grito penetrante resonó en la distancia, rompiendo el silencio nocturno.

—¡Clara! ¡Lucha, no te rindas! —la voz de Heinst atravesó el aire, llena de angustia y desesperación.

Clara intentó levantarse, su cuerpo luchando contra el peso de la desesperación y el miedo. Se giró hacia el origen del grito, buscando a Heinst en la oscuridad, pero Noah reaccionó con rapidez. Con un movimiento decidido, sacó una jeringa que había preparado de antemano y la sostuvo frente a Clara. Sin darle tiempo para resistirse, inyectó el sedante con precisión. Clara sintió una punzada aguda seguida de un calor que se esparcía por su brazo. Su visión comenzó a nublarse, y la claridad del mundo a su alrededor se desvaneció lentamente.

—Lo siento, pero no puedo permitir que arruines esto —dijo Noah con una determinación fría en su voz, mientras la acomodaba suavemente en el asiento trasero del auto.

Clara intentó resistir el efecto del sedante, sus ojos luchando por mantenerse abiertos, pero el cansancio y la sensación de sueño se apoderaron de ella. Sus párpados se cerraron lentamente, sumiéndola en la oscuridad que se extendía más allá de la noche. El último destello de esperanza se desvaneció mientras la inconsciencia la envolvía, y el mundo exterior se desmoronaba en un abismo de silencio y sombras.

Heinst se encontró en medio de un caos frenético, sus pasos resonaban en el lugar mientras luchaba contra los hombres de Román. Su cuerpo, a pesar de estar malherido y con moretones que le cubrían la piel, avanzaba con una determinación feroz. Cada movimiento le costaba, pero la idea de perder a Clara una vez más lo mantenía en marcha.

Los hombres de Román, leales y entrenados, se abalanzaron sobre él con furia. Heinst esquivaba y respondía a los ataques con movimientos ágiles a pesar de su dolor, su mente enfocada en una sola meta, detener a Noah. Los golpes que recibía se sentían como martillazos en su cuerpo, pero el pensamiento de Clara en peligro le daba una fuerza que no sabía que aún poseía.

La escena era una batalla en miniatura; Heinst, herido y sangrante, se enfrentaba a sus oponentes con una ferocidad desesperada. Las sombras se movían con rapidez, mezclando los colores del crepúsculo y los reflejos de las luces de los coches en movimiento. Cada vez que lograba derribar a un adversario, otro tomaba su lugar, y el sonido de sus gritos y el crujido de los golpes llenaban el aire.

Finalmente, logró abrirse paso hasta la calle donde Noah había estacionado el automóvil. La visión del coche le dio un impulso final, y el deseo de salvar a Clara superó cualquier dolor que sintiera. La escena se desarrolló en un torbellino de movimiento; Heinst se dirigió al auto con la esperanza de llegar a tiempo.

Al llegar, vio a Noah en el asiento del conductor, su rostro en una mueca de determinación. Heinst avanzó con dificultad, sus pasos tambaleándose pero firmes. Noah, con su mirada fría y calculadora, parecía completamente ajeno a la gravedad de la situación.

El encuentro fue violento. Heinst, a pesar de su estado, se lanzó contra el auto con una fuerza inhumana tratando de detener el auto, pero, a pesar de haber intentado todo, pero no pudo hacer nada. Finalmente, Noah salió con su propósito, Heinst cayó en el suelo para que luego observara a su alrededor para que sus ojos se fijaran en una motocicleta.
Subió en ella para encenderla, salió detrás de Noah persiguiéndole.
Con un rugido de motor y una frenética carrera, Heinst aceleró hacia adelante, pero Noah, no dispuesto a rendirse tan fácilmente, saltó hacia el capó del coche. La lucha continuó, y Heinst, con la vista nublada por el dolor y la fatiga, mantenía el auto en movimiento, decidido a escapar y salvar a Clara.

Finalmente, logró quitarse a Noah de encima y tomar un giro en una carretera secundaria, buscando la seguridad en la oscuridad. Mientras conducía con Clara a su lado, el peso de sus heridas y la preocupación por su bienestar se hicieron más evidentes, pero la esperanza de escapar y proteger a Clara le daba la fuerza para continuar. La carretera se deslizaba bajo sus ruedas, y a pesar de las dificultades, Heinst estaba decidido a salvar lo que quedaba de su vida y de su amor.
Mientras que Heinst manejaba el auto por la carretera cerca de imponente mar, pero al momento en la que quiso frenar no pudo hacerlo. Los frenos del auto no funcionaban, de manera desesperada Heinst intentaba que los frenos de aquel auto fun1cionara, pero, por más que lo intentara no lograba frenar el auto que ahora estaba sin control. Una maniobra desesperado hizo Heinst para que el auto chocara contra las barreras de aquella carretera. El auto cayó en el principio donde cayó e impactó en el mar, mientras que el auto descendía en el fondo de mar.

Rescate en el Abismo

Heinst se apresuró en romper los vidrios de la venta del auto. Cuando logro hacerlo, tomó a Clara para sacarla por la ventana del auto.

A duras penas, Heinst estaba nadando con el cuerpo de Clara hacia la superficie, Lucas y los

hombres de Heinst llegan al lugar donde el rastreador que tenía Heinst por el llevaron a ser encontrados.

Lucas al ver que ambos estaban a un costado de la orilla del mar con Heinst intentando despertar a Clara de manera desesperado. Lucas estaba llamando a los paramédicos.

Noah, por su parte quedó a una distancia viendo si Clara aún estaba con vida. Desde ese momento, paso a ser presidente de la empresa de la familia de Clara en un fugitivo buscado por los hombres de Heinst.

Mientras los hombres de Román se escabullían en la oscuridad, buscando refugio en algún lugar donde no pudieran ser encontrados, Nosh Cortes hacía lo mismo. Su mente era un torbellino de pensamientos mientras trataba de mantenerse un paso adelante de las autoridades y de cualquier otra amenaza que pudiera acechar. La tensión en el aire era palpable, y cada sombra parecía albergar un peligro invisible.

Mientras tanto, en el hospital, Clara y Heinst estaban siendo examinados por los médicos. Clara, sentada en la cama, observaba a Heinst con preocupación mientras los doctores revisaban su estado de salud. A pesar de que los golpes que había recibido no habían sido graves, el dolor se hacía presente en cada movimiento que intentaba realizar. Los moretones y cortes en su cuerpo eran un recordatorio de la brutalidad que había sufrido, y aunque los médicos intentaban tranquilizarlo, Heinst no podía ignorar el eco persistente de su dolor.

Clara, por su parte, intentaba procesar todo lo que había sucedido. La preocupación por Heinst era evidente en su rostro, pero también había un profundo agotamiento emocional que la envolvía. A pesar de haber sido secuestrada y sometida a una terrible experiencia, su mente no dejaba de pensar en lo que vendría después. Los eventos recientes la habían dejado físicamente agotada, pero aún más, la incertidumbre sobre su futuro y el de Heinst la mantenía en vilo.

Mientras ambos intentaban recuperarse en la relativa seguridad del hospital, una tormenta mediática estaba tomando forma en el mundo exterior. Noticias sobre la desaparición y la posterior reaparición de Clara, la heredera de la familia Miller, comenzaron a recorrer las redes sociales y los canales de televisión. Los titulares sensacionalistas se multiplicaban, y los reporteros hacían todo lo posible por obtener información sobre el estado de salud de Clara y los detalles de su secuestro.

Los medios de comunicación se congregaban fuera del hospital, esperando cualquier noticia que pudieran captar para alimentar el voraz apetito del público por detalles sobre el caso. Los rumores se propagaban rápidamente, y la imagen de Clara como la heredera de una de las familias más influyentes del país se convertía en un tema de conversación en todas partes. Las especulaciones sobre su secuestro, las motivaciones detrás del ataque, y el destino de su familia dominaban los titulares, mientras que los espectadores esperaban ansiosamente más detalles.

Heinst, aunque dolorido, no pudo evitar sentir una profunda preocupación por Clara al ver cómo su vida privada se exponía de manera tan cruda ante el mundo. Sabía que este tipo de atención mediática solo añadiría presión a una situación ya de por sí tensa, y temía que las consecuencias de toda esta atención no fueran fáciles de manejar.

Clara, a pesar de su agotamiento, también era consciente de la tormenta que se estaba gestando afuera. Sabía que su vida nunca volvería a ser la misma, y que las decisiones que tomara en los días siguientes serían cruciales para su futuro y el de aquellos que le importaban. Con un suspiro, se

recostó en la cama del hospital, intentando encontrar un momento de paz en medio del caos que la rodeaba, mientras Heinst, desde su propia cama, compartía el mismo sentimiento de incertidumbre y responsabilidad.

Ambos sabían que, aunque habían sobrevivido a una terrible experiencia, la verdadera batalla estaba lejos de haber terminado. El mundo exterior estaba esperando, y con él, los desafíos que aún tenían que enfrentar juntos.

La situación en la empresa se había vuelto insostenible. Los teléfonos no paraban de sonar, y los oficinistas correteaban de un lado al otro dentro del distrito financiero. Cada rincón de la oficina reflejaba la tensión que se respiraba en el aire. Era viernes, también cierre de mes, y la presión alcanzaba su punto máximo. Los gerentes, conscientes de la gravedad de la situación, se hallaban enclaustrados en la sala de juntas del fondo; esa que se reservaba para tomar grandes decisiones.

El país estaba sumido en una crisis económica sin precedentes, y todos en la empresa sabían que el impacto no tardaría en llegar a sus puertas. Lo que había comenzado como una mera conversación sobre los desafíos del mercado se había convertido en una crisis creciente que amenazaba no solo los empleos de los trabajadores, sino también la estabilidad de los accionistas de la empresa.

Los rumores sobre posibles despidos y recortes de presupuesto se habían extendido como la pólvora, alimentando la ansiedad y el miedo entre los empleados. Las conversaciones en los pasillos ya no eran sobre el fin de semana o las vacaciones, sino sobre quién podría ser el siguiente en recibir la temida llamada de Recursos Humanos. Nadie se sentía seguro.

En la sala de juntas, los gerentes discutían acaloradamente las posibles soluciones. Los accionistas, por su parte, presionaban para tomar decisiones rápidas y drásticas que pudieran salvar la empresa, aunque eso significara sacrificar una parte considerable de la plantilla. La tensión se podía cortar con un cuchillo, y cada propuesta era recibida con miradas de preocupación y ceños fruncidos.

El pánico no se limitaba solo a los empleados. Los accionistas también estaban en vilo. Sus inversiones, sus ganancias, todo estaba en juego. Lo que hasta hace poco era una fuente de estabilidad y seguridad ahora se había convertido en una montaña rusa de incertidumbre. La crisis no solo afectaba al mercado, sino también a la confianza de aquellos que, hasta ahora, habían creído firmemente en la solidez de la empresa.

El reloj avanzaba implacable, y con cada minuto que pasaba, la presión aumentaba. Los gerentes sabían que tenían que tomar una decisión, pero ninguna opción parecía lo suficientemente buena. Reducir personal significaba perder talento valioso, pero no hacerlo podría llevar a la empresa al borde del colapso. Los accionistas, por su parte, estaban divididos entre aquellos que querían preservar el capital a toda costa y aquellos que abogaban por un enfoque más cauteloso, aunque arriesgado.

Mientras tanto, fuera de la sala de juntas, los empleados esperaban en silencio, tratando de mantener la calma en medio del caos. Sabían que sus futuros estaban siendo decididos en esa sala, y la incertidumbre era insoportable. La oficina, normalmente bulliciosa y llena de vida, ahora parecía un campo de batalla silencioso donde todos intentaban hacer su trabajo sin perder la compostura.

La crisis se cernía sobre ellos como una sombra oscura, y todos, desde el oficinista más humilde hasta el accionista más influyente, sabían que las decisiones que se tomaran ese día determinarían el destino de la empresa y de todos los que dependían de ella.

Noah, con la astucia de un verdadero criminal, había ejecutado su plan con precisión. Se había encargado de vaciar las cuentas de la empresa, dejando a su paso una estela de caos y preocupación. Sabía que sus acciones provocarían un terremoto financiero, pero lo que no había anticipado era la rapidez con la que todo se desmoronaría, como un castillo de naipes derrumbándose sobre una mesa.

En su mente, Noah había visualizado un futuro en compañía de Clara, lejos de las ataduras de la empresa y de cualquier vínculo que los atara a Román. Sin embargo, las circunstancias habían cambiado drásticamente. El secreto que Clara había guardado tan celosamente sobre su conexión con Román, el líder de una organización criminal, salió a la luz en el peor momento posible. Heinst, quien hasta ese momento había luchado por proteger a Clara y mantener su relación en pie, se enteró de la oscura realidad que rodeaba a la mujer que amaba.

El impacto de esta revelación fue devastador para Heinst. Mientras ponía al tanto a Lucas, su mente no dejaba de girar en torno a la pregunta más apremiante: ¿cómo podría mantener a Clara a salvo de las garras de Román y de las traiciones de Noah? Sabía que ambos hombres eran peligrosos, capaces de cualquier cosa para obtener lo que querían, y Clara se encontraba en el centro de sus maquinaciones.

Lucas, siempre leal y sagaz, escuchó con atención mientras Heinst le contaba lo que había descubierto. Comprendía la gravedad de la situación y sabía que debían actuar con rapidez. La seguridad de Clara era la prioridad, pero también tenían que lidiar con las consecuencias del sabotaje financiero de Noah. El daño a la empresa no solo ponía en riesgo su estabilidad económica, sino que también atraería una atención no deseada de las autoridades y de otros interesados en el poder de la familia.

Al Filo de la Orilla

Heinst, a pesar de estar herido y agotado por los recientes acontecimientos, no podía permitirse el lujo de descansar. Sabía que Clara necesitaba protección, pero también sabía que no podía hacerlo solo. Mientras planeaban sus próximos movimientos, Heinst y Lucas comenzaron a idear una estrategia para mantener a Clara oculta y fuera del alcance de Román y Noah. Sabían que el tiempo no estaba de su lado, y que cada minuto que pasaba los acercaba más a un enfrentamiento inevitable.

Mientras tanto, Noah, confiado en su capacidad para evadir las consecuencias de sus actos, no se daba cuenta de que su mundo comenzaba a desmoronarse. La red de mentiras y manipulaciones que

había tejido con tanto cuidado estaba empezando a enredarse a su alrededor. Las complicaciones surgían de todas partes, y su control sobre la situación comenzaba a desvanecerse.

La tensión crecía, y todos sabían que el enfrentamiento final no tardaría en llegar. Heinst, con la determinación de un hombre que no tiene nada que perder, se preparaba para hacer lo que fuera necesario para salvar a Clara. Sabía que no podía confiar en nadie más, y que el peso de protegerla recaía sobre sus hombros. Pero también sabía que, en un mundo lleno de traiciones y engaños, nada estaba garantizado.

La batalla por el control de la empresa, por el poder y, sobre todo, por el destino de Clara, estaba a punto de alcanzar su punto culminante. Heinst y Lucas estaban decididos a enfrentarse a lo que fuera, mientras que Noah, atrapado en su propia red, se daba cuenta de que el futuro que había imaginado con Clara podría no ser más que una ilusión.

Los días transcurrieron con una tensión palpable en el aire. Clara, decidida a enfrentar las consecuencias de lo ocurrido, se presentó en la empresa para evaluar el estado catastrófico en que Noah la había dejado en su ausencia. A pesar de las miradas furtivas y los murmullos que la acompañaban mientras recorría los pasillos, Clara mantenía la cabeza en alto, determinada a enfrentar lo que fuera necesario.

Los empleados, al verla llegar, no sabían cómo reaccionar. Muchos de ellos evitaban cruzar miradas con ella, tratando de ignorar su presencia. A pesar de todo, comprendían que Clara no era responsable de la crisis que ahora los rodeaba. Sabían que los verdaderos culpables eran Cars y Noah Cortes, quienes habían sumido a la empresa en el caos.

En el cuarto de fotocopiado, la atmósfera estaba cargada de rumores y especulaciones. Celeste, una de las chicas de administración, aprovechaba el momento para charlar con una compañera mientras realizaba su trabajo.

—Llevan horas allí encerrados —comentó Celeste en un susurro, refiriéndose a los altos mandos que se encontraban en una reunión a puertas cerradas —¿Tu jefe no te ha comentado nada? Es el CIO después de todo...

La otra mujer, que estaba ocupada organizando unos documentos, negó con la cabeza.

—No, el Sr. Cortes es muy reservado con sus decisiones —respondió, con una nota de desdén en su voz —Además, no me ve como a una colega, sino como a una sirvienta —agregó con una pizca de jocosidad, consciente del ambiente enrarecido en el que se encontraban.

Celeste, una mujer rubia que siempre parecía estar en la búsqueda de algún chisme jugoso, pareció desistir de continuar la conversación. No había nada más que pudiera sacar de aquella charla. Se despidió con una sonrisa hipócrita, dejando a su compañera sola en el cuarto de fotocopiado.

Mientras tanto, Clara continuaba su recorrido por la empresa, observando cómo el personal trataba de sobrellevar la situación. Sabía que tendría que tomar decisiones difíciles y que la empresa, tal como la conocían, nunca volvería a ser la misma. Noah había dejado un rastro de destrucción, pero Clara no estaba dispuesta a permitir que todo lo que habían construido se desmoronara por completo.

Con cada paso que daba, Clara sentía el peso de la responsabilidad sobre sus hombros. Sabía que había personas que dependían de ella, empleados que necesitaban su liderazgo para navegar en

medio de la tormenta. Pero también sabía que había mucho en juego, no solo para la empresa, sino también para ella misma.

La presión aumentaba, y Clara se dio cuenta de que no podía hacerlo sola. Necesitaría aliados, personas en las que pudiera confiar, para poder reconstruir lo que Noah había destruido. Pero en un entorno donde la lealtad era escasa y las traiciones abundaban, encontrar esos aliados sería una tarea difícil.

A medida que avanzaba el día, las sombras de lo que había ocurrido seguían acechando a Clara. No podía dejar de pensar en lo que Noah había hecho y en las consecuencias que eso traería. Pero una cosa estaba clara en su mente: no permitiría que su vida, ni la empresa, cayeran en ruinas. Estaba dispuesta a luchar, a tomar las riendas y a enfrentar lo que fuera necesario para salir adelante.

Mientras tanto, en las oficinas, el murmullo de los empleados continuaba. La incertidumbre estaba en el aire, y todos se preguntaban qué pasaría a continuación. Pero en el fondo, sabían que Clara era su última esperanza, la única que podría salvarlos del desastre que se avecinaba.

Clara se sentó en su oficina, mirando el panorama devastado que Noah había dejado a su paso. La oficina, normalmente llena de actividad, ahora estaba envuelta en un silencio tenso. Los empleados evitaban su mirada, pero Clara podía sentir la presión de sus ojos cuando ella no los veía. Era un ambiente extraño, lleno de una mezcla de compasión y desaprobación silenciosa.

—¿Cómo pudo llegar a esto? —murmuró Clara para sí misma, mientras revisaba los documentos financieros. Los números rojos saltaron de la página, cada uno más alarmante que el anterior. La empresa estaba al borde del abismo, y la presión sobre sus hombros era casi insoportable.

La puerta se abrió de repente, y Heinst entró con un semblante serio. Su cara, generalmente amigable, mostraba signos de preocupación.

—Clara, hemos perdido un 30% de las acciones en los últimos dos días —dijo, colocando un informe en su escritorio —Los accionistas están asustados, y muchos están vendiendo a precios ridículos. Necesitamos una estrategia, y la necesitamos ahora.

Clara dejó el informe en la mesa y levantó la vista hacia Heinst, buscando en su rostro algún indicio de esperanza.

—¿Qué sugieres? —preguntó ella, tratando de mantener la calma.

Heinst se cruzó de brazos y caminó de un lado al otro, pensando en sus opciones.

—Primero, necesitamos realizar una auditoría interna completa —comenzó —Tenemos que mostrarle a los accionistas que estamos en control de la situación. Será una señal de transparencia y responsabilidad. Además, debemos reemplazar a cualquier ejecutivo que haya estado involucrado o que no haya podido prever lo que estaba ocurriendo. La gente necesita ver que estamos tomando medidas drásticas.

Clara asintió, sabiendo que era un paso necesario, aunque doloroso.

—Lo haré —dijo con determinación —No me importa a quién tenga que despedir. Necesitamos salvar esta empresa.

Heinst hizo una pausa, su expresión se suavizó ligeramente.

—Sé que esto es difícil para ti —dijo —Pero hay más. No podemos detenernos en una auditoría. Debemos idear un plan de recuperación financiera inmediato. Esto incluye la renegociación de nuestras deudas y la posible venta de algunos activos no esenciales para aumentar la liquidez.

Clara suspiró, agotada por la magnitud de la tarea que tenía por delante.

—¿Y qué hay de las ventas? —preguntó —Han caído estrepitosamente desde que todo esto comenzó. Necesitamos recuperar la confianza de nuestros clientes, de alguna manera.

Heinst asintió, sacando otro documento de su carpeta.

—He estado trabajando en una estrategia de marketing para eso —dijo, extendiéndole el papel —Involucra una campaña de recuperación de clientes, promociones y programas de lealtad para atraer a los que hemos perdido. Además, podríamos considerar la posibilidad de desarrollar nuevos productos o servicios para diferenciarnos de la competencia.

Clara tomó el documento, hojeándolo rápidamente.

—Esto es justo lo que necesitamos —dijo —Pero tenemos que hacerlo rápido. Cada día que pasa sin una respuesta, es un día más en el que nos hundimos más.

En ese momento, la puerta se abrió nuevamente, y Celeste, la asistente de Clara, entró con una expresión ansiosa.

—Perdón por interrumpir, pero acabo de recibir una llamada de uno de los accionistas principales —dijo —Quieren una reunión urgente con el consejo. Están considerando vender su participación si no ven un plan claro de recuperación en las próximas 48 horas.

Clara se levantó de su silla, su corazón acelerado.

—Entonces, no tenemos tiempo que perder —dijo firmemente —Heinst, reúne a los directivos. Quiero una reunión en la sala de juntas en una hora. Celeste, informa a todos los empleados que habrá un anuncio importante esta tarde. Deben estar preparados para cualquier cosa.

Heinst y Celeste asintieron y salieron de la oficina para cumplir sus órdenes. Clara se quedó sola por un momento, mirando la ciudad desde la ventana de su oficina. Sentía que estaba al borde de un precipicio, pero no tenía intención de dejar que la empresa de su familia cayera. Sabía que la batalla apenas comenzaba, y estaba lista para luchar.

—Noah, no vas a destruir lo que tanto me ha costado construir —murmuró para sí misma —No importa lo que cueste, voy a salvar esta empresa.

Con ese pensamiento, salió de su oficina, dispuesta a enfrentar lo que fuera necesario para recuperar lo que había perdido.

Operación Escarlata

Lucas observaba a su jefe con preocupación, notando la tensión evidente en los hombros de Heinst mientras examinaba las fotos en la mesa. La mirada fija de Heinst en la imagen de Clara, entre los sospechosos, reflejaba más que simple preocupación por la misión; había un trasfondo personal que lo inquietaba profundamente.

—Heinst, ¿qué sucede? —preguntó Lucas con un tono de incertidumbre, intentando entender qué más podría estar afectando a su jefe.

Heinst se giró lentamente para enfrentar a Lucas, su mirada aún fija en la fotografía de Clara. El peso de la situación parecía acumularse en su mente, pero su resolución era inquebrantable.

—Lucas, envía un mensaje a nuestro infiltrado en la organización de Román —ordenó Heinst, su voz cargada de determinación —Dile "Operación Escarlata". Él sabrá a qué me refiero.

Lucas asintió con firmeza, comprendiendo la gravedad de la orden. Sin decir una palabra más, se alejó del lugar para cumplir la tarea asignada, dejando a Heinst solo con sus pensamientos.

Mientras observaba la imagen de Clara, Heinst no podía evitar sentir un conflicto interno. Sabía que debía detener a Román a toda costa, incluso si Clara estaba involucrada. Pero también sabía que protegerla era su prioridad, aunque eso significara poner en riesgo todo lo demás.

Heinst había mantenido durante mucho tiempo su verdadera identidad oculta, solo revelando fragmentos a Clara en una ocasión, cuando se vio obligado a confesarle parte de la verdad. A medida que los días pasaban, Heinst continuaba desempeñando su papel de empresario adinerado, un hombre con un ego desmesurado, casado con una mujer rica y heredera de un secreto que ponía su vida en constante peligro. Clara, por su parte, intentaba superar el impacto del oscuro secreto que había descubierto, consecuencia del egoísmo de un ex prometido, mientras se encontraba atrapada en una maraña de intrigas y peligros, como una guarida de lobos.

El regreso de su suegro, Darién, un hombre misterioso con hábitos excéntricos, había intensificado su preocupación. Clara sentía que la presencia de Darién traía consigo más complicaciones y peligros que soluciones.

—Buenos días, Clara. Supongo que hoy has amanecido más tranquila después de haber colaborado en el levantamiento de las ventas de la empresa —dijo Darién con tono casual mientras leía un periódico. Su rostro estaba parcialmente oculto detrás de las páginas, pero su voz tenía un matiz de complacencia que Clara no pudo pasar por alto.

—Sí, muchas gracias, señor Conrad, por esa ayuda —respondió Clara, tomando su taza de café, aunque su mano temblaba ligeramente. Su incomodidad era palpable, y las miradas furtivas que lanzaba hacia Heinst revelaban su nerviosismo.

Heinst, que había estado observando la interacción desde un rincón de la sala en el comedor, sintió que algo no encajaba. Las palabras de Darién, combinadas con la evidente inquietud de Clara, lo pusieron en alerta. Algo estaba ocurriendo, y él no tenía idea de qué.

—¿Qué ayuda has brindado a mi esposa, padre? —preguntó Heinst, su tono era calmado, pero su mirada era afilada, escrutando a su padre y a Clara en busca de alguna señal que le diera una pista de lo que realmente estaba pasando.

Darién bajó el periódico lentamente, intercambiando una mirada fugaz con Clara antes de responder.

La tensión en el aire era palpable, y Heinst no pudo evitar notar el breve intercambio visual entre los dos.

—El señor Darién me ha dado un par de sugerencias sobre cómo levantar las ventas caídas en la empresa —mintió Clara, forzando una sonrisa mientras trataba de mantener la calma. Sin embargo, Heinst conocía demasiado bien a su esposa; sus gestos, su tono de voz, incluso la manera en que desviaba la mirada, le decían que algo no estaba bien.

Heinst no dijo nada más, pero su desconfianza crecía con cada segundo que pasaba. Sabía que Clara no le estaba diciendo toda la verdad, y esa sospecha lo inquietaba profundamente. Darién, por su parte, mantenía su expresión serena, como si todo fuera parte de un juego del que solo él conocía las reglas.

Clara, atrapada entre su esposo y su suegro, sentía que las paredes se cerraban a su alrededor. Sabía que tarde o temprano Heinst descubriría la verdad, y temía las consecuencias de ese momento. Mientras tanto, Darién continuaba sonriendo, satisfecho con la semilla de duda que había plantado en su hijo.

—¿Cómo es que mi adorada esposa no me ha mencionado esto? —dijo Heinst, con un tono que mezclaba sorpresa y reproche. Su mirada fija en Clara era penetrante, casi inquisitiva, y Clara sintió el peso de la situación caer sobre ella como una losa. Era como si todo el aire en la sala se hubiera detenido, atrapando a Clara en un estado de ansiedad que apenas podía disimular.

—Quizás se me haya olvidado... ante tanta presión —intentó justificar Clara, aunque su voz temblaba ligeramente. Sabía que no era una excusa convincente, pero en ese momento era lo único que podía decir. Sus manos temblorosas sostenían la taza de café, y la sensación de que todo estaba a punto de desmoronarse crecía dentro de ella.

Heinst no parecía satisfecho con la respuesta, su ceño se frunció ligeramente, pero antes de que pudiera decir algo más, la puerta de la sala se abrió, y la tensión en el ambiente dio un giro inesperado.

—Oh, cariño... has madrugado hoy —dijo una voz femenina, con un tono que rebosaba confianza y despreocupación. Clara y Heinst giraron la cabeza al unísono hacia la entrada, donde una mujer pelirroja, de porte elegante, caminaba hacia ellos con una sonrisa en los labios.

Heinst se quedó helado al verla, su incomodidad era evidente. Era como si todos los recuerdos de un pasado que había intentado enterrar resurgieran de golpe. Clara también quedó atónita, sin entender del todo lo que estaba pasando, pero percibiendo que la situación era mucho más compleja de lo que aparentaba.

—Lo siento, cariño... por cierto, les presento a mi pareja, hoy cumplimos dos meses —anunció Darién, entrando detrás de la mujer. Con una sonrisa engreída, besó los labios de la pelirroja de manera ostentosa, como si quisiera dejar en claro su posesión frente a todos. Clara sintió un escalofrío recorrer su espalda al ver la escena, su intuición le decía que esta mujer traía consigo más de lo que mostraba.

—Un gusto, me llamo... —Clara intentó recuperar la compostura y presentarse, pero la mujer la interrumpió rápidamente, tomando la iniciativa.

—Lo sé... eres Clara Miller, Darién me ha hablado de ti muchas veces —dijo la pelirroja,

estrechando la mano de Clara con una firmeza que casi rozaba lo agresivo. Su sonrisa era calculada, y Clara no pudo evitar sentir que había algo amenazante en su presencia.

Heinst, que había permanecido en silencio hasta ese momento, no pudo ocultar su reacción al ver a la mujer. Sus ojos se endurecieron, y su postura se volvió rígida. Clara lo observaba atentamente, notando cómo el pasado que él había intentado ocultar parecía desplegarse ante sus ojos.

—Y tú, debes ser Heinst... eres tan apuesto como lo es tu padre —mencionó Elisa, con una voz cargada de insinuaciones, mientras estrechaba la mano de Heinst. La familiaridad con la que lo hizo dejó claro que no era la primera vez que se cruzaban. Clara, aun sosteniendo su taza de café, sintió un nudo en el estómago al ver la interacción.

Heinst, por su parte, trató de mantener la compostura, pero no pudo evitar que su mirada delatara una mezcla de sorpresa y algo que podría ser descrito como malestar. Elisa, la mujer que había sido parte de su vida en un pasado que prefería olvidar, ahora estaba de vuelta, y lo hacía de la manera más inesperada, como la pareja de su propio padre.

El ambiente en la sala era sofocante. Clara, aunque no conocía todos los detalles, percibía la tensión entre su esposo y aquella mujer con una claridad inquietante. La incomodidad se apoderó de ella, pero trató de disimularla con una sonrisa forzada, mientras su mente trabajaba frenéticamente para entender qué estaba ocurriendo realmente.

Elisa, por su parte, parecía disfrutar de la situación. Sus ojos se deslizaban de Clara a Heinst, y luego a Darién, como si estuviera midiendo las reacciones de cada uno. Su sonrisa permanecía intacta, pero Clara sabía que bajo esa fachada se escondía algo mucho más oscuro.

La escena se alargó en un silencio incómodo, hasta que finalmente Darién, siempre el maestro de las situaciones, decidió romper la tensión.

—Bueno, es un placer poder presentarles a Elisa. Estoy seguro de que todos nos llevaremos muy bien —dijo con una sonrisa que no llegaba a sus ojos, mientras colocaba una mano posesiva en la cintura de Elisa.

Clara asintió automáticamente, pero su mente seguía atrapada en las preguntas que aquella inesperada aparición había desatado. ¿Qué significaba realmente la llegada de Elisa? ¿Y por qué Heinst estaba tan afectado? Mientras se dirigía a su esposo, notó que él aún estaba inmerso en sus propios pensamientos, y aunque quería preguntarle qué ocurría, decidió que no era el momento ni el lugar para una confrontación.

Pero sabía que, tarde o temprano, tendría que enfrentarse a la verdad.

La verdad en juego

Heinst se aclaró la garganta, un gesto que delataba la incomodidad que sentía en ese momento. Con una mano, se pasó los dedos por su cabello fino y bien cuidado, intentando recuperar la compostura. Sabía que no tenía otra opción más que seguir el juego de Elisa, aquella mujer que, con su sola presencia, parecía haber vuelto para complicarle la vida de una manera que él no había anticipado.

—Me alegra que mi padre haya encontrado una pareja —dijo Heinst, su voz sonaba controlada, pero Clara, que no lo conocía tan bien podía ver su incomodidad ante la mujer, podía percibir la tensión detrás de sus palabras. Luego, sin esperar respuesta, se sentó nuevamente en la mesa, tratando de enfocarse en cualquier cosa que no fuera la perturbadora presencia de Elisa.

Darién, por su parte, sonreía de manera satisfecha, como si disfrutara de la extraña dinámica que se estaba desarrollando. Su sonrisa tenía un tinte sarcástico, como si las palabras de su hijo le resultaran una broma interna que solo él comprendía.

Elisa, ajena o quizás totalmente consciente de la tensión que había creado, se sentó tranquilamente al costado de Darién y comenzó a degustar su desayuno. Cada uno de sus movimientos parecía calculado, como si estuviera disfrutando de un espectáculo privado en el que ella era la protagonista.

—Vaya, cariño... qué hijo tan considerado tienes —comentó Elisa, dirigiéndose a Darién mientras tomaba un sorbo del agua en su vaso. Sus palabras, aunque parecían inofensivas, estaban cargadas de una ironía que no pasó desapercibida para nadie en la mesa.

Clara, que había estado observando todo en silencio, sintió que el nudo en su estómago se apretaba aún más. Había algo en la manera en que Elisa se desenvolvía que le resultaba profundamente inquietante. Era como si cada gesto, cada palabra, estuviera cuidadosamente diseñada para desestabilizarla.

—Dime, Clara —continuó Elisa, con una sonrisa que no llegaba a sus ojos —¿hace cuánto se conocen? ¿Cómo ha nacido este amor entre los dos? —La pregunta cayó como una losa sobre Clara, quien sintió que todo se venía encima de ella. La forma en que Elisa la observaba, con un interés que parecía casi malsano, la ponía nerviosa. Claramente, la mujer tenía un interés especial en la relación de ella con Heinst, y eso solo aumentaba la inquietud de Clara.

Heinst, al notar el desasosiego en su esposa, decidió intervenir antes de que las cosas se salieran más de control.

—Nos conocimos hace tiempo, en circunstancias que no vienen al caso —dijo Heinst, tratando de cortar el tema de raíz. Pero Elisa no parecía dispuesta a dejarlo pasar tan fácilmente.

—Oh, entiendo... —murmuró Elisa, con un tono que sugería todo lo contrario. Sus ojos se pasearon de Clara a Heinst, evaluándolos con una perspicacia que resultaba perturbadora. Clara, por su parte, trataba de mantener una fachada calmada, pero por dentro, su mente trabajaba frenéticamente para entender qué era lo que realmente estaba sucediendo.

—El amor es algo tan complicado y fascinante, ¿verdad? —agregó Elisa, casi como si estuviera reflexionando en voz alta, pero claramente dirigiéndose a Clara. La insinuación en sus palabras era evidente, y Clara no pudo evitar preguntarse qué tan profunda era la conexión entre Heinst y Elisa en el pasado.

Darién, mientras tanto, seguía observando todo desde su lugar, con una sonrisa que no se desdibujaba. Parecía disfrutar de la incomodidad que Elisa estaba generando en Clara y Heinst, como si todo esto fuera parte de un plan que solo él conocía.

Clara sabía que debía responder algo, pero sentía que cualquier cosa que dijera podría ser usada en su contra por Elisa. Así que decidió optar por una respuesta vaga, esperando que fuera suficiente para desviar la atención.

—Nos conocimos en un momento inesperado y, bueno, aquí estamos... —respondió Clara, tratando de sonar despreocupada, pero su tono no logró ocultar la ansiedad que la invadía.

Elisa, sin embargo, no parecía satisfecha. Su sonrisa se amplió un poco más, como si hubiera descubierto algo interesante en la respuesta de Clara. Pero antes de que pudiera seguir indagando, Heinst decidió que ya era suficiente.

—Elisa, es un placer que hayas entrado a la vida de mi padre, pero quizás deberíamos dejar las preguntas para otro momento —dijo Heinst, su tono era firme, casi autoritario. Quería dejar en claro que no permitiría que la conversación siguiera por ese camino.

Elisa lo miró por un momento, como evaluando si debía seguir adelante o no, pero finalmente asintió, sin borrar la sonrisa de sus labios.

—Tienes razón, querido. Hay mucho tiempo para hablar de todo eso —concedió, aunque su tono dejaba claro que no pensaba abandonar el tema tan fácilmente.

La tensión en la sala era palpable, y Clara, aunque había logrado sortear la situación por ahora, sabía que no sería la última vez que tendría que enfrentarse a Elisa. La mujer parecía decidida a hacerle la vida imposible, y Clara no podía evitar preguntarse hasta qué punto estaba dispuesta a llegar.

Heinst, aunque se mostraba tranquilo en el exterior, por dentro sentía que la situación se volvía cada vez más insostenible. Elisa había vuelto, y con ella, los fantasmas de un pasado que él había intentado enterrar. Ahora, con su regreso, todo estaba en peligro de salir a la luz, y Heinst sabía que tendría que estar preparado para lo que fuera que viniera a continuación.

Después de haber soportado un desayuno cargado de tensión y miradas inquisitivas, Clara subió a su habitación en busca de un momento de paz. Sentía el peso de las palabras no dichas y las sospechas que flotaban en el aire. Al cerrar la puerta detrás de ella, dejó escapar un suspiro de alivio, pero su tranquilidad duró poco. Heinst, con el rostro sombrío y decidido, entró en la habitación tras ella, sin darle tiempo para prepararse para lo que sabía que venía.

—¿Por qué no me has dicho que mi padre te ha sugerido estrategias para la empresa? ¿Qué me ocultas? —preguntó Heinst, su tono directo y sin rodeos. No había rastro de la usual calma en su voz, y Clara sintió una punzada de preocupación. Su marido rara vez se mostraba tan alterado, lo que solo aumentaba su nerviosismo.

Clara, de pie frente al espejo, se concentraba en arreglar la camisa que se había desacomodado durante el desayuno. Evitaba el reflejo de los ojos de Heinst, pero no pudo ignorar el rostro serio y preocupado que su esposo mostraba. Sabía que no sería fácil desviar sus sospechas, pero tenía que intentarlo.

—Como te dije antes, se me olvidó por todos los problemas que he tenido —respondió Clara, tratando de sonar convincente mientras ajustaba los botones de su camisa. Su tono era firme, pero el ligero temblor en sus manos delataba la verdad: la presión de mantener tantas mentiras a flote empezaba a pesarle.

Heinst no se dejó convencer tan fácilmente. Se acercó a Clara, deteniéndose justo detrás de ella. Desde esa posición, ambos podían verse reflejados en el espejo, pero era como si un abismo se hubiera abierto entre ellos. Sus miradas se encontraron en el vidrio, y Clara sintió que el interrogatorio de Heinst apenas comenzaba.

—No me mientas, Clara —dijo Heinst, con una mezcla de dureza y desespero en su voz—. Sé que algo más está pasando. Desde que mi padre regresó, todo ha cambiado, y necesito saber qué es. —El dolor en su tono la hizo dudar, pero Clara sabía que no podía revelar todo lo que sabía. Era por su seguridad, por la de ambos.

—No hay nada más, Heinst —insistió Clara, girándose finalmente para enfrentarlo directamente. Intentó mostrarse segura, pero la intensidad de la mirada de Heinst la hizo sentir vulnerable. Las mentiras que había construido alrededor de ellos parecían cada vez más frágiles.

Heinst estudió el rostro de Clara, buscando alguna señal que le diera una pista sobre lo que ella le ocultaba. Sabía que Clara era una mujer fuerte y resiliente, pero también sabía que llevaba una carga pesada sobre sus hombros. Él había sido testigo de cómo esa carga había empezado a pasarle factura, y no podía soportar la idea de que algo se interpusiera entre ellos.

—Clara, si hay algo que no me estás diciendo, lo entenderé. Pero no quiero que este secreto nos separe —dijo Heinst, con un tono más suave, casi suplicante. Su desesperación por saber la verdad, por proteger a su esposa, era palpable.

Clara sintió un nudo en la garganta al escuchar las palabras de Heinst. Quería confesarle todo, descargar el peso que la oprimía, pero sabía que hacerlo pondría en peligro a mucha gente, incluidos ellos mismos. Tomó una profunda respiración, tratando de calmar su corazón acelerado.

—Heinst, te prometo que no hay nada más —dijo Clara, sosteniéndole la mirada, deseando que él creyera en sus palabras. A pesar de su decisión de seguir ocultando la verdad, sintió una punzada de culpa al ver la decepción en los ojos de su esposo.

Heinst asintió lentamente, aunque claramente no estaba del todo convencido. Se apartó de Clara, dándole espacio, pero la preocupación no desapareció de su rostro.

—Solo espero que no te estés poniendo en peligro —murmuró Heinst antes de salir de la habitación, dejando a Clara sola con sus pensamientos. Sabía que la tensión entre ellos no desaparecería hasta que todas las verdades salieran a la luz, pero también sabía que ese día aún estaba lejos.

Clara, sintiéndose abrumada, se dejó caer en la cama, mirando al techo. Sabía que las decisiones que había tomado para proteger a Heinst y a su familia podían tener consecuencias graves, y temía que, al final, todo terminara por desmoronarse.

¿Un acuerdo?

Clara se sentó en la cama, el peso de las dudas y preocupaciones acumulándose en su mente. No podía dejar de pensar en la considerable cantidad de dinero que había aparecido de repente, y la pregunta que más la atormentaba era: ¿Quién estaba detrás de ese misterioso acto? Aunque intentó

centrarse en encontrar respuestas, las posibilidades se dispersaban como humo en el aire. Sabía que algo oscuro se estaba gestando, pero los hilos eran tan enmarañados que no podía ver la trama completa.

Mientras tanto, Heinst estaba lidiando con un problema mucho más grande de lo que él mismo había imaginado. Elisa, una mujer cuyo pasado con él había sido breve pero intenso, no era simplemente una ex amante. Heinst ahora entendía que Elisa era peligrosa, con un secreto tan oscuro y profundo como un pantano en la noche. Había llegado a la residencia con una misión clara: vigilar los movimientos de Heinst y de su esposa, Clara. Esa información lo había dejado inquieto, pero aún más alarmante era la sensación de que ella no estaba actuando sola.

Decidido a descubrir la verdad, Heinst esperó pacientemente en su auto, estacionado en las cercanías de la residencia. Observó la puerta principal, aguardando el momento en que Elisa saliera. La vigilancia fue tensa, y cada segundo que pasaba aumentaba la ansiedad en su pecho. Finalmente, la figura de Elisa apareció. Caminaba con la misma elegancia y seguridad que siempre la habían caracterizado, pero Heinst sabía que tras esa fachada se escondía una mujer peligrosa.

Con el sigilo de un cazador, Heinst encendió el motor de su auto y la siguió a una distancia prudente, asegurándose de no ser detectado. La noche se volvía cada vez más densa, y las luces de la ciudad se reflejaban en los vidrios de los autos que pasaban. Elisa condujo durante horas, saliendo de la ciudad y adentrándose en una zona más aislada. Finalmente, aparcó su auto frente a un edificio que parecía abandonado, un lugar donde la oscuridad parecía dominar.

Heinst se detuvo a cierta distancia, con el corazón latiendo con fuerza. Desde el interior de su vehículo, la observó salir del auto y dirigirse hacia la entrada del edificio. Todo en su postura indicaba que estaba preparada para algo importante, algo que requería toda su atención y posiblemente, toda su astucia.

—¿Pero qué demonios hace aquí? —pensó Heinst mientras aflojaba el cinturón de seguridad, inclinándose ligeramente hacia adelante para tener una mejor visión de lo que estaba ocurriendo. No se atrevió a salir del auto, consciente de que cualquier movimiento en falso podría poner en peligro toda la operación.

Desde su posición, Heinst vio cómo Elisa entraba al edificio. Sabía que no debía dejar que sus emociones lo traicionaran, pero la idea de que ella pudiera estar involucrada con Román, el hombre al que había estado persiguiendo durante tanto tiempo, lo llenaba de un frío temor. La conexión entre Elisa y Román no podía ser una coincidencia, y Heinst comprendió que estaba a punto de descubrir algo que podría cambiarlo todo.

Esperó en la penumbra, observando cada movimiento, cada sombra que cruzaba las ventanas del edificio. Sabía que debía mantenerse firme y no actuar precipitadamente. Esta era su oportunidad de descubrir las verdaderas intenciones de Elisa y, posiblemente, de adelantarse a los movimientos de Román.

La tensión se palpaba en el aire, y Heinst se preparó mentalmente para lo que fuera que estaba a punto de descubrir. Sabía que el riesgo era enorme, pero también sabía que no podía permitirse fallar. La vida de Clara, su propia vida, y el destino de todo lo que había construido estaban en juego.

El joven agente subió las escaleras del viejo edificio, sus pasos resonando en el silencio mientras su mente estaba absorta en pensamientos confusos. No podía comprender qué podría haber llevado a

una mujer como Elisa, con su elegancia y sofisticación, a un lugar tan lúgubre y abandonado. Cada peldaño que ascendía lo acercaba más al misterio que envolvía a esa mujer, y el aire a su alrededor se sentía cada vez más denso y cargado de tensión.

Cuando finalmente alcanzó el séptimo piso, se detuvo por un momento, tomando aire para calmarse antes de continuar. Frente a él, vio a Elisa de pie cerca del balcón, con la mirada fija en la oscuridad que se extendía más allá de las barandas. Su postura era relajada, como si estuviera esperando a alguien. Sin embargo, algo en la forma en que sus dedos tamborileaban suavemente sobre la baranda, le indicó a Heinst que ella no estaba tan despreocupada como aparentaba.

Lo que Heinst no sabía era que Elisa había sido advertida de su presencia mucho antes de que él siquiera la hubiera seguido desde la residencia. Román, siempre un paso adelante, le había hecho saber que alguien la estaba vigilando, y ella, siendo más astuta de lo que Heinst jamás podría haber imaginado, había usado ese conocimiento para tenderle una trampa.

—Sal de donde estés... Sé que me has perseguido desde que salí de la residencia de tu padre —la voz de Elisa rompió el silencio con una calma inquietante, resonando en el espacio vacío y haciendo eco en las paredes descascaradas. Heinst se quedó inmóvil por un instante, maldiciendo internamente su descuido. Había subestimado a Elisa, y ahora no tenía más remedio que enfrentarse a ella.

Con un suspiro resignado, Heinst salió de las sombras, caminando hacia ella con pasos decididos. Se detuvo a poca distancia, sus ojos escaneando cada centímetro del entorno, buscando algún indicio de peligro oculto.

—¿Qué haces aquí, Elisa? —preguntó, su voz grave y llena de desconfianza. Aunque intentó mantener un tono neutral, no pudo evitar que su preocupación se filtrara a través de sus palabras.

Elisa se giró para enfrentarlo, una leve sonrisa curvando sus labios. Sus ojos, brillantes y astutos, se encontraron con los de Heinst, y en ese momento, él supo que estaba jugando un juego peligroso. Pero había algo más en su mirada, una mezcla de desafío y de algo que él no podía identificar del todo.

—Lo mismo podría preguntarte yo, Heinst —respondió ella suavemente, sin perder la compostura —Pero creo que ambos sabemos que esta no es una coincidencia. Tú me seguiste porque no confías en mí... y yo, bueno, simplemente estaba asegurándome de que no te metieras en problemas innecesarios.

Heinst entrecerró los ojos, analizando cada palabra, cada gesto. Sabía que Elisa no estaba allí por mera casualidad, y menos aún en un lugar como ese. Pero lo que más lo desconcertaba era la frialdad calculada con la que ella manejaba la situación. Ella no era la misma mujer que él había conocido en el pasado; esta Elisa era diferente, más peligrosa, más impredecible.

—Sabes que no estoy aquí para jugar, Elisa. Quiero saber por qué estás intentando atrapar a mi padre —su tono se volvió más firme, decidido a arrancarle la verdad.

Elisa soltó una breve risa, pero no había alegría en ella. Se dio la vuelta, mirando nuevamente hacia el balcón, como si el horizonte pudiera darle alguna respuesta.

—Ah, Heinst... siempre tan directo. Pero algunas verdades no son tan simples de revelar, al menos no sin un precio. —Ella se volvió nuevamente hacia él, y en sus ojos había una chispa de algo oscuro —Tu padre y yo tenemos un acuerdo, uno que podría complicar mucho tu vida si decides

entrometerte.

Heinst sintió cómo una oleada de frustración lo recorría. Sabía que debía mantener la calma, pero la idea de que Elisa estuviera involucrada con alguien como su padre lo llenaba de rabia contenida.

—¿Un acuerdo? —repitió, sin intentar ocultar su escepticismo —¿Y qué te hace pensar que te dejaré seguir adelante con esto?

Elisa se acercó a él, cada paso un recordatorio de lo peligrosa que era. Se detuvo a escasos centímetros de su rostro, su sonrisa ahora desaparecida. Pero Heinst se inmutó y sin moverse decidió enfrentarla.

—Porque, querido Heinst, hay cosas que están más allá de tu control. Y si realmente quieres proteger a Clara y todo lo que amas, harías bien en mantenerte al margen de este asunto —susurró, con una frialdad que lo hizo estremecerse.

Heinst se mantuvo firme, con la mandíbula apretada y los ojos fijos en Elisa, quien ahora lo observaba con una expresión que oscilaba entre la burla y el desafío. El ambiente en el que ambos se encontraban era sofocante, cargado de tensión y palabras no dichas. El sonido distante del tráfico en las calles se mezclaba con el silencio opresivo que reinaba en ese pequeño espacio, pero ni siquiera eso lograba romper la conexión intensa que se había formado entre ellos en ese momento.

—Mantente alejada de ella... no te atrevas a lastimarla —la voz de Heinst había salido en un tono bajo, pero cargado de una amenaza palpable que no dejaba lugar a dudas sobre sus intenciones. Elisa, siempre tan astuta, no pudo evitar que una chispa de interés brillara en sus ojos. La debilidad de Heinst se había revelado, y ahora sabía exactamente dónde golpear si alguna vez necesitaba tener el control sobre él.

Clara Miller, esa mujer que hasta ahora había sido solo una figura distante en la vida de Heinst, se había convertido de repente en el punto débil que él no podía permitirse tener. Elisa lo comprendió al instante, y una sonrisa lentamente empezó a dibujarse en sus labios. Era una sonrisa que no tenía nada de calidez, sino más bien un reflejo del poder que acababa de adquirir.

—Veo que has encontrado una mujer que finalmente te ha movido los cimientos de tus pies, Heinst —comentó Elisa con una voz cargada de ironía, como si se deleitara en la idea de que el imperturbable Heinst hubiera caído en las trampas del amor. La sonrisa en su rostro se ensanchó, disfrutando del evidente malestar que sus palabras causaban en él.

Heinst no tardó en reaccionar, su expresión endureciéndose aún más. Sabía que no podía permitirse mostrar debilidad ante Elisa, no cuando ella ya había descubierto lo que más le importaba en el mundo. Su respuesta fue rápida y cortante, un intento de reafirmar su posición y de recuperar el control de la situación.

No Subestimes al Enemigo

—Lo que siento por ella no es de tu incumbencia. Solo trata de no poner mi paciencia a prueba, Elisa —su voz salió fría y autoritaria, con una dureza que buscaba imponer límites claros. Sabía que

Elisa no era alguien con quien se pudiera jugar, y que cada palabra que saliera de su boca debía ser calculada con precisión.

Elisa, sin embargo, no se dejó intimidar tan fácilmente. La seriedad que volvió a su rostro no era un indicio de rendición, sino más bien un cambio de estrategia. Sabía que Heinst estaba jugando un juego peligroso, uno en el que las emociones y las lealtades podían ser armas letales si se usaban correctamente.

—No subestimes mi capacidad de hacer lo que sea necesario, Heinst —respondió ella, su tono suave pero cargado de una advertencia implícita. No había amenazas explícitas en sus palabras, pero la intención era clara. Elisa no estaba dispuesta a retroceder ni un solo paso, y si Clara era la clave para desestabilizar a Heinst, no dudaría en utilizarla.

Heinst sintió una oleada de rabia mezclada con impotencia. Sabía que estaba en desventaja; Elisa no solo conocía su punto débil, sino que también tenía la audacia de utilizarlo en su contra. Pero no podía permitir que ella se saliera con la suya. Si algo le sucedía a Clara, él sería el responsable, y no podría perdonarse a sí mismo.

—Elisa, te lo advierto por última vez —Heinst dio un paso más cerca de ella, acortando la distancia entre ambos, su voz apenas un susurro pero cargada de veneno —Si te atreves a hacerle daño, no habrá lugar en este mundo donde puedas esconderte de mí.

Elisa lo miró fijamente, su expresión imperturbable. Estaba claro que no se dejaba intimidar fácilmente, pero había algo en la mirada de Heinst que le indicaba que esta vez, sus palabras no eran una simple amenaza vacía. Estaba decidido a proteger a Clara a cualquier costo, y Elisa sabía que eso lo hacía peligrosamente impredecible.

El silencio entre ellos se hizo más denso, como si el aire mismo hubiera sido cortado por las palabras de Heinst. Ambos permanecieron inmóviles, midiendo las posibilidades, evaluando las opciones. Las sombras del pasado y los peligros del presente se entrelazaban en una red cada vez más compleja, y Heinst sabía que cualquier movimiento en falso podría tener consecuencias devastadoras.

En una distancia de aquel edificio, un hombre desconocido estaba capturando fotografías que comprometían la fidelidad de Heinst hacia su esposa. Una trampa bien pensado se había llevado a cabo. Heinst, no sabía que estaba siendo engañado de una manera vio y despreciable.

Finalmente, Elisa dio un pequeño paso atrás, rompiendo la tensión entre ellos. La sonrisa que había estado en su rostro se desvaneció, reemplazada por una expresión calculadora. Sabía que no era el momento de provocar a Heinst más de lo necesario. A pesar de todo, aún necesitaba mantener su posición en ese juego mortal.

—No te preocupes, Heinst. Clara está a salvo... por ahora —dijo con un tono tranquilizador que contrastaba con la frialdad de sus palabras —Pero recuerda, en este juego todos tienen un papel que cumplir. Asegúrate de que Clara no se convierta en una pieza desechable.

Sin decir nada más, Elisa se dio la vuelta y se dirigió hacia la salida. Heinst la observó mientras se alejaba, la tensión en su cuerpo apenas disminuyendo. Sabía que la batalla apenas comenzaba, y que Elisa, con su astucia y falta de escrúpulos, no se detendría ante nada para conseguir lo que quería.

Mientras las puertas se cerraban tras ella, Heinst se quedó solo en el silencio, sus pensamientos girando alrededor de Clara y el peligro que ahora se cernía sobre ella. Tenía que estar preparado para

lo que fuera que Elisa y Román planearan independientemente si ambos trabajaban juntos o no, porque una cosa era segura: no dejaría que nadie, ni siquiera Elisa, le arrebatara lo que más amaba.

Clara se encontraba en su oficina, inmersa en la revisión de unos documentos importantes para la empresa. La luz suave que entraba por la ventana bañaba su escritorio, creando un ambiente tranquilo y propicio para concentrarse en su trabajo. Los papeles estaban esparcidos sobre la mesa en un orden meticuloso, y su pluma se deslizaba sobre las hojas con una precisión que denotaba su enfoque absoluto.

De repente, el sonido de una notificación en su celular interrumpió el silencio de la oficina, capturando por completo su atención. Clara alzó la vista, sorprendida por la interrupción, y dejó la pluma a un lado. Su mirada se dirigió al dispositivo que yacía a un lado de la mesa, iluminado por el mensaje entrante. Con una mezcla de curiosidad y preocupación, tomó el celular y desbloqueó la pantalla.

Lo que vio a continuación la dejó atónita. La imagen que apareció en la pantalla mostraba a Heinst, su esposo, en una situación que parecía demasiado íntima para su gusto. Estaba acompañado por la misma mujer que había conocido hace poco, Elisa, y la forma en que ambos estaban juntos sugería una cercanía que no podía pasar desapercibida. La expresión de Clara se endureció al instante, y su corazón comenzó a latir con fuerza. Las dudas y sospechas comenzaron a inundar su mente, cuestionando lo que realmente estaba sucediendo entre ellos.

Clara soltó el celular de golpe sobre el escritorio, como si el simple acto de sostenerlo la quemara. Se recostó en su silla, sintiendo cómo la tensión se apoderaba de sus músculos. Cerró los ojos por un momento, tratando de calmar la oleada de emociones que amenazaba con desbordarse. Su mente trabajaba a toda velocidad, intentando procesar lo que había visto y, sobre todo, preguntándose qué significaba.

La pregunta que persistía en su mente era quién había enviado esa foto y con qué propósito. No era solo la imagen lo que la perturbaba, sino el hecho de que alguien, en algún lugar, había decidido que ella debía verla. Era evidente que esa foto no había llegado por accidente; alguien quería que Clara supiera lo que Heinst estaba haciendo. Pero, ¿quién? ¿Y por qué? Las posibilidades eran muchas, y cada una más inquietante que la anterior.

Después de unos minutos de reflexión, Clara tomó una decisión. Sabía que no podía quedarse de brazos cruzados, esperando a que la situación se resolviera por sí sola. Era consciente de que actuar impulsivamente podría empeorar las cosas, pero también sabía que mantener el silencio solo alimentaría sus dudas y temores. Tomó su celular de nuevo, con una determinación renovada, y buscó el contacto de Heinst en su lista de mensajes.

Decidió enviarle la imagen directamente. Quería ver cómo reaccionaría él al verse confrontado con la evidencia. No había palabras que pudieran expresar lo que sentía en ese momento, así que optó por el silencio. Simplemente seleccionó la imagen y la envió. Luego, se quedó en su oficina, esperando pacientemente una respuesta de Heinst, aunque en el fondo de su ser, temía lo que él podría decir.

Mientras esperaba, Clara no dejaba de pensar en las posibles consecuencias de su acción. Sabía que esto podría desencadenar una confrontación, pero también sentía que necesitaba saber la verdad, sin importar cuán dolorosa fuera. El reloj en la pared de la oficina marcaba los minutos con una lentitud

desesperante, cada tic-tac resonando en su mente como un eco de sus propios pensamientos.

Finalmente, el sonido de una nueva notificación la hizo sobresaltarse. Clara tomó su celular con manos temblorosas y vio que había llegado la respuesta de Heinst. La pantalla mostraba su mensaje, breve pero cargado de significado. Su corazón latía con fuerza mientras leía las palabras que, de alguna manera, cambiarían el curso de su día, y tal vez de su relación.

Heinst frunció el ceño al ver la fotografía en su pantalla. La imagen mostraba claramente el momento en que él estaba a solas con Elisa, una escena que a los ojos de cualquiera parecía sospechosa. El corazón le latió con fuerza, pero no por culpa o temor, sino por la complejidad de la situación. Clara nunca había cuestionado su lealtad de esta manera, y eso lo hizo darse cuenta de cuán delicado se había vuelto todo.

Mientras seguía manejando, su mente se llenó de preguntas. ¿Quién había tomado esa foto? ¿Cuál era el objetivo detrás de enviársela a Clara? Lo único que tenía claro era que debía manejar la situación con sumo cuidado, ya que cualquier malentendido podía fracturar lo poco que aún sostenía su relación.

Apretó los labios y soltó un suspiro pesado. Sabía que debía responder, pero las palabras correctas no llegaban a su mente. Finalmente, apartó una mano del volante, desbloqueó su teléfono y comenzó a escribir con el pulso firme, pero con el corazón cargado de inquietud.

Las preguntas acechaban su mente, pero el mayor temor era cómo esta situación podría afectar la confianza de Clara en él. No podía permitir que una sombra de duda se interpusiera entre ellos.

Erick avanzaba por las calles iluminadas tenuemente por las luces de la ciudad, consciente de cada detalle a su alrededor. Sabía que no podía permitirse ningún error en esa misión. La noche caía rápidamente, y el aire fresco lo mantenía alerta mientras caminaba hacia el club nocturno, un lugar donde las sombras del submundo se encontraban para tramar sus movimientos.

A su alrededor, el bullicio de la vida nocturna contrastaba con la seriedad de su tarea. Mientras sus amigos, aparentemente despreocupados, hablaban y reían, Erick mantenía su mirada atenta en el entorno, buscando cualquier indicio de peligro o de aliados ocultos. Sus hombres estaban dispersos estratégicamente, listos para actuar en cualquier momento. Habían recibido instrucciones precisas: el mensaje debía llegar al rival de Román y sus aliados, y no podían fallar.

La Partida Decisiva

Aunque estaba cerca de Román y conocía los movimientos de Elisa, Erick sabía que no podía involucrarse directamente en las decisiones de su jefe, especialmente en lo que concernía a ella. Sin embargo, su lealtad a Heinst lo empujaba a actuar con cautela y determinación. No podía permitirse el lujo de ignorar la importancia de la comunicación con el C.I.O., el centro de operaciones donde se gestaban planes que podrían cambiar el curso de la batalla que se avecinaba.

El club nocturno, con sus luces brillantes y su música ensordecedora, era el escenario perfecto para

encuentros clandestinos. Erick y su grupo entraron, mezclándose con la multitud. Sabía que el lugar era frecuentado por figuras importantes, y que esa noche se jugaría una partida decisiva.

Mientras avanzaba hacia el lugar acordado, Erick observó a su alrededor con una frialdad calculada. Sus ojos entrenados captaron la figura de uno de los contactos del C.I.O. sentado en una esquina oscura, casi invisible para el ojo inexperto. Sin perder tiempo, se dirigió hacia él, consciente de que cada palabra que pronunciaría tendría un peso significativo.

La habitación estaba decorada con una opulencia decadente, pero eso no distrajo a Erick. Pisó la alfombra con firmeza, y su presencia no pasó desapercibida. Un hombre, claramente el líder de la reunión, estaba rodeado por varias mujeres y hombres que disfrutaban de la noche con risas y copas en mano. Sin embargo, en cuanto Carlos, el hombre en cuestión, notó a Erick, sus gestos relajados se tensaron, y las risas cesaron.

Erick se aproximó sin vacilar y se sentó frente a Carlos, justo al otro lado de la mesa. Las mujeres que lo rodeaban miraban a Erick con curiosidad, percibiendo la tensión en el aire. Carlos, visiblemente irritado, frunció el ceño y lo miró fijamente.

—Erick Ivanok, ¿qué demonios haces aquí? —preguntó Carlos con un tono seco y serio, mientras sus ojos destilaban desconfianza.

Erick no se dejó intimidar. Con movimientos precisos y controlados, tomó el vaso vacío que estaba sobre la mesa y se sirvió un poco de la bebida que había en una botella cercana. El líquido ámbar llenó el vaso con un sonido suave, y Erick lo levantó antes de hablar, asegurándose de que todos los presentes entendieran que él tenía el control.

—Carlos, sabes muy bien que enfrentar a Román es una jugada peligrosa —dijo Erick con voz firme y medida.
—No puedes intimidar a alguien como él sin esperar represalias. ¿Realmente estás dispuesto a arriesgar tu vida por esto? —preguntó Erick mientras veía el producto esparcido sobre la mesa, mercancía que Carlos aún no había pagado ni el diez por ciento.

La pregunta quedó flotando en el aire, mientras Carlos lo miraba con una mezcla de odio y preocupación. Erick, sin apartar la mirada, tomó un sorbo de su vaso, mostrando una confianza inquebrantable que solo intensificó la tensión en la sala. Cada persona presente, aunque silenciosa, podía sentir que la situación estaba a punto de desbordarse.

Erick y sus hombres avanzaron con paso firme, conscientes de que estaban entrando en territorio hostil, donde la mínima señal de debilidad podría sellar su destino. Sabían muy bien que los hombres de Carlos no eran cualquier pandilla; eran lobos despiadados, sin escrúpulos, capaces de cometer atrocidades sin pestañear. El ambiente estaba cargado de tensión y hostilidad. Los aliados de Carlos, con miradas afiladas y sonrisas maliciosas, comenzaron a rodear a Erick y sus hombres, como depredadores acechando a su presa.

—¿Y tú crees que no haría nada por esto? —dijo Carlos con una voz fría y venenosa mientras sus ojos oscuros se clavaban en Erick—. Has venido directamente a abrazar la muerte, Erick.

Carlos no tuvo que dar ninguna orden explícita; sus hombres ya sabían qué hacer. De manera silenciosa y calculada, comenzaron a acercarse, bloqueando cualquier posible vía de escape. Las miradas de aquellos hombres eran una mezcla de arrogancia y desprecio, como si ya dieran por

hecho que estaban a punto de cobrar una nueva víctima.

Erick, sin embargo, permaneció imperturbable. Su experiencia en enfrentamientos con bandas lo había curtido para momentos como este. Observó a los hombres de Carlos con un gesto casi despreocupado, y una ligera sonrisa apareció en la comisura de sus labios, un gesto que parecía más desafiante que amistoso.

—¿Estás seguro de que deseas hacer esto? —replicó Erick con calma mientras dejaba el vaso de licor sobre la mesa, justo frente a Carlos —Evidentemente, el que está buscando la muerte eres tú.

El silencio se hizo palpable. Ambos líderes se miraban fijamente, sus ojos reflejando la amenaza que flotaba en el ambiente. No necesitaban palabras; el odio y la rivalidad se transmitían en cada mirada. Todo el mundo en la habitación sabía que bastaba un movimiento en falso para que el lugar se convirtiera en un campo de batalla. Las manos de los hombres de ambos bandos se acercaban lentamente a sus armas, listos para desenfundarlas en un parpadeo.

El tiempo pareció detenerse por un instante eterno. Las respiraciones contenidas, el sudor frío en las frentes de algunos de los hombres, y la tensión en los músculos eran señales claras de que un enfrentamiento estaba a punto de estallar. Erick, manteniendo la misma expresión confiada, se inclinó ligeramente hacia adelante, como desafiando a Carlos a dar el primer paso. Carlos, por su parte, no apartó la vista de Erick, tratando de leer en su rostro alguna señal de miedo, pero lo único que encontró fue determinación y una calma impenetrable.

La tensión en la habitación alcanzó un punto crítico cuando una mujer, visiblemente afectada por el alcohol y las drogas, se levantó de su asiento de manera tambaleante. Sus movimientos erráticos causaron un caos instantáneo; los hombres de Carlos y Erick, sin dudarlo, desenvainaron sus armas, apuntando en todas direcciones. Algunos dirigieron sus pistolas hacia la mujer, mientras que otros se aseguraban de mantener a la mira a sus adversarios más cercanos.

El ambiente se tornó sofocante, cada segundo estirándose como si el tiempo mismo se rehusara a avanzar. En medio de esta atmósfera cargada, una voz femenina resonó con un tono despreocupado, pero calculado:

—¡Wooo, tranquilos amigos! —dijo la mujer mientras levantaba ambas manos en señal de rendición —. No queremos que una bala perdida arruine la fiesta y termine con alguien desangrándose aquí.

Con pasos lentos y precisos, la mujer avanzó, colocándose justo entre Carlos y Erick. Su presencia era inesperada y, para ambos hombres, desconcertante. Tanto Erick como Carlos intercambiaron miradas, tratando de leer en la expresión del otro alguna pista sobre quién era esta mujer y qué hacía allí.

Carlos, con una mezcla de incredulidad y desconfianza, frunció el ceño y preguntó:

—¿La conoces?

Erick, sabiendo que cualquier error en ese momento podría costarle caro, fingió indiferencia. Era absurdo que ella apareciera en ese lugar y, peor aún, que interviniera en medio de una negociación tan delicada. Pero mostrar sorpresa o familiaridad podría delatarlo.

—Pensé que tú la conocías —respondió Erick con frialdad, su voz carente de emoción.
El juego de poder entre ambos continuaba, como si la presencia de la mujer no fuera más que una

distracción momentánea. Erick, decidido a retomar el control de la conversación, volvió a dirigir sus palabras hacia Carlos:

—Y bien, ¿pagarás por la mercancía o solo estás aquí para hacer espectáculo?

Los ojos de Carlos se afilaron, evaluando la situación. La aparición de la mujer había creado una tensión aún mayor, pero también había desviado la atención de ambos bandos. Ahora, con los hombres nerviosos y las armas desenfundadas, el riesgo de un enfrentamiento era mayor que nunca. Sin embargo, Carlos sabía que no podía mostrarse débil ni perder el control frente a Erick.

—Eso depende, Ivanok —respondió Carlos, mientras su mirada volvía a posarse en la mujer —Pero primero, quiero saber qué es lo que realmente está pasando aquí.

La habitación quedó en un incómodo silencio, donde la amenaza de violencia era palpable. Erick, aunque mantenía una apariencia imperturbable, sabía que la situación estaba en un hilo delgado. Cada segundo era crucial para decidir quién tenía la ventaja en este peligroso juego de poder.

—está bien... que les parece si me sirvo esta bebida mientras que ustedes decidan dejar de jugar este estupido juego — dijo la mujer que parecía ser alguien muy misteriosa. Carlos llevó sus ojos en el trasero de la mujer que se estaba sirviendo la bebida. Extendió la mano para tocar aquellas nalgas que en definitiva lo atraía. Antes de que lo hiciera las mano de la mujer detuvo su accionar para que de un movimiento llevara una afilado navajas en el cuello de Carlos.

La tensión en el aire era tan densa que parecía vibrar con cada palabra y movimiento. La mujer, con una mirada feroz y llena de determinación, mantuvo su postura desafiante mientras observaba a los hombres que la rodeaban, evaluando cualquier posible amenaza. Su voz, aunque controlada, era una amenaza en sí misma:

—Si das un solo paso... me aseguraré de sacarte los ojos. Diles a tus hombres que bajen sus armas. ¡Ahora! —ordenó, sin un atisbo de duda en su tono.

Carlos sintió un escalofrío recorrerle la espalda. La amenaza no era vacía, y lo sabía. La seguridad en los ojos de la mujer le decía que ella estaba dispuesta a cumplir lo que prometía. Tragó saliva, notando cómo la presión en la habitación se volvía insoportable. Con la voz temblorosa, pero entendiendo que no tenía otra opción, ordenó:

—Bajen... bajen las armas.

Jugando con fuego

La voz de Carlos sonó quebrada, casi sumisa. Sus hombres, aunque reacios, obedecieron. Sabían que su líder no era alguien que cediera fácilmente, por lo que la situación debía ser realmente peligrosa para que diera tal orden.

La mujer esbozó una sonrisa satisfecha, pero sus ojos seguían llenos de cautela. Sin apartar la vista de Carlos, continúo dando instrucciones.

—Ahora… tú y tu amigo nos acompañaran a otro lugar para charlar —dijo la mujer mientras que

obligaba a ambos hombres hacer caso a sus instrucciones.

Sin decir nada más, se giró, obligando a Carlos a caminar con pasos firmes, aunque internamente estaba invadido por la incertidumbre. Erick, por su parte, se levantó lentamente, sus ojos clavados en la espalda de Carlos. Había algo n la actitud de esa mujer que le intrigaba y al mismo tiempo le ponía en alerta. Era como si estuviera tratando con alguien que no seguía las reglas habituales del submundo en el que ambos estaban acostumbrados en moverse.

El trío se abrió paso a través del club nocturno hasta llegar a una puerta lateral que conducía a un pasillo estrecho y oscuro. Las luces parpadeantes y los ecos distantes de la música amplificaban la sensación de que estaban entrando en territorio peligroso. Finalmente, llegaron a una pequeña habitación, apartada de todo el bullicio. Era un lugar diseñado para encuentros privados, alejados de las miradas curiosas y el caos del club.

Sin perder tiempo, la mujer Analia, como finalmente e presentó con un aire de autoridad. Empujo a Carlos con fuerza, haciéndolo caer pesadamente obre una silla. Su actitud despreocupada al tratarlo reflejaba que no lo consideraba una verdadera amenaza, sino más bien un obstáculo a remover.

Carlos se recuperó rápidamente, pero la furia en su mirada fue contenida por el temor. Sabía que cualquier movimiento en falso podría ser su fin. Erick, siempre observador, se mantuvo en silencio, evaluando cada palabra y gestos de los presentes.

— ¿Quién demonios eres? —gruño Carlos, tratando de recuperar algo de su dignidad. Analia sonrió, inclinándose ligeramente hacia él, mientras lo miraba con una mezcla de diversión y desprecio.

—Soy la persona que decide si sales de aquí con vida o no —respondió con un tono tranquilo, pero cargado de amenaza.

Erick decidió intervenir, su voz cortante como cuchilla.

—Basta de juegos. Estamos aquí para hablar de negocios, no para medir quién tiene más poder en este momento —dijo el joven agente infiltrado en un mundo peligroso.

Analia se giró hacia Erick, evaluándolo con la mirada. Aunque su postura aún mostraba desconfianza, reconoció que el hombre en frente a ella no era alguien que se intimidara fácilmente. Eso lo hacía tanto un aliado como una posible amenaza.

El silencio se instaló en la habitación una vez más, mientras los tres sabían que estaban en un punto de inflexión. Lo que sucediera en los próximos minutos determinaría no solo el desenlace de esa negociación, sino también quién saldría de allí con el control total de la situación.

La tensión en la habitación alcanzó un nuevo nivel cuando Analia dio un paso adelante, su presencia dominando a escena. Con una calma perturbadora, sacó un par de talonarios de cuentas por cobrar de su bolso y agitó frente a Carlos. Los ojos de él casi se salieron de su órbita al reconocer las cifras escritas en esas hojas. Sabía que estaba en problemas, pero lo que no esperaba era que esta mujer fuera quien viniera a cobrarle.

—Oye, primero seré yo quien le cobre por los servicios anteriores. Y tú, Carlos… llegó el momento de que pagues —dijo Analia con un tono frío y calculador, clavando su mirada en él como si fuera un insecto al que estaban a punto de aplastar.

Carlos, incapaz de ocultar su nerviosismo, tragó saliva mientras verificaba los números en los

talonarios. Era obvio que esta mujer era más astuta y peligrosa de lo que él había anticipado. Intentó encontrar alguna excusa, algo que pudiera sacarlo de la situación, pero cada palabra se le atoraba en la garganta. La frustración y el miedo se reflejaban en su rostro.

—Carlos, eres un desgraciado… dime ¿A quién no le debes? —continuó Erick, cruzándose de brazos mientras observaba la escena con el ceño fruncido. Sabía que Carlos tenía una larga lista de deudas y enemigos, pero verlo tan acorralado por Analia era casi patético. Carlos intentó recuperar su compostura y respondió con un tono cargado de rabia.

—Pensé que solo eran anotaciones, muñeca. Eres más despreciable y zorra de lo que había pensado.

El insulto de Carlos no hizo más que arrancar una sonrisa maliciosa de los labios de Analia. Sabía que tenía el control y disfrutaba ver como Carlos se retorcía bajo su miraba.

Por otro lado, Erick se mantenía en silencio, observando la situación con una expresión seria, pero en el fondo, su molestia crecía.

Este encuentro estaba lejos de ser una simple negociación; era una maestra del poder, y Analia estaba ganando.

—Juro que si esta vez no me pagas, te dejaré un hoyo… ya sabes en dónde —amenazó Analia mientras que el cuchillo que tenía en mano dejaba caer sobre la mesa con un sonido seco. Sin perder un segundo, deslizó su mano detrás de su cintura y sacó un arma de fuego plateada, brillante y bien cuidada, digna de un sicario experimentada.

Carlos dio un paso atrás, alzando las manos en señal de rendición.

—Vamos… baja esa arma. ¿Cómo pretendes que te pague si me matas? —dijo Carlos, tratando de sonar calmado, pero su voz temblaba ligeramente. Sus ojos se desviaron hacia una caja de seguridad que estaba en la pared al fondo de la habitación. Con pasos lentos y calculados, se acercó a ella, consciente de cualquier movimiento en falso podría costarle la vida.

Analia no apartó la vista de èl ni un segundo, mientras que Erick observaba la escena con creciente curiosidad. Había venido a cerrar un trato, pero lo que estaba presenciando era mucho más interesante. Cuando Carlos finalmente abrió la caja, el chasquido metálico resonó en la habitación. Ambos, Analia y Erick, se acercaron para ver qué contenía la caja en su interior. Lo que encontraron los dejos atónicos.

Dentro de la caja de seguridad había una considerable cantidad de dinero en efectivo, pero lo que realmente captó su atención fueron varios sobres sellados con sellos oficiales, joyas costosas, y lo más sorprendentes de todo, un conjunto de documentos incriminatorios que vinculaban a varios nombres poderosos en una red de corrupción y tráficos de influencias. Todos estaban allí, cuidadosamente guardados, como si Carlos hubiera estado acumulando información para chantajear a personas mucho mas peligrosos que él.

El silencio se apoderó de la habitación mientras todos procesaban lo que veían. Carlos, sabiendo que estaba en desventaja, esbozó una sonrisa nerviosa.

— ¿Ves? Aquí tienes lo que te debo... y más
—Analia no dijo nada, pero su mirada lo decía todo. La balanza de poder en la habitación acababa de inclinarse de una manera inesperada, y ahora estaba en manos de ella y de Erick decidir qué

harían con esa información y con Carlos. Una cosa era segura: nadie saldría de esa habitación siendo el mismo.

Analia tomó uno de los documentos con manos firmes y lo examinó detenidamente. A medida que sus ojos recorrían las líneas de texto y los nombres implicados, su expresión se endureció. Lo que estaba viendo no solo la sorprendió, sino que también le reveló cuán arriesgada era la jugada que Carlos estaba jugando.

—Tienes pruebas sobre los crímenes de Román… ¿Sabes que si él se entera, te matará? —dijo Analia en un tono que mezclaba asombro y advertencia. Sus palabras cayeron como un martillo en la habitación, haciendo que Carlos sintiera el peso de la revelación. Al mismo tiempo, Erick fijó sus ojos en Carlos, con una mirada que oscilaba entre la sorpresa y la cautela. La situación se estaba volviendo más peligrosa de lo que cualquiera de ellos había anticipado.

Carlos, claramente nervioso, extendió la mano y arrancó el documento de las manos de Analia con un movimiento brusco, sus ojos llenos de furia.

—¿Qué no ves que tenemos a alguien de Román aquí? —replicó Carlos, señalando a Erick mientras volvía a guardar las pruebas. Su tono estaba cargado de rabia, pero también de miedo mal disimulado. Sabía que había cometido un error al dejar que Analia viera esa información.

Pero, en lugar de intimidarse, Analia soltó una carcajada que resonó en la habitación. La risa fue seca y cargada de sarcasmo, lo que desconcertó a Carlos. Él la miró como si no pudiera entender qué era tan gracioso en esa situación.

—¿Tienes miedo de Erick? Vamos… ¿Acaso no sabes quién es él? —dijo Analia, dejando de reírse abruptamente. Su rostro pasó de la burla a una expresión de seriedad absoluta mientras sus ojos se clavaban en los de Carlos. La incertidumbre y la confusión se reflejaban en la cara del mafioso, quien comenzaba a darse cuenta de que había estado jugando un juego en el que desconocía las reglas.

Carlos, ahora visiblemente desconcertado, sintió que algo se le escapaba. La actitud de Analia y la calma casi amenazante de Erick lo ponían al borde de la desesperación. Con voz temblorosa, se atrevió a preguntar.

—¿Saber qué? ¿Qué sucede aquí? —sus palabras sonaban menos como una demanda y más como un ruego por respuestas.

Analia lo miró con una mezcla de incredulidad y lástima, como si no pudiera creer que Carlos hubiera estado tan ciego todo este tiempo.

—Él es un agente, uno que ha estado tras Román durante muchos años… ¿Jamás lo supiste, acaso? —preguntó Analia, con una ceja levantada en un gesto de burla. La revelación cayó como una bomba en la mente de Carlos, que se quedó sin palabras. Sus ojos se movieron rápidamente entre Erick y Analia, buscando alguna señal de que lo que acababa de escuchar no era verdad, pero lo único que encontró fue una confirmación silenciosa en la mirada fría de Erick.

La habitación quedó en un silencio sepulcral. Carlos sabía que estaba atrapado. Todo lo que había creído controlar se le estaba desmoronando entre los dedos. Román era un monstruo, y ahora se daba cuenta de que había estado colaborando, directa o indirectamente, con alguien que planeaba derrocarlo. Sentía el sudor frío en la nuca, y por primera vez, verdaderamente temió por su vida.

Erick, por su parte, mantuvo su semblante impasible. Había esperado el momento adecuado para revelar su verdadera identidad, y aunque no había sido su intención hacerlo en ese preciso instante, la intervención de Analia lo había empujado a aprovechar la oportunidad. Ahora, todos sabían dónde se encontraban, y el juego de poder en esa habitación acababa de tomar un giro inesperado.

Carlos se dejó caer pesadamente en el sofá de color tinto, como si su cuerpo ya no pudiera soportar el peso de la preocupación que lo consumía. Su rostro mostraba el temor que lo acechaba, una mezcla de incredulidad y desesperanza. Sus manos temblaban ligeramente mientras se frotaba las sienes, intentando procesar la revelación que acababa de recibir.

—Eres un maldito agente… ¿Supongo que estoy en grandes y serios problemas? —murmuró Carlos con un tono de voz quebrado, casi resignado. Erick se acercó con calma, se sentó encima de la mesa que estaba frente a él y cruzó los brazos, mostrando una sonrisa que destilaba una tranquilidad inquietante. Sus ojos brillaban con una frialdad calculada, pero detrás de esa apariencia tranquila, había un depredador esperando el momento exacto para atacar.

—No estaba en mis planes que lo supieras… pero aquí mi compañera es una caja de sorpresas —respondió Erick con un tono casual, señalando a Analia con un leve gesto. Los ojos de Carlos se encontraron con los de Erick, buscando algún atisbo de compasión o salida, pero lo único que encontró fue una amenaza velada.

El ambiente en la habitación se volvió más denso. Carlos sintió como si el aire se volviera más pesado, dificultando su respiración. Sabía que estaba en una situación de vida o muerte, y cada palabra o movimiento debía ser calculado.

—Si cooperas conmigo… y me entregas esas pruebas, te aseguro que nadie te tocará. Pero si decides no hacerlo, entonces no me quedará más opción que matarte yo mismo —dijo Erick con una sonrisa fría. Sus palabras cayeron como un martillo, dejando claro que no había espacio para juegos ni negociaciones.

Carlos tragó saliva, su mente corría en busca de una salida, pero antes de que pudiera responder, una nueva preocupación se apoderó de él.

—Un momento… ¿Dijiste compañera? ¿Ella también es…? —Carlos no terminó de formular su pregunta cuando, de repente, el cañón de la pistola de Analia se encontró a solo centímetros de su rostro. La amenaza era inconfundible, y el silencio que siguió solo intensificó el terror en los ojos de Carlos.

—Él ya sabe demasiado… debemos matarlo. No queda otra opción —intervino Analia con frialdad, su dedo listo para jalar el gatillo. Había una determinación oscura en sus ojos, una certeza de que eliminar a Carlos era la única solución para evitar complicaciones. El brillo metálico del arma reflejaba la luz tenue de la habitación, aumentando la tensión.

Pero antes de que Analia pudiera disparar, Erick se movió con rapidez. Se puso delante de Carlos, interponiéndose entre él y la pistola. Con una mano firme, tomó el arma de Analia y la apartó

suavemente. Sus ojos, ahora dirigidos hacia ella, estaban llenos de una mezcla de autoridad y control. Analia lo miró sorprendida, como si no esperara que Erick interviniera a favor de Carlos, mientras que el mafioso permanecía inmóvil, atrapado entre el terror y la esperanza de sobrevivir.

—No… estoy seguro de que él cooperará con nosotros. Al menos dale una oportunidad. Estoy convencido de que Carlos colaborará, ¿verdad, Carlos? —preguntó Erick, volviendo su atención hacia el hombre acorralado. Había un tono suave en su voz, pero la amenaza subyacente era inconfundible.

Carlos levantó las manos en señal de rendición, temblando visiblemente. Sus ojos estaban llenos de pánico, pero también de una sumisa aceptación. Sabía que no tenía otra opción si quería salir de allí con vida.

—Sí, claro que lo haré… dile a tu compañera que no sea tan de mal genio —respondió Carlos con la voz quebrada, casi suplicante. Analia lo observó con desdén, su dedo aún en el gatillo, pero finalmente bajó el arma, aunque no del todo convencida.

El ambiente en la habitación se relajó apenas un poco, pero la tensión seguía presente. Carlos entendía que había cruzado una línea peligrosa, y ahora su supervivencia dependía de cuánto estuviera dispuesto a colaborar con Erick y Analia. Sabía que el juego había cambiado, y que su única opción era seguir las reglas que le impusieran si quería seguir respirando un día más.

Carlos, con un semblante sombrío y resignado, se acercó al pequeño escondite dentro de la habitación. Aquel compartimento oculto detrás de un panel de madera llevaba años guardando documentos comprometedores, pruebas que podrían cambiar el curso de los negocios en los que estaba involucrado. Con manos temblorosas y el sudor resbalando por su frente, Carlos sacó un fajo de papeles amarillentos y desgastados, cada uno de ellos un testimonio de los crímenes y transacciones de Román. Sabía que entregarlos significaba poner su vida en un hilo más frágil del que ya estaba.

Al extender los documentos hacia Analia, su expresión reflejaba el conflicto interno que lo estaba destrozando. Por un lado, sabía que aquellos papeles eran su única moneda de cambio para sobrevivir; por el otro, entregarlos lo convertía en un traidor a los ojos de Román, lo cual podría sellar su destino de forma definitiva. Analia los tomó sin titubear, hojeándolos con una mirada analítica y fría. Cada página que revisaba era una confirmación de que Carlos había guardado secretos que podrían costarle la vida, no solo a él, sino también a aquellos que habían confiado en su lealtad.

—Sabes lo que esto significa, ¿verdad? —dijo Analia, sin apartar los ojos de los documentos. Su voz llevaba una mezcla de satisfacción y advertencia. Carlos asintió en silencio, incapaz de pronunciar palabra alguna. Sabía que cualquier cosa que dijera en ese momento sería inútil; su destino estaba en manos de Erick y Analia.

Mientras tanto, Erick observaba la escena con la misma calma calculada que lo caracterizaba. Sabía que tenían que mantener la fachada, y para eso necesitaban algo que convenciera a Román de que todo seguía bajo control. Si querían seguir adelante con su plan sin levantar sospechas, era esencial entregarle a Román algo más que solo pruebas: necesitaban darle la impresión de que Carlos seguía siendo un aliado leal.

Carlos se dirigió hacia un armario metálico situado en la esquina de la habitación. Lo abrió con la

combinación que solo él conocía y sacó un maletín de cuero negro. Lo colocó sobre la mesa con un golpe seco, y al abrirlo, una pila de billetes verdes relucía bajo la tenue luz de la habitación. El olor a dinero impregnó el aire, dándole un toque agrio y a la vez atrayente. Carlos comenzó a contar los fajos con precisión, cada billete sumando el valor de su aparente lealtad. Sabía que esos billetes eran una cortina de humo, un intento desesperado de mantener la confianza de Román.

—Aquí está. Todo lo que necesitas para que Román no desconfíe de nosotros —dijo Carlos, su voz más estable, aunque sus ojos revelaban la tensión que lo devoraba por dentro. Al cerrar el maletín, lo empujó hacia Erick, quien lo recibió con una leve inclinación de cabeza.

Erick, aún sentado en la mesa, observó el contenido antes de cerrar el maletín con un clic. Sabía que este dinero era solo parte de la ilusión que estaban construyendo. Román debía creer que Carlos seguía siendo de los suyos, un hombre confiable dispuesto a cumplir con sus obligaciones. Todo debía parecer legítimo para evitar que la situación se volviera aún más peligrosa.

—Esto funcionará… pero recuerda, Carlos, ni un solo paso en falso. Si Román sospecha algo, no seré yo quien tenga que apretar el gatillo. Te darás cuenta de que hay cosas mucho peores que la muerte —advirtió Erick, con un tono gélido que hizo que un escalofrío recorriera la espalda de Carlos.

Carlos asintió lentamente, consciente de que había perdido el control de la situación. Entregar las pruebas y el dinero era la única forma de mantener la ilusión de seguridad, al menos por un tiempo. Sabía que su vida pendía de un hilo y que cualquier error podría desencadenar consecuencias fatales. Sin embargo, en el fondo, también sabía que había cruzado un punto sin retorno, y que ahora, su destino estaba atado al éxito o fracaso de la jugada maestra que Erick y Analia tenían entre manos.

El maletín estaba listo, las pruebas estaban en manos de Analia, y el juego había comenzado. Ahora, solo quedaba ver si Román caería en la trampa o si todos terminarían cayendo en la oscuridad que los rodeaba.

Todo estaba en marcha. La operación, cuidadosamente planificada durante semanas, comenzaba a dar frutos. Aquella prueba tan codiciada por Heinst, esencial para desmantelar la red criminal que operaba en las sombras, ahora estaba en manos de Analia y Erick. Ambos agentes sabían que lo más difícil aún estaba por venir; cualquier error podía costarles la vida. Analia, con su mirada aguda y su capacidad para mantenerse fría bajo presión, había logrado infiltrarse profundamente en la organización criminal. Desde dentro, jugaba un peligroso doble juego, siempre caminando sobre una delgada línea entre la lealtad fingida y el deber que la unía a Erick y Heinst.

Atrapado en un Torbellino

Para Analia, la vida de Erick era una constante prueba de supervivencia. Sabía que su compañero estaba expuesto a amenazas a cada momento, no solo por los enemigos externos, sino también por aquellos que decían ser aliados dentro de la propia organización. Erick, con su carácter resuelto y una aparente calma, nunca mostraba sus verdaderas preocupaciones. Pero Analia, que lo conocía mejor que nadie, podía leer en su rostro las señales sutiles de la tensión acumulada. Ella tenía claro que su misión no solo consistía en obtener la información necesaria, sino en proteger a Erick desde dentro, actuando como sus ojos y oídos en el corazón del peligro.

El ambiente dentro de la organización criminal era pesado, impregnado de sospecha y desconfianza. Los hombres de Carlos y otros cabecillas estaban siempre vigilantes, con una actitud feroz y desconfiada hacia cualquiera que pudiera parecer una amenaza. Analia, con su habilidad para camuflarse y su talento innato para ganar la confianza de los más peligrosos, había logrado ganarse un lugar en ese entorno, aunque a un alto costo. Cada palabra que decía, cada movimiento que hacía, debía estar meticulosamente calculado para no levantar sospechas. Sabía que un paso en falso la pondría en la mira, y en ese mundo, la piedad no era una opción.

A pesar de los peligros, Analia nunca bajó la guardia. Su conexión con Erick era más profunda que una simple alianza profesional; había una confianza mutua nacida del tiempo que habían trabajado juntos, de las situaciones límite que habían enfrentado y de los secretos que compartían. Mientras vigilaba de cerca los movimientos de los criminales, también mantenía un ojo constante en su compañero. Había ocasiones en las que sus miradas se cruzaban en medio de una conversación con los mafiosos, y aunque ninguno decía nada, ambos sabían que podían contar el uno con el otro.

Heinst, quien coordinaba todo desde las sombras, confiaba en la habilidad de Analia para mantener el control dentro de la organización. Las pruebas que habían conseguido eran un golpe decisivo contra los enemigos, pero también significaban que estaban en el ojo de la tormenta. Analia sabía que cuanto más se acercaban al final, más peligrosos se volvían sus oponentes. Los líderes de la organización ya comenzaban a sospechar que alguien desde dentro los estaba traicionando, y el cerco en torno a ella y Erick se iba estrechando poco a poco.

En medio de todo esto, Analia nunca perdió su determinación. Su mente calculadora y su habilidad para anticiparse a los movimientos de sus enemigos la mantenían un paso adelante. Sabía que tenía que jugar sus cartas con precisión quirúrgica, ganando tiempo para que Heinst y Erick pudieran actuar cuando llegara el momento crucial. Pero también comprendía que, a medida que avanzaban, el margen de error se reducía. La presión era palpable, y cada vez que se encontraba a solas, sentía el peso de la responsabilidad que cargaba.

El plan estaba en marcha, y no había vuelta atrás. Analia continuaba jugando su papel, con una mezcla de audacia y cautela, consciente de que cualquier error podría significar la muerte para ella, Erick y todos los que dependían del éxito de la misión. El peligro era constante, pero también lo era la determinación de llevar todo a buen término. Mientras vigilaba de cerca a sus compañeros y mantenía la fachada de lealtad ante los criminales, se preparaba para el desenlace inevitable. Sabía que en ese juego, solo los más astutos sobrevivían, y ella estaba dispuesta a hacerlo a cualquier costo.

Heinst estaba sumido en la penumbra de la oficina, rodeado por montones de documentos olvidados que parecían resplandecer bajo la luz mortecina de una lámpara antigua. Su misión inicial era buscar información relevante para un objetivo reciente, pero su instinto lo llevó a explorar más allá de lo esperado. Entre archivos viejos y amarillentos, se topó con un informe que, a primera vista,

parecía insignificante, un simple incidente archivado en los registros de la organización. Sin embargo, al notar un nombre codificado que resonaba en lo más profundo de su memoria, una inquietud comenzó a crecer en su interior.

Con un leve temblor en las manos y un nudo en el estómago, Heinst desdobló el documento y comenzó a leer con detenimiento. Cada palabra lo hundía más en una realidad que nunca había imaginado. El informe detallaba un "accidente" que, en su momento, fue planeado meticulosamente como una misión para deshacerse de una pareja que obstaculizaba los intereses de la organización. A medida que las líneas avanzaban, los nombres de las víctimas emergieron del papel como fantasmas del pasado: eran los padres de Clara.

Un escalofrío recorrió la espina dorsal de Heinst mientras un silencio aterrador llenaba la sala. Por un instante, el mundo pareció detenerse. Trató de procesar lo que estaba leyendo, pero la verdad lo golpeaba como un martillo. El informe no solo contenía detalles precisos sobre la ejecución del plan, sino también un hecho mucho más perturbador: su propio padre había autorizado la misión, describiéndola como "necesaria" para proteger los intereses de la organización.

La sangre de Heinst hervía, y su mente se debatía entre la incredulidad y la furia. Clara, quien había soportado tanto dolor, había perdido a sus padres debido a una decisión tomada desde su propia familia. Ese descubrimiento era una herida que no podría ignorar.

Los días siguientes, Heinst se encontraba atrapado en un torbellino de pensamientos. La relación con Clara ya estaba plagada de secretos y desconfianza, pero este nuevo conocimiento lo consumía. Cada vez que la veía, el peso de la culpa se hacía más insoportable. La idea de mirarla a los ojos sabiendo que la tragedia que había marcado su vida estaba ligada directamente a su padre lo torturaba.

Una mañana, Clara se acercó a él con una sonrisa fingida, tratando de mantener la normalidad en medio de la tensión.

—Buen día, cariño... ¿Desayunamos? —le preguntó, intentando suavizar la distancia entre ellos. Heinst, distraído, apenas notó la presencia de Elisa a lo lejos, observando con atención cada movimiento. Clara lo besó en la mejilla, pero él no respondió con la misma calidez. Estaba atrapado en su propio conflicto interno, luchando por mantener una calma que amenazaba con desmoronarse.

—Heinst, cariño, ¿estás bien? —insistió Clara con dulzura, notando su desconexión.

—Oh, sí... claro, estoy bien —respondió en voz baja, con la mente aún enredada en la verdad que lo atormentaba. Clara, visiblemente frustrada, se alejó del lugar, dejándolo solo con sus pensamientos oscuros.

Impulsado por la necesidad de verificar lo que había descubierto, Heinst continuó investigando en los archivos confidenciales. Fue entonces cuando encontró una grabación de audio oculta en una carpeta olvidada. El archivo, etiquetado con un código críptico, lo llevó a un punto de no retorno. Al reproducirlo, el sonido nítido de la voz de su padre resonó en la sala. Había una frialdad en su tono mientras hablaba sin remordimientos sobre el "accidente". En la conversación, los padres de Clara eran descritos como un "problema" que debía ser eliminado para asegurar los negocios de la organización. La crudeza y la indiferencia en las palabras de su padre eran aterradoras, y Heinst sintió un nudo en el estómago, asimilando por primera vez la despiadada naturaleza del hombre al

que había intentado complacer toda su vida.

El conflicto interno de Heinst crecía cada día. Sabía que su lealtad hacia su padre estaba en juego, pero también sentía una necesidad inquebrantable de hacer lo correcto, de reparar, aunque fuera mínimamente, el dolor que Clara había sufrido. Sin embargo, actuar significaba arriesgar todo: su posición, su seguridad, y quizás su vida.

Tiempo después, durante una misión rutinaria, Heinst se cruzó con un antiguo informante de la organización, un hombre que había estado oculto por años. Con el rostro marcado por el miedo y los ojos llenos de culpa, el informante parecía preparado para confesar sus pecados. Cuando vio a Heinst, supo que su única salida era revelar la verdad. Tartamudeando y con voz quebrada, confesó que había sido testigo del accidente y que todo había sido un montaje. Los frenos del auto de los padres de Clara habían sido manipulados intencionalmente bajo las órdenes directas del padre de Heinst.

Heinst escuchaba en silencio, pero por dentro la furia y la impotencia lo consumían. Todo lo que había descubierto se alineaba con precisión escalofriante: el informe, la grabación y el relato del informante coincidían a la perfección. La tragedia que Clara había soportado no era fruto del destino, sino de una decisión calculada y siniestra.

Mientras el informante terminaba su relato, Heinst sintió cómo su mundo se desmoronaba. Sabía que confrontar a su padre podría destruir su lugar en la organización, e incluso poner su vida en peligro. Pero callar significaría traicionar todo lo que él mismo creía justo. El dilema lo atormentaba día y noche: ¿sería capaz de enfrentarse a su padre o encontraría una manera de redimir las acciones de su familia sin destruir todo lo que había conocido?

El peso de la verdad lo aplastaba, y Heinst entendía que, después de este descubrimiento, su vida y su percepción del mundo nunca volverían a ser las mismas.

Un Pasado a la luz

Heinst estaba sumido en medio de unos archivos en la penumbra de la oficina C.I.O, rodeado por montones de documentos olvidados que parecían resplandecer bajo la luz mortecina de una lámpara antigua. Su misión inicial era buscar información relevante para un objetivo reciente, pero su instinto lo llevó a explorar más allá de lo esperado. Entre archivos viejos y amarillentos, se topó con un informe que, a primera vista, parecía insignificante, un simple incidente archivado en los registros de la organización. Sin embargo, al notar un nombre codificado que resonaba en lo más profundo de su memoria, una inquietud comenzó a crecer en su interior.

—¿Que es esto? No he visto esto antes —dijo Heinst tomando el documento con las manos.

Con un leve temblor en las manos y un nudo en el estómago, Heinst desdobló el documento y

comenzó a leer con detenimiento. Cada palabra lo hundía más en una realidad que nunca había imaginado. El informe detallaba un "accidente" que, en su momento, fue planeado meticulosamente como una misión para deshacerse de una pareja que obstaculizaba los intereses de la organización. A medida que las líneas avanzaban, los nombres de las víctimas emergieron del papel como fantasmas del pasado, eran los padres de Clara.

Un escalofrío recorrió la espina dorsal de Heinst mientras un silencio aterrador llenaba la sala. Por un instante, el mundo pareció detenerse. Trató de procesar lo que estaba leyendo, pero la verdad lo golpeaba como un terremoto que prometía arrasar con todo a su paso. El informe no solo contenía detalles precisos sobre la ejecución del plan, sino también un hecho mucho más perturbador, su propio padre había autorizado la misión, describiéndola como "necesaria" para proteger los intereses de la organización.

La sangre de Heinst hervía, y su mente se debatía entre la incredulidad y la furia. Clara, quien había soportado tanto dolor, había perdido a sus padres debido a una decisión tomada desde su propia familia. Ese descubrimiento era una herida que no podría ignorar.

Los días siguientes, Heinst se encontraba atrapado en un torbellino de pensamientos. La relación con Clara ya estaba plagada de secretos y desconfianza, pero este nuevo conocimiento lo consumía. Cada vez que la veía, el peso de la culpa se hacía más insoportable. La idea de mirarla a los ojos sabiendo que la tragedia que había marcado su vida estaba ligada directamente a su padre lo torturaba.

Una mañana fría y tensa, Clara se acercó a Heinst con una sonrisa que no llegaba a sus ojos. Intentaba mantener las apariencias, disimulando el abismo que se había abierto entre ellos en los últimos días.

—Buen día, cariño... ¿Desayunamos? —le preguntó con un tono dulce, buscando restaurar algo de la cercanía que alguna vez compartieron. Sin embargo, Heinst apenas reaccionó. Su mente estaba atrapada en un torbellino de pensamientos oscuros, incapaz de concentrarse en el presente. Mientras tanto, a lo lejos, Elisa observaba cada detalle con atención, una figura silenciosa en la penumbra.

Clara se acercó y depositó un beso suave en la mejilla de Heinst, pero él apenas lo notó. Su mirada seguía fija en algún punto indeterminado, su mente enredada en la verdad devastadora que había descubierto días atrás.

—Heinst, cariño, ¿estás bien? —preguntó Clara con suavidad, intentando una vez más romper la barrera de frialdad que lo envolvía.

—Oh, sí... claro, estoy bien —respondió en un susurro, pero la mentira era evidente en su voz. Clara, frustrada e impotente, se alejó, dejándolo solo con sus demonios.

Motivado por la necesidad de confirmar las horribles sospechas que lo atormentaban, Heinst pasó horas revisando documentos y archivos. Finalmente, encontró lo que buscaba: una grabación oculta en una carpeta olvidada. El archivo estaba marcado con un código críptico, pero al reproducirlo, la voz de su padre llenó la habitación. Era fría, calculadora, desprovista de cualquier atisbo de humanidad. En la conversación, se refería a los padres de Clara como un "problema" que debía ser eliminado. La crudeza con la que discutía su destino era insoportable. Heinst sintió un nudo en el estómago al darse cuenta de la verdadera naturaleza del hombre al que había admirado y seguido ciegamente.

Con la rabia ardiendo en su pecho, Heinst dejó la grabación sobre la mesa de su habitación y salió decidido a confrontar a su padre. Sabía que se estaba metiendo en un juego peligroso, pero la verdad pesaba demasiado en su conciencia como para ignorarla.

—¡Padre, debemos hablar! —dijo Heinst en cuanto entró en la sala. Su voz era dura, cargada de una ira contenida que se reflejaba en sus ojos. Elisa, que estaba presente, intentó intervenir.

—Cariño... quizás debería quedarme —sugirió ella, buscando suavizar la situación. Pero Darién, al percibir la gravedad en la mirada de su hijo, supo que la conversación no sería agradable.

—Amor, déjanos a solas. Todo está bien —dijo Darién con firmeza, ordenando a Elisa que se retirara. Ella, a regañadientes, asintió y salió, aunque sabía que algo oscuro se avecinaba.

Una vez que estuvieron solos, Heinst enfrentó a su padre con la verdad que lo atormentaba.

—No puedo creer que tuvieras que ver con la muerte de los padres de Clara... ¿En qué estabas pensando? —reprochó Heinst con furia. La desilusión y el odio se mezclaban en su voz.

—Intenté razonar con el padre de Clara. Le advertí que dejara de husmear en los asuntos de la empresa, pero él no cedía —respondió Darién con un tono frío, casi justificando sus actos. Heinst escuchaba en silencio, mientras la furia crecía en su interior.

—¿Qué más debo saber sobre tus sucios negocios, padre? —preguntó Heinst con amargura. Darién sabía que su hijo no era del tipo que dejaría pasar algo así fácilmente, pero también confiaba en que no lo delataría, al menos no por ahora.

—¿Me vas a entregar? —preguntó Darién con una mezcla de desafío y cautela, tratando de discernir las intenciones de su hijo.

—No me faltan pruebas... pero no puedo hacerlo, no ahora. Primero necesito terminar con Román y sus cómplices. Pero te aseguro que, cuando todo eso termine, vendré por ti, padre —amenazó Heinst, apretando con fuerza la solapa del traje de su padre.

El enfrentamiento dejó claro que la relación entre padre e hijo estaba rota, y aunque Heinst no estaba dispuesto a destruir a su familia en ese momento, la traición estaba marcada en su corazón. Darién, por su parte, sabía que había encendido una chispa peligrosa en su propio hijo. El destino de ambos estaba sellado en un conflicto que inevitablemente los llevaría al borde de la destrucción.

Mientras Heinst y Darién discutían con intensidad en la sala, Clara, inquieta por la atmósfera de tensión que rodeaba la casa, decidió buscar a su esposo en su habitación. Al abrir la puerta y entrar, notó el computador sobre la mesa, encendido y con un archivo abierto. Curiosa, y con una sensación de incomodidad creciente, se acercó con cautela. Sus dedos temblaban ligeramente cuando tomó los audífonos y los colocó en sus oídos.

Al reproducir el archivo, lo que escuchó la dejó paralizada. La voz fría y siniestra de Darién llenaba sus oídos, detallando el asesinato de sus padres como si se tratara de un asunto trivial. Clara sintió cómo su corazón comenzaba a latir con fuerza descontrolada. Su respiración se aceleró y, por puro instinto, se llevó una mano a la boca para ahogar cualquier sonido que pudiera salir. Las lágrimas amenazaban con derramarse de sus ojos, pero ella luchó por contenerlas, aunque sus ojos ya se cristalizaban de angustia y dolor.

En ese instante, la puerta de la habitación se abrió bruscamente. Heinst, al ver la expresión

descompuesta de Clara y los audífonos puestos, supo de inmediato lo que estaba ocurriendo. Sus ojos se abrieron de par en par, y por un segundo, no supo qué decir ni cómo reaccionar.

—Clara, ¿qué haces aquí? —preguntó Heinst con voz entrecortada, tratando de mantener la calma mientras cerraba la puerta tras de sí. Su mente trabajaba rápidamente, buscando una manera de suavizar la situación, pero el daño ya estaba hecho.

Clara lo miró, incrédula, con los ojos llenos de lágrimas que ahora no podía detener. Su expresión era una mezcla de dolor, traición y rabia. Lentamente, se quitó los audífonos, pero no apartó la mirada de Heinst, como si buscara alguna explicación, algún consuelo en la mirada de su esposo. Sin embargo, lo único que encontró fue un silencio pesado y lleno de culpa.

—¿Esto es verdad? —murmuró finalmente, con la voz quebrada, casi inaudible. Era más una súplica que una pregunta. Esperaba desesperadamente que todo fuera un malentendido, una mentira, cualquier cosa menos la realidad que acababa de descubrir.

Heinst sintió cómo el peso de su culpa caía sobre él como una losa. Sabía que no había excusa posible que pudiera reparar el daño, pero aún así intentó acercarse a Clara, sus manos temblorosas extendiéndose hacia ella.

—Clara... yo... —empezó, pero las palabras se le atoraron en la garganta. Sabía que cualquier intento de explicación sería inútil.

Clara retrocedió un paso, negando con la cabeza, sin dejar de mirarlo con esos ojos llenos de dolor. La distancia entre ellos, tanto física como emocional, se hizo abismal en ese instante. Cada segundo que pasaba sin una respuesta convincente solo profundizaba la herida en el corazón de Clara.

El silencio en la habitación era sofocante. Todo lo que Clara había creído sobre su vida, su matrimonio, y la confianza que alguna vez tuvo en Heinst, se derrumbaba en ese preciso momento. El hombre que tenía frente a ella, el que alguna vez había sido su refugio, ahora era parte de la oscuridad que había destrozado su pasado.

Finalmente, con un hilo de voz y los ojos inundados en lágrimas, Clara solo pudo decir

—No puedo creer que lo supieras... que tú... —su voz se quebró por completo, incapaz de terminar la frase.

Heinst dio un paso hacia ella, desesperado por explicarse, pero Clara retrocedió una vez más, alzando una mano para detenerlo.

—No te acerques —le advirtió con firmeza, aunque su voz temblaba por la mezcla de emociones que la consumían. La barrera invisible entre ellos ahora parecía insuperable.

El silencio volvió a instalarse, pero esta vez era un silencio cargado de resignación y desesperanza. Ambos sabían que, después de esa revelación, nada volvería a ser igual.

Revelación Amarga

Clara, con los ojos aún llenos de lágrimas, lo miró fijamente, buscando algún atisbo de justicia o remordimiento en Heinst. Su voz temblaba al hacer la pregunta que tanto temía:

—¿Lo denunciarás, verdad? —se animó a preguntar Clara.

La incertidumbre en su tono reflejaba el temor de que Heinst optara por proteger a su padre en lugar de hacer lo correcto. Él, atrapado en un conflicto interno, no supo qué responder de inmediato. Con la mano en su cintura y caminando de un lado al otro, Heinst intentaba encontrar una solución a este dilema que lo destrozaba por dentro. Sabía que cualquiera de las decisiones que tomara afectaría tanto a Clara como a su propio futuro.

—Clara... —dijo con un tono grave, deteniéndose para mirarla a los ojos —Sabes lo delicado que es todo esto. Te prometo que una vez logre capturar a tu padre, iré tras el mío.

Sus palabras, aunque intentaban sonar firmes, carecían de la convicción necesaria para que Clara creyera en ellas. Estaba claro que Heinst, aunque decía querer justicia, también luchaba con el peso de la lealtad hacia su familia. Clara, sin embargo, no se dejó convencer. Sabía que esas promesas eran frágiles, fáciles de romper cuando llegara el momento.

—¿Qué pretendes? ¿Que espere mientras tu padre escapa de la justicia? —respondió ella, su voz elevándose con una mezcla de ira y desesperación. Su dolor se transformaba rápidamente en una furia incontrolable.

—¡Lo quiero tras las rejas! No dentro de años, no más adelante... ¡Lo quiero ver pagando ahora por lo que hizo! —terminó con un grito desgarrador, sus palabras cargadas de una determinación que sorprendió incluso a Heinst.

Clara, llena de indignación, se dirigió hacia la puerta con la intención de ir directamente a las autoridades. Pero antes de que pudiera salir, Heinst la alcanzó, agarrando su brazo con fuerza, deteniéndola de inmediato. La mirada de él era desesperada, casi suplicante, pero había una dureza en su expresión que Clara no había visto antes.

—¡No lo harás! —exclamó Heinst con voz firme, su agarre sobre el brazo de Clara se intensificó, reflejando su desesperación —¡No puedes hacerlo... Lo arruinarás todo!

La fuerza con la que la sostenía hizo que Clara abriera los ojos con sorpresa. No esperaba que Heinst, el hombre en quien había confiado ciegamente, la detuviera de esa manera. El dolor y la traición que sintió en ese instante la hicieron temblar. Nunca imaginó que él elegiría proteger a un criminal en lugar de apoyar su deseo de justicia.

—Heinst, suéltame —demandó Clara con voz firme, pero entrecortada. Intentó zafarse, pero él no cedió.

—Clara, por favor... Solo te pido tiempo. No podemos actuar impulsivamente. Si lo haces ahora, todo lo que hemos construido se vendrá abajo —dijo él, casi implorando, mientras el sudor empezaba a formarse en su frente.

—¿"Lo que hemos construido"? —repitió Clara con una risa amarga —¡Todo lo que hemos construido está basado en mentiras, en engaños! ¡No quiero ser parte de esta farsa ni un segundo más! —advirtió ella tajante.

Los ojos de Heinst se endurecieron, pero no era el enfado lo que lo movía, sino el miedo a perder todo lo que tenía. Sabía que Clara estaba a punto de tomar una decisión que cambiaría sus vidas para siempre, y él, en el fondo, temía no tener el control sobre lo que sucedería después.

—No tienes idea de lo que está en juego —le advirtió, casi en un susurro, pero su voz cargada de tensión revelaba que estaba al borde de perder la compostura.

Clara sintió un escalofrío recorrer su espalda. La proximidad de Heinst era abrumadora, su presencia llenaba el espacio y la envolvía en una ola de deseo que no podía ignorar. Podía sentir el calor de su cuerpo, la intensidad de su mirada, y cada fibra de su ser respondía a él de una manera que nunca había experimentado antes.

—Heinst, déjame ir... sabes que no me detendré por nada —susurró Clara, su voz apenas audible — debo hacer justicia por la muerte de mis padres.

Clara lo miró, herida y decepcionada. Con un último tirón, logró liberarse de su agarre, pero no se movió hacia la puerta. Se quedó allí, enfrentándolo, con la determinación de alguien que había decidido que no seguiría siendo una víctima de las circunstancias.

—Si tú no lo haces, yo sí. No puedo vivir sabiendo que dejé que el asesino de mis padres siga libre. Haré lo correcto, aunque eso signifique perderte a ti —afirmó con una resolución que rompió cualquier rastro de duda que pudiera quedarle.

El silencio que siguió fue insoportable. Ambos sabían que acababan de cruzar un punto de no retorno. Lo que había comenzado como una confrontación entre la justicia y la lealtad, ahora era una ruptura definitiva de la confianza y el amor que alguna vez los había unido.

Heinst observó la determinación en los ojos de Clara y supo que no cedería. Si ella salía de esa habitación, todos sus planes se vendrían abajo. La situación se volvía cada vez más insostenible, y el pánico comenzó a apoderarse de él. No podía permitir que Clara lo delatara, no ahora, cuando todo estaba en juego. Con una decisión fría y calculada, Heinst decidió actuar antes de perder el control de la situación.

Se acercó lentamente a Clara, quien aún estaba de pie, lista para marcharse, y la rodeó con sus brazos en un abrazo que parecía de reconciliación. Clara, confundida por el gesto inesperado, sintió una extraña mezcla de consuelo y desconfianza. Pero antes de que pudiera reaccionar, algo cambió. Notó cómo todo a su alrededor empezaba a oscurecerse, como si una sombra densa se extendiera por su campo de visión. Su cuerpo se sintió repentinamente pesado, y la fuerza la abandonó.

Heinst la sostuvo con firmeza mientras su esposa perdía el equilibrio, atrapándola antes de que cayera. Con cuidado, la alzó en sus brazos y la llevó hasta la cama. La mirada de Clara estaba vidriosa, sus ojos luchaban por mantenerse abiertos, pero la oscuridad inevitable la envolvía cada vez más.

Con una expresión tensa y sin dejar que sus emociones interfirieran, Heinst abrió el cajón al lado de la cama. Dentro, había una jeringa cuidadosamente preparada con un sedante. Sin vacilar, llenó la aguja y la acercó al brazo de Clara, quien ya estaba demasiado débil para resistir. Con un movimiento preciso, inyectó la sustancia en su piel. Clara sintió un leve pinchazo, pero ya estaba demasiado sumida en la inconsciencia como para reaccionar.

Poco a poco, la respiración de Clara se volvió profunda y constante. Heinst la observó mientras caía en un sueño profundo del que no despertaría en varias horas. El tiempo que necesitaba para ejecutar sus planes estaba asegurado.

Se sentó a un lado de la cama, con la mirada fija en ella, mientras la culpa luchaba por asomarse entre sus pensamientos. Sabía que lo que había hecho no tenía vuelta atrás. Había puesto en riesgo su relación, su amor y cualquier vestigio de confianza que pudiera haber entre ellos. Pero para Heinst, mantener el control y asegurar sus propios intereses se había vuelto más importante que cualquier vínculo emocional.

Después de asegurarse de que Clara estaba completamente sedada, se levantó y volvió a enfocarse en sus prioridades. Sabía que cada minuto contaba y que tenía que actuar rápido para completar lo que había planeado durante tanto tiempo. Este era su momento para llevar a cabo su estrategia, terminar con aquellos que lo amenazaban y, finalmente, enfrentarse a su propio padre.

Pero en algún lugar de su mente, una pequeña voz le recordaba que lo que acababa de hacer no tenía perdón. Sabía que una vez que Clara despertara, nada volvería a ser igual. Sin embargo, esa voz fue rápidamente acallada por la frialdad de su determinación. Para él, no había opción. La única manera de preservar su mundo era tomar decisiones difíciles, sin importar el costo emocional.

Con un último vistazo hacia Clara, quien dormía profundamente ajena al caos que se desataba a su alrededor, Heinst salió de la habitación. La puerta se cerró tras él con un suave clic, dejando tras de sí un silencio perturbador y un vacío que, tarde o temprano, lo devoraría.

Ahora, con Clara fuera del juego temporalmente, tenía el camino despejado para finalizar lo que había comenzado. Lo único que quedaba era enfrentarse a su padre, a Román y a todos aquellos que se interponían en su misión. Pero sabía que, al final, la verdadera batalla no sería contra ellos, sino contra la verdad que eventualmente Clara descubriría.

Heinst se encontraba al pie de la puerta de la habitación donde Clara yacía sedada. Su mirada, dura y penetrante, se dirigió hacia los dos guardias que estaban frente a él, esperando instrucciones. Sabía que esta misión era crítica y no podía permitirse ningún fallo. Con gesto firme, les entregó la llave de la habitación, depositando en ellos la responsabilidad de vigilar que su esposa no saliera bajo ninguna

circunstancia.

—Ustedes dos... —dijo Heinst en un tono amenazante, que dejaba clara la gravedad de la situación —. Nadie entra ni sale de esta habitación. Si mi esposa escapa o la secuestran, serán aniquilados sin contemplación.

Los dos guardias, conscientes de la seriedad de la advertencia, asintieron al unísono. Sus rostros no mostraban emociones, pero sus mentes estaban ocupadas con la magnitud de la misión que les acababa de ser encomendada.

—Sí, señor —respondieron al mismo tiempo, sin atreverse a levantar la vista, completamente comprometidos a cumplir la orden al pie de la letra.

La Última Advertencia

Satisfecho con la respuesta, Heinst giró sobre sus talones y caminó hacia la salida de la residencia. Su mente estaba enfocada en un solo objetivo, capturar a Román y a sus cómplices de una vez por todas. Este día debía marcar el final de la amenaza que había estado acechándolo desde las sombras. No había lugar para errores.

Cuando salió al exterior, el aire fresco de la mañana rozó su rostro, pero no logró calmar la tensión que sentía en cada fibra de su ser. Sabía que estaba jugando una partida peligrosa, pero no tenía otra opción. Se dirigió hacia su auto y, con un movimiento mecánico, encendió el motor. El rugido del motor resonó en el silencio de la mañana, mientras Heinst se preparaba mentalmente para lo que estaba por venir.

Sin embargo, justo cuando estaba a punto de avanzar, una figura femenina se cruzó delante del vehículo. Frenó en seco, sorprendido. A través del parabrisas, la silueta de Elisa se recortaba contra la luz del amanecer. Sus ojos, llenos de determinación, lo miraban con una mezcla de desesperación y resolución. En su mano derecha sostenía un arma, apuntando directamente hacia él.

El corazón de Heinst latió con fuerza en su pecho al reconocerla. Sabía que Elisa aún tenía sentimientos hacia él, a pesar de que sus caminos se habían separado hacía tiempo. Pero no esperaba que ella se interpusiera de esta manera. Lo que la movía no era solo el amor, sino también el miedo. Sabía que si Heinst se lanzaba contra Román, este no le perdonaría la vida, y en el fondo, ella aún deseaba protegerlo.

—¡No puedes hacerlo, Heinst! —gritó Elisa con la voz cargada de angustia —Si vas tras Román, él te matará. ¡No sobrevivirás!

Heinst la miró fijamente desde el interior del auto. Por un momento, sus ojos se encontraron, y pudo ver el conflicto interno de Elisa reflejado en su mirada. Pero él no estaba dispuesto a retroceder. Este era un camino sin retorno, y nada ni nadie lo detendrían.

—Apártate, Elisa —ordenó Heinst con voz baja pero peligrosa. La amenaza en su tono era evidente, pero Elisa no cedió. Su mano temblaba ligeramente, pero no bajó el arma.

—No puedo dejar que te destruyas —respondió ella, suplicando con la mirada —Aún hay tiempo, Heinst. Podemos arreglar esto de otra manera. No te enfrentes a Román. ¡No vale la pena!

Heinst apretó el volante con fuerza, tratando de mantener la calma. Sabía que Elisa estaba actuando por miedo y preocupación, pero no tenía tiempo para discutir. Su mente estaba decidida, y su plan debía llevarse a cabo sin interferencias.

—Escucha, Elisa. Si realmente te importa, apártate. Esto ya no es negociable. Román tiene que caer, y si no lo hago ahora, lo pagaremos con nuestras vidas. —Las palabras de Heinst fueron como un golpe frío, cargadas de la implacable determinación de alguien dispuesto a todo por cumplir su objetivo.

Elisa sintió cómo sus lágrimas amenazaban con brotar, pero no podía rendirse. Sabía lo peligroso que era Román, y su corazón se desgarraba ante la idea de perder a Heinst para siempre. Aun así, con todo el dolor en su pecho, entendía que no podía detenerlo.

Finalmente, después de unos segundos que se hicieron eternos, Elisa bajó el arma, derrotada. Su cuerpo se aflojó, y su mirada se llenó de tristeza.

—Prométeme que volverás con vida —susurró, casi en un ruego.

Heinst asintió, sin pronunciar palabra. No tenía intención de hacer promesas vacías, pero en ese momento, era lo único que podía ofrecerle. Elisa dio un paso hacia un lado, dejando libre el camino. Con un último vistazo hacia ella, Heinst aceleró y se marchó, dejando atrás una estela de polvo y un silencio pesado.

Elisa observó cómo el auto desaparecía en la distancia, sintiendo un vacío en su interior. Sabía que no había marcha atrás. Heinst había tomado su decisión, y ahora solo quedaba esperar lo inevitable.

El equipo de amigos del C.I.O se había tomado muy en serio la tarea de preparar el escenario. Disfrazados como operarios de los barcos, se pasaron todo el día trabajando en el muelle, atentos a cada detalle y vigilando que nada escapara de su control. Sabían que el éxito de la operación dependía de su discreción y precisión. Cada movimiento estaba calculado; su misión era garantizar que no hubiese sorpresas, y para ello se mezclaron entre los trabajadores del puerto, pasando desapercibidos mientras observaban con ojo crítico.

Mientras tanto, Heinst pasó la mayor parte del día en las instalaciones del C.I.O, concentrado en un interrogatorio crucial. Habían logrado capturar a un criminal de alto perfil, y Heinst tenía claro que obtener información sería un reto. Caminó con paso firme hacia el ala de interrogatorios, donde un hombre de aspecto peligroso esperaba, esposado a una mesa de metal. La tensión en el aire era palpable. Al entrar en la sala, Heinst cerró la puerta con calma y, sin prisa, comenzó a hojear el archivo del detenido. Los papeles revelaban un historial extenso, plagado de delitos graves y violencia. Sin embargo, para Heinst, la peligrosidad del sujeto no era motivo de preocupación; estaba más que acostumbrado a lidiar con individuos como él.

Sin levantar la vista del expediente, Heinst analizó cada detalle, consciente de que ese interrogatorio no sería sencillo. Pero si había algo que caracterizaba a Heinst, era su habilidad para manejar incluso las situaciones más complicadas sin perder la compostura. Enfrentar a ese tipo de criminales formaba parte de su rutina diaria, y aunque sabía que el hombre frente a él no cedería fácilmente, estaba decidido a obtener lo que necesitaba. El juego mental había comenzado desde el momento en

que Heinst cruzó la puerta.

—Anthony Grey... —comenzó a decir Heinst con voz grave, soltando el archivo para que cayera con un golpe seco sobre la mesa. Las hojas esparcidas frente al criminal parecían pesar tanto como los crímenes que contenían, pero Anthony evitaba mirarlo a los ojos, manteniendo su mirada fija en algún punto indefinido de la pared. El ambiente en la sala de interrogatorios se volvió aún más tenso, cargado de una hostilidad palpable.

—Tienes cuatro entradas en la cárcel —continuó Heinst, su tono firme y decidido —Dos por asalto, dos por violación a una joven en el club nocturno "Adictos"... y ahora estás aquí por contrabando de anfetaminas, tráfico de armas y, lo más reciente, el asesinato a sangre fría de una familia entera. —Las palabras de Heinst resonaron en la habitación como martillazos, cada una golpeando la resistencia del hombre frente a él.

—Dime, ¿lo hacemos fácil o lo haremos a mi forma? —amenazó, inclinándose ligeramente sobre la mesa, sus manos firmes sobre el archivo mientras sus ojos penetrantes no se apartaban del criminal.

El silencio se estiró por unos segundos eternos. Anthony Grey, un hombre con una larga cadena de crímenes a sus espaldas, apenas reaccionó. Parecía imperturbable, como si las acusaciones que caían sobre él no tuvieran más peso que el aire. Su rostro permanecía inexpresivo, y su desinterés en cooperar era evidente. No había ni un rastro de arrepentimiento o temor en sus ojos, solo una frialdad calculadora que sugería que estaba acostumbrado a este tipo de situaciones.

Heinst no se dejó intimidar por la aparente indiferencia de su interlocutor. Sabía que trataba con un depredador, alguien que se alimentaba de la vulnerabilidad de los demás. Pero lo que Anthony no comprendía era que Heinst también era un experto en lidiar con seres como él. Los minutos pasaban y la presión en la sala aumentaba. La falta de respuesta de Anthony solo avivaba la determinación de Heinst.

—Así que esa es la elección que haces —dijo Heinst, más para sí mismo que para el hombre frente a él. Conocía ese tipo de mirada, esa falsa serenidad que ocultaba un corazón que solo latía por el caos y la destrucción. Heinst dejó caer una última amenaza velada en su tono de voz —Muy bien, lo haremos a mi manera.

El juego psicológico estaba en marcha. Heinst sabía que este no sería un interrogatorio sencillo, pero estaba preparado para quebrar la máscara de arrogancia que Anthony trataba de mantener. Lo que siguiera después sería un choque de voluntades, y Heinst no era de los que se retiraban hasta que obtenía lo que buscaba.

—Aquí tengo un video donde se te ve matando a esa familia —dijo Heinst con frialdad, mientras sacaba una tableta y reproducía el clip que mostraba la despiadada ejecución. La imagen era clara, Anthony Grey eliminando, uno por uno, a los miembros de la familia Russo sin mostrar ni un atisbo de remordimiento. Heinst mantuvo la mirada fija en el criminal mientras las escenas avanzaban, observando cualquier cambio en su expresión.

—Con esta prueba, más los cargos de contrabando, estoy seguro de que tu estadía en la correccional será todo un evento esperado. Los amigos y familiares de los rusos estarán encantados de recibirte allí —Las palabras de Heinst eran calculadas, diseñadas para golpear en donde más le doliera a Anthony.

Al ver las imágenes de aquella noche, donde sin piedad eliminó a una familia entera, la seguridad habitual de Anthony empezó a tambalearse. Sabía perfectamente lo que le esperaba si caía en manos de los rusos, una venganza lenta y dolorosa. No lo matarían de inmediato, no. Lo torturarían hasta arrancarle cada grito posible antes de acabar con su vida de la manera más cruel.

—Sabes que los Rusos no te matarán al instante —continuó Heinst, inclinándose hacia él con una mirada implacable —Te torturarán primero. Se asegurarán de que sufras tanto que desees estar muerto mucho antes de que decidan darte el golpe final.

Heinst se levantó de la mesa con calma, tomando el archivo que contenía la larga lista de crímenes de Anthony. Cada uno de esos delitos lo condenaba más y más. Justo cuando Heinst se disponía a salir, con la mano en la puerta, una voz rasposa y desesperada lo detuvo.

—Te daré lo que quieras... —la voz de Anthony sonaba ahora quebrada, cargada de miedo. Su máscara de indiferencia se desmoronó en un instante —Pero no puedes dejarme en la misma celda que los rusos.

Estrategia Mortal

Heinst giró lentamente, ocultando la satisfacción que sentía al ver que su estrategia comenzaba a dar frutos. Anthony levantó la mirada por primera vez desde que había comenzado el interrogatorio, sus ojos llenos de una súplica desesperada. Sabía que estaba atrapado y que su única salida era cooperar.

El agente se acercó nuevamente, con pasos lentos y medidos, como un depredador que sabe que su presa está acorralada. Heinst disfrutaba de la sensación de control absoluto sobre la situación. Ambos hombres estaban decididos a hacer lo que fuera necesario para alcanzar sus objetivos, pero en este duelo de voluntades, era evidente quién tenía la ventaja.

—Hablemos entonces —dijo Heinst, con voz suave, como si estuviera ofreciéndole un favor — Dime todo lo que quiero saber, y veré qué puedo hacer por ti. Pero no olvides una cosa, Anthony, estás a un paso de caer en un infierno que tú mismo creaste.

El intercambio de miradas fue intenso, una mezcla de desafío y sumisión. Anthony sabía que estaba vendido, y que Heinst era su única esperanza de evitar un destino peor que la muerte. Con un último suspiro resignado, Anthony asintió, listo para entregar lo que fuera necesario para salvarse de la venganza de los rusos. El juego había cambiado de rumbo, y Heinst había logrado exactamente lo que quería.

—Quiero que me hables del trato que tienes con Román... También quiero saber qué intercambio deben hacer en las próximas horas —preguntó Heinst con tono firme.

Anthony, al escuchar esas palabras, finalmente comprendió que él no era el verdadero objetivo de todo ese interrogatorio, sino Román. Esa revelación provocó un cambio en su actitud, y sus pensamientos comenzaron a trabajar a toda velocidad. Sabía que, si jugaba bien sus cartas, podría salir de esta situación con vida.

—Te ayudaré a atraparlo... pero solo si me das tu palabra de que me cambiarán de correccional —

ofreció Anthony, sus ojos reflejando tanto desesperación como astucia. Intentaba sobornar a Heinst, tal como Heinst había hecho con él minutos antes. La propuesta no pasó desapercibida, y por un breve instante, la expresión de Heinst cambió radicalmente. Aquel criminal había decidido utilizar la misma táctica que él.

Con una calma calculada, Heinst sacó un bolígrafo de su bolsillo y deslizó una hoja en blanco hacia Anthony. El sonido del papel rozando la mesa resonó en la habitación, marcando el inicio de un acuerdo peligroso.

—Bien. Quiero que lo escribas todo, y quiero que seas detallado. No te pases por alto ningún detalle, ¿entendido? —ordenó Heinst, su mirada firme y dominante.

Anthony asintió sin decir nada, tomando el bolígrafo con manos que ahora temblaban ligeramente. Sabía que su libertad, o al menos su supervivencia, dependía de lo que escribiera en esas líneas. Con una respiración pesada, comenzó a plasmar en el papel cada aspecto del trato que tenía con Román. Describió con precisión el lugar del encuentro, una ubicación remota en un puerto descuidado, el número del barco donde se efectuaría el intercambio, y las mercancías que Román estaba dispuesto a pagar a cambio de una suma considerable. Los detalles eran escalofriantemente claros, drogas, armas y una transacción que involucraba a más de una docena de personas.

Mientras Anthony escribía, Heinst observaba cada movimiento de su mano, sabiendo que cada palabra lo acercaba más a su verdadero objetivo, capturar a Román. El nivel de detalle en la información que Anthony proporcionó fue suficiente para que Heinst y su equipo pudieran preparar una emboscada con todas las de la ley. Una vez que Anthony terminó de escribir, levantó la vista, esperando alguna señal de aprobación.

Heinst tomó la hoja con un movimiento brusco y la leyó detenidamente. Cada línea confirmaba lo que ya sospechaba, pero también revelaba información que sería clave para asegurar el éxito de la operación. Román, un criminal meticuloso y sin escrúpulos, finalmente había cometido un error al confiar en alguien como Anthony.

—Parece que has hecho lo correcto, Anthony —dijo Heinst, guardando la hoja en su carpeta — Ahora es nuestro turno. Pero recuerda, esto no te exime de lo que has hecho. Solo te estoy dando la oportunidad de evitar un final mucho peor.

Anthony asintió, consciente de que su destino seguía siendo incierto, pero había ganado algo de tiempo. Mientras Heinst salía de la sala para preparar la operación con su equipo, una sensación de alivio mezclada con miedo invadió a Anthony. Sabía que había traicionado a Román, un hombre que no perdonaba ni olvidaba. Sin embargo, era preferible a enfrentar la ira de los rusos en la correccional.

Heinst, por su parte, estaba satisfecho. La información obtenida era suficiente para llevar a cabo una captura que había estado planeando durante meses. Ahora, todo estaba listo para cerrar el círculo en torno a Román.

Anthony prefería mil veces colaborar con la C.I.O antes que terminar en la misma correccional donde sus enemigos aguardaban sedientos de venganza. Sabía que cualquier error lo llevaría directamente a las manos de los rusos, y por eso había decidido seguir el plan de Heinst al pie de la letra. La noche finalmente llegó, y todo se desarrollaba tal como estaba previsto.

En un lugar privado y alejado del bullicio, Heinst se preparaba con una meticulosidad casi ritual. Clara aún dormía profundamente bajo el efecto del sedante que él mismo le había administrado horas antes. Su prioridad era mantenerla fuera de peligro y al margen de lo que estaba por suceder. Mientras ajustaba su chaleco táctico, sus pensamientos lo inundaban como una tormenta implacable. Cada imagen que cruzaba por su mente era un recordatorio de la misión que tenía por delante: capturar al padre de Clara, un hombre peligroso y astuto que había evadido a la ley durante demasiado tiempo.

El sonido del velcro y las hebillas ajustándose en su chaleco resonaba en la habitación, marcando cada uno de sus movimientos con precisión. Todo debía estar perfecto. Heinst sabía que esta noche no habría margen de error. Cada detalle importaba, desde la tensión en las correas del chaleco hasta el peso exacto de su equipo. Su mente repasaba una y otra vez las posibles rutas de escape, las tácticas que podrían usar sus enemigos, y las variables que podrían surgir.

Finalmente, tomó su arma reglamentaria, un acto que realizó con la familiaridad de alguien que ha hecho esto cientos de veces, pero con la seriedad de quien sabe que cada bala podría marcar la diferencia entre la vida y la muerte. Revisó el cargador con detenimiento, asegurándose de que estaba completamente lleno y listo para ser utilizado en el instante en que fuera necesario.

El silencio en la habitación era casi absoluto, solo interrumpido por el sonido metálico del arma al encajarla en su lugar. Los pensamientos de Heinst volvieron a centrarse en Clara por un breve momento. Sabía que, cuando despertara, todo habría cambiado. Ella no tendría idea de lo que había sucedido mientras dormía, pero él estaba decidido a mantenerla a salvo, incluso si eso significaba hacer lo impensable.

Con una última mirada al espejo, donde su reflejo mostraba a un hombre concentrado y listo para la acción, Heinst se dirigió hacia la salida. Sabía que no estaba solo en esta misión; sus compañeros del C.I.O también se preparaban en distintos puntos estratégicos. Pero la responsabilidad última recaía sobre él. Capturar al padre de Clara era más que un simple trabajo; era un deber personal, algo que no podía permitirse fallar.

El destino de todos los involucrados dependía de esta noche. Anthony había dado la información necesaria, pero ahora todo dependía de cómo Heinst y su equipo ejecutaran el plan. Mientras salía al exterior, donde la oscuridad envolvía el ambiente, Heinst sentía el peso de la misión en cada paso que daba. La caza había comenzado, y nada detendría la resolución que ardía en su interior.

Heinst y su equipo llegaron al puerto antes del amanecer, aprovechando la oscuridad y la quietud de la hora para tomar posiciones estratégicas entre las sombras. La atmósfera estaba impregnada de humedad, y el aire denso parecía aferrarse a la piel. Un silencio inquietante envolvía todo el lugar, interrumpido únicamente por el sonido lejano de las olas rompiendo contra el muelle y el crujido ocasional de la madera vieja bajo sus pies. El puerto, con su laberinto de contenedores de carga, ofrecía el terreno perfecto para una emboscada; cada rincón y esquina era una oportunidad tanto para acechar como para esconderse.

Heinst, con la experiencia de años en operaciones encubiertas, se movía con calma calculada. Sabía que cada detalle importaba en este tipo de situaciones. Mientras sus hombres se esparcían por el área, colocando cámaras y micrófonos en puntos estratégicos, él no dejaba de observar cada rincón, memorizando posibles rutas de escape o zonas de ataque. Los dispositivos de vigilancia estaban

escondidos de tal manera que ni siquiera los ojos más atentos podrían notarlos; Heinst había aprendido a utilizar el entorno a su favor, ocultando las cámaras entre pilas de cajas, bajo tarimas y en estructuras oxidadas del puerto que nadie se molestaría en revisar.

El "vendedor" designado, para este encuentro era un hombre que había sido intimidado por Heinst para cumplir con su papel. Nervioso, sus manos temblaban mientras se ajustaba la chaqueta y miraba a su alrededor con el miedo palpable en sus ojos. A pesar de su agitación, estaba preparado para seguir el guion acordado. Sabía que su vida dependía de ello, tanto por la amenaza que representaba Román como por la presencia imponente de Heinst y su equipo. Un error podría significar su fin, y esa certeza lo mantenía alerta, aunque al borde del pánico.

La tensión en el aire era palpable. Cada integrante del equipo sentía el peso de la misión en sus hombros, sabiendo que no se trataba solo de una operación más. Estaban a punto de enfrentarse a uno de los criminales más peligrosos y escurridizos que habían perseguido. Román no solo era astuto, sino también despiadado, y cualquier señal de debilidad o vacilación podría costarles caro.

Los minutos transcurrían lentamente mientras todos aguardaban en sus posiciones. Heinst, desde su escondite en una plataforma elevada, vigilaba el panorama con unos binoculares. Cada sombra que se movía, cada ruido distante, era analizada con precisión. El plan estaba en marcha, y no había margen para errores. Sus hombres, entrenados para situaciones de alta presión, mantenían la calma, pero no podían ignorar la tensión creciente.

Cuando finalmente el horizonte comenzó a teñirse de un gris pálido, anunciando la llegada del amanecer, el puerto seguía sumido en una penumbra que hacía que los contornos se mezclaran y se desdibujaran. Era el momento perfecto para la trampa. El equipo de Heinst estaba listo; cada miembro conocía su papel, cada arma estaba cargada, y todos esperaban la señal.

A lo lejos, los faros de un vehículo rompieron la oscuridad. Anthony Grey tragó saliva, intentando mantener la compostura mientras veía las luces acercarse. Sabía que en pocos minutos estaría cara a cara con Román y sus hombres, y aunque su papel era simple, la amenaza que representaba cualquier paso en falso era aterradora.

Heinst no apartaba la vista del escenario. Este era el momento que había estado preparando durante semanas. Sabía que la captura de Román no solo significaba el éxito de la misión, sino también cerrar un ciclo que había causado demasiadas víctimas. El silencio antes de la tormenta era casi insoportable, pero Heinst, frío y calculador, aguardaba el desenlace con la seguridad de alguien que no estaba dispuesto a dejar escapar su objetivo.

Todo estaba listo. El plan, las posiciones, y la determinación inquebrantable de Heinst y su equipo para poner fin al reinado de Román. Solo quedaba esperar a que el intercambio comenzara y la trampa se activara.

Cazador y Presa

Román llegó al puerto acompañado de un grupo de hombres fuertemente armados, todos con la misma expresión fría y calculadora que él. La oscuridad aún reinaba en el puerto, y el eco de sus pasos resonaba en el aire pesado y húmedo. A pesar de lo sospechoso que parecía el ambiente desierto, Román estaba decidido a llevar a cabo el negocio; la ganancia era demasiado grande como para dejarla pasar. Con una mezcla de desconfianza y determinación en sus ojos, caminó hacia el punto de encuentro, siempre alerta, con la mano lista para desenfundar su arma si algo no le cuadraba.

Anthony, lo esperaba de pie, intentando mantener la calma, aunque el sudor en su frente y su postura rígida delataban su nerviosismo. Sabía que estaba bajo vigilancia tanto de los hombres de Román como del equipo de Heinst, lo que añadía una presión abrumadora. No podía permitirse fallar; cualquier error podía costarle la vida en ese mismo instante. Román, con una mirada que examinaba cada detalle, avanzaba con pasos lentos y calculados, su mente trabajando a toda velocidad para detectar cualquier señal de peligro.

Desde su escondite elevado, Heinst observaba cada movimiento con la precisión de un cazador acechando a su presa. Sus ojos no perdían detalle la forma en que Román interactuaba con sus hombres, los gestos que intercambiaban, e incluso la forma en que el líder criminal movía la cabeza ligeramente, como si intentara captar cualquier ruido fuera de lo normal. La tensión en el puerto era palpable, una especie de calma tensa antes de la tormenta. Heinst sabía que la menor provocación podría desatar una lluvia de balas, y cada uno de sus agentes estaba listo para reaccionar al instante.

Los hombres de Román se dispersaron ligeramente, formando un semicírculo alrededor del Anthony. Algunos revisaban las sombras con desconfianza, otros mantenían sus armas listas, sin soltar la seguridad, pero preparados para actuar si fuese necesario. Sin embargo, no tenían idea de que estaban completamente rodeados. Las cámaras y micrófonos ocultos instalados por el equipo de la C.I.O. transmitían cada palabra y movimiento en tiempo real. Desde un pequeño puesto de control improvisado a pocos metros, uno de los agentes monitoreaba las imágenes, esperando la señal para iniciar la operación.

Heinst no apartaba los ojos de Román. El criminal era hábil y conocía bien este tipo de situaciones. Su desconfianza innata le permitía detectar engaños a kilómetros, pero esta vez, la seguridad que creía tener lo había cegado. Para él, todo parecía una transacción más, una donde él llevaba la ventaja con su fuerza y poder. Sin embargo, cada paso que daba lo acercaba más a la trampa.

Román llegó tarde, con pasos seguros pero tensos, consciente de que cualquier demora en estos asuntos podría desencadenar problemas. Anthony lo recibió intentando mantener la compostura, aunque el leve temblor en sus manos traicionaba sus nervios. Se enfrentaba cara a cara con un hombre peligroso, un líder astuto que siempre tenía un ojo para detectar engaños. Aun así, Anthony sabía que debía seguir adelante con el plan. Román se acercó al cargamento cubierto por una tela, deslizándola para revelar las mercancías que había solicitado. Sin decir palabra, tomó una de las

armas y la examinó con detenimiento, verificando que todo estuviera en orden y tal como Anthony le había prometido. Los ojos de Román brillaban con satisfacción mientras asentía, aparentemente conforme con lo que veía.

—Estoy aquí... y esto está muy bien. ¿En cuanto a lo otro, lo tienes? —preguntó Román con voz fría y calculadora, sin apartar la vista de Anthony.

Anthony, con la garganta seca y rezando en silencio para que Román no percibiera la trampa, sostuvo su mirada y respondió con firmeza:

—Lo tengo... Tú muéstrales. —Ordenó Anthony, señalando a dos de sus hombres para que avanzaran hacia un contenedor cercano.

Los hombres obedecieron, dirigiéndose hacia el contenedor que ocultaba a varias mujeres, víctimas destinadas a la explotación, que se convertirían en herramientas para captar clientes. Al abrir las puertas del contenedor, revelaron a las mujeres, algunas de ellas encadenadas, con expresiones de miedo e incertidumbre. Román observó la escena con una sonrisa cínica, satisfecho con el "producto" que le ofrecían.

Pero justo cuando Román se preparaba para dar la orden de proceder con el intercambio, Heinst, desde su posición oculta, detectó el momento exacto. Levantó ligeramente la mano, enviando una señal sutil pero precisa a su equipo. Los agentes, listos y entrenados para actuar con rapidez, se movieron en perfecta sincronía. La operación estaba en marcha, y la trampa estaba a punto de cerrarse.

De repente, un caos total se desató en el puerto. Los agentes de la C.I.O. emergieron de las sombras, corriendo hacia los hombres de Román con las armas desenfundadas. Los criminales, al darse cuenta de la emboscada, reaccionaron instantáneamente, abriendo fuego en un intento desesperado por proteger a su líder. Las balas silbaban en el aire, impactando en los contenedores y rebotando contra las superficies metálicas. El sonido de los disparos y los gritos resonaba en la noche, creando una cacofonía de violencia y confusión.

Román, sabiendo que su única opción era escapar, corrió hacia los barcos amarrados en el muelle. Con una agilidad sorprendente para un hombre de su tamaño, esquivó los disparos y se lanzó hacia la cubierta de uno de los barcos, con la esperanza de perder a sus perseguidores en el laberinto de compartimentos y pasillos. Heinst, con los sentidos afilados por la adrenalina, no lo dejó escapar de su vista ni por un segundo. Ignorando el caos a su alrededor, lo persiguió, decidido a terminar la misión. Román era astuto, pero Heinst no iba a permitir que se le escapara.

En medio del tiroteo, los agentes de la C.I.O. se aseguraron de neutralizar a los hombres de Román, derribándolos uno a uno. Sin embargo, la prioridad era capturar al líder criminal, quien representaba la clave para desmantelar la red más grande de contrabando y tráfico que operaba en la región.

Román se internó en la penumbra del barco, intentando ganar tiempo, pero Heinst lo seguía de cerca. La tensión era insoportable. Román sabía que estaba acorralado, pero también era consciente de que no iba a caer sin luchar. La cacería apenas comenzaba, y tanto Heinst como Román estaban dispuestos a jugar hasta las últimas consecuencias.

Heinst sacó su arma de la cintura con movimientos precisos y decididos, preparándose para abordar el barco donde Román había intentado esconderse. Mientras ascendía por la escalera que conducía a

la cubierta, el sonido constante de las olas rompiendo contra la proa del barco era el único ruido que rompía el silencio nocturno. La oscuridad del barco estaba interrumpida únicamente por la luz de la luna que se filtraba a través de las rendijas y ventanales rotos. Heinst avanzaba con cautela, cada paso calculado, con todos sus sentidos en máxima alerta. Sabía que Román era un adversario peligroso, y en ese momento, no había lugar para distracciones.

El barco, antiguo y en mal estado, crujía bajo el peso de Heinst mientras avanzaba por sus oscuros pasillos. A medida que se acercaba al área principal, un resplandor tenue reveló la silueta de Román, que había encontrado un lugar para ocultarse. Román estaba en la proa, armado con una pistola, y sus ojos fríos y calculadores estaban fijos en la entrada por donde Heinst se aproximaba.

—¡Román! —gritó Heinst, su voz resonando con firmeza y autoridad —No hay donde esconderte... Entrégate, es mejor que morir mientras estás huyendo.

Román, con una sonrisa macabra en el rostro, mantuvo el arma apuntando hacia Heinst, sin dejar de mostrar un aire de desafiante desprecio. Sus ojos, desprovistos de cualquier rastro de humanidad, reflejaban la frialdad de su determinación. No parecía dispuesto a rendirse sin antes luchar.

De repente, Román dejó caer el arma, pero no antes de desarmarla completamente. El gesto era una táctica calculada, una forma de convertir la confrontación en una pelea más primitiva, donde la violencia se desataría de una manera más cruda. Heinst observó la caída del arma con una mezcla de respeto y cautela. Aunque el criminal había dejado su arma, Heinst sabía que no podía usar su propia arma contra alguien que ya no estaba armado; su ética profesional y el código de conducta le impedían hacerlo.

Con un movimiento decidido, Heinst guardó su pistola en la funda y se preparó para enfrentarse a Román en un combate cuerpo a cuerpo. Los dos hombres se miraron con una intensidad que casi podía tocarse, el odio y la determinación en los ojos de cada uno. Román, aún sonriendo de manera cruel, se lanzó hacia Heinst, iniciando una brutal lucha mano a mano.

La pelea comenzó con una violencia desatada sobre la cubierta del barco, ambos hombres intercambiando golpes con una ferocidad implacable. Los puños de Román se estrellaban contra el cuerpo de Heinst, que respondía con una técnica precisa y letal. Los golpes resonaban en el aire y el sonido de sus cuerpos chocando se mezclaba con el ruido de las olas. Cada movimiento estaba cargado de una tensión palpable, una lucha entre la justicia y el crimen, entre el deber y el deseo de sobrevivir.

Román, a pesar de su aparente calma, luchaba con una fuerza salvaje, intentando dominar a Heinst con cada golpe. Sin embargo, Heinst se mantenía firme, utilizando su experiencia y habilidades en combate para bloquear y contraatacar. La lucha se movía por toda la cubierta, a veces acercándose al borde del barco, y otras veces desplazándose por los pasillos oscuros y resbaladizos.

A medida que la pelea avanzaba, Heinst sintió el cansancio acumulándose, pero su determinación no flaqueó. Sabía que debía derrotar a Román para completar la misión y hacer justicia. Román, por su parte, parecía alimentarse de la confrontación, cada golpe un intento de demostrar su superioridad.

Finalmente, después de una serie de golpes intensos y maniobras arriesgadas, Heinst logró derribar a Román. Miró a Román con una mirada de triunfo y determinación, sabiendo que, a pesar de la brutalidad del enfrentamiento, había logrado lo que se propuso, capturar al criminal que había estado persiguiendo.

Desenmascarado

Heinst estaba a punto de cumplir su objetivo, con el rostro tenso y los músculos en alerta, cuando un pitido agudo de un arma activándose cerca de su cabeza le congeló el movimiento. El sonido había venido de un lugar cercano, justo a su espalda, lo que le hizo detenerse en seco. Se giró lentamente, su mirada cargada de confusión y preocupación, y vio a una mujer con un arma apuntando directamente hacia él. La firmeza en su postura y la frialdad en su voz le hicieron entender que no estaba bromeando.

—¡Señor, suéltelo! —ordenó la mujer, su voz era decidida y fría, con un tono que no dejaba espacio a la negociación —No me obligue a dispararle.

Heinst miró a Román, que en ese momento no pudo ocultar una sonrisa de victoria. La situación había dado un giro inesperado, y Román parecía disfrutar del espectáculo.

—Despacio... Vamos, aléjate de él... —dijo Aracely, la compañera de Heinst, con una calma tensa mientras mantenía el arma apuntada hacia él—. Señor Román, creo que estamos a mano desde hoy.

Heinst, sorprendido e incrédulo, no podía creer lo que veía. Aracely, una agente en la que siempre había confiado, estaba ahora apuntándole con firmeza. La traición se hizo palpable en el aire, y la tensión se podía cortar con un cuchillo.

—¿Qué haces, Aracely? —preguntó Heinst, su voz llena de incredulidad y desilusión —¿Por qué?

Aracely, con las manos temblando mientras mantenía el arma en posición, le respondió con un tono cargado de remordimiento y angustia

—Lo siento, señor... Pero no puedo dejar que lo capturen.

Sus palabras fueron un golpe duro para Heinst, quien sintió que el mundo se le desmoronaba a su alrededor. Aracely, a pesar de ser una compañera de confianza, estaba dispuesta a traicionar todo lo que él representaba. El impacto de su decisión lo dejó atónito y vulnerable.

Román, con una sonrisa de satisfacción, aprovechó la oportunidad para dictar su propia sentencia.

—Mátalo... Y estaremos a mano —dijo Román con una frialdad calculadora, exigiendo que Aracely cumpliera con su amenaza. La orden era clara, y la presión sobre Aracely era inmensa.

Con una expresión de desesperación y conflicto interno, Aracely volvió a mirar a Heinst, sus ojos llenos de lágrimas y dolor. Finalmente, apretó el gatillo. El disparo resonó en el aire, y Heinst sintió un dolor agudo cuando la bala impactó en su hombro. Su reacción fue inmediata, sus ojos se abrieron de par en par por el impacto, y el dolor lo sacudió, llevándolo al borde de la conciencia.

Pero antes de que pudiera procesar completamente el dolor, otro disparo, proveniente de una distancia considerable, se incrustó en la pierna de Román. El criminal cayó al suelo, su rostro retorcido en una mueca de dolor y sorpresa. Un tercer disparo, igualmente certero, alcanzó a Aracely, que cayó al suelo, su vida desvaneciéndose rápidamente.

Pero la mujer agente que aún se encontraba con vida tomo valor para sujetar con firmeza el arma y jalar nuevamente del gatillo, un segundo disparo de aquella arma se incrusto en el cuerpo de Heinst. Esta vez èl cae de lleno en el barco para quedar totalmente inconsciente.

La escena quedó sumida en el caos. Heinst, a pesar del intenso dolor y la confusión, logró mantenerse consciente pero no pudo. El sonido de disparos, gritos y el mar rompiendo contra el casco del barco creaban una sinfonía aterradora de caos y traición. Heinst, herido y abatido, se encontró rodeado por un campo de batalla inesperado, con la traición de Aracely y el ataque de Román alterando completamente el curso de la operación.

Analia, quien había sido la responsable de acabar con la vida de su traicionera compañera, no tuvo un final digno. La traición de Aracely había dejado una marca profunda en la operación, y el peso de esa traición se hizo sentir en el caos que se desató. Sin embargo, en medio de la confusión y el dolor, Román, a pesar de sus heridas, aún intentaba desesperadamente huir del lugar. Su resistencia y tenacidad eran evidentes mientras se movía con dificultad, pero el destino tenía otros planes para él.

Justo cuando Román parecía estar a punto de escabullirse, se encontró frente a frente con alguien que nunca había esperado, Erick.

Erick, el agente que había ganado la confianza de Román a lo largo de los años, estaba ahora apuntándole con un arma. La traición de Erick fue un golpe brutal para Román, que levantó su rostro para ver con disgusto y sorpresa que la persona en la que había confiado se había convertido en su enemigo.

—Pasarás el resto de tu vida tras las rejas —dijo Erick, su voz cargada de una mezcla de determinación y emociones contenidas. Sus ojos estaban cristalizados, reflejando la resolución y el dolor de años de sufrimiento. Finalmente, había logrado poner tras las rejas al responsable de la muerte de su madre. El recuerdo de aquel momento desgarrador en la morgue, cuando tuvo que reconocer el cuerpo de su madre, se transformaba en un propósito cumplido. La justicia, aunque tardía, finalmente había llegado para Román.

Román, con la furia y la rabia que le quedaban, no podía soportar el hecho de ser derrotado. Su rostro se torció en una mueca de desprecio y odio mientras miraba a Erick, el hombre que había creído como un hijo. A pesar de estar herido y siendo sostenido por dos agentes que se aseguraban de llevarlo tras las rejas, su amenaza no dejó de resonar en el aire.

—Chico, muy pronto saldré de la cárcel... y me vengaré de ti —amenazó Román con una voz llena de veneno. Sus palabras eran un recordatorio escalofriante de que, a pesar de su captura, seguía siendo un enemigo peligroso con sed de venganza.

Erick observó cómo Román era llevado hacia la cárcel, sus pensamientos llenos de una mezcla de alivio y tristeza. La captura de Román no solo significaba el fin de una amenaza constante, sino también el cierre de un capítulo doloroso en su vida. A pesar de la satisfacción de haber logrado justicia, Erick sabía que las secuelas de la traición y el conflicto seguirían persiguiéndolo, incluso después de que la puerta de la celda se cerrara detrás de su antiguo aliado.

Heinst fue llevado de urgencias al hospital en una ambulancia, su cuerpo tendido sobre la camilla mientras las luces intermitentes parpadeaban a través de la ventana. La noche estaba silenciosa y desierta, interrumpida únicamente por el rugido del motor de la ambulancia y el zumbido constante de los equipos médicos. Los paramédicos trabajaban frenéticamente a su alrededor, enfocados en estabilizar a Heinst, quien había recibido dos balas en el violento enfrentamiento con Román.

Dentro de la ambulancia, la atmósfera estaba cargada de tensión. Los monitores cardíacos emitían un sonido constante y agudo, marcando el ritmo frenético del corazón de Heinst. El equipo médico se movía con rapidez y precisión, administrando medicamentos, aplicando vendajes y realizando maniobras para controlar el sangrado. Heinst, quien estaba inconsciente, no podía volver en si.

Uno de los paramédicos, con un tono calmado y reconfortante, se inclinó sobre él mientras trabajaba.

—Mantén la calma, Heinst. Estamos llevándote al mejor hospital que hay. Vas a estar bien —le decía, intentando darle ánimos mientras le ajustaba un tubo de oxígeno y preparaba una dosis adicional de analgésico. Heinst, con gran esfuerzo, intentó enfocar su mirada en el paramédico, luchando contra el dolor que amenazaba con abrumarlo.

Con voz entrecortada, Heinst logró formular una pregunta, a pesar de su evidente dificultad para concentrarse.

—¿Clara...? ¿Ella, cómo está... Clara? —Su voz sonaba quebrada, y su preocupación por su esposa era palpable. El paramédico, reconociendo la angustia en sus ojos, intentó tranquilizarlo. "Estamos haciendo todo lo posible para que vuelvas con ella. No te preocupes por eso ahora. Debes enfocarte en recuperarte —dijo el paramédico.

A pesar de las palabras tranquilizadoras, la mente de Heinst estaba nublada por el dolor y la preocupación. Cada respiración era un desafío, y su cuerpo sentía el peso de la gravedad mientras los paramédicos continuaban su trabajo. En el estrecho espacio de la ambulancia, el tiempo parecía dilatarse, con cada segundo que pasaba sintiéndose como una eternidad. La realidad se desvanecía en una mezcla de sonidos de equipos médicos, murmullos de los paramédicos y el latido incesante del monitor.

Heinst se esforzaba por mantenerse consciente, luchando contra la creciente sensación de debilidad. Sus pensamientos estaban completamente centrados en Clara, en lo que le había hecho, y en cómo podría haber sido su última oportunidad para protegerla. Mientras la ambulancia se acercaba al hospital, la luz de los neumáticos reflejaba en las calles vacías, marcando el final de una carrera desesperada contra el tiempo para salvarle la vida.

La ambulancia llegó al hospital en medio de la noche, con las luces intermitentes parpadeando en la oscuridad. El personal médico se movilizó rápidamente para recibir a Heinst, quien había sido trasladado de urgencia debido a las dos balas que había recibido en el enfrentamiento con Román. La puerta de la ambulancia se abrió con un estrépito, y en un torbellino de actividad, los médicos y enfermeras comenzaron a transferir a Heinst a una camilla. La escena estaba cargada de una energía frenética, con el equipo médico trabajando con precisión mientras los familiares y el equipo de Heinst observaban desde la distancia, llenos de ansiedad.

La sala de emergencias estaba llena de luces brillantes y un constante flujo de médicos y enfermeras que se movían con rapidez. El sonido de los equipos médicos zumbaba en el aire, entrelazado con el

murmullo de conversaciones urgentes y las órdenes dadas en tonos firmes y decididos. Los profesionales de la salud se apresuraban a preparar a Heinst para una intervención quirúrgica de emergencia, mientras las luces fluorescentes iluminaban el ambiente con una intensidad implacable.

Al mismo tiempo, en la residencia de los Conrab, Clara había despertado del sedante que Heinst le había administrado. Su mente, todavía aturdida por los efectos del fármaco, se despejaba lentamente mientras intentaba salir de la habitación en la que se encontraba. Se dio cuenta de que la puerta estaba cerrada y que, a pesar de sus esfuerzos, no lograría escapar. Un enojo creciente se apoderaba de ella, una rabia hirviente por el engaño de Heinst. La frustración se intensificó al sentir que estaba atrapada, sin poder hacer nada para cambiar la situación.

Mientras Clara se debatía entre la confusión y la furia, el sonido de unos pasos firmes en tacones resonó en el pasillo. Giró hacia la puerta, observando con atención mientras el sonido se acercaba. La puerta se abrió con un crujido, y Elisa, la esposa de Darién, apareció en el umbral. Su expresión era grave, y su presencia imponía autoridad.

—¡Abran la puerta! —exigió Elisa con una voz firme y autoritaria —Es una orden.

Uno de los hombres que custodiaban la habitación se volvió hacia Elisa con una expresión de duda. —Lo siento, señora, pero no podemos hacer eso. El señor...

—Ya sé lo que te ordenó tu jefe —interrumpió Elisa con determinación —pero si no abren la puerta, perderán sus trabajos. ¿Acaso están dispuestos a desobedecerme? Soy la señora de la casa.

Ambos hombres se miraron con incertidumbre antes de entregar la llave a Elisa. Ella abrió la puerta con decisión y entró en la habitación donde Clara estaba de pie junto a la ventana. Se acercó al placar y comenzó a revisar las prendas, buscando algo que le pudiera servir en esta situación.

—¿Qué haces? ¿Quién te dio el derecho de husmear entre mis pertenencias? —preguntó Clara con autoridad, su enojo evidente en su tono.

—Tienes que venir con nosotros. Debemos ir al hospital. Heinst fue disparado de gravedad —dijo Elisa, observando cómo la sorpresa y el miedo comenzaban a reflejarse en el rostro de Clara.

—¿Qué?... ¿Heinst está herido, cómo? —preguntó Clara, el shock y la preocupación claramente marcados en su voz mientras intentaba procesar la gravedad de la situación.

La Dualidad del Dolor

Clara llegó al hospital junto al padre de Heinst y a Elisa, un silencio tenso rodeando a los tres mientras se dirigían al área de emergencias. La escena era una mezcla de ansiedad y desesperación, con luces de neón brillando a través de las ventanas y el sonido constante del ajetreo hospitalario.

Una vez en el hospital, se encontraron con un lugar abarrotado de actividad, y el grupo se dirigió hacia la sala de espera.

Clara se sentó frente al padre de Heinst, Darién, con una expresión dura y fija en su rostro. Sus pensamientos estaban enredados en una maraña de emociones contradictorias. Sabía que Darién había sido el principal responsable de la muerte de sus padres adoptivos, un acto que había marcado profundamente su vida. Aunque juró que haría que Darién pagara por lo que había hecho, en ese momento, optó por esconder su conocimiento. Era más estratégico mantener la apariencia de ignorancia; en su mente, era la mejor manera de manipular la situación a su favor.

Darién, por su parte, estaba completamente enfocado en la situación de su hijo. El dolor y la preocupación por Heinst eclipsaban todo lo demás para él. A pesar de que Clara sabía de su culpabilidad, él no tenía idea de que Clara conocía el oscuro secreto de su pasado. Para Darién, el bienestar de su hijo era ahora la única prioridad, y la angustia por la operación de Heinst se reflejaba en su rostro tenso y cansado.

Elisa estaba a su lado, igualmente preocupada, pero tratando de mantener la compostura mientras esperaba noticias. La tensión en el aire era palpable, y cada minuto que pasaba parecía interminable.

Finalmente, un médico apareció y se acercó a la sala de espera, abriendo las puertas del sala de emergencias. Con una expresión seria, llamó a la familia del paciente.

—¿Familia de Heinst Conrab? —preguntó el doctor, su voz cortante y autoritaria.

Darién y Elisa se apresuraron a levantarse, mientras Clara observaba con una mezcla de distancia y preocupación. Darién tomó la iniciativa.

—Soy su padre... ella es mi esposa y, por supuesto, ella es la esposa de Heinst —afirmó Darién, presentando a Elisa y a Clara con una formalidad que contrastaba con la gravedad del momento.

El médico asintió y comenzó a hablar, dando a entender que los resultados de la operación estaban próximos. La espera continuó, con Clara luchando por mantener la calma mientras su mente seguía dándole vueltas a la dualidad de su situación, el dolor de la traición y la preocupación genuina por la salud de Heinst, y su plan oculto para hacer justicia por los crímenes que habían marcado su vida.

El doctor, al ver la preocupación y la angustia que se reflejaban en los rostros de la familia de Heinst, se acercó con una expresión que intentaba ofrecer alivio. La sala de espera, que había estado cargada de tensión y murmullos inquietos, se llenó de un silencio expectante mientras el médico se preparaba para dar su reporte.

Con un movimiento calculado, el doctor ajustó sus gafas y observó a Darién, Elisa y Clara, que estaban en pie, esperando ansiosos por escuchar las noticias sobre la operación. La sala estaba iluminada por las luces frías del hospital, y el eco de los pasos y el murmullo de otros pacientes y familiares se sentían distante en ese momento tan crucial.

—Buenos noches —comenzó el doctor, su tono de voz transmitiendo una mezcla de profesionalismo y empatía —Me alegra informarles que la operación de Heinst ha salido bien.

La noticia llegó como un bálsamo para el grupo. Darién, que había estado tensando los músculos de su rostro en un esfuerzo por mantener la calma, soltó un suspiro de alivio. Elisa, al borde de las lágrimas, se limpió los ojos con la mano, tratando de contener la emoción que afloraba. Clara,

aunque había estado luchando con sus propios pensamientos, también sintió una oleada de alivio al escuchar que la vida de Heinst estaba a salvo.

El doctor continuó explicando que la cirugía había sido exitosa y que Heinst estaba estable. Mencionó que, a pesar de las dos balas recibidas, los daños habían sido limitados y que, con el cuidado adecuado, su recuperación sería posible. El médico también explicó que Heinst estaría bajo observación durante las próximas horas para asegurar que no surgieran complicaciones y que, en cuanto se despertara, podrían ofrecer más detalles sobre su estado general.

Darién asintió con una mezcla de gratitud y agotamiento. Aunque la noticia era positiva, el estrés acumulado durante la espera había dejado su huella. Elisa se acercó a Darién, y ambos se abrazaron brevemente, encontrando consuelo en el hecho de que Heinst había superado la parte más crítica de la operación.

Clara, por su parte, observaba la escena con una expresión contemplativa. El alivio por la noticia positiva contrastaba con su turbulento estado emocional. Aunque el éxito de la operación de Heinst era un paso en la dirección correcta, aún quedaban muchas preguntas sin responder y decisiones difíciles por tomar. Sin embargo, por ahora, se permitió sentir un momento de paz, agradeciendo que la situación no había tomado un giro aún más trágico.

Una vez que Heinst se estabilizó, fue trasladado a una sala donde podría recibir la visita de sus familiares. El ambiente en la habitación era tranquilo y cuidadosamente controlado para no perturbar el descanso del paciente. Las luces eran suaves, y el equipo médico había ajustado la temperatura y la ventilación para crear un ambiente propicio para la recuperación.

Heinst, aún bajo el efecto del sedante, yacía en la cama con un semblante tranquilo, su respiración regular y su cuerpo parcialmente inmovilizado por el cansancio y el medicamento. Aunque había logrado superar la operación, el sedante mantenía su conciencia en un estado de niebla, y no podía escuchar ni sentir los dolores que seguían a la cirugía. Su cuerpo estaba envuelto en una manta ligera y había varios tubos y monitores conectados a él para controlar sus signos vitales.

Darién, con una expresión de profunda preocupación y amor, se acercó a la cama de su hijo. Aunque había soportado una gran carga emocional durante el transcurso de la noche, el verlo en esa sala de recuperación le ofreció un pequeño respiro. Se sentó junto a la cama de Heinst y, con una ternura que solo un padre puede sentir, tomó con firmeza la mano de su hijo.

El contacto era suave pero lleno de significado. La mano de Heinst, aún tibia pero sin respuesta consciente, fue envuelta por la de Darién, quien sostuvo su mano con una fuerza tranquila. Era un gesto cargado de amor y esperanza, un símbolo de apoyo incondicional y el deseo de que su hijo se recuperara por completo. Darién sintió un nudo en la garganta mientras miraba a Heinst, su corazón lleno de un cariño que no necesitaba ser expresado en palabras. Sabía que su afecto y devoción eran evidentes en cada movimiento, en cada gesto silencioso.

El silencio en la sala estaba interrumpido solo por el suave zumbido de los monitores y el ocasional clic de los equipos médicos que verificaban los parámetros de Heinst. Elisa, observando desde un rincón de la habitación, compartía la emoción de Darién, aunque sus sentimientos eran mixtos. Mientras se acercaba a la cama, sus ojos estaban llenos de lágrimas de alivio y gratitud, sabiendo que el estado de aquel hombre que amaba en silencio había mejorado.

A medida que el tiempo pasaba, los familiares de Heinst se turnaban para acercarse y ofrecer

palabras de aliento, aunque sabían que su hijo aún no podía oírlos. Había una sensación palpable de esperanza en la sala, y cada uno estaba allí, esperando el momento en que Heinst despertaría para poder compartir su alegría y el alivio de su recuperación.

El gesto de Darién, al tomar la mano de su hijo, era un reflejo de la profunda conexión familiar que superaba el dolor y el miedo de la noche anterior. Era un acto de amor puro, uno que significaba más que cualquier palabra o promesa, y que ofrecía consuelo en un momento de incertidumbre y desafío.

Mientras Heinst se recuperaba de la compleja cirugía, Erick y Analia llegaron al hospital buscando noticias sobre su superior. La tensión en el ambiente era palpable mientras ambos avanzaban por los pasillos silenciosos hasta la sala de espera. Al acercarse, vieron a una mujer sentada con las piernas cruzadas, la cabeza apoyada en sus manos, transmitiendo una mezcla de agotamiento y angustia. Era Clara, sumida en sus pensamientos mientras intentaba lidiar con la incertidumbre de la situación.

Erick reconoció de inmediato a Clara y, preocupado por su estado, se acercó con cautela. Su semblante reflejaba una mezcla de ansiedad y determinación. Al detenerse cerca de ella, intentó ofrecerle algún consuelo.

—¿Clara? ¿Está todo bien? —preguntó con suavidad, rompiendo el silencio. Clara, al escuchar su nombre, levantó la mirada lentamente. Sus ojos, enrojecidos por la preocupación y la falta de descanso, se encontraron con los de Erick. Por un instante, la sorpresa se mezcló con el desconcierto y la desconfianza.

Al reconocerlo, una sensación de malestar recorrió el cuerpo de Clara. Se puso de pie abruptamente, manteniendo la distancia, mientras su mirada se endurecía.

—Tú... ¿Qué haces aquí? —su voz era apenas un susurro, pero cargada de resentimiento y dolor. Para ella, Erick no era más que un joven que había trabajado para Román, alguien en quien no podía confiar. La presencia de él en ese lugar solo la llenaba de más dudas y sospechas.

Erick, percibiendo la reacción hostil de Clara, intentó explicar su intención, pero la tensión en el aire dificultaba cualquier comunicación. Analia, por su parte, observaba la escena en silencio, con los ojos fijos en Clara y escaneando el entorno con atención. Era un hábito natural en ella; siempre se mantenía alerta ante cualquier detalle que pudiera indicar un peligro o algo fuera de lo común.

—Clara... No vine a llevarte. Todo tiene una explicación... cuando tengamos más tiempo te pondré al tanto —Clara no entendía a que se referida exactamente. Sin embargo, aun así no bajaba su guardia y desconfianza hacia ambos jóvenes.

La tensión en la sala de espera crecía con cada segundo. Clara luchaba por contener sus emociones, sintiendo que la situación era demasiado abrumadora. No sabía en quién confiar y, en ese momento, la presencia de Erick solo complicaba más sus pensamientos. Los recuerdos de lo que había descubierto sobre él y su conexión con Román nublaban cualquier posibilidad de encontrar un punto medio.

Analia, que había permanecido callada hasta ese momento, decidió intervenir con una mirada seria hacia Erick, sugiriendo que quizás debían mantener la calma y dar espacio a Clara.

—Clara, estamos aquí para saber sobre Heinst —dijo Analia con un tono neutral pero firme, tratando de enfocar la conversación en el motivo principal de su presencia en el hospital.

Clara respiró profundamente, intentando recuperar la compostura, mientras luchaba con la incertidumbre sobre qué camino seguir. Sabía que en ese momento su prioridad era Heinst, pero la desconfianza hacia Erick seguía ardiendo en su interior.

Justo en el momento en que Clara parecía dispuesta a entablar un diálogo con Erick y Analia, la puerta de la habitación de Heinst se abrió. Darién salió con el ceño fruncido, su expresión denotaba una mezcla de preocupación y descontento. Al notar la presencia de Erick y Analia, su mirada se oscureció aún más. Era evidente que algo lo estaba carcomiendo por dentro, y no tardó en hacer sentir su descontento.

—Erick, Analia... Han llegado. ¿Cómo es que no pudieron proteger a su superior? —espetó Darién con una voz firme y cargada de reproche. La pregunta no solo era un reclamo, sino también una acusación velada. Para él, la responsabilidad de lo ocurrido recaía directamente sobre los hombros de los hombres de su hijo, y en ese momento, necesitaba canalizar su frustración en alguien.

Erick se mantuvo firme, pero internamente, su mente trabajaba a toda velocidad. Sabía que Heinst estaba al tanto de los oscuros negocios de su propio padre. Aquella verdad, conocida por muy pocos, era un secreto que se mantenía en un delicado equilibrio. Erick, consciente de ello, optó por mantener su expresión neutra, fingiendo que la crítica de Darién no lo afectaba. En cambio, trató de enfocarse en la situación actual y no dejarse llevar por la provocación.

Clara, quien hasta ese instante había contenido sus emociones, sintió cómo el ambiente cambiaba drásticamente. Las palabras de Darién resonaban en su mente, abriendo una puerta hacia una verdad que hasta ese momento había permanecido oculta para ella. Su corazón latía con fuerza, como si intuyera que estaba a punto de descubrir algo mucho más profundo de lo que esperaba. Sin apartar la vista de Darién, su mirada reflejaba una mezcla de enojo y desconfianza.

—Tú... eres un agente —susurró Clara, dirigiéndose a Erick con una voz que temblaba entre la incredulidad y el desconcierto. Era como si las piezas del rompecabezas empezaran a encajar, revelando una verdad incómoda. Sabía que algo no cuadraba con Erick desde hacía tiempo, pero ahora, frente a ella, tenía una revelación que no podía ignorar.

Vulnerabilidad y Frustración

El silencio que siguió a su declaración se extendió por la sala de espera como una sombra pesada. Cada uno de los presentes sintió cómo el aire se volvía denso, cargado de tensión y preguntas sin respuestas. Erick evitó el contacto visual con Clara, sintiendo el peso de la verdad que aún no podía admitir abiertamente. Analia, por su parte, observaba la situación con una expresión neutral, pero sus ojos brillaban con una chispa de advertencia. Sabía que cualquier palabra mal medida podría desatar un conflicto mayor.

Darién, notando la creciente tensión, cambió ligeramente su postura. Aunque intentaba mantener su fachada de autoridad y control, no pudo evitar que una sonrisa amarga se dibujara en sus labios. Para

él, ver cómo Clara comenzaba a atar cabos representaba una amenaza. Sabía que la verdad sobre su relación con Heinst y los secretos que había ocultado durante tanto tiempo estaban peligrosamente cerca de salir a la luz.

El silencio se prolongó, interrumpido solo por el sonido lejano de pasos en el pasillo y el murmullo de otros pacientes en el hospital. Cada segundo se sentía como una eternidad, mientras los tres esperaban el próximo movimiento, la próxima palabra que pudiera desencadenar una reacción en cadena.

Clara apretó los puños, intentando mantener la calma. En su mente, las imágenes de sus padres adoptivos y el recuerdo de lo que había perdido se mezclaban con la creciente sospecha hacia Darién y su vínculo con esos eventos. Estaba cansada de los secretos, las mentiras y las medias verdades. Sabía que, tarde o temprano, todo saldría a la luz, y ella estaría preparada para enfrentarlo, sin importar lo doloroso que fuera.

Erick, consciente de la delicadeza del momento, finalmente levantó la vista, dispuesto a responder, pero antes de que pudiera decir algo, Darién volvió a tomar la palabra, cortando el hilo de tensión.

—La lealtad es algo que se demuestra con acciones, no con excusas —dijo Darién, con una voz fría y calculada, dejando claro que, para él, las fallas no eran tolerables.

El enfrentamiento silencioso entre los cuatro estaba lejos de resolverse. En ese hospital, no solo la vida de Heinst pendía de un hilo, sino también la confianza y las alianzas que habían mantenido un equilibrio frágil hasta ese instante. Cada palabra, cada gesto, tenía el poder de cambiar el rumbo de sus destinos.

Clara, al percibir que la tensión entre Darién y los dos jóvenes estaba a punto de estallar en una discusión, decidió que era el momento de alejarse y asumir el rol de una esposa preocupada por la salud de su esposo. Con un nudo en el estómago, tomó una profunda respiración, reuniendo el valor necesario para dirigirse a la habitación donde Heinst se recuperaba. Sabía que enfrentar la situación con Darién, Erick y Analia no le conduciría a nada en ese momento. Ahora, su prioridad era Heinst.

Con pasos decididos, Clara caminó hacia la habitación. Sin embargo, lo que encontró al abrir la puerta la dejó paralizada por un instante. Sus ojos se abrieron de par en par al ver a Elisa, inclinada sobre Heinst, acercando lentamente sus labios a los de él. Una oleada de emociones se desató en su interior, ira, celos, y una sensación de traición que le quemaba el pecho como un fuego incontrolable. Con un movimiento brusco, Clara cerró la puerta con un fuerte golpe, interrumpiendo el intento de Elisa de besar a su esposo.

Elisa, al oír el ruido de la puerta, se enderezó rápidamente, alejándose de Heinst mientras intentaba recuperar la compostura. Su respiración se volvió más controlada, y su rostro adoptó una expresión fría y calculada. Sabía que había sido sorprendida, pero no iba a dejar que Clara la viera intimidada.

—¿Deberías tener más cuidado? —dijo Clara con una voz firme, su tono cargado de reproche. Era evidente que su paciencia estaba al límite, y no tenía intención de ocultarlo.

Elisa, sintiendo la tensión en el ambiente, alzó una ceja con una sonrisa sutil pero desafiante. Clara notó un cambio en el tono de su voz, más elevado y cortante de lo habitual.

—No te preocupes... Cuidaré mis acciones en un futuro —respondió Elisa con una calma estudiada —Pero tú... ¿Deberías alejarte de Heinst? —Su pregunta, impregnada de veneno, estaba destinada a

herir a Clara y plantar la semilla de la duda.

Clara no respondió de inmediato. En lugar de eso, se cruzó de brazos y caminó lentamente hacia el otro lado de la cama, quedando frente a Elisa. Ahora, ambas mujeres estaban cara a cara, con Heinst entre ellas, inconsciente e incapaz de intervenir en la batalla silenciosa que se libraba sobre él. Las miradas de ambas se fijaron una en la otra, sin ceder ni un ápice. Era como si todo el aire en la habitación se hubiera cargado de electricidad.

Clara sentía cómo la rabia pulsaba en sus venas, pero se obligó a mantener la calma. No iba a permitir que Elisa la desestabilizara. Cada fibra de su ser le decía que debía proteger lo que era suyo, no solo por amor o lealtad, sino también por el compromiso que había asumido al estar al lado de Heinst. Con voz baja, pero llena de firmeza, Clara habló.

—Heinst es mi esposo, y estoy donde debo estar. Tú deberías recordar cuál es tu lugar, Elisa —su tono era cortante, pero controlado, una advertencia disfrazada de cortesía.

Elisa no se dejó intimidar, pero por un breve segundo, sus ojos reflejaron una chispa de incertidumbre. Sabía que Clara no era una oponente fácil de doblegar, y la tensión entre ellas no haría más que aumentar. Con una sonrisa amarga, Elisa decidió no continuar con la confrontación directa.

—Lo recordaré —dijo Elisa con un leve asentimiento, retrocediendo unos pasos mientras intentaba mantener la dignidad. Sin embargo, la batalla no había terminado, solo estaba postergada.

Clara se quedó junto a la cama de Heinst, su mano temblorosa acariciándose así mismo mientras que Clara estaba sentada a su costado. Sentía la mirada de Elisa sobre su espalda, pero se negó a voltearse. Sabía que la confrontación no terminaría ahí. Este era solo un capítulo más en una historia de tensiones, celos y secretos, y Clara estaba lista para enfrentarlo todo si era necesario.

Elisa, por su parte, observó en silencio, dejando que la escena se desarrollara sin intervenir más. Su mente trabajaba en posibles movimientos futuros, considerando las opciones que tenía para seguir manteniendo su influencia. Pero una cosa era despejada Heinst seguía siendo el punto de convergencia en este juego peligroso, y ninguna de las dos estaba dispuesta a ceder.

Las horas pasaban lentamente en la habitación del hospital. La tensión se sentía en el aire mientras Clara y Elisa permanecían en la estancia, cada una inmersa en sus propios pensamientos. Heinst, aunque aún bajo el efecto de los sedantes, comenzó a mostrar señales de que estaba a punto de despertar. Sus cejas se fruncieron ligeramente, sus labios agrietados dejaron escapar un leve suspiro, y su cuerpo empezó a dar muestras del dolor que ahora se hacía más palpable.

Finalmente, Heinst abrió los ojos, parpadeando lentamente mientras su visión se ajustaba a la luz de la habitación. Su mirada, algo desenfocada al principio, se dirigió hacia la figura que estaba sentada a su lado. Era Clara, quien no había despegado los ojos de él ni por un momento.

—¡Clara, estás aquí! —susurró Heinst con voz débil, casi inaudible. A pesar del agotamiento, la calidez en su tono dejó entrever el alivio de verla junto a él. Pero antes de que Clara pudiera responder, Elisa, que también estaba en la habitación, se adelantó rápidamente al escuchar la voz de Heinst.

Elisa se acercó y, con un gesto cargado de afectación, tomó la mano de Heinst entre las suyas.

—Por Dios, Heinst, por fin despiertas... Estábamos todos tan preocupados —dijo Elisa, su voz cargada de una mezcla de alivio y un toque de dramatismo. Heinst sintió cómo las manos de Elisa se aferraban a las suyas con una familiaridad que le resultaba incómoda en ese momento. Clara observaba la escena con atención, sus ojos fijos en el contacto entre las manos de Elisa y las de su esposo.

Un destello de molestia cruzó el rostro de Clara. No podía ignorar la familiaridad con la que Elisa actuaba, como si tuviera algún derecho sobre Heinst que ella misma no poseía. Con una calma calculada, pero con un evidente tono de reproche, Clara intervino.

—Elisa, ¿podrías avisar a tu prometido que Heinst está despierto? Estoy segura de que se alegrará bastante de saber que **mi esposo ya está consciente** —enfatizó Clara, dejando claro a quién pertenecía realmente Heinst. Su tono era gélido, y cada palabra estaba cargada de un significado que no pasó desapercibido para nadie en la habitación.

Heinst, al escuchar la voz molesta de Clara, comprendió de inmediato la tensión que flotaba en el aire. Lentamente, retiró su mano de las de Elisa, notando el leve gesto de desagrado en su rostro.

—Elisa… avisa a mi padre que quiero verlo —ordenó Heinst con un tono que, aunque débil por su estado, no dejó espacio para discusiones. Elisa, aunque claramente molesta por el cambio de actitud de Heinst, decidió no contradecirlo. Sabía que insistir solo provocaría más conflictos en una situación ya delicada.

Con una expresión que revelaba su disgusto, Elisa soltó la mano de Heinst y se dirigió hacia la puerta. Antes de salir, lanzó una última mirada a Clara, quien permanecía inmóvil, sin apartar los ojos de ella. El cruce de miradas fue breve, pero intenso, una batalla silenciosa entre dos mujeres que sabían exactamente lo que estaba en juego.

Elisa salió de la habitación con pasos firmes, dejando tras de sí un rastro de incomodidad palpable. Una vez que la puerta se cerró, Clara soltó un suspiro contenido. Se acercó a la cama y, con delicadeza, tomó la mano de Heinst, sintiendo el calor que aún emanaba de él. Aunque sabía que la batalla con Elisa estaba lejos de terminar, por ahora, su única prioridad era estar al lado de su esposo, quien lentamente comenzaba a recuperarse.

Heinst la miró, sus ojos cansados pero llenos de gratitud. Clara, a pesar de todo el conflicto que bullía en su interior, le sonrió suavemente, dejando a un lado la tensión momentánea para concentrarse en lo que verdaderamente importaba, la recuperación de Heinst y su bienestar.

La tensión en la habitación se mantuvo constante, incluso después de que Elisa se marchara. Heinst, a pesar de su debilidad, no pudo evitar notar la expresión de Clara, una mezcla de enojo, desdén y algo más profundo que parecía arder en su mirada.

—Clara, ¿podrías darme un poco de agua? —exigió Heinst con un tono que, aunque debilitado, aún conservaba esa firmeza característica suya.

Clara, aún molesta por lo ocurrido, rodó los ojos, claramente irritada por la demanda de su esposo. Sin decir una palabra, se levantó de su asiento y se dirigió a la mesa, tomando un vaso y llenándolo con agua. Mientras lo hacía, su mente estaba inundada por pensamientos contradictorios. Sentía el impulso de mantener la compostura, pero la rabia seguía burbujeando dentro de ella.

Con el vaso en mano, se acercó a Heinst y se lo extendió sin mirarlo directamente a los ojos. Heinst,

con visible esfuerzo, intentó incorporarse para poder beber. Un gemido de dolor escapó de sus labios mientras su cuerpo herido se acomodaba en la cama, pero su determinación no se quebró. Bebió el agua lentamente, aliviando la sequedad de su garganta, y cuando terminó, extendió el vaso hacia Clara. Ella lo tomó con indiferencia, pero su mano tembló apenas perceptiblemente antes de que, sin quererlo, el vaso cayera de lleno sobre la alfombra, derramando las gotas restantes.

Antes de que Clara pudiera disculparse o reaccionar, Heinst, con una velocidad sorprendente para alguien en su estado, la sujetó de la muñeca y la atrajo hacia él. El tirón fue brusco, y Clara perdió el equilibrio, terminando con su cuerpo presionado contra el de Heinst. El choque entre ambos cuerpos fue inevitable, y el contacto encendió un calor incómodo y abrasador entre los dos.

Heinst no dejó de mirarla ni un segundo. Sus ojos, a pesar del dolor y el cansancio, brillaban con una intensidad que Clara reconoció al instante. Estaban tan cerca que las respiraciones de ambos se entremezclaban, creando una atmósfera cargada de tensión y deseo reprimido. Podía sentir el latido irregular del corazón de Heinst, acelerado, al igual que el suyo.

—¿Acaso estás celosa? —inquirió Heinst, con un tono burlón que ocultaba una curiosidad genuina. Notaba la molestia en Clara, la chispa de algo que no había visto en ella en mucho tiempo. Sujetó con más firmeza su brazo, manteniéndola atrapada contra él, como si quisiera que confesara lo que estaba sintiendo.

Clara intentó liberarse, pero la presión que ejercía Heinst la mantenía inmóvil. Sabía que él estaba herido, sabía que debería tener cuidado de no empeorar su estado, pero la forma en que él la miraba, tan cerca, tan desafiante, la desarmaba.

—No tienes derecho a hablarme así después de lo que hiciste —respondió Clara, su voz apenas un susurro lleno de rabia contenida. No se refería solo a la escena con Elisa, sino a todo lo que había sucedido entre ellos, a la manipulación, a las mentiras.

Tormenta Interna

Heinst sonrió, pero no era una sonrisa amable. Era una mezcla de cansancio y desafío, como si disfrutara viendo esa reacción en ella.

—No me respondas con evasivas, Clara. Sé que algo te molesta, y no es solo mi estado —replicó él, acercando aún más su rostro al de ella, hasta el punto en que podía sentir el calor de sus labios a escasos centímetros de los suyos.

Clara se quedó en silencio, sus emociones batiendo dentro de ella como una tormenta. Parte de ella quería alejarse, gritarle, reprocharle todo lo que sentía. Pero otra parte se negaba a moverse, atrapada en ese momento cargado de algo que no lograba definir del todo.

Finalmente, con un movimiento brusco, Clara se soltó del agarre de Heinst, retrocediendo unos pasos. Sus ojos, aún llenos de furia, no se apartaron de los de él.

—No te hagas el ingenuo, Heinst. Sabes perfectamente qué me molesta —dijo antes de darse la vuelta y dirigirse hacia la puerta, sin darle tiempo a replicar.

Heinst la observó mientras se alejaba, con una mezcla de satisfacción y algo de amargura en su mirada. Sabía que las cosas entre ellos no serían sencillas, pero no podía evitar sentirse atraído por la intensidad de sus emociones, por la pasión que, aunque escondida, aún brillaba en Clara.

—Ya cumplí mi primera promesa... Tu padre está encerrado, dejare que se pudra tras las rejas — Dijo Heinst. Clara no sabía que su encierro era solo para mantenerla alejada de la verdadero peligro.

Cuando la puerta se cerró tras ella, el silencio volvió a llenar la habitación, pero los pensamientos de ambos seguían entrelazados, atrapados en esa tormenta que habían dejado sin resolver.

Clara permaneció en silencio, sumida en sus pensamientos mientras se dirigía hacia la ventana de la habitación. Sus brazos se cruzaron sobre su pecho en un intento de contener la tormenta emocional que la invadía. La vista del exterior apenas le ofrecía consuelo; su mente no podía apartarse de la tensión en la habitación ni de la presencia de Heinst, quien aún luchaba por recuperarse de la cirugía. La decisión de permanecer junto a él, incluso cuando sabía que no todo estaba bien entre ellos, la mantenía en un estado de conflicto interno.

De repente, la puerta se abrió lentamente, y la figura imponente de Darién hizo su entrada. Clara sintió cómo sus músculos se tensaban al verlo. Sabía quién era realmente Darién, el hombre que había orquestado la muerte de sus padres adoptivos. La presencia de él, tan cerca, la obligaba a contener una mezcla de repulsión y temor. No podía permitirse mostrar sus verdaderos sentimientos, no cuando tanto estaba en juego.

—Heinst... Gracias a Dios que te has recuperado —dijo Darién con una voz afectuosa mientras se acercaba a la cama de su hijo. La preocupación en su tono parecía genuina, pero Clara sabía que detrás de esa fachada amable se escondía una frialdad calculadora.

Heinst, aún débil, intentó sonreírle a su padre.

—Sí, padre, no es nada... Ya estoy mejor —respondió con esfuerzo. Había una leve tensión en su voz, como si supiera que la situación era más compleja de lo que quería admitir. Él también era consciente de los secretos oscuros que envolvían a su familia, pero fingía normalidad frente a Darién, al menos por el momento.

Elisa, quien había permanecido cerca pero en silencio, avanzó unos pasos hacia Heinst. Sin embargo,

se detuvo, manteniendo una distancia prudente. Sabía que, en presencia de Darién, tenía que mantener su papel, pero no pudo evitar lanzar una mirada fugaz hacia Clara, midiendo cada una de sus reacciones. Elisa no ignoraba la hostilidad latente entre Clara y Darién; estaba acostumbrada a leer los ambientes cargados de tensión, y en ese momento, Clara era como un volcán a punto de estallar.

Clara, sin moverse de su posición junto a la ventana, apenas pudo mantener su expresión neutral. Sentía cómo su odio hacia Darién crecía con cada segundo que él estaba en la habitación. No podía dejar de preguntarse cómo alguien podía mostrarse tan afectuoso con su hijo mientras era capaz de cometer actos tan despiadados. Sin embargo, Clara sabía que cualquier muestra de su desprecio podría alertar a Darién, y no podía permitirse eso.

Mientras Darién seguía conversando con Heinst, Clara intentaba bloquear las palabras que resonaban en la habitación. Su mente estaba centrada en lo que debía hacer a continuación. Había jurado que haría pagar a Darién por todo el sufrimiento que había causado, pero ahora, más que nunca, entendía que no podía precipitarse. Debía ser paciente y esperar el momento oportuno.

Elisa, por su parte, se mantenía en silencio, observando atentamente. Sabía que algo se cocía entre Clara y Darién, pero no comprendía del todo la magnitud de la situación. Sin embargo, no estaba dispuesta a intervenir; su prioridad seguía siendo mantener su estatus y asegurarse de que sus intereses estuvieran protegidos.

Heinst, aunque intentaba concentrarse en la conversación con su padre, no podía ignorar la tensión palpable en la habitación. Sabía que había muchas cosas que se mantenían ocultas y que, tarde o temprano, las verdades saldrían a la luz. Mientras hablaba con Darién, su mirada se desviaba hacia Clara, buscando en sus ojos alguna pista de lo que realmente estaba pensando. Pero Clara, con una habilidad sorprendente, mantenía su expresión impenetrable.

El aire en la habitación se sentía pesado, como si todos estuvieran atrapados en un juego de máscaras, cada uno fingiendo ser algo que no era. Aunque Heinst estaba agradecido de estar rodeado de su familia, no podía evitar la sensación de que todo lo que lo rodeaba era una construcción frágil, lista para desmoronarse ante el más mínimo error.

Finalmente, Darién, satisfecho con el estado de su hijo, sonrió y se levantó, dispuesto a marcharse.

—Me alegra ver que te estás recuperando, Heinst. No te preocupes por nada más que en sanar. Yo me encargaré de todo lo demás —dijo con una voz que intentaba transmitir confianza, aunque Clara sabía que sus palabras tenían un doble filo.

Cuando Darién salió de la habitación, la tensión en el aire no disminuyó. Clara seguía inmóvil junto a la ventana, con sus emociones desbordándose en su interior, mientras Heinst y Elisa intercambiaban miradas de incomodidad. Sabían que lo que realmente preocupaba a Clara no se había dicho en palabras, pero todos en la habitación podían sentirlo. Era un juego peligroso en el que la verdad y la mentira se entrelazaban, y Clara estaba dispuesta a seguir jugando, siempre que eso la acercara a su venganza.

Mientras Clara pasaba las horas junto a su esposo, intentando mantener una fachada de tranquilidad en medio de la tensión latente, en un lugar muy diferente, Román estaba recluido tras las frías rejas de una celda sombría. Sin embargo, para alguien como él, el encierro no parecía más que una incomodidad temporal. Sentado en un viejo banco de madera, Román silbaba una melodía

despreocupada, como si estuviera disfrutando de una estancia en un lujoso hotel en lugar de una prisión. Sus ojos, siempre calculadores y fríos, estaban fijos en las rejas de la diminuta ventana que dejaba entrar apenas un rayo de luz en ese espacio lúgubre.

Román no era el tipo de hombre que se rendía fácilmente. Su mente afilada siempre estaba trabajando, trazando nuevas estrategias, anticipando los movimientos de sus enemigos y preparando su siguiente jugada. Sabía que su situación actual era delicada, pero eso no lo intimidaba en lo más mínimo. Para él, estar tras las rejas era simplemente un contratiempo, una pausa momentánea en su incesante juego de poder.

Mientras seguía silbando con una calma casi perturbadora, sus pensamientos se centraban en un solo nombre, Clara Miller. Román sabía que ella era la clave para desestabilizar a Heinst, para sacarlo de su aparente seguridad y romper la calma que tanto se esforzaba por mantener. Clara era más que la esposa de Heinst; era su punto débil, el elemento que, si se manejaba correctamente, podría derrumbar todo el mundo controlado por su esposo.

Román sonrió con una frialdad que se reflejaba en sus ojos. Clara era un objetivo complicado, pero no imposible de manipular. Él entendía que la fuerza de una persona no siempre residía en su poder físico o en sus conexiones, sino en la capacidad de detectar y explotar las debilidades de los demás. Y Heinst, a pesar de su astucia y su posición, tenía un punto débil muy claro: su amor por Clara.

Sabía que Heinst había logrado mucho para proteger a Clara, incluso ocultándole verdades y tomando decisiones difíciles en nombre de su seguridad. Sin embargo, Román también sabía que el miedo y la inseguridad podían ser armas poderosas si se usaban en el momento adecuado. Clara era la carta que Román estaba dispuesto a jugar, pero debía hacerlo con precisión. Cualquier movimiento en falso y todo su plan podrían desmoronarse.

Mientras tanto, las horas seguían pasando en esa celda, pero Román no perdía la paciencia. Él sabía que, tarde o temprano, la oportunidad llegaría. Un descuido de parte de sus enemigos, una pequeña grieta en la fachada controlada de Heinst, y sería suficiente para que su plan se pusiera en marcha. Román no tenía prisa; estaba dispuesto a esperar lo necesario para que su último movimiento fuera perfecto.

En la soledad de su celda, Román continuaba silbando, disfrutando del eco que resonaba en las paredes de piedra. Aunque para otros podría parecer un hombre derrotado, atrapado y sin opciones, aquellos que lo conocían sabían que Román nunca había estado más concentrado. Cada segundo que pasaba en ese lugar solo le daba más tiempo para perfeccionar su estrategia, para anticipar las reacciones de Heinst y Clara, y para asegurarse de que, cuando finalmente actuara, todo estuviera en su lugar.

La pequeña ventana de la celda dejaba entrar un rayo de luz que iluminaba parcialmente el rostro de Román, revelando una expresión de calculada confianza. Sabía que la paciencia era clave en cualquier juego de poder, y él era un maestro en ese arte. Clara Miller, sin saberlo, estaba en el centro de su plan. No tenía que tocarla ni acercarse a ella para lograr su objetivo; simplemente tenía que empujar las piezas correctas y dejar que el caos se desatara por sí solo.

La calma de Román era inquietante, como la paz antes de una tormenta. Él estaba dispuesto a jugar su última carta, una carta que tenía nombre y apellido. Y cuando finalmente lo hiciera, sabía que el impacto en la vida de Heinst y Clara sería devastador. Mientras tanto, en la habitación de hospital,

Clara seguía con Heinst, ajena a la tormenta que se estaba gestando a kilómetros de distancia, en la mente de un hombre que nunca dejaba de maquinar, incluso desde la oscuridad de su prisión.

Después de meditarlo con calma y frialdad, Román decidió que era el momento de dar el siguiente paso. Con una expresión calculada, se levantó lentamente de su cama improvisada y se acercó a las rejas de su celda. Sus manos se aferraron a los fríos barrotes mientras inclinaba su cuerpo hacia adelante, como si tratara de imponer su presencia en ese espacio lúgubre. Sus ojos, fijos en la oscuridad que se extendía al otro lado de las rejas, brillaban con una mezcla de determinación y arrogancia.

—¡Guardias! ¡Guardias, quiero hablar con alguien! ¡Tengo derecho a una llamada! —gritó Román, con una voz que resonó en los rincones del lugar. Su grito, cargado de autoridad, interrumpió la rutina monótona de los reclusos que, hasta ese momento, se habían limitado a murmurar y silbar en la penumbra. Las paredes húmedas devolvieron un eco inquietante, amplificando la tensión en el aire.

El sonido de pasos pesados se acercó rápidamente, acompañado por el golpe seco de un palo que resonaba con cada paso. Un guardia de complexión robusta, con una mirada hostil y gesto severo, apareció frente a la celda. Sin perder tiempo, levantó su palo y golpeó con fuerza las rejas, haciendo que el sonido metálico reverberara por todo el pasillo.

—¡Cállate de una vez, desgraciado! —bramó el guardia, alzando la voz con una mezcla de furia y cansancio. Su tono amenazante estaba lleno de desprecio, como si tratara de reducir a Román a un mero insecto.

—¿Quieres que te enseñe cómo se calla a alguien como tú? ¡Ya me tienes harto con tus gritos! —dijo molesto el guardia.

Lejos de sentirse intimidado, Román simplemente retrocedió un paso, aún con una sonrisa que no se desvanecía. Observó al guardia con un brillo en los ojos que mezclaba burla y superioridad. Para él, la actitud bravucona del guardia no era más que un entretenimiento pasajero, un obstáculo trivial que no merecía su preocupación.

—Quiero hacer una llamada —replicó Román, con un tono que destilaba calma calculada —Quiero hablar con mi hija... Clara Miller. Llámala y dile que su padre desea hablar con ella. ¡Hazlo ahora!

Las palabras de Román cayeron como un martillazo. El guardia, que hasta ese momento había mantenido una postura amenazante, frunció el ceño al escuchar el nombre. Una expresión de desconcierto se dibujó en su rostro, seguida de una tensión palpable. Claramente, ese nombre no era algo que esperaba escuchar, y mucho menos en ese contexto. Se quedó un momento en silencio, sopesando las implicaciones de lo que acababa de escuchar, mientras Román lo observaba con una satisfacción mal disimulada.

El guardia, aunque dudoso, no pudo ocultar la incomodidad que lo embargaba. Sabía que el nombre de Clara Miller no era un detalle menor, y mucho menos en la situación en la que se encontraba Román. Sin embargo, mantenerse firme en su papel le obligaba a no dejarse intimidar, por más que las circunstancias comenzaran a desbordar su autoridad.

—¿Clara Miller? —repitió el guardia, esta vez con un tono más bajo, como si probara el nombre en su boca —No sé qué juegas, pero no eres nadie para exigir nada aquí. ¡Ya veremos si alguien se

ocupa de tu petición!

Román mantuvo su sonrisa, sabiendo que había plantado la semilla de la incertidumbre en la mente del guardia. Había soltado la pieza clave de su plan, y ahora solo tenía que esperar a que el resto de las fichas comenzaran a moverse. El destino de Heinst, y en cierto modo el de Clara, pendía de lo que sucediera a continuación.

El guardia, sin añadir más palabras, se alejó visiblemente alterado, dejando a Román solo con sus pensamientos. A pesar de su aparente calma, Román estaba consciente de que cada segundo contaba. El próximo movimiento de Clara decidiría si su plan se concretaba como lo había imaginado. Mientras los ecos de los silbidos y murmullos volvían a llenar el ambiente, Román se permitió una última sonrisa, una que no era más que un preludio del caos que esperaba desatar.

Sabía que Clara era su boleto para volver a poner todo en marcha, para perturbar la frágil estabilidad que Heinst intentaba proteger. La situación estaba en marcha, y ahora solo restaba esperar.

La Llamada

El guardia, aún con la mente llena de preguntas, se encontraba sentado frente a su escritorio. El nombre que Román había mencionado seguía resonando en su cabeza: Clara Miller. Con un aire de incertidumbre, comenzó a buscar información en la base de datos interna. A medida que leía, su expresión cambió drásticamente. No podía creer lo que estaba viendo: la mujer mencionada no era otra que la esposa del propio Heinst Conrab, su superior y uno de los agentes más respetados. El hecho de que Clara fuera hija de un criminal de alto riesgo como Román ponía en duda todo lo que el guardia pensaba que sabía.

El dilema se aferró a su pecho como un peso que no podía ignorar. Sabía que, por ley, Román tenía derecho a realizar una llamada, y aunque la situación le resultaba incómoda, no podía negárselo. La obligación profesional chocaba con la moralidad, pero las reglas estaban claras.

—Vamos, apresúrate en llamar... No hagas que me arrepienta —dijo el guardia, Román con una sonrisa que irradiaba una seguridad perturbadora. El brillo en sus ojos delataba la sensación de victoria que anticipaba.

Román, con manos temblorosas por la ansiedad, finalmente marcó el número proporcionado. El sonido de los tonos al otro lado de la línea hizo eco en la pequeña cabina de llamadas, mientras Román mantenía el auricular firmemente en su mano. El tiempo parecía alargarse, hasta que, de repente, una voz respondió.

—Hola, ¿quién habla? —respondió Clara, con un tono que denotaba cierta cautela.

Los labios de Román se curvaron lentamente en una sonrisa de satisfacción. Por fin, había logrado establecer contacto con la pieza clave de su plan.

—Soy tu verdadero padre... Hay algo que deseo decirte, pero para eso debes hacer algo para mí —dijo Román, con una calma que contrastaba con la tensión que empezaba a crecer en la sala donde se encontraba Clara.

Clara, parada al lado de la cama de Heinst, sintió cómo su mundo se tambaleaba por un instante. A pesar de la sorpresa y el desconcierto que le generaban las palabras de Román, no podía dejar que Heinst o cualquiera en la habitación se diera cuenta de la gravedad de la situación. Inspiró profundamente, buscando mantener la compostura, y decidió fingir que la conversación era simplemente un asunto de negocios.

—Claro, la reunión... Dime a qué hora es y dónde debo ir —respondió Clara, modulando su voz para sonar lo más natural posible, como si solo estuviera coordinando un encuentro rutinario.

Heinst, quien la observaba desde la cama, no pudo evitar fijar su atención en ella. Aunque las palabras de Clara no levantaban sospechas directas, algo en su lenguaje corporal lo inquietaba. La tensión en sus manos y la mirada ausente mientras hablaba eran señales de que algo no estaba bien. El instinto de Heinst, afinado por años de trabajo en situaciones críticas, le indicaba que la llamada tenía una importancia mayor de la que Clara pretendía mostrar.

Mientras tanto, Román se regodeaba en su pequeño triunfo. Sabía que había sembrado la primera semilla de la discordia. Si Clara aceptaba seguir sus instrucciones, podría desencadenar el caos que tanto ansiaba. Por otro lado, Clara sentía cómo su corazón latía con fuerza. Román, el hombre que la había manipulado desde la sombra su vida, ahora intentaba usarla como una pieza en su retorcido juego.

El ambiente en la habitación se volvió denso, cargado de emociones contenidas. Clara, consciente de que estaba siendo observada, colgó la llamada con una fingida serenidad, pero por dentro estaba al borde de la desesperación. Sabía que cualquier paso en falso podría poner en peligro no solo a Heinst, sino también a todo lo que había construido hasta ahora.

El silencio que siguió a la llamada se volvió casi insoportable. Heinst entrecerró los ojos, como si intentara leer el alma de Clara, buscando una explicación que ella no estaba dispuesta a darle. Román, desde su celda, sonreía satisfecho. El juego estaba en marcha, y la incertidumbre era su mayor aliada.

Mientras Darién, Elisa y Analia mantenían una conversación animada con Heinst, Clara permanecía en un rincón de la habitación, atrapada en su propio torbellino de pensamientos. Las voces a su alrededor se mezclaban en un murmullo lejano, casi irrelevante para ella. Su mente volvía una y otra vez a la llamada que había recibido de Román. Aún sentía el eco de su voz resonando en sus oídos, retumbando como un recordatorio constante del dilema que enfrentaba. La presión era sofocante; cada segundo que pasaba la acercaba más a una decisión que, lo sabía, cambiaría todo.

En el fondo de su ser, sentía una necesidad inexplicable de asistir a ese encuentro. Era como si algo la empujara, una mezcla de curiosidad y obligación, de querer descubrir qué verdad se escondía detrás de Román y de su conexión con él. Pero, al mismo tiempo, la imagen de Heinst, vulnerable en su cama, luchando por mantener su postura firme a pesar de las heridas, le causaba un dolor punzante en el pecho. Empezaba a verlo de una forma diferente, no solo como el hombre autoritario y astuto que conocía, sino como alguien que podía necesitarla, aunque nunca lo admitiera abiertamente. Esa creciente cercanía la confundía aún más. ¿Podía ponerlo en peligro al obedecer las

demandas de Román?

Por otro lado, sabía que Heinst no era ingenuo. Su instinto siempre estaba alerta, y Clara sospechaba que él ya empezaba a notar que algo no andaba bien. Las miradas que le lanzaba de vez en cuando, entre comentarios con los demás, eran breves pero cargadas de una pregunta silenciosa. Heinst estaba acostumbrado a lidiar con intrigas y secretos, y Clara no podía dejar de preguntarse si ya había empezado a atar cabos, si estaba tratando de descifrar su comportamiento evasivo.

Clara cruzó los brazos y respiró hondo, como intentando calmar el caos en su interior. No podía negar que la opción de ocultarle la verdad a Heinst era tentadora. Ella siempre había manejado las situaciones a su manera, confiando en su astucia y en su capacidad para lidiar con los problemas por su cuenta. Pero esta vez, las circunstancias eran más complicadas. Román no era cualquier adversario; sabía cómo manipular, cómo jugar con las emociones y usar la información a su favor. Si Clara no se movía con cautela, no solo pondría en riesgo a Heinst, sino también a todos los que estaban alrededor.

En ese momento, una carcajada de Darién la sacó momentáneamente de sus pensamientos. Volteó para ver cómo él y Elisa bromeaban, mientras Analia sonreía con complicidad. La escena contrastaba dolorosamente con la tensión que sentía Clara por dentro. Todos parecían tan despreocupados, tan ajenos a la tormenta que se avecinaba. Nadie allí sospechaba que ella estaba sopesando si traicionar la confianza de Heinst o lanzarse en un juego peligroso por su cuenta.

Finalmente, Clara decidió que debía mantener la fachada. Si iba a asistir a ese encuentro, tenía que hacerlo sin levantar sospechas, y para eso necesitaba que Heinst no desconfiara de ella. Apretó los labios, decidida a jugar su propio juego. Sin embargo, muy en el fondo, sabía que esto no era sostenible. Heinst tenía sus propios recursos, y tarde o temprano, si no encontraba respuestas claras, empezaría a indagar. Era solo cuestión de tiempo antes de que su curiosidad lo empujara a investigar y descubrir qué estaba ocultando.

El ambiente en la habitación se llenó de una energía sutilmente tensa cuando Heinst, una vez más, fijó sus ojos en Clara. Ella sintió que la observaba, intentando leer lo que se ocultaba detrás de su aparente calma. Pero Clara, con una sonrisa forzada, desvió la mirada hacia la ventana, fingiendo estar distraída por la vista exterior. Mientras tanto, en su mente, trazaba una estrategia, una forma de lidiar con Román sin revelar nada a Heinst, al menos no todavía.

Esa batalla silenciosa entre la verdad y la mentira, entre la lealtad y la astucia, estaba comenzando a fracturar el frágil equilibrio que existía entre Clara y Heinst. Y aunque él no lo mostrara abiertamente, ya empezaba a sospechar que algo grande se estaba gestando a sus espaldas. Clara, por su parte, sabía que estaba caminando sobre una cuerda floja, donde un solo paso en falso podría hacerlo todo añicos. La decisión estaba tomada: se arriesgaría a asistir al encuentro con Román, pero esta vez, lo haría con una mezcla de audacia y precaución. El juego apenas comenzaba, y Clara tenía claro que no permitiría que nadie, ni siquiera Heinst, dictara su próximo movimiento.

—Cariño... ¿Estás bien? —preguntó Heinst desde la cama, sus ojos fijos en Clara, con una mezcla de preocupación y desconfianza. Clara, al oír la voz de Heinst, sintió un nudo en el estómago. Sabía que no podía dejar entrever la tormenta interna que la consumía, así que, con una sonrisa tensa, fingió una calma que estaba lejos de sentir. Avanzó lentamente hasta la cama y se sentó junto a él, aunque el simple hecho de estar tan cerca de Darién, el hombre responsable de la muerte de sus padres adoptivos, la llenaba de una repulsión que apenas podía contener. Cada segundo a su lado era un

peso insoportable, una carga emocional que amenazaba con derrumbarla.

Clara mantuvo la compostura mientras sus pensamientos la atormentaban. Tenía tantas ganas de gritar la verdad, de denunciar a Darién y exponer sus crímenes, pero sabía que no era tan simple. Román, con su amenaza latente, y Heinst, con su instinto protector, complicaban aún más las cosas. Si Clara hacía algo imprudente, todo podría desmoronarse en cuestión de segundos.

—Sí, estoy bien... —respondió con una voz que sonó convincente, aunque por dentro estaba lejos de sentirse así. Pausó un momento, tratando de sonar lo más natural posible.
—Si no te molesta quedarte solo, me gustaría ir a la casa para cambiarme —agregó, esperando que su petición fuera vista como algo rutinario, algo necesario para distraerse y calmar sus nervios.

Heinst la miró con una expresión seria, sopesando sus palabras. Él no era alguien que ignorara los pequeños detalles, y la tensión en Clara no le pasó desapercibida. Pero, por el momento, decidió no presionar. Su prioridad era su seguridad, y no iba a permitir que Clara se expusiera, incluso si eso significaba limitar sus movimientos.

—Está bien... —dijo finalmente, con un tono que indicaba que no estaba completamente convencido.
—Analia te acompañará. No quiero que vayas sola. Clara, esto es solo por seguridad —insistió, tratando de que entendiera que no era una cuestión de control, sino de protección.

Clara asintió, aunque internamente sintió una mezcla de frustración y alivio. Por un lado, agradecía que Heinst la quisiera proteger, pero por otro, la presencia de Analia significaba que tendría que ser más cuidadosa con sus próximos movimientos. Sabía que cualquier desliz podría delatar sus verdaderas intenciones, y Analia no era alguien que pasara por alto los detalles.

Heinst tomó la mano de Clara, y al sentir su calidez, ella se obligó a mantener la calma. Sus ojos se encontraron, y por un momento, Clara sintió un remolino de emociones. Él la estaba observando con una intensidad que la hizo dudar si Heinst realmente creía en su fachada de tranquilidad. Pero antes de que pudiera leer más en su mirada, Heinst sonrió levemente, como si quisiera darle la seguridad que necesitaba.

—Prométeme que si algo te preocupa, me lo dirás —murmuró Heinst, apretando suavemente su mano.

Clara tragó saliva y forzó una sonrisa. El conflicto interno crecía cada vez más, pero no estaba lista para compartirlo, al menos no todavía.

—Lo haré, no te preocupes —mintió, sabiendo que, por ahora, debía mantener sus verdaderas intenciones ocultas.

Mientras se levantaba para salir de la habitación, sintió los ojos de Darién clavados en su espalda. Clara se obligó a no mirar atrás, a no dejar que su odio la controlara en ese momento. Debía seguir adelante, jugar el juego con cuidado y encontrar la manera de lidiar con Román sin que nadie más saliera lastimado, especialmente Heinst.

Pero mientras caminaba hacia la puerta, una sensación de inquietud la invadió. Sabía que cada paso que daba la acercaba más a una encrucijada, una donde tendría que decidir si seguir protegiendo sus propios secretos o confiar en Heinst y exponerlo todo. Lo único seguro en su mente era que, una vez que asistiera a ese encuentro con Román, ya no habría vuelta atrás. El destino de todos estaba en

juego, y Clara tendría que asegurarse de estar un paso por delante de todos, incluso de aquellos que se suponía que estaban de su lado.

El viaje hacia la residencia Conrab transcurrió en un silencio incómodo, casi sofocante. Analia mantenía la vista fija en la carretera, aunque de vez en cuando lanzaba miradas furtivas hacia Clara, quien, con los brazos cruzados y la mirada perdida, parecía estar sumergida en sus propios pensamientos. El encargo de Heinst había sido claro, vigilar a Clara. Aunque no se lo había dicho directamente, Analia había captado las señales en su tono de voz y en la manera en que él había insistido en que la acompañara. Sabía que algo no estaba bien, y esa certeza la hizo adoptar una actitud más cautelosa.

El sonido del motor y el crujido ocasional de los neumáticos sobre el asfalto eran los únicos ruidos que llenaban el aire. Ninguna de las dos mujeres intentó romper el silencio con alguna conversación trivial. Analia comprendió que, cualquier cosa que dijera, no cambiaría la evidente distancia emocional que Clara había impuesto. Clara, por su parte, estaba demasiado atrapada en su propio conflicto interno para siquiera considerar hablar. Las palabras de Román resonaban en su mente como un eco incesante, plantando dudas, temores y una tentación peligrosa.

Al llegar a la imponente residencia de los Conrab, Clara salió del auto con un movimiento casi mecánico. Caminó sin prisa hacia la entrada, sintiendo el peso de la mirada de Analia sobre su espalda. Sabía que la estaban vigilando, que cualquier gesto fuera de lugar levantaría sospechas. No obstante, no tenía energía para disimular más de lo necesario; su mente estaba abrumada.

Subió las escaleras con pasos lentos, sus dedos rozando la barandilla de mármol, mientras sus pensamientos se arremolinaban sin descanso. Al entrar en su habitación, cerró la puerta tras de sí con un suave clic, como si quisiera aislarse del mundo exterior. Se dejó caer pesadamente sobre la cama, hundiendo su cuerpo en las sábanas de satén, y sus ojos se quedaron fijos en el techo. La opulencia de la habitación, con su decoración lujosa y sus detalles refinados, se desvanecía en su mente, eclipsada por la tormenta que la invadía.

Las palabras de Román volvían una y otra vez, como un mantra insidioso que se negaba a desvanecerse. "Clara Miller... eres la clave." Esa frase se repetía hasta el punto de volverla loca. ¿Qué quería realmente? ¿Qué esperaba de ella? Clara sabía que no podía subestimarlo; Román siempre había sido calculador, manipulador, un maestro en mover piezas en el tablero. Si había decidido contactar con ella, era porque tenía un plan, y ese plan la involucraba de una forma u otra. Lo peor era que, a pesar del odio que sentía por él, parte de ella estaba intrigada, curiosa por descubrir cuál era esa "última jugada" que Román tanto mencionaba.

Mientras miraba el techo, recordó las miradas de Heinst antes de salir del hospital. Había algo en sus ojos, una mezcla de preocupación y sospecha, que la había dejado intranquila. Clara sabía que Heinst la conocía mejor de lo que ella quisiera admitir, y si seguía ocultándole lo que ocurría, eventualmente él descubriría la verdad. Pero decirle significaba arriesgarlo, y eso era algo que no estaba dispuesta a hacer, al menos no todavía.

Se dio la vuelta en la cama, apretando los ojos con frustración. La tensión en su pecho crecía con cada segundo, cada pensamiento la acercaba más a la decisión que tarde o temprano tendría que tomar: ¿obedecer a Román y cumplir con sus demandas, o traicionarlo para proteger a Heinst? Ambas opciones implicaban peligros, y cualquier error podría costarle caro, tanto a ella como a las

personas que amaba.

El tic-tac del reloj en la pared marcaba el paso implacable del tiempo, recordándole que no podía quedarse allí para siempre, sumida en su indecisión. Sabía que eventualmente tendría que salir de esa habitación y enfrentar lo que se avecinaba. Pero en ese momento, mientras el techo seguía siendo su único testigo, Clara solo deseaba escapar de esa realidad, aunque fuera por un instante.

El peso de las decisiones la asfixiaba, pero no había escapatoria. Pronto, tendría que decidir si jugaba según las reglas de Román o si creaba sus propias estrategias, sabiendo que en este juego, no habría segundas oportunidades. Y mientras tanto, fuera de esa habitación, el mundo seguía girando, sin saber que dentro de esas paredes, se estaba librando una batalla silenciosa en la mente de Clara Miller, una batalla que definiría su destino y el de todos a su alrededor.

Traiciones Silenciosas

Analia estacionó el auto de Clara frente a la residencia Conrab con precisión y sin apuro. Desde el exterior, todo parecía un simple regreso después de una salida rutinaria, pero lo que estaba ocurriendo en el interior del vehículo era una operación meticulosamente planeada. Una vez que apagó el motor, Analia, con la experiencia de quien ha realizado este tipo de maniobras más veces de las que podría contar, se aseguró de que Clara hubiera ingresado en la residencia antes de actuar.

Con movimientos rápidos y precisos, sacó un diminuto dispositivo de rastreo del tamaño de un grano de arroz y lo deslizó debajo del asiento del conductor. Luego, verificó el abrigo de Clara, el cual había quedado en la parte trasera del auto. Aprovechando la ausencia de la mujer, ocultó un segundo rastreador en el dobladillo interno, asegurándose de que fuera indetectable. Pero su operación no terminó ahí. Sabía que Clara tenía un pequeño labial que llevaba a todos lados; un dispositivo similar al original fue cuidadosamente reemplazado por el que contenía un micrófono de alta precisión, capaz de captar conversaciones cercanas. La sustitución fue impecable, sin dejar rastros ni sospechas.

Una vez que todo estuvo en su lugar, Analia cerró el auto y se retiró con la misma discreción con la que había llegado. Caminó hasta la esquina más cercana y, tras mirar de reojo para asegurarse de que no había sido vista, tomó un taxi que la llevaría de regreso al hospital. Mientras el vehículo se deslizaba por la carretera, Analia sacó su teléfono y marcó un número familiar. Cuando la llamada fue atendida, no perdió tiempo en ir al grano.

—Señor, está hecho... su esposa está en la residencia. En cuanto al otro, ya está hecho, señor — informó con voz firme y profesional.

Al otro lado de la línea, Heinst escuchaba en silencio, asintiendo para sí mismo mientras la satisfacción se dibujaba en su rostro. Sabía que Analia no fallaría en su misión; su lealtad y eficacia eran incuestionables. Sin embargo, algo en él lo había llevado a tomar aquella decisión. No podía sacudirse la sensación de que Clara estaba ocultando algo, algo que él necesitaba descubrir antes de que fuera demasiado tarde.

Cortó la llamada sin necesidad de más palabras. Heinst había aprendido que, en este tipo de operaciones, la información era más valiosa que cualquier demostración de gratitud o reconocimiento. Con el teléfono aún en la mano, dirigió su atención hacia la pantalla que había habilitado especialmente para monitorear la actividad de los dispositivos instalados en Clara. Cada movimiento, cada conversación que ella tuviera mientras estuviera cerca de esos rastreadores, sería captado y transmitido directamente a él. Sabía que estaba cruzando una línea al espiar a su propia esposa, pero en su mundo, la seguridad y el control lo eran todo.

Desde la cama del hospital, Heinst observaba cómo los puntos en el mapa indicaban la ubicación exacta de Clara y su auto. En la esquina de la pantalla, un gráfico de sonido monitoreaba las frecuencias captadas por el micrófono del labial. No había actividad por el momento, solo el sonido ambiente de la residencia. Sin embargo, sabía que, tarde o temprano, Clara revelaría sus intenciones, y él estaría listo para actuar.

Mientras la tranquilidad aparente del hospital contrastaba con la tensión que crecía en su interior, Heinst se preguntaba si realmente quería descubrir la verdad. ¿Y si esa verdad lo obligaba a confrontar algo que no estaba preparado para enfrentar? Era un hombre acostumbrado a tener el control absoluto, pero la incertidumbre que Clara había traído a su vida comenzaba a desgastarlo.

A pesar de las dudas, su determinación no flaqueaba. Clara, a quien él había protegido y cuidado, ahora se había convertido en un misterio, y Heinst no dejaría nada al azar. Sabía que no podía permitirse ser vulnerable, no cuando había tantos enemigos acechando en las sombras, esperando cualquier señal de debilidad. Así que, mientras mantenía los ojos fijos en la pantalla, Heinst se preparó mentalmente para lo que pudiera venir. En su mundo, la traición no era algo inesperado, y si Clara estaba jugando un doble juego, él sería quien decidiría el desenlace.

El silencio en la habitación fue interrumpido por un leve pitido que indicaba que el micrófono había captado algo. Heinst se inclinó hacia la pantalla, atento a cada palabra que pudiera salir de la boca de Clara. Este era solo el comienzo de una partida en la que ambos jugaban con reglas no escritas, y el desenlace aún estaba lejos de definirse.

Clara recibió la ubicación en su teléfono mientras contemplaba su vida, una vida que una vez consideró perfecta y que ahora se había convertido en una maraña de incertidumbres y decisiones dolorosas. El mensaje provenía de Román, su verdadero padre, quien, a pesar de estar tras las rejas, seguía teniendo una influencia perturbadora en su vida. La dirección señalaba la correccional donde él estaba preso. La mera idea de encontrarse con él en ese lugar oscuro y sombrío hizo que un escalofrío recorriera su espalda, pero la curiosidad la superó. Necesitaba saber por qué Román insistía en verla, qué era tan importante como para llamarla de esa manera.

Clara se debatió unos minutos entre obedecer o simplemente ignorarlo. Sin embargo, con la mente

invadida por el caos que había sido su vida en los últimos meses, se dio cuenta de que ya no le quedaba nada que perder. Lo había perdido todo: su tranquilidad, la vida idílica que había construido con Heinst, y hasta la confianza en sí misma. ¿Qué más podría arrebatarle Román desde detrás de aquellas rejas? Con esa pregunta en mente, Clara tomó la decisión de ir. Encendió el motor de su auto y salió de la residencia Conrab sin mirar atrás. Con cada kilómetro que avanzaba hacia la correccional, su mente se llenaba de pensamientos contradictorios: un lado de ella quería enfrentar a Román, mientras que otro, más oscuro y vulnerable, temía lo que él pudiera pedirle.

Por su parte, Heinst, que había estado monitoreando a Clara con los dispositivos de rastreo, no podía creer lo que estaba viendo en la pantalla. El mapa mostraba la ubicación exacta hacia donde ella se dirigía, y sus ojos se abrieron con incredulidad cuando el nombre de la correccional apareció en la pantalla. ¿Qué hacía su esposa yendo a un lugar así? Peor aún, ¿por qué iba a visitar a Román, el hombre que había puesto en peligro tantas vidas, incluida la suya? La tensión se acumuló en su pecho mientras trataba de descifrar las razones detrás de esa visita inesperada. Heinst sabía que Clara había cambiado desde que todo este caos había comenzado, pero jamás pensó que llegaría a este punto. Con cada minuto que pasaba, el temor y la duda crecían dentro de él.

Un par de horas más tarde, Clara ya estaba sentada en la sala de visitas de la correccional, con las manos frías y entrelazadas sobre su regazo. Un vidrio la separaba del lugar donde pronto vería a Román, pero ese cristal no era suficiente para protegerla de las emociones que se agolpaban en su pecho. Los segundos se hicieron eternos hasta que la puerta de la correccional se abrió con un chirrido metálico. El sonido de pasos resonó en la sala vacía, y allí estaba él: Román, su verdadero padre, el hombre que había sembrado el terror en su vida.

Román entró con la misma arrogancia de siempre, con una sonrisa torcida en los labios que reflejaba la satisfacción de haber logrado que Clara acudiera a su llamado. Se acercó al vidrio con una calma perturbadora y se sentó frente a ella. A pesar de estar esposado, irradiaba una peligrosa confianza, como si aún tuviera el control de la situación, incluso desde detrás de aquellas paredes.

—Ya estoy aquí. ¿Qué deseas de mí? —preguntó Clara, esforzándose por mantener la voz firme, aunque por dentro temblaba. Sabía que estar frente a Román significaba enfrentarse no solo a un criminal, sino también a la parte más oscura de su pasado, esa que había tratado de enterrar durante tanto tiempo.

Román se inclinó ligeramente hacia el vidrio, su sonrisa se ensanchó aún más mientras la observaba con esos ojos fríos y calculadores. Para él, Clara era una pieza clave en su plan, una carta que jugaría en el momento exacto.

—No me malinterpretes, hija —dijo con voz suave, casi paternal—. No te he llamado para causarte daño. Al contrario, quiero ofrecerte algo. Algo que beneficiará tanto a ti como a tu querido esposo, Heinst.

Las palabras de Román resonaron en la cabeza de Clara. Mencionarlo a él, a Heinst, hizo que su corazón diera un vuelco. Sabía que cualquier cosa que Román quisiera de ella no traería nada bueno, pero también entendía que estaba atrapada. No podía simplemente levantarse y marcharse sin escuchar lo que él tenía que decir. Román tenía la habilidad de manipular las emociones de las personas, de encontrar sus puntos débiles y explotarlos. Y Clara, aunque intentara resistir, sentía que sus defensas se debilitaban con cada segundo que pasaba.

—¿Qué es lo que realmente quieres? —insistió Clara, clavando su mirada en la de él, tratando de demostrar que no iba a ceder sin luchar.

Román no respondió de inmediato. En cambio, se tomó un momento para observarla, como si estuviera evaluando cada gesto, cada micro expresión en su rostro. Luego, con una voz que destilaba veneno, finalmente habló.

—Quiero que juegues en mi equipo, Clara. Tú y yo podemos lograr grandes cosas juntos... pero para eso, necesito tu lealtad.

Clara sintió un escalofrío recorrer su espalda. Sabía que cualquier acuerdo con Román era un pacto con el diablo, pero también sabía que él no dejaría de presionarla hasta obtener lo que quería. En ese momento, se dio cuenta de que estaba atrapada entre dos mundos: el de Heinst, quien representaba una seguridad frágil, y el de Román, quien representaba un caos tentador. La decisión que tomara en ese instante no solo determinaría su futuro, sino también el de todos los que la rodeaban.

Mientras Román la observaba con esa sonrisa calculadora, Clara comprendió que estaba a punto de entrar en un juego peligroso del que tal vez no habría retorno.

Clara sintió cómo su corazón se encogía al oír las palabras de Román. La ira y la desesperación hervían en su interior, pero intentaba mantener la compostura. El reproche había salido de sus labios casi como un impulso, un reflejo del dolor acumulado durante años. Recordar a su hermana Cara, su única compañera durante la infancia, solo intensificaba la herida. Para ella, la idea de que sus vidas hubieran sido diferentes si tan solo hubieran sabido la verdad desde el principio era un pensamiento constante, una fantasía imposible de borrar.

Román, por su parte, no esperaba la intensidad de ese reproche. Por un momento, se vio desarmado. Levantó las manos hacia su cabeza, frotándose las sienes como si intentara borrar lo que acababa de escuchar. A pesar de su fachada de frialdad y control, había un resquicio de humanidad que titilaba brevemente en sus ojos. Pero rápidamente se desvaneció, reemplazado por la rabia y el resentimiento que siempre lo habían dominado.

—Ni siquiera sabía que estaban en camino —gruñó Román, su voz endureciéndose a medida que hablaba —Tu maldita madre decidió huir con ese desgraciado de Miller… ¡Ese hombre en quien confié, al que ayudé cuando más lo necesitaba! Y cómo me pagó… robándome lo más valioso, el amor de tu madre.

La mención de su madre golpeó a Clara como un puñetazo en el estómago. Para ella, su madre siempre había sido un modelo de rectitud, una mujer que encarnaba la bondad y la verdad. Pensar que aquella imagen pudiera ser una mentira la desmoronaba por dentro. Pero no podía, no quería, aceptar lo que Román estaba diciendo.

—¿Qué estás diciendo? —balbuceó Clara, sintiendo cómo su voz temblaba al intentar negar esa realidad —Mi madre era incapaz de engañar a nadie. ¡No podía hacerlo!

Román soltó una carcajada gélida, una risa llena de cinismo que resonó en la sala de visitas como un eco oscuro y perturbador.

—¿Incapaz de engañar? —repitió con burla, saboreando cada palabra —Pues parece que hasta a ti te engañó… Esa mujer a la que tanto idealizas era una criminal, igual que tu padre. Una delincuente astuta, hija mía.

El veneno en sus palabras hizo que Clara sintiera un nudo en la garganta. Apretó con fuerza su cartera, aferrándose a ella como si fuera un ancla en medio de una tormenta emocional. La rabia comenzó a crecer en su interior, una mezcla de dolor, impotencia y negación. La figura de su madre, una mujer que había adorado y admirado, ahora se tambaleaba, manchada por las acusaciones de Román.

—¡Cállate! —gritó Clara, dejando que su voz retumbara con furia en la habitación —¡Ya es suficiente de tus maldades! No me importa lo que pienses ni las mentiras que quieras inventar… Mi madre fue una mujer honorable, y no dejaré que mancilles su memoria con tu veneno.

La tensión en el aire era palpable. Román, sin embargo, no se inmutó ante el estallido de Clara. Observó a su hija con una mezcla de satisfacción y desdén, como si disfrutara del caos emocional que estaba sembrando en ella. Para él, era solo otro paso en su plan, un movimiento calculado para quebrar las convicciones de Clara y moldearla a su conveniencia.

Clara, por su parte, estaba al borde de sus límites. Cada palabra que Román soltaba era como una daga que se clavaba más y más profundo en su alma. Pero en lugar de permitir que el dolor la dominara, lo canalizó en una determinación aún más firme. No permitiría que Román destruyera la imagen de la única persona que había amado de manera incondicional. Aunque sabía que la verdad podía ser más compleja de lo que siempre creyó, se aferraba a la memoria de su madre con todas sus fuerzas, sin dejar que Román la corrompiera.

El silencio que siguió fue pesado y tenso. Ninguno de los dos estaba dispuesto a ceder. Román, con su sonrisa arrogante, y Clara, con la furia contenida en sus ojos, se miraban como si estuvieran en medio de un duelo. Pero en ese silencio, una cosa quedaba evidente, el vínculo entre padre e hija estaba marcado por heridas profundas y secretos oscuros que ninguno de los dos estaba dispuesto a olvidar.

Mientras Clara enfrentaba a su padre biológico, Heinst permanecía en la habitación del hospital, atento a cada palabra que salía de la boca de Román. Escuchaba el audio de la conversación entre su esposa y aquel hombre que había estado detrás de tantas sombras en su vida. Lo que Clara estaba descubriendo en ese momento no era un secreto solo para ella; Heinst también estaba al tanto, cada palabra revelando una verdad que desgarraba todo lo que había conocido hasta ese punto. El rostro de Heinst se endurecía con cada segundo que pasaba. La revelación sobre la madre de Clara y la red de engaños que Román había tejido durante años eran algo que Heinst no podía ignorar.

Decidido a intervenir antes de que algo peor ocurriera, Heinst comenzó a vestirse rápidamente. Sabía que no podía perder más tiempo. Mientras ajustaba su corbata y se colocaba la chaqueta, su mente trabajaba a toda velocidad, planeando el siguiente movimiento. Antes de salir, se aseguró de crear una figura en la cama con las almohadas y frazadas, un truco rudimentario para dar la impresión de que aún estaba dormido bajo las sábanas. La simulación era simple pero efectiva, suficiente para ganar unos minutos preciosos si alguien entraba en la habitación.

Con habilidad y discreción, Heinst se disfrazó de enfermero, utilizando una bata blanca y una gorra que cubría parcialmente su rostro. Sabía que el hospital estaba lleno de ojos vigilantes, pero confiaba en su capacidad para evadir la seguridad. Salió de la habitación sin ser detectado, manteniendo la cabeza baja y los pasos rápidos, dirigiéndose hacia el ascensor que lo llevaría al nivel inferior.

Mientras descendía en el ascensor, su mente seguía procesando lo que había escuchado. Román no

solo estaba jugando con Clara; había algo más oscuro y peligroso en marcha. Heinst tenía la sospecha de que ese encuentro no era casualidad, sino una pieza clave en un plan más amplio. Justo cuando las puertas del ascensor se cerraban, recibió un mensaje en su dispositivo oculto, una señal que lo hizo tensarse. El mensaje provenía de un informante anónimo que confirmaba sus temores, hombres armados estaban en camino hacia su piso, enviados por alguien dentro de su propio círculo de confianza.

Román, incluso desde su encierro, había logrado tejer una red de complicidades con alguien muy cercano a Heinst. Ese alguien no solo había traicionado su lealtad, sino que estaba dispuesto a llevar a cabo un atentado directo contra él. Los hombres, bien entrenados y decididos, se dirigían hacia la habitación del hospital con un objetivo claro: acabar con Heinst antes de que pudiera interferir en los planes de Román.

El ascensor llegó al vestíbulo, y Heinst salió rápidamente, caminando entre la gente sin levantar sospechas. A medida que se alejaba del hospital, no podía evitar sentir la presión del tiempo. Clara estaba en peligro, y él necesitaba llegar antes de que la situación se volviera irreparable. Sin embargo, no podía ignorar el hecho de que un enemigo invisible estaba más cerca de lo que había imaginado, y esa amenaza lo seguiría a donde fuera. Mientras el vehículo que lo esperaba arrancaba hacia la correccional, Heinst comprendía que estaba entrando en un juego en el que las reglas habían cambiado, y su único objetivo ahora era proteger a Clara y desentrañar la verdadera identidad de aquel traidor oculto.

El plan de Román estaba en marcha, y la red se estrechaba rápidamente. Mientras Clara y su padre intercambiaban verdades amargas, Heinst se preparaba para enfrentarse a un peligro más cercano de lo que nunca había anticipado. Los hilos del destino, ahora enredados en un conflicto de traiciones, secretos y lealtades cuestionadas, lo arrastraban hacia una confrontación inevitable. Y en el centro de todo, la verdad sobre la familia de Clara, esa verdad que Román había empezado a revelar, sería la chispa que encendería el desenlace final.

Clara había estado planeando lo que estaba a punto de hacer desde hacía días. El dolor y la traición la habían empujado a tomar una decisión que cambiaría su vida para siempre. Unir fuerzas con su propio padre, un criminal despiadado, para obtener la venganza que tanto anhelaba se había convertido en su objetivo principal. Ya no le importaba su reputación como hija de los Miller, ni el peso de las expectativas que había cargado toda su vida. Solo deseaba ver a Darién caer, pagar por el daño que le había hecho.

—Está bien... Te ayudaré, pero debes hacer algo por mí primero —dijo Clara, sintiendo que, con esas palabras, estaba a punto de vender su alma por la venganza.

Román soltó una carcajada profunda, una risa que resonaba en la fría sala de visitas de la correccional. Había esperado este momento por mucho tiempo. Ver a su hija finalmente aceptar su lugar en su mundo oscuro y lleno de corrupción le provocaba un retorcido orgullo. Para él, Clara solo estaba cumpliendo con su destino.

—La sangre de un criminal recorre tus venas, hija mía. Ahora dime, ¿qué quieres que haga? —preguntó Román, con una curiosidad que destilaba malicia.

Clara no tardó en responder. Con una expresión fría y decidida, sacó su celular y puso frente a Román una foto de Darién. Sus manos temblaban ligeramente, pero sus ojos reflejaban un odio tan

intenso que cualquier duda había sido borrada.

—Quiero que acabes con él... Y antes de matarlo, asegúrate de que sepa de quién es el mensaje. ¿Supongo que no es difícil para ti? —alegó Clara, con una voz que no dejaba lugar a interpretaciones. Sus ojos, enrojecidos por la furia y el dolor, brillaban con una intensidad que solo podía venir de un corazón destrozado.

Román observó la imagen durante unos segundos, sus labios torcidos en una sonrisa malévola. Para él, esto no era más que un simple trabajo. Clara acababa de cruzar la línea, entrando en un mundo del que no habría retorno. Para ella, este camino no era solo cuestión de venganza, sino también de dejar atrás la vida que alguna vez conoció. Cada traición y cada mentira habían construido en su interior una oscuridad que la estaba consumiendo.

Mientras tanto, Heinst, quien había estado escuchando la conversación a través del micrófono oculto, sintió que algo dentro de él se rompía. Frenó bruscamente en medio de la carretera, el sonido chirriante de los neumáticos resonando en el asfalto vacío. Aunque Clara no había dicho explícitamente a quién deseaba ver muerto, Heinst tenía una sospecha casi certera. La rabia y la impotencia se mezclaban en su pecho, haciéndolo sentir una desesperación que apenas podía contener.

Con un gesto brusco, arrancó los audífonos de sus oídos y, en un arrebato de frustración, golpeó el volante repetidamente. No podía creer lo que estaba escuchando. La mujer a la que amaba, la persona que había jurado proteger, estaba cayendo en un abismo del que temía no pudiera regresar. La idea de que Clara estuviera dispuesta a aliarse con Román, y peor aún, que estuviera dispuesta a vender su alma por un acto de venganza, lo llenaba de una mezcla de rabia y tristeza.

Heinst sabía que el tiempo corría en su contra. Cada segundo que pasaba, Clara se adentraba más en un camino oscuro y peligroso. Mientras aceleraba nuevamente, su mente trabajaba frenéticamente en un plan para detenerla antes de que fuera demasiado tarde. Sabía que cualquier intento de razonar con ella podría ser en vano, pero no podía quedarse de brazos cruzados mientras ella destruía todo lo que aún quedaba de su humanidad.

El viento frío del día cortaba el rostro de Heinst mientras conducía a toda velocidad. Sus pensamientos se mezclaban con el rugido del motor y el eco de las palabras de Clara, una voz cargada de odio y dolor que resonaba en su cabeza. Sabía que la batalla que estaba a punto de librar no era solo contra Román, sino también contra los demonios internos de Clara. Y en ese juego de lealtades rotas y decisiones fatales, el destino de ambos estaba más entrelazado que nunca.

Máscaras

—Está bien... tendrás noticias sobre tu pedido, hija mía. Luego de eso, tú deberás hacer algo por mí —dijo Román, levantándose de su asiento y retirándose con una sonrisa que apenas podía contener. Clara observó cómo se alejaba, sabiendo que acababa de cruzar una línea de la cual ya no había

retorno.

El corazón de Clara latía con fuerza mientras caminaba hacia su auto. A cada paso, el peso de su decisión se hacía más evidente. Había hecho un trato con el hombre al que debería odiar, pero el deseo de venganza era más fuerte que cualquier otra cosa en su vida en ese momento. Mientras avanzaba, sumida en sus pensamientos, un auto derrapó de repente delante de ella, bloqueando su camino. Clara se detuvo en seco, retrocediendo de manera instintiva al ver cómo el vehículo se estacionaba bruscamente.

La puerta del auto se abrió de golpe, y de él salió Heinst, con una expresión de furia que Clara nunca antes había visto. La tensión en el aire era palpable mientras él se acercaba a ella, sus pasos cargados de determinación.

—¿En qué estabas pensando para hacer un trato con un criminal? ¿Acaso te has vuelto loca? —gritó Heinst, su voz retumbando en el aire. Clara lo miró, sorprendida y furiosa a la vez. No esperaba verlo allí, mucho menos enfrentándola de esa manera.

—¿Cómo lo supiste? Espera... ¿Acaso me espiabas? —respondió Clara, su voz cargada de reproche y enojo. Pero antes de que pudiera seguir hablando, Heinst ya estaba parado frente a ella. Con un movimiento brusco, la tomó de los brazos y la atrajo hacia él. Su agarre era fuerte, casi doloroso, como si quisiera asegurarse de que no pudiera escapar de la realidad que él estaba a punto de imponerle.

Los ojos de Heinst estaban inyectados de ira, pero también había algo más en ellos. Detrás de ese enojo intenso, Clara pudo ver una mezcla de desesperación y miedo. Era como si estuviera luchando internamente, dividido entre su amor por ella y la impotencia de verla tomando un camino autodestructivo.

—Suéltame... Heinst, me lastimas —dijo Clara, su voz quebrándose por el dolor físico y emocional. Sentía cómo los dedos de Heinst se clavaban en su piel como alambres de púas, intensificando su angustia.

—No te voy a soltar... No antes de que me digas en qué estabas pensando. ¿Sabes que si te unes a él, tu vida acabará? —respondió Heinst con voz grave, sus palabras llenas de una mezcla de advertencia y súplica. Pero Clara no parecía dispuesta a escuchar. Ya no le importaba nada, ni siquiera su propia seguridad. La venganza había tomado el control absoluto de su corazón.

—Te dije que denunciaras a tu padre... ¿Y qué hiciste? Lo proteges. Pues ahora será a mi modo... acabaré con tu padre y con quien se interponga en mi camino —amenazó Clara, sus palabras llenas de un odio que parecía consumirla desde adentro. Heinst la miraba, incapaz de reconocer en ella a la mujer que amaba. Por un instante, sus ojos se llenaron de una ira tan intensa que Clara temió lo que pudiera hacer.

El rostro de Heinst se tensó, sus facciones endureciéndose como si estuviera frente a un enemigo mortal. Y aunque el impulso de golpearla cruzó su mente por un breve segundo, el amor que sentía por ella lo detuvo. Pero esa misma emoción lo hacía sufrir, porque comprendía que, en ese momento, ambos eran como dos fuerzas opuestas, condenadas a colisionar.

—No te das cuenta, Clara... Estás eligiendo el lado equivocado. Si sigues por este camino, no habrá vuelta atrás. Ni para ti ni para nosotros —dijo Heinst, soltándola finalmente, pero con la mirada fija en ella, tratando de encontrar algún rastro de la mujer que una vez conoció. Sin embargo, Clara solo lo miró con indiferencia. Para ella, el punto de no retorno ya había sido cruzado.

Sin más palabras, Clara se alejó de él, su decisión sellada. Heinst observó cómo se dirigía hacia su auto, sintiendo un dolor profundo en su pecho. Sabía que la guerra que se avecinaba no solo sería contra Román, sino también contra la mujer que amaba. Y, aunque esa verdad lo destrozaba, estaba decidido a luchar hasta el final, incluso si eso significaba enfrentarse a Clara y todo lo que ella representaba ahora.

Después de intentar sin éxito razonar con su esposa, Heinst sintió que la frustración y la preocupación se mezclaban en su pecho como una tormenta. Sabía que Clara estaba tomando decisiones que la llevarían por un camino oscuro, y eso lo empujaba a actuar de manera desesperada. Sin perder más tiempo, tomó su celular y marcó el número de su padre. Aunque sabía que Darién también tenía un pasado criminal disfrazado bajo la fachada de un empresario exitoso, no podía ignorar la necesidad de ponerlo sobre aviso. Había algo en el aire, un peligro inminente que podría afectarlos a todos.

—¿Dónde estás, padre? —preguntó Heinst tan pronto como Darién respondió la llamada. Su voz era firme, cargada de urgencia. Para Darién, el tono de su hijo no era usual. La preocupación comenzó a crecer en su mente. Heinst nunca sonaba tan alarmado, lo cual lo hizo inmediatamente ponerse en alerta.

—¿Qué ocurre? ¿Heinst, estás bien? —respondió Darién con una mezcla de incertidumbre y ansiedad. Aunque mantenía su voz controlada, no podía ocultar la inquietud que sentía.

—¿Dónde estás? Debemos hablar —insistió Heinst, cortando cualquier rodeo. La necesidad de una respuesta rápida lo llevaba a hablar con una frialdad inusual, una que no pasó desapercibida para Darién. Cada palabra de Heinst hacía que las alarmas internas de su padre se encendieran más.

—Estoy en la empresa... —comenzó a decir Darién, pero Heinst lo interrumpió con un tono imperioso.

—Espérame allí... No te muevas —ordenó Heinst antes de cortar la llamada sin darle tiempo a su padre de contestar. El silencio que quedó después de la llamada hizo eco en la oficina de Darién. Él se quedó mirando el teléfono, asombrado y preocupado. La urgencia en la voz de su hijo no era normal, y eso lo inquietaba más de lo que estaba dispuesto a admitir.

Darién sabía que Heinst debería estar en el hospital, recuperándose de una herida que casi le costó la vida. Sin embargo, la determinación con la que su hijo hablaba indicaba que algo grave estaba sucediendo, algo que lo había impulsado a salir a pesar de su estado. Mientras Darién se levantaba de su escritorio, su mente comenzó a correr con pensamientos sombríos. ¿Qué podría estar ocurriendo para que Heinst lo busque de esa manera? ¿Qué amenaza estaba acechando en las sombras?

Mientras tanto, Heinst conducía a toda velocidad hacia la empresa de su padre. La imagen de Clara, tan fría y determinada a seguir adelante con su trato con Román, no dejaba de repetirse en su mente. Sabía que lo que estaba por hacer no solo involucraba a su esposa, sino que también tenía implicaciones para su familia. El peligro que sentía era real, y su padre necesitaba estar al tanto. Aunque Darién era un hombre peligroso por naturaleza, Heinst no podía permitirse dejarlo a ciegas en medio de lo que se avecinaba.

El camino hacia la empresa se sentía interminable. Con cada kilómetro que recorría, Heinst se sumergía más en la decisión que había tomado: proteger a su familia, sin importar el costo. Si eso significaba enfrentarse a enemigos antiguos o incluso a su propia esposa, estaba dispuesto a hacerlo.

Había llegado el momento de tomar el control de la situación y enfrentarse al caos que se cernía sobre ellos. El reloj seguía avanzando, y el destino de todos pendía de un hilo, cada vez más tenso.

Al llegar al edificio de la empresa, Heinst sintió que la tensión se concentraba en su pecho como un nudo difícil de desatar. Darién ya lo estaba esperando, parado frente a su oficina con los ojos llenos de preguntas. Sin decir una palabra, Heinst avanzó hacia él, consciente de que las respuestas que ambos buscaban no serían fáciles de escuchar. La verdad que estaba por revelarse, y la acción que tendrían que tomar, marcarían el inicio de una batalla que ninguno de ellos esperaba enfrentar.

Darién observaba a su hijo con una mezcla de curiosidad y preocupación. Heinst se veía diferente: su mandíbula estaba rígida y su mirada, cargada de una ira profunda, reflejaba algo que Darién no lograba comprender del todo. No era común ver a Heinst tan perturbado, y mucho menos fuera del hospital cuando debería estar recuperándose. El ambiente se volvía más tenso con cada segundo que pasaba.

—Heinst, ¿qué sucede contigo? ¿Cuál es la urgencia como para abandonar el hospital y tu recuperación? —preguntó Darién, intentando mantener la calma mientras escrutaba a su hijo con atención. Pero en el fondo, la inquietud comenzaba a instalarse en su mente.

Heinst respiró hondo, intentando controlar la furia que hervía en su interior. Las imágenes de Clara aliándose con Román y el peligro inminente que se cernía sobre su familia lo atormentaban. Miró a su padre, tratando de encontrar las palabras adecuadas, pero lo único que emergió fue su creciente ira.

—Padre, tu vida está en peligro... —comenzó Heinst, pero antes de que pudiera terminar, Darién lo interrumpió con un gesto despreocupado.

—¿De qué hablas? ¿Quién me haría daño? —preguntó Darién con una sonrisa desdeñosa, casi burlona. La soberbia en su tono era evidente, como si se creyera intocable. No podía imaginar a nadie capaz de desafiarlo, mucho menos poner en riesgo su vida.

La reacción de su padre no hizo más que avivar la frustración de Heinst. ¿Cómo podía ser tan ciego ante la gravedad de la situación? Con los puños apretados y un brillo peligroso en los ojos, decidió no andarse con rodeos.

—Román... Él prometió acabar contigo por pedido de alguien más —soltó Heinst, directo y sin vacilar.

La mención de ese nombre fue suficiente para que la sonrisa de Darién desapareciera al instante. El rostro de su padre cambió abruptamente, pasando de la arrogancia a la preocupación en cuestión de segundos. Román no era un nombre que Darién tomara a la ligera, menos aún si venía acompañado de una amenaza tan directa.

—¿Román? —murmuró Darién, incrédulo. La mención de aquel hombre hizo que su postura confiada se tambaleara por un momento. Conocía bien a Román y su capacidad para cumplir sus promesas, especialmente las más oscuras. Sabía que, incluso encerrado, Román seguía siendo un peligro real.

Heinst observó cómo la expresión de su padre se volvía sombría. Aquella reacción era exactamente lo que esperaba. Sabía que mencionar a Román sería suficiente para hacer que su padre tomara en serio la advertencia. No había tiempo que perder.

—No es solo él, padre. Está actuando bajo las órdenes de alguien más... Alguien que ha estado esperando verte tras las rejas —agregó Heinst, buscando captar toda la atención de Darién. La gravedad en su voz dejaba claro que esto no era un simple aviso.

Darién, ahora completamente serio, se acercó a su hijo con la mirada fija, como si tratara de descifrar cada detalle de la situación. El silencio en la oficina se volvió denso, cargado de tensión. Por primera vez en mucho tiempo, Darién sintió que el control que siempre había mantenido comenzaba a desmoronarse.

—¿Quién está detrás de esto? —preguntó finalmente Darién, con un tono más bajo pero lleno de determinación. Su seguridad habitual había dado paso a una mezcla de precaución y desconfianza. Sabía que si Román estaba involucrado, esto no era una simple amenaza pasajera.

Heinst tragó saliva, consciente de que la verdad no sería fácil de digerir para su padre. Pero sabía que debía ser claro y directo. Su vida, y la de toda la familia, dependían de la información que estaban a punto de compartir.

—Clara... —susurró Heinst, casi como si le doliera admitirlo. Al escuchar el nombre de su nuera, Darién retrocedió un paso, incrédulo.

—Eso no puede ser... ¿Clara? —musitó Darién, tratando de procesar la información. La idea de que Clara, su nuera, estuviera detrás de un plan para acabar con él parecía absurda, pero al ver la determinación en los ojos de Heinst, comenzó a darse cuenta de que la amenaza era real.

Heinst asintió lentamente, con el peso de la realidad cayendo sobre ambos. Ya no había espacio para dudas ni suposiciones. Lo que estaba en juego no era solo el poder o la reputación, sino la vida misma. Y aunque Darién había navegado por mares de corrupción y peligros durante años, esta situación era diferente. Esta vez, el peligro venía de alguien a quien había considerado familia.

—No voy a dejar que esto suceda. Tienes que confiar en mí... Pero deberías entregarte antes que alguien venga a ajustar cuentas contigo—dijo Heinst con una convicción que no permitía réplica. El tiempo estaba en su contra, y ambos sabían que, si no actuaban rápido, Román cumpliría con su promesa.

Darién, aunque aún procesaba la traición, asintió lentamente. Sabía que no podía permitirse perder el control ahora. La batalla que se avecinaba sería brutal, y esta vez, la línea entre la familia y el enemigo se había desdibujado completamente.

Darién miraba a su hijo con una mezcla de furia y desconcierto. El ambiente en la sala se había vuelto opresivo, cargado de tensión. Las palabras de Heinst habían caído como una daga en medio de aquella confrontación familiar. La advertencia estaba clara, pero Darién no estaba dispuesto a ceder tan fácilmente.

—Heinst, ¿sabes que no me quedaré tan tranquilo al ver que tengo a mi enemigo bajo mi techo? —amenazó Darién con una voz fría y contenida. El control que solía ejercer sobre sus emociones comenzaba a resquebrajarse, revelando la cólera que bullía bajo su fachada.

Heinst, que hasta ese momento había estado observando el exterior a través del ventanal, endureció su mirada. El reflejo en el cristal mostraba un hombre en conflicto, dividido entre su lealtad familiar y el amor que sentía por su esposa. Sin girarse hacia su padre, su voz salió cargada de una determinación helada.

—No dejaré que le hagas daño... Recuerda que nadie puede tocarla. Es mi esposa —advirtió Heinst, enfatizando cada palabra con una resolución que no dejaba lugar a dudas.

Darién, visiblemente afectado, aflojó la corbata que llevaba, sintiendo cómo la tensión comenzaba a hacer mella en su cuerpo. La situación se estaba escapando de su control, y la idea de que su propio hijo se interpusiera entre él y lo que consideraba una amenaza era algo que no podía aceptar.

—¿Acaso en verdad la defenderás, aun sabiendo que ella amenaza mi vida? Heinst, soy tu padre —alegó Darién, con la esperanza de que esas palabras fueran suficientes para hacer reflexionar a su hijo. En su mente, confiaba en que el lazo de sangre prevalecería sobre cualquier sentimiento hacia Clara. Darién esperaba ver aunque fuera un destello de duda en los ojos de su hijo, una señal de que el amor que Heinst sentía por su esposa podría tambalearse frente a la responsabilidad filial.

Pero la respuesta de Heinst fue rápida y contundente, tan fría como el acero.

—Te advertí que nadie la tocaría. Y eso, padre, te incluye a ti. Si le pasa algo, juro que me olvidaré de que eres mi padre y haré que tu vida y tu organización criminal desaparezcan —amenazó Heinst, sus palabras cargadas de una furia contenida que dejó a Darién sin aliento. No había rastro de vacilación en su voz, solo una convicción que transformó la atmósfera en algo casi irrespirable.

Darién, sorprendido y enfurecido al mismo tiempo, se quedó sin palabras. Nunca había visto a su hijo hablarle de esa manera, y mucho menos amenazarlo con tal severidad. Era como si la figura autoritaria que siempre había sido se hubiera desmoronado en un instante, dejándolo vulnerable ante la determinación de Heinst. La relación de poder entre ellos había cambiado, y Darién lo supo en ese preciso momento.

Antes de que Darién pudiera responder, Heinst se giró y caminó hacia la puerta. Cada paso resonaba con un eco que parecía marcar un punto de no retorno en su relación. Darién sintió cómo la rabia y la impotencia se mezclaban en su interior, pero no encontró la fuerza para detener a su hijo.

Heinst salió de la habitación sin mirar atrás, dejando a su padre con las palabras atrapadas en la garganta. El silencio que siguió fue denso y sofocante, un reflejo de la grieta irreparable que se había abierto entre ambos. Darién permaneció de pie, sintiendo cómo su mundo se tambaleaba, consciente de que había perdido algo valioso: el control sobre su propio hijo. En su interior, una oscura premonición se asentaba; sabía que, a partir de ese momento, las cosas solo empeorarían.

Heinst salió de la oficina de su padre con pasos decididos, intentando disipar la tensión que lo seguía como una sombra. Aún resonaban en su mente las palabras que había intercambiado con Darién. Sabía que las cosas estaban en un punto crítico, y la sensación de urgencia lo acompañaba. Al llegar al ascensor, presionó el botón para descender a su auto y dirigirse a su trabajo, pero justo cuando las puertas comenzaban a cerrarse, una mano se interpuso, deteniéndolas.

Clara apareció con una caja en sus manos, entrando en el mismo ascensor. El choque visual entre ambos fue inevitable, aunque ninguno dijo una palabra. El aire se llenó de una tensión palpable, tan densa que parecía pesar sobre ellos. Heinst observó de reojo cómo Clara se posicionaba en un rincón, evitando cualquier contacto directo.

El silencio se apoderó del pequeño espacio, dejando únicamente el zumbido mecánico del ascensor como sonido de fondo. Heinst, con el ceño fruncido y un aire de resolución, metió la mano en el bolsillo de su pantalón para sacar su celular. Sin embargo, cambió de idea, retiró la mano y, en

cambio, presionó el botón de "stop" del ascensor, deteniendo el movimiento del mismo. Clara, quien había evitado mirar a su esposo hasta ese momento, no pudo evitar rodar los ojos al percatarse de las evidentes intenciones de Heinst.

—Clara, debemos hablar... No puedes hacerlo, no te lo permitiré —dijo Heinst con un tono grave, rompiendo finalmente el silencio.

Las palabras resonaron en el ascensor, pero no recibieron una respuesta inmediata. Clara se limitó a fijar la vista en la caja que llevaba, apretando los labios con evidente frustración. La tensión en el aire se hacía cada vez más insoportable.

—No lo hagas, Heinst... No pierdas tu tiempo en ello. Sabes que nada de lo que digas funcionará — replicó Clara con voz fría y cortante. Sus palabras destilaban una mezcla de determinación y dolor. La conversación que podría haber sido conciliatoria se transformó rápidamente en un duelo verbal donde cada frase era un intento de mantener el control sobre la situación.

Heinst apretó la mandíbula, conteniendo la frustración que comenzaba a brotar en su interior. Ver a Clara tan distante, tan cerrada, le dolía más de lo que estaba dispuesto a admitir. En ese instante, cualquier fachada de poder que hubiera construido se resquebrajaba frente a la realidad de que estaba perdiendo a la mujer que amaba.

—¿Es que realmente estás dispuesta a arriesgarlo todo, incluso tu vida, por esa venganza? — preguntó Heinst, con una mezcla de desesperación y rabia en la voz.

Clara finalmente levantó la mirada para encontrarse con los ojos de su esposo. Lo que vio en ellos era una mezcla de dolor, preocupación y, sobre todo, una insistencia que la irritaba profundamente. Ella sabía que Heinst intentaba protegerla, pero en su interior ya había tomado una decisión que nadie podía cambiar.

—Lo que decida hacer con mi vida es asunto mío, no tuyo. No te interpongas en mi camino, Heinst —respondió Clara, con una firmeza que dejó claro que no había espacio para la negociación.

El silencio volvió a dominar el ascensor, pero esta vez estaba cargado de una hostilidad contenida. Heinst sabía que estaba perdiendo la batalla, pero se negaba a rendirse. En su mente, buscar una solución era lo único que lo mantenía aferrado a la esperanza de que aún había algo que pudiera hacer para salvarla, para salvarlos a ambos.

Sin embargo, la realidad era implacable. El abismo entre ellos parecía hacerse más profundo con cada palabra, con cada decisión tomada. Heinst soltó un suspiro pesado y, finalmente, presionó el botón para reanudar el movimiento del ascensor. Clara volvió a apartar la mirada, fijándose en un punto invisible en la pared frente a ella.

Mientras el ascensor retomaba su trayecto, ambos se quedaron en silencio, conscientes de que las palabras que no dijeron pesaban tanto como las que sí. Al llegar a su destino, las puertas se abrieron y Clara salió sin siquiera mirar atrás. Heinst se quedó por un instante en el ascensor, observando cómo ella se alejaba, sintiendo que, con cada paso que daba, la distancia emocional entre ellos se volvía irremediable.

El Peligro Inminente

Mientras Heinst intentaba desesperadamente convencer a su amada esposa Clara de que abandonara su obsesión por acabar con su padre, el peligro se cernía sobre ellos, silencioso e implacable. Había tratado de apelar a su razón, a sus sentimientos, a cualquier cosa que pudiera disuadirla de embarcarse en un camino de venganza que, él estaba seguro, solo traería destrucción. Sin embargo, Clara se mantenía firme en su decisión, sus ojos llenos de una determinación que Heinst temía más que cualquier amenaza externa.

Mientras tanto, en el interior de una oficina, Darién, el padre de Heinst, sostenía su teléfono con una expresión que combinaba una fría determinación con una furia contenida. La conversación con su hijo había dejado una huella indeleble en su mente, una que no estaba dispuesto a ignorar. El orgullo y la necesidad de controlar todo lo que lo rodeaba se habían encendido en su interior como una llama voraz. No podía permitir que una amenaza tan cercana y peligrosa continuara existiendo, no cuando se trataba de la seguridad de su imperio y de su vida.

—Quiero que te prepares... Tengo un trabajo para ti —dijo Darién con voz firme a través de la línea telefónica. Del otro lado, el hombre que recibía la orden sabía que no había margen para el error. Darién nunca se andaba con rodeos, y cuando hablaba con ese tono, significaba que algo serio estaba en marcha.

El plan de Darién era simple en su brutalidad, eliminar el problema desde la raíz. Clara, la esposa de su hijo, se había convertido en un peligro que no podía permitirse dejar libre. Su cercanía con Heinst, sus intentos de subvertir su control, todo ello había convertido a Clara en un objetivo. Para Darién, el hecho de que su propio hijo estuviera implicado solo complicaba las cosas, pero no lo detenía. La familia y los negocios eran dos esferas que rara vez se mezclaban, y en este caso, estaba dispuesto a tomar medidas drásticas para asegurar que las dos no se entrelazaran peligrosamente.

Mientras Heinst seguía intentando convencer a Clara, ajeno al peligro inminente que se estaba gestando a sus espaldas, Darién ya había comenzado a mover las piezas de su mortal juego. Los preparativos estaban en marcha, y los hombres leales a él no tardarían en actuar. La vida de Clara pendía de un hilo, aunque ella, en su obstinación por vengarse, no se daba cuenta de que estaba en el ojo de una tormenta que amenazaba con destruirla.

Heinst, por su parte, no podía sacudirse la creciente sensación de que algo andaba mal. Aunque Clara se había mostrado inamovible en su decisión, algo en el ambiente había cambiado. Tal vez era la frialdad en las palabras de su padre durante su última conversación, o tal vez era la forma en que Clara evitaba mirarlo a los ojos. Lo que fuera, le pesaba en el pecho como una losa, una advertencia que no podía ignorar pero que no lograba descifrar por completo.

Mientras las horas pasaban, la tensión se hacía más palpable. Heinst no sabía que, en ese preciso momento, los hombres de Darién ya estaban en movimiento, acercándose a Clara sin que ella lo supiera. El peligro estaba a punto de alcanzarla, y el tiempo para evitarlo se agotaba rápidamente.

Darién, por su parte, colgó el teléfono con una expresión de satisfacción fría. Sabía que estaba tomando una decisión difícil, pero necesaria. Para él, mantener el control era primordial, y si para ello debía sacrificar algo tan valioso como la relación con su hijo, estaba dispuesto a hacerlo. En su mente, era un pequeño precio a pagar para asegurar la estabilidad de todo lo que había construido.

El viento de la tormenta que se avecinaba comenzaba a soplar con fuerza, y cada segundo que pasaba acercaba más a Clara al peligro. Heinst, sin saberlo, estaba luchando contra el tiempo, intentando salvar a una mujer que, sin darse cuenta, estaba a punto de enfrentarse al mayor peligro de su vida. La joven Miller estaba al borde de una catástrofe, y el desenlace, aunque inevitable, aún estaba por decidirse.

Al mismo tiempo, en el frío y sombrío reclusorio donde la ley y el orden apenas se sostenían sobre un frágil equilibrio de miedo y poder, el padre de Clara, Román, se encontraba lejos de estar quieto. Aunque estaba tras las rejas, no había perdido su astucia ni su capacidad para influir en el mundo exterior. Había un pedido que debía cumplir, uno que era demasiado importante para dejarlo de lado, incluso desde la prisión. Para él, cada decisión era un paso más hacia la realización de sus planes, un movimiento estratégico en el ajedrez oscuro que jugaba desde hacía años.

El almuerzo en el reclusorio era un momento cargado de tensión. Los reclusos de alto riesgo, hombres curtidos por años de violencia y crimen, entraban en el gran salón, sus ojos siempre en alerta, analizando cada rincón, cada movimiento. Era un lugar donde la muerte acechaba en las sombras, y la vida podía extinguirse con un solo error. En aquel entorno, nadie confiaba en nadie, y cada gesto, cada mirada, podía ser interpretado como una amenaza.

Román caminó hacia una mesa vacía con la misma calma que siempre había mostrado en los momentos más peligrosos de su vida. Su figura imponente destacaba entre los demás, no tanto por su estatura, sino por la presencia que irradiaba, una mezcla de autoridad y desprecio por el peligro. Los tatuajes en su piel eran cicatrices de batallas pasadas, de enfrentamientos en los que había salido victorioso, y su cuerpo era un recordatorio constante de que había enfrentado la muerte más de una vez y había salido ileso.

Al llegar a la mesa, Román se sentó con la misma tranquilidad con la que lo habría hecho en una oficina, ajeno al entorno hostil que lo rodeaba. Tomó una botella de agua y la colocó en medio de la mesa, a una distancia de él. Luego, se recostó en el asiento, cruzó los brazos sobre el pecho y aguardó. Sabía que en un lugar como aquel, un simple gesto como ese podía desatar una cadena de acontecimientos impredecibles.

Los ojos de los demás reclusos lo seguían de cerca. Algunos lo miraban con una mezcla de respeto y temor, otros con odio apenas contenido. Román lo sabía, y no le importaba. Él no temía a la muerte; la había desafiado tantas veces que casi la consideraba una vieja conocida. En ese momento, mientras el bullicio del comedor comenzaba a resonar, Román estaba concentrado en una sola cosa: esperar.

Sabía que en cualquier momento, alguno de esos criminales peligrosos se atrevería a sentarse a su lado. La pregunta no era quién, sino cuándo y con qué intención. Román tenía un pedido que

cumplir, y para él, cada segundo que pasaba era una oportunidad para mover sus piezas en el tablero. No había lugar para el error, y estaba dispuesto a hacer lo que fuera necesario para asegurarse de que su plan avanzara sin contratiempos.

El salón se llenaba lentamente de murmullos y el ruido de los cubiertos chocando contra las bandejas de metal. Pero en medio de ese caos, Román permanecía inmóvil, su mirada fija en la botella de agua, como si fuera el centro de su universo en ese instante. Los demás reclusos lo observaban con recelo, conscientes de que aquel hombre, aunque parecía tranquilo, era una bomba de tiempo que podía estallar en cualquier momento.

Finalmente, uno de los reclusos, un hombre corpulento y con un rostro marcado por cicatrices de múltiples peleas, se acercó a la mesa de Román. Sus pasos eran lentos, calculados, y su mirada estaba fija en Román. Cuando llegó a la mesa, se detuvo por un instante, como si estuviera considerando sus opciones. Luego, sin decir una palabra, se sentó frente a él, sus ojos intentando descifrar las intenciones de Román.

—¿Qué trabajos deseas imponer, Román? Han pasado años desde que nadie se atrevía a poner esta señal aquí adentro —dijo el hombre, su tono de voz revelando una mezcla de curiosidad e intriga. Aunque intentaba mostrarse seguro, no podía evitar la sensación de respeto que sentía hacia Román. Sabía que aquel hombre no era alguien común, que cada uno de sus movimientos estaba calculado, y que detrás de esa calma aparente había una mente peligrosa y astuta.

Román se inclinó ligeramente hacia adelante, sus ojos penetrantes fijos en los del hombre que tenía frente a él. No había prisa en sus movimientos, ni urgencia en sus palabras. Era un hombre que sabía que el poder no se demostraba con gritos o amenazas, sino con la capacidad de mantener el control en todo momento, incluso en un lugar tan hostil como aquel.

—No es cuestión de imponer, sino de recordar a todos quién realmente tiene el control aquí —respondió Román, su voz baja, pero llena de una autoridad que no necesitaba ser subrayada. Sus palabras cayeron como una losa en la mente del hombre, quien comprendió de inmediato que Román no estaba hablando solo para impresionar. Había una verdad cruda y peligrosa en lo que decía.

El hombre asintió lentamente, sus ojos bajando momentáneamente hacia la botella de agua en el centro de la mesa. Era consciente de que esa conversación estaba cargada de significados ocultos, de mensajes que solo aquellos que entendían la dinámica del poder podían captar. Y él sabía que Román, a pesar de estar encerrado, no había perdido ni un ápice de su influencia.

—Hace mucho tiempo que este lugar se ha olvidado de lo que significa la verdadera disciplina, el verdadero orden —continuó Román, su voz sonando casi melancólica, como si recordara una época en la que las cosas eran diferentes. Pero en su tono había algo más, una promesa de que ese orden estaba a punto de ser restaurado.

El hombre frente a él volvió a levantar la mirada, sus ojos ahora llenos de una mezcla de respeto y temor. Sabía que Román no era un hombre que hablara por hablar. Cada palabra que salía de su boca tenía un propósito, un objetivo claro. Y lo que estaba proponiendo no era solo un trabajo, sino el inicio de algo mucho más grande.

—Entonces, ¿qué es lo que necesitas que haga? —preguntó el hombre, con una mezcla de respeto y desafío en su tono. Sabía que lo que Román estaba por pedirle no sería fácil, pero también sabía que

cumplir con esa petición podría llevarlo a una posición de poder dentro del reclusorio.

Román sonrió levemente, una sonrisa que no alcanzó a sus ojos, y luego se recostó en su asiento, tomando finalmente la botella de agua que había dejado en el centro de la mesa. Dio un pequeño sorbo, dejando que el silencio se asentara una vez más entre ellos antes de responder.

—Lo que necesito es sencillo, pero crucial. Quiero que te asegures de que todos aquí dentro entiendan que hay un nuevo orden. Y para que lo entiendan, necesitamos un ejemplo —dijo Román deslizando una pequeña fotografía de Darién, su voz ahora en un susurro que, sin embargo, parecía llenar todo el salón.

El hombre asintió, entendiendo perfectamente lo que Román le estaba pidiendo. Era un mensaje para todos, una advertencia de que las cosas estaban cambiando y que Román, incluso tras las rejas, seguía siendo una fuerza con la que había que contar.

—Considéralo hecho —respondió el hombre, su tono de voz más firme ahora, aceptando la tarea que Román le había encomendado.

Román asintió con aprobación, sus ojos nunca apartándose de los del hombre frente a él. Sabía que había plantado la semilla del caos que necesitaba para cumplir con su pedido. Y mientras el hombre se levantaba de la mesa y se alejaba, Román volvió a recostarse en su asiento, su mente ya trabajando en los siguientes pasos de su plan.

El almuerzo en el reclusorio continuó, pero todos los que habían estado observando la interacción entre Román y el hombre sabían que algo había cambiado. El ambiente estaba cargado de tensión, como si una tormenta estuviera a punto de desatarse. Román, sin embargo, estaba tranquilo. Sabía que había puesto en marcha un engranaje que no se detendría hasta que sus objetivos se cumplieran. Y en el oscuro mundo de la prisión, eso significaba que más de una vida estaba a punto de cambiar para siempre.

El padre de Clara, Román, había estado maquinando en silencio, tejiendo cuidadosamente los hilos de su intrincado plan dentro del reclusorio. Los días pasaron con una calma tensa, mientras los reclusos, siguiendo instrucciones precisas, comenzaban a preparar el terreno para lo que sería un golpe contundente, una demostración de poder que resonaría por todo el lugar.

El ambiente en el reclusorio era sombrío, con una sensación de peligro inminente que se arrastraba en los pasillos. Los guardias, siempre atentos, comenzaban a notar pequeños cambios, gestos entre los reclusos que no parecían coincidir con la rutina habitual. Pero fue solo cuando las tazas de metal comenzaron a golpear las rejas que la verdadera magnitud de lo que estaba sucediendo se hizo evidente.

Cada golpe resonaba con un eco aterrador, multiplicado por cientos de celdas, creando un estruendo ensordecedor que se extendía como una onda expansiva. Los guardias, sorprendidos y perturbados por aquel ruido sincronizado, se miraban entre sí, sin saber cómo reaccionar. Era un sonido que hablaba de rebelión, de una fuerza latente que estaba despertando en las entrañas de la prisión.

Mientras tanto, en una de las celdas más oscuras y alejadas, Román estaba recostado en su cama, disfrutando de la perturbación que había causado. La luz que entraba por la pequeña ventana de la celda apenas iluminaba su rostro, pero la sonrisa que se dibujaba en sus labios era inconfundible. Sabía que todo estaba marchando según sus planes, y la sensación de control absoluto lo llenaba de

satisfacción.

Los otros reclusos lo miraban con respeto y temor. Para ellos, Román no era simplemente un hombre; era una leyenda viviente, un ser casi mitológico cuyo poder trascendía las rejas y muros del reclusorio. Había ganado su apodo, "El demonio", no solo por sus actos de crueldad, sino por la frialdad con la que ejecutaba sus planes, sin un atisbo de duda o remordimiento.

Los rumores de su despiadada naturaleza corrían como un río entre los pasillos del reclusorio. Cuentos sobre cómo había torturado a aquellos que se atrevían a cruzarse en su camino, cómo había manipulado y destruido vidas sin pestañear, solo para asegurar su lugar en la cúspide del poder. Había llegado al punto en el que nadie en ese lugar cuestionaba su autoridad; incluso los guardias, que tenían la responsabilidad de mantener el orden, lo temían.

Para Román, el reclusorio no era un castigo, sino un terreno fértil para cultivar su influencia. No importaba cuántas veces hubiera entrado o salido de allí, siempre lograba volver a su trono, reclamando su lugar como el rey indiscutible del infierno en el que vivía. Cada entrada y salida eran solo capítulos en una historia mucho más grande, una historia de poder, venganza y dominación.

Los guardias finalmente reaccionaron, intentando restaurar el orden, pero sabían que no sería fácil. El ruido de las tazas seguía retumbando, y con cada golpe, la figura de Román se hacía más presente en sus mentes. Mientras ellos corrían de un lado a otro, tratando de contener la situación, Román permanecía tranquilo, disfrutando de su victoria silenciosa.

Él había movido su pieza en el tablero, y ahora solo quedaba esperar a que los demás hicieran sus movimientos. Sabía que tenía el control, que había plantado el miedo en los corazones de todos los que lo rodeaban. Y mientras su sonrisa se ensanchaba en la oscuridad de su celda, quedó claro que, una vez más, Román había demostrado por qué era conocido como "El demonio".

Nadie podía detenerlo, y nadie se atrevía a desafiarlo. Y así, mientras el ruido de las tazas golpeando las rejas continuaba, el reclusorio entero se sumergía en una atmósfera cargada de tensión, sabiendo que estaban bajo el reinado de un hombre que no conocía la misericordia.

Mientras Román consolidaba su posición como el único líder indiscutible en el reclusorio, imponiendo su autoridad sobre miles de criminales, un hombre al que había encomendado una tarea crucial se preparaba para llevar a cabo el plan que sellaría el destino de la familia Conrab. Este hombre, de aspecto sombrío y determinación férrea, había recibido un mensaje claro, debía eliminar a Darién y enviar un contundente aviso a cualquiera que osara desafiar la autoridad de Román.

El motor de su motocicleta rugía con un sonido profundo y amenazante mientras se dirigía a la residencia de los Conrab. El hombre, cubierto de pies a cabeza en un traje oscuro, con un casco que ocultaba su rostro, se movía con una precisión casi militar. Cada detalle del plan estaba grabado en su mente; no habría margen de error.

Al llegar a la residencia, se estacionó en una sombra, un lugar estratégico desde donde podía observar sin ser visto. La lujosa mansión de los Conrab se alzaba imponente frente a él, con su arquitectura elegante y sus jardines meticulosamente cuidados. Sin embargo, para el hombre en la motocicleta, todo aquello no era más que el telón de fondo de su misión.

Sus ojos, fríos y calculadores, escudriñaban cada rincón, buscando a su objetivo principal, Darién. Sin embargo, en lugar de Darién, su atención fue capturada por una figura que emergía de la

residencia. Era una mujer, elegante y segura de sí misma, que caminaba con la gracia de alguien que está acostumbrado a ser el centro de atención. Clara Miller, la esposa de Heinst, se dirigía hacia su auto con un aire de determinación en su porte.

El hombre en la motocicleta la observó detenidamente, sabiendo que Clara también estaba en la mira de Román. Aunque su objetivo inmediato era Darién, su misión no estaría completa sin entregarle a Clara el mensaje mortal que Román había ideado. El destino de Darién y Clara estaba entrelazado en un plan siniestro, y el hombre en la motocicleta era el brazo ejecutor de esa voluntad despiadada.

Clara se acercó a su auto, ajena a la amenaza que la acechaba. Para ella, era solo otro día en medio de la tormenta que envolvía su vida, sin saber que un peligro letal estaba a punto de desatarse. El hombre ajustó su postura, listo para actuar en cualquier momento. Sabía que su misión era crítica y que cualquier error podría costarle caro.

El viento soplaba suavemente, moviendo las hojas de los árboles, mientras el hombre mantenía la mirada fija en Clara. Cada movimiento suyo era calculado; cada segundo que pasaba, su determinación crecía. Las palabras de Román resonaban en su mente, recordándole que el fracaso no era una opción.

Clara entró en su auto y arrancó el motor, sin saber que estaba siendo vigilada. El hombre en la motocicleta permaneció inmóvil, esperando el momento exacto para actuar. Sabía que después de acabar con Darién, debía cumplir con la segunda parte del plan: entregar el mensaje a Clara. Era un mensaje que no necesitaba palabras, solo acciones.

El hombre en la motocicleta se preparó para seguirla. Sabía que este era solo el comienzo de una cacería que no terminaría hasta que se cumpliera cada uno de los deseos de Román. Clara y la familia Conrab estaban atrapados en una red de venganza que se había tejido mucho antes de que ellos siquiera supieran que existía.

Mientras Clara se alejaba en su auto, el hombre encendió su motocicleta y comenzó a seguirla a una distancia prudente, manteniéndose siempre en las sombras. Sabía que su tiempo era limitado, pero también sabía que la paciencia era clave. Cada kilómetro que recorría lo acercaba más a su objetivo, a cumplir con la voluntad de Román.

El destino de Clara y Darién estaba sellado, y el hombre en la motocicleta era el instrumento de esa inevitable tragedia. Sin embargo, en su mente, no había lugar para el remordimiento o la duda. Solo había un objetivo claro: cumplir la misión y demostrar que nadie, ni siquiera la poderosa familia Conrab, podía escapar de la sombra de Román.

Pero no solo la vida de Darién estaba en peligro; también la vida de Clara se encontraba en la mira de otro hombre, uno contratado por el mismo Darién para silenciarla definitivamente. Clara, ajena a la amenaza que la acechaba por ambos lados, continuaba con su vida sin saber que dos hombres oscuros y peligrosos la seguían de cerca, con intenciones mortales. Su existencia pendía de un hilo, una fina línea trazada por la mano de su suegro, que había decidido que su vida debía terminar para proteger sus propios intereses.

Estos dos hombres, cada uno con un objetivo claro y mortal, mantenían una vigilancia constante sobre ella, aguardando el momento perfecto para llevar a cabo sus encargos. Eran depredadores al acecho, siguiendo cada uno de los movimientos de Clara con precisión y paciencia, conscientes de

que la más mínima señal de debilidad podría poner en riesgo sus misiones. La tensión se acumulaba en el aire, creando una atmósfera cargada de peligro inminente.

Clara, completamente ajena a la amenaza, seguía con su rutina diaria, sin imaginar que su vida pronto podría cambiar de manera drástica y trágica. Se movía con gracia y confianza, como siempre, pero en las sombras, aquellos hombres seguían cada uno de sus pasos, observando, esperando. Sabían que no podían permitirse fallar; la vida de Clara era solo un obstáculo más en su camino, una pieza más en el juego de poder que se estaba desarrollando entre Darién y Román.

La oportunidad perfecta se presentó una noche, cuando la familia Conrab fue invitada a una cena con socios de negocios. Era una reunión de alta sociedad, donde las apariencias lo eran todo, y donde Clara, como esposa de Heinst, debía mostrarse perfecta y segura. Sin embargo, detrás de la fachada de elegancia y cordialidad, acechaba el peligro. Los dos hombres, cada uno con sus propios motivos y lealtades, se mantuvieron cerca, atentos a cada movimiento que hacía Clara.

La cena se llevó a cabo en una mansión imponente, un lugar que exudaba riqueza y poder. Los invitados, ataviados con sus mejores trajes y vestidos, conversaban animadamente, brindando por futuros negocios y alianzas. Clara, con su vestido negro elegante, caminaba al lado de su esposo, irradiando la misma confianza que siempre la había caracterizado. Pero en las sombras, los ojos de los asesinos estaban fijos en ella.

Uno de los hombres, el contratado por Darién, se movía con sigilo entre la multitud, buscando el momento en que Clara quedara sola, vulnerable. Sabía que no podía actuar precipitadamente; necesitaba el momento perfecto, un instante de debilidad en el que pudiera acercarse y ejecutar la orden que le habían dado. Para él, Clara no era más que un objetivo, una tarea que debía cumplir sin cuestionamientos.

El otro hombre, el enviado por Román, también vigilaba de cerca. Sabía que su misión no era solo eliminar a Darién, sino también enviar un mensaje claro y contundente a través de la muerte de Clara. Ella representaba una pieza clave en el tablero de Román, y su vida debía ser tomada como una advertencia a todos los que se atrevían a desafiar su poder. Estaba decidido a cumplir su misión, sin importar los riesgos.

La tensión en la sala era palpable para aquellos que sabían lo que estaba por suceder. Clara, sin embargo, continuaba conversando con los otros invitados, completamente ajena a la tormenta que se cernía sobre ella. La sonrisa en su rostro era un contraste irónico con la amenaza mortal que la rodeaba.

A medida que avanzaba la noche, los dos hombres se movían en perfecta sincronización, sin saber que compartían el mismo objetivo, uno debía acabar a Darién Conrab, mientras que el otro debía acabar con la vida de Clara. Ambos aguardaban el momento en que la multitud se dispersara, cuando Clara se separara de su esposo, o cuando un descuido les diera la oportunidad de actuar. Cada segundo que pasaba los acercaba más al desenlace inevitable.

Finalmente, cuando la cena estaba por terminar y los invitados comenzaban a despedirse, uno de los hombres vio su oportunidad. Clara, quien se había alejado momentáneamente para tomar aire fresco en el jardín, estaba sola. El hombre contratado por Darién se acercó con paso decidido, sabiendo que tenía que actuar rápido y con precisión.

Al mismo tiempo, el asesino enviado por Román también se preparaba para moverse. Ambos

hombres, sin saber del otro, se dirigieron hacia Clara, sus miradas fijas en su objetivo. Pero justo en ese instante, Clara volvió a la sala, ajena a la muerte que la acechaba. Los hombres se detuvieron, sus oportunidades momentáneamente perdidas, pero no desanimados. Sabían que otra ocasión se presentaría pronto, y cuando lo hiciera, estarían listos para actuar.

Clara, sin saberlo, estaba viviendo un juego peligroso, con su vida en la balanza. Los dos hombres que la seguían tenían sus órdenes claras, y aunque aquella noche no habían logrado su cometido, estaban decididos a no descansar hasta que Clara cayera, víctima de las decisiones y traiciones de aquellos que la rodeaban.

El hombre enviado por Darién para matar a Clara ya se encontraba frente a ella, apuntándole con un arma. La oscuridad de la noche, combinada con la visera que el asesino llevaba puesta, hacía imposible distinguir claramente su rostro. La sombra que cubría su figura lo hacía parecer aún más amenazante, una presencia mortal que había surgido de las tinieblas con un único propósito. Clara, con el corazón latiéndole en el pecho, trataba de mantener la calma, aunque la frialdad del cañón del arma apuntando directamente a ella era difícil de ignorar.

—¿Quién eres? —preguntó Clara, su voz firme, aunque en su interior la incertidumbre y el miedo luchaban por prevalecer.

El hombre no se inmutó. Sostenía el arma con una firmeza que solo se adquiere con la experiencia, y su voz, ronca y carente de emoción, resonó en el aire nocturno como un eco distante de algo mucho más oscuro.

—Quién soy no debería importarte... Esto es solo un pedido de un cliente —respondió el hombre, dejando claro que no había espacio para la negociación ni para el arrepentimiento. Su misión era clara, y no tenía intención de fallar.

Mientras tanto, en el interior del elegante recinto donde se llevaba a cabo la cena, Darién también enfrentaba su propio peligro. En el baño de hombres, un joven encapuchado lo había acorralado, y Darién, siempre tan seguro de sí mismo, se encontraba en una situación inesperada y peligrosa. Con las manos en alto en un intento de desactivar la tensión, trataba de entender quién era el joven que lo amenazaba y por qué.

—¿Sabes quién soy, chico? ¿Quién te envió? —preguntó Darién, intentando utilizar su influencia y poder para intimidar a su agresor. Sin embargo, el joven no se dejó amedrentar. Su capucha ocultaba su rostro, pero la leve sonrisa que se dibujaba en sus labios era visible, una mueca de determinación que revelaba que estaba dispuesto a llevar a cabo su misión sin importar las consecuencias.

Mientras todo esto sucedía, Heinst, que se dirigía al jardín donde sabía que su esposa Clara se encontraba, comenzó a sentir una profunda preocupación al percibir que algo no andaba bien. Sus instintos, siempre agudos, le advirtieron del peligro inminente. Apresuró el paso, y pronto su preocupación se transformó en una urgencia desesperada cuando divisó a su esposa en la mira de un hombre armado.

Sin pensarlo dos veces, Heinst corrió hacia el hombre con toda la velocidad que su cuerpo le permitía, con la esperanza de llegar a tiempo. Sabía que cada segundo contaba, que un solo instante de retraso podía significar la muerte de Clara. El sonido del aire silbando en sus oídos era ensordecedor, pero nada lo distrajo de su objetivo: salvar a la mujer que amaba.

Justo cuando el hombre estaba a punto de apretar el gatillo, Heinst se lanzó sobre él con toda su fuerza, desestabilizándolo en el último segundo antes de que la bala pudiera salir del cañón del arma y alcanzar a Clara. El impacto de sus cuerpos al chocar fue brutal, y ambos cayeron al suelo enredados en una lucha desesperada. El arma se deslizó de las manos del asesino y golpeó el pavimento, emitiendo un sonido metálico que resonó en el jardín.

Mientras Heinst luchaba por someter al hombre, un segundo disparo se escuchó desde el interior del lugar. El sonido reverberó por las paredes del recinto, llenando el aire con una tensión palpable. Heinst, con el corazón en la garganta, se dio cuenta de que algo terrible había sucedido dentro, pero en ese momento no podía hacer nada al respecto. Toda su atención estaba concentrada en el hombre que intentaba acabar con la vida de Clara.

Finalmente, después de una intensa y agotadora lucha, Heinst logró someter al asesino. Con una habilidad que había adquirido a lo largo de años de entrenamiento, inmovilizó al hombre y lo dejó completamente incapacitado. Con el enemigo neutralizado, Heinst lo arrastró hacia un lugar seguro, su mente ya calculando los próximos pasos. Sabía que debía mandar al hombre directamente al Comando de Inteligencia de Operaciones (C.I.O), donde sería interrogado y se averiguaría quién estaba detrás del intento de asesinato.

Pero a pesar de haber salvado a Clara en el último segundo, el eco del disparo en el interior del lugar seguía resonando en su mente. Sabía que la situación no había terminado, que algo más estaba ocurriendo, algo que podría tener consecuencias devastadoras. Mientras el hombre que había amenazado la vida de Clara era llevado al C.I.O, Heinst no pudo evitar sentir una inquietud creciente, una premonición de que los eventos de esa noche eran solo el comienzo de algo mucho más grande y peligroso.

Revelaciones Oscuras

Heinst se acercó a Clara con rapidez, la preocupación marcando cada rasgo de su rostro. Al llegar junto a ella, la miró con una intensidad que parecía atravesarla.

—¿Estás bien? —preguntó, su voz temblando ligeramente, reflejando el temor que había sentido al verla en peligro.

Clara lo observó en silencio, sus ojos aún reflejaban el shock de los acontecimientos recientes. Finalmente, asintió con un gesto delicado, sin decir palabra, pero dejando claro que, al menos físicamente, estaba bien.

Sin dudarlo, Heinst la atrajo hacia él, rodeándola con sus brazos en un abrazo firme, casi desesperado. La calidez de su cuerpo contrastaba con la frialdad que Clara solía mantener a su alrededor, y poco a poco, la barrera que ella había erigido comenzó a desmoronarse. Al principio, sus manos permanecieron suspendidas, como si dudara en corresponder ese abrazo, pero lentamente, con una mezcla de vacilación y necesidad, las apoyó en la espalda de Heinst, devolviéndole el gesto.

Heinst, sintiendo la leve presión de las manos de Clara, la estrechó aún más fuerte contra su pecho.

La intensidad de ese abrazo llevaba consigo un sinfín de emociones contenidas, de palabras no dichas, de miedos reprimidos.

—No me perdonaría si algo te sucede... —susurró Heinst, su voz cargada de una sinceridad cruda que rara vez dejaba ver —Te amo, Clara.

Clara escuchó esas palabras y sintió cómo resonaban en su interior, derrumbando cualquier resistencia que pudiera quedarle. Cerró los ojos, permitiéndose por primera vez en mucho tiempo simplemente sentir, dejando que las emociones la invadieran mientras se dejaba abrazar por su esposo, aferrándose a él como si fuera lo único que la mantenía en pie. En ese momento, el mundo exterior dejó de existir para ellos, y solo quedaron dos corazones latiendo al unísono, en un silencio lleno de comprensión y amor.

Lucas corría hacia ellos con el corazón en la garganta, sus pasos rápidos resonando en el pasillo. Cuando llegó al lugar donde Heinst y Clara se encontraban abrazados, se detuvo por un instante, dudando si debía interrumpir aquel momento que claramente era importante para ambos. Sin embargo, la urgencia en su interior no le permitió quedarse en silencio.

—Heinst... Lo siento, pero tu padre... debes ver por ti mismo, amigo —dijo Lucas con una voz cargada de preocupación.

Heinst y Clara lo miraron con atención, tratando de descifrar el significado detrás de sus palabras. La joven Miller, aún envuelta en el abrazo de su esposo, no podía prever que aquel momento de conexión estaba a punto de romperse. La tensión en el aire era palpable, y aunque Clara no comprendía del todo lo que estaba ocurriendo, el tono en la voz de Lucas le hizo sentir una punzada de temor.

Sin perder más tiempo, los tres se apresuraron a dirigirse al sanitario de hombres, guiados por una sensación de urgencia que les quemaba por dentro. Heinst iba al frente, con el corazón latiendo con fuerza, mientras que Clara lo seguía de cerca, sus pensamientos una maraña de incertidumbre.

Al entrar al sanitario, la escena que se desplegó ante sus ojos fue más impactante de lo que cualquiera de ellos había imaginado. Darién, el temido y poderoso padre de Heinst, yacía tirado en el duro y frío piso, rodeado por un charco de sangre que se extendía a su alrededor. La imagen era devastadora, una visión que hizo que Clara abriera los ojos lo más posible, incapaz de procesar de inmediato lo que estaba viendo.

Heinst, por su parte, quedó petrificado por un segundo, su mente luchando por aceptar la realidad que tenía ante sí. No había esperado encontrar a su padre en ese estado, y la sorpresa se mezcló rápidamente con una desesperación abrumadora.

—¡Llamen a un médico!... ¡Apresúrense! —gritó Heinst con un tono de voz que rozaba el pánico.

En ese momento, no había espacio para el rencor, el resentimiento o cualquier otro sentimiento que no fuera la urgente necesidad de salvar la vida de su padre. Todo lo demás desapareció, quedando solo la determinación de hacer lo que fuera necesario para intentar revertir aquella tragedia.

Heinst se arrodilló junto a Darién, sus manos temblorosas intentando encontrar un pulso, cualquier señal de vida. Clara se quedó a su lado, observando en silencio, con el estómago revuelto por la escena que se desarrollaba ante sus ojos. Sabía que la relación entre Heinst y su padre siempre había sido complicada, pero nunca había imaginado que se verían en una situación como esta.

Mientras los segundos pasaban y el tiempo parecía estirarse, la tensión en el pequeño cuarto se hizo insoportable. Lucas, aún en la puerta, vigilaba la escena con una mezcla de tristeza e impotencia. Sabía que, aunque llamaran a un médico, podría ser demasiado tarde, pero no se atrevía a decirlo en voz alta. Este era un momento que cambiaría sus vidas para siempre.

Pronto, los paramédicos irrumpieron en el lugar, cargados con sus equipos de emergencia, sus movimientos rápidos y precisos mientras se apresuraban a atender a Darién. La atmósfera en el sanitario se volvió aún más tensa, y el sonido de sus voces y el zumbido de los dispositivos médicos llenaron el espacio. La presencia de aquellos profesionales era una mezcla de esperanza y desesperación, pues aunque estaban allí para salvar vidas, el estado de Darién hacía que la incertidumbre creciera.

Heinst y Clara se mantenían a un lado, ambos profundamente afectados por lo que estaba ocurriendo. Heinst, con el rostro pálido y los puños apretados, no podía apartar la vista de su padre. Había en su expresión una mezcla de asombro y terror, como si todavía no pudiera aceptar que ese hombre fuerte y poderoso, que siempre había sido una figura casi invencible en su vida, ahora yaciera en el suelo, indefenso y vulnerable. Su mente estaba inundada por un torbellino de emociones contradictorias; la relación complicada que había tenido con su padre no le impedía sentir el miedo que trae la posibilidad de perderlo.

Clara, a su lado, se encontraba igualmente conmocionada. Sus ojos, llenos de una mezcla de incredulidad y temor, observaban la escena como si fuera parte de una pesadilla de la que no podía despertar. La imagen de Darién, un hombre que había influido tanto en su vida y en la de Heinst, en ese estado era algo que jamás podría haber imaginado. Ella sentía cómo el peso de la situación la aplastaba, su corazón latiendo con fuerza mientras trataba de mantener la compostura.

A su alrededor, los paramédicos trabajaban con eficiencia, conectando monitores y aplicando maniobras para estabilizar a Darién. Pero cada segundo que pasaba, la gravedad de la situación se hacía más evidente. La sangre que manchaba el suelo era un recordatorio de la fragilidad de la vida, y el temor de que el esfuerzo de los paramédicos fuera en vano comenzaba a infiltrarse en la mente de Heinst.

Lucas, que había permanecido cerca de la entrada del sanitario, también observaba con una expresión sombría. Aunque intentaba ser fuerte por su amigo, la tensión en el aire lo afectaba. Sabía que este momento quedaría grabado en la memoria de todos los presentes, un punto de inflexión que podría cambiar para siempre la vida de Heinst, Clara y todo lo que conocían.

Finalmente, uno de los paramédicos levantó la mirada hacia Heinst y Clara, sus ojos reflejando una verdad que no necesitaba ser pronunciada. Heinst dio un paso adelante, su cuerpo tenso, esperando el veredicto. Pero antes de que el paramédico pudiera hablar, la realidad ya había golpeado con fuerza, Darién no respondía, y la posibilidad de que sobreviviera se desvanecía rápidamente.

El silencio que siguió fue casi ensordecedor. Heinst sintió que todo su mundo se tambaleaba, una mezcla de dolor y desesperación apoderándose de él. Clara, incapaz de soportar la intensidad de la situación, tomó la mano de su esposo en un gesto de apoyo, sabiendo que, aunque las palabras no podrían consolarlo en ese momento, su presencia era lo único que podía ofrecerle.

A pesar de todos los esfuerzos, la vida de Darién parecía estar escapándose. Los paramédicos continuaban trabajando, pero el tiempo no estaba de su lado. Y mientras la escena se desarrollaba,

Heinst y Clara se dieron cuenta de que estaban presenciando el fin de una era, un momento que marcaría el comienzo de un nuevo y doloroso capítulo en sus vidas.

—Lo siento, señor... Pero hemos perdido al paciente —dijo el paramédico, su voz pesada con la carga de la noticia que acababa de transmitir. Para Heinst, aquellas palabras resonaron como un eco interminable en su mente, cada sílaba atravesando su corazón con la fuerza de un golpe mortal. En ese instante, sintió que el suelo bajo sus pies se tambaleaba, como si el mundo entero hubiera perdido su estabilidad. Sus piernas, antes firmes, ahora parecían incapaces de sostener su peso, y se tambaleó ligeramente, buscando algo a lo que aferrarse.

El aire en sus pulmones se volvió insuficiente, su respiración rápida y entrecortada, como si hubiera olvidado cómo respirar. El espacio a su alrededor comenzó a desvanecerse, los sonidos y las imágenes difuminándose en un borrón que carecía de significado. Sus pensamientos, usualmente claros y precisos, se quedaron en blanco, incapaces de procesar la magnitud de la pérdida que acababa de experimentar.

Mientras los paramédicos comenzaban a trasladar el cuerpo sin vida de Darién, Heinst se quedó parado, aturdido, observando la escena como si no fuera real. Todo parecía una pesadilla, una cruel broma del destino que no podía ser cierta. Pero la realidad era ineludible: su padre, la figura imponente que había dominado su vida de tantas maneras, ya no estaba.

Clara, a su lado, no podía apartar la vista del cuerpo inerte que los paramédicos llevaban en la camilla. Su mente, antes en blanco por la conmoción, ahora se llenaba de una maraña de pensamientos caóticos. Y entonces, como un rayo, un recuerdo surgió en su mente: el pedido que había hecho a su propio padre, impulsada por la ira y la desesperación. La pregunta que nunca había querido formular ahora se hacía inevitable.

"¿Acaso él tenía que ver con la muerte de Darién?" se preguntaba una y otra vez, el miedo y la culpa creciendo en su interior como una sombra oscura que amenazaba con consumirla. Mientras seguía con la mirada la camilla que transportaba los restos de su suegro, su corazón se llenó de una angustia indescriptible.

El rostro de Heinst, pálido y devastado, era una imagen que Clara sabía que nunca olvidaría. Ver a su esposo en ese estado, sabiendo que quizás, de alguna manera, ella podría ser responsable, la llenaba de un dolor tan profundo que casi la dejaba sin aliento. Intentó buscar las palabras para consolarlo, para decirle algo que pudiera aliviar su sufrimiento, pero todo parecía insuficiente.

La camilla desapareció por el pasillo, y con ella, la última esperanza que Heinst tenía de salvar a su padre. El silencio que siguió fue tan pesado como una losa, aplastando cualquier intento de hablar. Clara quiso acercarse a Heinst, tomar su mano, ofrecerle su apoyo, pero se sentía paralizada por el peso de sus propios pensamientos y dudas.

Finalmente, dio un paso hacia él, su mano temblorosa buscando la de Heinst. Lo miró a los ojos, pero lo que vio allí fue un abismo de dolor que la hizo estremecer. No había consuelo posible, no en ese momento, y Clara lo sabía. La culpa que sentía comenzó a ahogarla, pero se esforzó por no derrumbarse. Sabía que, pase lo que pase, debía estar allí para Heinst, aunque la sombra de la duda la siguiera acechando.

Mientras el cuerpo de Darién era llevado lejos, ambos quedaron sumidos en un silencio cargado de dolor y tensión. La conexión entre ellos, que había sido tan fuerte en otros momentos, ahora parecía

frágil, como si estuviera a punto de romperse bajo la presión de la tragedia que los envolvía. Y aunque Clara deseaba desesperadamente que todo fuera un mal sueño del que pronto despertarían, sabía en lo más profundo de su ser que su vida, y la de Heinst, nunca volverían a ser las mismas.

Esa noche, después de la tragedia, Clara y Heinst regresaron a casa en completo silencio. Ninguno de los dos tenía fuerzas para hablar, y el peso de la muerte de Darién parecía haberse instalado en cada rincón de la casa.

Clara se retiró a la habitación que compartía con Heinst, pero en lugar de cambiarse y acostarse, se quedó de pie junto a la ventana, mirando hacia la oscuridad de la noche. Su mente estaba abrumada por las preguntas, por la culpa que se negaba a desaparecer. ¿Había sido su pedido a su padre la causa de todo esto? ¿Había condenado a su suegro sin querer?

Finalmente, Clara rompió el silencio con una voz apenas audible.

—Heinst... Lo siento, tu padre era un hombre sin escrúpulos, pero aun así... no merecía acabar de esta manera —murmuró, su voz temblorosa por la mezcla de miedo y remordimiento.

Heinst la miró, sorprendido, pero sus labios no articularon palabra alguna. En su mirada se mezclaban la tristeza, el dolor, y una profunda confusión. Clara respiró hondo, luchando contra el nudo que sentía en su garganta, un nudo que parecía ahogarla con cada segundo que pasaba.

El silencio entre ellos se volvió insoportable, cargado con la pesada realidad de lo que había sucedido. Finalmente, Heinst apartó la mirada, como si no pudiera soportar el peso de sus propios pensamientos. Con un movimiento brusco, se puso de pie y caminó hacia el perchero, donde su chaqueta colgaba. La tomó con decisión, y se la puso sin dejar de moverse, como si quedarse quieto lo obligara a enfrentar lo que realmente sentía.

—¡Descansa, no me esperes! Tengo asuntos que debo atender —dijo con voz firme, pero Clara pudo notar la tensión en su tono. Sus palabras fueron secas, casi cortantes, un intento de cortar el lazo emocional que los unía en ese momento.

Sin decir más, Heinst se dirigió hacia la puerta de la habitación. Clara lo observó en silencio, con un nudo en la garganta que parecía apretar cada vez más. Sentía una mezcla de impotencia y culpa, sabiendo que, aunque no podía deshacer lo que había ocurrido, la distancia que ahora los separaba era palpable, dolorosa.

El sonido de la puerta al cerrarse resonó en la habitación, como un eco que se quedó suspendido en el aire. Clara permaneció inmóvil, sus manos temblorosas descansando a los costados de su cuerpo. Sabía que su esposo estaba huyendo, no solo de la tragedia, sino también de ella, de lo que habían sido hasta ese momento.

El silencio volvió a reinar en la habitación, un silencio que parecía envolverla por completo, aislándola en su propia soledad. Sintió una lágrima deslizarse por su mejilla, pero no hizo esfuerzo por detenerla. No podía evitar preguntarse si había perdido a Heinst para siempre, si la muerte de Darién y el remordimiento que la consumía habían destruido todo lo que habían construido juntos.

Finalmente, se dejó caer sobre la cama, abrazando sus rodillas mientras sus pensamientos giraban en torno a la figura de Heinst alejándose. Estaba atrapada en una red de emociones, y la incertidumbre de lo que vendría la llenaba de un temor profundo. Sabía que nada volvería a ser igual, y la pregunta que la atormentaba era si podrían superar esta tormenta o si, al igual que el padre de Heinst, su

relación estaba condenada a morir.

Heinst condujo con la mente atormentada por el misterio de la muerte de su padre. A pesar del cansancio que lo invadía, una fuerza implacable lo empujaba hacia el Centro de Inteligencia de Operaciones (C.I.O). Allí, había un hombre que intentó matar a su esposa minutos antes de que alguien más acabara con la vida de Darién. Para Heinst, este hombre era la clave para entender lo que realmente había sucedido, y no estaba dispuesto a dejar que nadie más lo interrogara.

Cuando llegó al C.I.O., el ambiente se tornó tenso al instante. Los agentes que lo vieron entrar no pudieron ocultar su sorpresa. Todos sabían lo devastador que había sido para él perder a su padre, y muchos esperaban que Heinst se tomara un tiempo para procesar lo ocurrido. Sin embargo, su presencia en ese momento demostraba que no pensaba descansar hasta obtener respuestas.

Lucas, su amigo y confidente, fue el primero en acercarse. Su rostro mostraba preocupación, pero también respeto por la determinación que veía en su líder.

—Señor, ¿qué hace aquí? ¿No debería estar descansando? —preguntó Lucas, intentando ser tanto amable como firme. Los demás agentes, que estaban ocupados en sus tareas, se detuvieron para observar la escena. El aire estaba cargado de expectación.

Heinst, con el ceño fruncido y la mandíbula apretada, apenas desvió la mirada hacia su amigo. Había una determinación fría en sus ojos, una que Lucas reconoció al instante. Era la mirada de un hombre que no se detendría ante nada para encontrar la verdad.

—Lucas... Estoy bien. Pero debo interrogarlo yo mismo —respondió Heinst con voz firme, casi autoritaria. No había espacio para la duda en sus palabras. Sin esperar una respuesta, extendió la mano y tomó el archivo que contenía la información del criminal que había intentado asesinar a Clara.

El archivo pesaba en su mano como si llevara consigo el destino de su familia. Heinst lo abrió y comenzó a hojear las páginas, leyendo cada detalle con una intensidad que parecía capaz de perforar el papel. Sabía que cada dato, por pequeño que fuera, podría ser crucial para desentrañar la red de intrigas que había llevado a la muerte de su padre.

Lucas observó en silencio, consciente de que nada que dijera podría cambiar la decisión de su líder. Con un leve gesto de asentimiento, se apartó, dándole el espacio que necesitaba para concentrarse en la tarea titánica que había decidido asumir.

El cuarto de interrogatorios, frío y desolado, esperaba a Heinst al final del pasillo. Con el archivo en la mano y la mente agitada, se dirigió hacia allí. Su corazón latía con fuerza, no por miedo, sino por la rabia contenida y el deseo de hacer justicia. Sabía que aquel interrogatorio sería decisivo, no solo para su trabajo, sino para su vida personal.

Cuando entró al cuarto, el hombre que había intentado matar a Clara estaba sentado, esposado a la mesa, con una expresión entre desafiante y resignada. Heinst cerró la puerta tras de sí, el sonido resonando como un eco que marcaba el inicio de un enfrentamiento inevitable.

Sin decir una palabra, Heinst se sentó frente al hombre, dejando el archivo sobre la mesa. El silencio se prolongó por unos segundos que parecieron eternos, mientras los ojos de ambos se encontraban en una lucha de voluntades.

Finalmente, Heinst rompió el silencio, su voz gélida pero cargada de intensidad.

—Vas a decirme todo lo que sabes —ordenó, sin dejar espacio para la discusión. Sabía que este era solo el comienzo de una larga y oscura búsqueda por la verdad, pero estaba preparado para lo que viniera. No descansaría hasta descubrir quién estaba detrás de la muerte de su padre y hasta asegurarse de que Clara estuviera a salvo de cualquier otro intento de asesinato.

La noche aún era joven, y Heinst sabía que estaba lejos de terminar. Pero en ese momento, todo lo que importaba era el hombre frente a él y la verdad que escondía detrás de esos ojos fríos y calculadores.

Heinst se sentó frente a Alexis Cabral, conocido en el bajo mundo como "El Sanguinario". Ambos se miraron fijamente, el ambiente estaba cargado de tensión. Cabral, con una expresión de frialdad total, entendió de inmediato que no saldría de esa sala fácilmente. Sabía que Heinst no era un agente común y que evitar las preguntas sería inútil.

—No sé nada... Y si lo supiera, no diría nada —afirmó Cabral, con una voz firme y desafiante. Las palabras de aquel criminal solo sirvieron para alimentar la ira que Heinst sentía en su interior. Sus manos se apretaron con fuerza sobre la mesa, y su mandíbula se tensó mientras la desconfianza y las sospechas inundaban su mente.

—Alexis Cabral, "El Sanguinario" —comenzó Heinst, con una voz gélida y controlada —Tienes posesión de drogas, venta ilegal de armas, y estás denunciado por dos mujeres que afirman que las ultrajaste... ¿Sabes cuántos años podrías pasar en prisión si no cooperas? Y ahora, además, estás acusado de intento de homicidio —dijo Heinst, enumerando todos los cargos que pesaban sobre el criminal.

A pesar de la gravedad de las acusaciones, Cabral mantuvo una actitud indiferente, como si nada de lo que Heinst mencionaba tuviera importancia para él. Su rostro seguía inmutable, sin mostrar el más mínimo indicio de miedo o preocupación. Heinst, sin embargo, no se dejó intimidar por esa fachada. Sabía que detrás de esa máscara de dureza, había un hombre que podía quebrarse, y estaba decidido a hacerlo hablar, sin importar cuánto tiempo le tomara.

Heinst no podía contener la furia que ardía en su interior mientras observaba la expresión arrogante de Alexis Cabral, aquel hombre que había intentado matar a su esposa. La sonrisa de superioridad que se dibujaba en el rostro de Cabral le hizo hervir la sangre.

—Dime, ¿quién te envió a matar a mi esposa? —preguntó Heinst, con la voz cargada de amenaza.

Cabral, en lugar de responder, solo sonrió de manera aún más altiva, como si nada de lo que Heinst dijera o hiciera pudiera tocarlo. Esa actitud desafiante fue la gota que colmó el vaso para Heinst, quien, perdiendo la poca paciencia que le quedaba, se inclinó hacia adelante, acortando la distancia entre ellos. Sus manos se cerraron con fuerza sobre la ropa de Cabral, tirándolo hacia él con una brusquedad que dejó claro que estaba al borde de perder la cordura.

—¡Contéstame de una puta vez! ¿Quién te envió? —bramó Heinst, sus palabras llenas de veneno—. O te aseguro que te meteré en un agujero del que no saldrás por un largo tiempo.

Pero Cabral no se dejó intimidar. A pesar de la furia en los ojos de Heinst, el criminal se mantuvo imperturbable, confiando en la promesa que le habían hecho. Con una voz calmada, que contrastaba con la tensión en la sala, dijo:

—No puedes tocarme... Él me prometió que me sacaría de aquí. Lo ha hecho antes —enfatizó, sus ojos desafiantes clavados en los de Heinst, con una seguridad que solo podía provenir de alguien que se creía intocable.

La ira de Heinst aumentó, pero antes de que pudiera hacer algo de lo que se arrepintiera, Lucas intervino, consciente de que su superior estaba al límite.

—Señor, suéltelo... Nos encargaremos de encerrarlo de por vida —dijo Lucas, con un tono firme pero respetuoso, tratando de calmar a Heinst mientras veía cómo la situación se estaba descontrolando.

Heinst respiró hondo, luchando por recuperar el control. Soltó la ropa de Cabral de mala gana, retrocediendo un paso. Sabía que perder el control no lo llevaría a ninguna parte, pero la amenaza implícita en las palabras de Cabral lo inquietaba profundamente. Quienquiera que estuviera detrás de todo esto, tenía el poder y la influencia para hacer que Cabral se sintiera seguro, incluso en esa situación. Heinst no podía permitirse ignorar esa realidad.

Heinst había estado a punto de salir de la habitación cuando la voz de Alexis lo detuvo.

—Te diré lo que deseas saber... Pero quiero un trato —dijo Alexis, su tono frío y calculador. Heinst se detuvo, su mano todavía en la perilla de la puerta. Giró lentamente, sus ojos clavados en el criminal, mientras una sonrisa de satisfacción comenzaba a formarse en su rostro. Sentía que, después de todo, estaba a punto de obtener la información que necesitaba.

Heinst regresó a la mesa de interrogatorio, se sentó nuevamente frente a Alexis, quien lo observaba con una mirada penetrante.

—Bien. Hablaré con el fiscal del distrito y le diré que has cooperado... Ahora, dime, ¿quién te envió para acabar con la vida de mi esposa? —preguntó Heinst, su voz tensa, pero contenida.

Alexis sonrió, una sonrisa que parecía esconder un chiste que solo él entendía. Se inclinó ligeramente hacia adelante, disfrutando del momento de suspenso antes de soltar la bomba.

—Vaya... Tu padre... El empresario y líder del cartel de la zona Oeste fue quien me contrató. ¿Pero tú no lo sabías, no es así? —dijo Alexis, su tono lleno de sarcasmo y burla.

Las palabras de Alexis cayeron como un balde de agua fría sobre Heinst. La seriedad en su rostro era palpable, y el impacto de la revelación se extendió también a Lucas, quien observaba la escena desde un rincón de la habitación. Ninguno de los dos había estado preparado para escuchar algo así. La revelación de que Darién, el padre de Heinst, había sido el responsable de poner en peligro la vida de Clara, los dejó atónitos.

Heinst sintió que el suelo bajo sus pies se tambaleaba. Todo lo que había creído saber sobre su padre se desmoronaba en ese instante. Las piezas del rompecabezas comenzaron a encajar en su mente, pero la imagen que formaban era más aterradora de lo que jamás hubiera imaginado. ¿Cómo podía el hombre que lo había criado, el mismo que acababa de perder, ser el instigador de un ataque tan brutal contra su propia familia?

La ira que había sentido momentos antes fue reemplazada por una mezcla de incredulidad y dolor. Heinst apretó los puños sobre la mesa, tratando de mantener el control mientras procesaba la información. Alexis, al otro lado de la mesa, observaba la reacción de Heinst con una sonrisa

satisfecha, consciente de que había logrado sacudir al agente en lo más profundo.

Lucas, que había estado en silencio, finalmente rompió la tensión en la sala.

—Señor... ¿Qué hacemos ahora? —preguntó Lucas, su voz baja pero cargada de preocupación.

Heinst no respondió de inmediato. Su mente era un torbellino de pensamientos y emociones. Sabía que tenía que actuar, pero el conocimiento de que su propio padre estaba involucrado en la conspiración lo dejaba sin aliento.

Finalmente, levantó la mirada hacia Lucas, con una determinación renovada.

—Llevaremos esto hasta el final. Nadie está por encima de la ley... ni siquiera mi padre —dijo Heinst, su voz firme, pero el dolor aún latente en sus ojos. Sabía que la verdad podía destrozarlo, pero también sabía que debía enfrentarla, sin importar cuán devastadora fuera.

—Pero señor... usted sabe lo que esto implicaría para usted —advirtió Lucas, con una mezcla de preocupación y lealtad en su voz.

Heinst escuchó las palabras de su amigo, sabiendo que la advertencia estaba cargada de verdad. Las implicaciones de que su padre, Darién, fuera el líder del cartel de la zona Oeste de la ciudad, y que además hubiera contratado a un asesino para matar a Clara, eran devastadoras. Si esa información salía a la luz, las consecuencias serían catastróficas no solo para su carrera, sino para su vida entera. Sabía que su reputación se vería gravemente afectada, y que probablemente sería apartado del caso por conflicto de intereses.

Sin embargo, a pesar de todas las razones lógicas para mantenerse al margen, Heinst sentía que no podía hacerlo. La verdad lo consumía, y cada vez se hacía más evidente que no había manera de ocultarla. Su vida, su matrimonio, y su carrera ya estaban en juego, pero lo que más le importaba en ese momento era llegar al fondo de todo, descubrir quién había matado a su padre y por qué.

Por un instante, la imagen de Darién pasó por su mente. El hombre que había sido su modelo a seguir, su guía, ahora se revelaba como una figura oscura y peligrosa. Era casi imposible reconciliar al padre que conocía con el monstruo que Alexis Cabral había descrito. Aun así, Heinst sabía que la verdad debía salir a la luz, sin importar cuán dolorosa fuera.

—Lucas... Informa a nuestro superior de esto. Y busca el video del lugar de la noche en la que mataron a mi padre. Debemos encontrar al asesino —ordenó Heinst, con una firmeza que ocultaba el caos interno que sentía.

Lucas asintió, aunque su rostro mostraba claramente que no estaba del todo de acuerdo. Sabía que seguir las órdenes de Heinst significaba exponerse a un riesgo enorme, tanto personal como profesional. Pero también entendía que su amigo estaba decidido, y que no habría forma de disuadirlo.

—Entendido, señor —respondió Lucas, antes de salir rápidamente de la habitación para cumplir con las órdenes.

Heinst quedó solo por unos instantes, apoyando ambas manos sobre la mesa de interrogatorios, mientras su mente corría a toda velocidad. Sabía que lo que estaba a punto de hacer era arriesgado, que abriría una puerta que quizás nunca podría cerrar. Pero también sabía que el precio de no hacerlo sería mucho mayor. No podía permitir que la muerte de su padre, por más oscuro que fuera

su pasado, quedara sin resolver. Tampoco podía permitir que el peligro que rodeaba a Clara siguiera creciendo sin respuestas.

Apretó los dientes, sintiendo la tensión en cada fibra de su cuerpo. En ese momento, comprendió que el camino que había elegido lo llevaría a enfrentarse con sombras mucho más grandes de lo que había imaginado. Pero no estaba dispuesto a retroceder. Sabía que, al final del día, su deber era con la verdad y con la justicia, aunque estas le costaran todo lo que tenía.

Heinst tomó aire, enderezó su postura y salió de la sala de interrogatorios con una resolución aún más fuerte. Sabía que lo que venía sería difícil, pero estaba preparado para enfrentar cualquier obstáculo que se interpusiera en su camino. La búsqueda de la verdad lo había llevado hasta este punto, y no iba a detenerse hasta descubrirlo todo, incluso si eso significaba destruir la imagen de su padre y su propio futuro en el proceso.

Nudo en el Estómago

Mientras Clara estaba sumida en sus pensamientos, el peso del pedido que le había hecho a su padre comenzaba a oprimirla con una intensidad creciente. Sentía un nudo en el estómago, una mezcla de arrepentimiento y temor que no la dejaba en paz. La empresa de los Miller, que había sido un pilar sólido bajo la dirección de su padre, luego por ella, ahora estaba tambaleándose al borde del abismo. Las bolsas de valores caían abruptamente, y las acciones de la compañía se desplomaban sin control. Los socios, que aún no terminaban de aceptar la muerte del presidente interino en la ausencia de Clara, empezaban a sentir los efectos devastadores de una crisis que amenazaba con hundir la empresa.

Las ventas se desplomaban, las acciones se depreciaban, y el pánico comenzaba a extenderse entre aquellos que trataban de mantener a flote lo que parecía un barco a la deriva. Clara, sin embargo, estaba atrapada en su propio torbellino de emociones. La noche había pasado, y ella no había pegado los ojos. Su rostro, con signos evidentes de preocupación, reflejaba el agotamiento emocional al que estaba sometida. Sus ojos, hinchados y enrojecidos, eran una clara señal de que había estado llorando durante horas.

El timbre de su celular la sacó de su ensimismamiento. El aparato estaba tirado encima de la cama, a una distancia que, en su estado de abatimiento, le parecía insuperable. Durante un instante, se quedó inmóvil, observando el teléfono que vibraba con insistencia. Sabía que, probablemente, era una llamada importante, relacionada con la empresa o con las consecuencias de sus acciones recientes, pero se sentía incapaz de afrontarlo. La presión sobre sus hombros era aplastante, y la realidad comenzaba a parecerle una carga demasiado pesada para llevarla sola.

Finalmente, con un suspiro resignado, se incorporó lentamente, como si cada movimiento le costara un esfuerzo titánico. El peso de la noche en vela, de las lágrimas derramadas y de los pensamientos que la acosaban sin tregua, la hacían sentir como si el mundo estuviera desmoronándose a su alrededor. Tomó el celular con manos temblorosas, sin saber si estaba lista para escuchar lo que vendría a continuación. Pero, en el fondo, sabía que no podía seguir evitando la realidad; tenía que enfrentarse a las consecuencias de sus decisiones, por difíciles que fueran.

Después de atender aquella llamada, Clara tomó una decisión firme, era hora de enfrentar su realidad. Con un suspiro de resignación, se incorporó lentamente, su cuerpo aún pesado por el agotamiento emocional. Se dirigió al baño, donde se sumergió bajo la cascada de agua caliente de la ducha, intentando encontrar un momento de paz en medio del caos que se había apoderado de su vida.

Mientras el agua corría por su piel, Clara cerró los ojos y dejó que las lágrimas se mezclaran con las gotas que caían. No podía evitar que las imágenes de todo lo que había vivido desfilaran por su mente, una tras otra, como si se tratara de una película que no podía detener. Recordó el momento en que su matrimonio, que alguna vez había sido su mayor sueño, comenzó a desmoronarse. Había amado a su prometido, Noah, con locura, pero la realidad de su relación había cambiado, volviéndose amarga y distante. Aquel amor que había prometido durar para siempre se desvaneció, dejándola sola en medio de una tormenta de emociones.

Pero ahora, había algo más que ocupaba sus pensamientos, la muerte del padre de Heinst. Aquel hombre, que en un principio había sido un extraño para ella, se había convertido en alguien que empezaba a amar en silencio. Sin embargo, el orgullo y la necesidad de mantener las distancias habían evitado que Clara y Heinst se acercaran, que se permitieran disfrutar del sentimiento que, aunque tácito, existía entre ellos.

Con la mente revuelta, Clara terminó su ducha, se vistió y decidió salir de la residencia Conrad. Subió a su auto, sintiendo que el peso del mundo recaía sobre sus hombros. Pero sabía que no podía seguir ignorando lo que sucedía a su alrededor. Tenía que enfrentar los problemas que acechaban a la empresa Miller, la herencia que su padre adoptivo le había dejado en sus manos.

Con una determinación renovada, Clara condujo hacia la empresa. Sabía que la situación era crítica, que las acciones estaban cayendo en picada y que los socios estaban al borde del pánico. Pero ella no podía permitirse fallar, no ahora. Había tomado la decisión de asumir su responsabilidad, de luchar por el legado de su padre adoptivo, aunque la tarea pareciera imposible. A medida que se acercaba a la empresa, Clara sentía cómo su corazón latía con fuerza, cada vez más rápido. Sabía que tenía que ser fuerte, que debía tomar las riendas de la situación y enfrentar lo que viniera. Ya no era momento de dudar, sino de actuar.

Había pasado casi toda la mañana y parte de la tarde inmersa en los documentos de marketing, estadísticas de ventas y reclamos de clientes. Clara sentía que el peso del mundo recaía sobre sus hombros mientras devolvía dinero por productos defectuosos. Sabía que cualquier escándalo adicional podría destruir lo poco que quedaba de la reputación de la empresa. Los competidores, siempre al acecho, eran como buitres esperando su caída inminente. Cada decisión que tomaba debía ser perfecta, o la compañía se hundiría en una crisis más profunda.

Mientras revisaba los números y trataba de encontrar soluciones, la puerta de su oficina se abrió de golpe. Natalia, su secretaria, irrumpió en la habitación con el rostro lleno de preocupación y ansiedad.

—Señora Clara... Intenté detenerlos, pero fueron muy insistentes —dijo Natalia, su voz temblorosa.

Clara levantó la vista, alarmada.

—¿Qué ocurre, Natalia? ¿Quiénes insisten? —preguntó con el corazón acelerado, temiendo lo peor.

Antes de que su secretaria pudiera responder, un grupo de hombres vestidos con trajes oscuros entró de manera abrumadora en la oficina. Uno de ellos, serio y autoritario, avanzó hacia ella con una placa en la mano, presentándose con firmeza.

—Señora Clara Conrad, somos del C.I.O. —anunció con tono grave. —Tenemos una orden para confiscar todos los documentos relacionados con un posible lavado de dinero y malversación por parte del señor Darién Conrad.

Clara sintió cómo su corazón se detenía por un instante. La sangre dejó de circular por su cuerpo, y su mente se quedó en blanco. Los agentes comenzaron a moverse rápidamente por la oficina, llenando cajas con documentos bancarios, archivos de ventas y cualquier cosa que pudiera ser relevante para su investigación. Era como ver su mundo desmoronarse frente a sus ojos, impotente.

—¡Oigan, eso es propiedad privada! —exclamó Clara con una mezcla de indignación y pánico en la voz. —¿Tienen una orden para esto?

El agente principal, sin inmutarse, le extendió un documento oficial.

—Aquí la tiene, señora —dijo con frialdad mientras sostenía la orden de allanamiento.

Clara tomó el papel con manos temblorosas y lo revisó rápidamente. Todo estaba en regla. No había nada que pudiera hacer para detenerlos. El nombre de su suegro, Darién Conrad, estaba en el centro de la investigación, y ahora la empresa que su padre adoptivo le había dejado estaba siendo arrastrada por el mismo lodo.

Miró a su alrededor, viendo cómo los agentes recogían lo que una vez había sido su vida laboral, su refugio, y sentía cómo la desesperación comenzaba a invadirla. Sabía que, si esta situación se hacía pública, no habría vuelta atrás. Los medios devorarían el escándalo, y los accionistas perderían la confianza que con tanto esfuerzo había tratado de mantener.

—Esto no puede estar pasando... —murmuró para sí misma, sintiendo el nudo en su garganta crecer cada vez más.

Natalia la observaba con preocupación, sin saber qué decir ni cómo ayudar. El ambiente en la oficina era sofocante, lleno de tensión y miedo. Clara sabía que debía actuar, pero en ese momento, el suelo bajo sus pies parecía desaparecer.

Mientras Clara observaba con impotencia cómo los agentes del C.I.O. revolvían cada rincón de la empresa, buscando cualquier evidencia incriminatoria, Heinst estaba en un lugar muy diferente, aunque la tormenta interna que ambos enfrentaban era similar. Se encontraba en la oficina de su superior, Alfred Kezt, un hombre que había sido su mentor y guía durante toda su carrera en la agencia.

La oficina de Alfred era espaciosa, decorada con muebles de madera oscura que le daban un aire de autoridad. Las ventanas que se extendían de pared a pared ofrecían una vista panorámica de la ciudad, pero en ese momento, la vista no servía como consuelo para Heinst. Alfred, de pie junto al ventanal, miraba fijamente hacia el horizonte, su rostro severo y pensativo, mientras su mano se deslizaba lentamente por la barba entrecana. La tensión en la habitación era palpable, como una cuerda a punto de romperse.

—Heinst —dijo Alfred sin apartar la vista de la ventana —sabes que esta situación es complicada.

No es solo tu padre, es la implicación de todo lo que representa.

Heinst permanecía de pie frente al escritorio, firme, pero con una mezcla de frustración y desolación en su mirada. No era fácil para él estar allí, sabiendo que su propia sangre estaba involucrada en crímenes que desafiaban todo en lo que creía.

—Lo sé, señor —respondió Heinst con voz grave —Pero necesito tiempo para aclarar todo esto. No estoy pidiendo favores, solo quiero llegar al fondo de lo que ocurrió con mi padre y quien está detrás del intento de asesinato de mi esposa.

Alfred suspiró, finalmente dándose vuelta para enfrentar a su agente. Sus ojos, siempre calculadores, parecían un poco más pesados de lo habitual. Él sabía lo que debía hacer, pero eso no lo hacía más fácil.

—Heinst, eres uno de mis mejores agentes. Nadie cuestiona tu lealtad ni tus habilidades, pero esta situación es diferente. Estamos hablando de un posible escándalo público, de la implicación de tu familia en actividades criminales. No puedo permitir que sigas al frente de esta investigación, no sin comprometer la integridad de la estación —dijo Alfred, con un tono de pesar en su voz.

Las palabras cayeron como un golpe en el estómago de Heinst, pero no fue inesperado. Había anticipado que esto ocurriría, que lo apartarían de su puesto en cuanto todo saliera a la luz. Aun así, escuchar esas palabras directamente de Alfred, un hombre al que admiraba, hizo que la rabia y la frustración que había estado reprimiendo comenzaran a hervir.

—¿Me está apartando del caso, señor? —preguntó Heinst, su mandíbula apretada, conteniendo la indignación que sentía.

Alfred asintió lentamente, cruzando los brazos.

—No es solo una recomendación, es una orden directa. No puedes estar involucrado cuando tu propio padre está en el centro de la investigación. A partir de este momento, estás suspendido hasta nuevo aviso. No quiero que tu carrera se vea arruinada por algo que no es tu culpa —dijo, con una mezcla de autoridad y compasión en su tono.

Heinst respiró hondo, tratando de mantener la calma, aunque cada fibra de su ser se resistía a aceptar esa realidad. Sabía que Alfred tenía razón, pero la idea de dejar el caso, de abandonar la investigación cuando más cerca estaba de descubrir la verdad, lo devastaba.

—Señor, necesito estar en esto. Nadie conoce mejor a los involucrados que yo. Si me apartan ahora, todo podría perderse —replicó, su voz llena de urgencia.

Alfred lo miró con dureza, pero también con algo que se asemejaba a la comprensión.

—Lo sé, Heinst. Pero este no es un caso cualquiera. Hay mucho en juego. Y si sigues involucrado, podrías arrastrarte a ti mismo a algo que no tiene vuelta atrás. Hazme caso, deja que el equipo se ocupe de esto. Si encuentras algo más por tu cuenta, sin violar las reglas, tráemelo. Pero, oficialmente, ya no puedes seguir.

Heinst permaneció en silencio durante varios segundos. Sabía que no tenía opción. Apretó los puños, luchando contra el impulso de desafiar a su superior. Finalmente, asintió con resignación.

—Entendido, señor —dijo, su voz apenas un susurro.

Alfred suspiró nuevamente, esta vez con una expresión de alivio mezclada con tristeza.

—Cuídate, Heinst. Haz lo que debas, pero no te hundas en este lío. Sabes que te aprecio, y no quiero verte caer por algo que no puedes controlar.

Sin más que decir, Heinst giró sobre sus talones y salió de la oficina. Mientras caminaba por los pasillos de la estación, su mente se nublaba con pensamientos oscuros y preguntas sin respuesta. Sabía que no podía dejar esto así.

Lucas corría por los pasillos de la estación con el corazón latiendo a toda velocidad. Sabía que tenía que alcanzar a Heinst antes de que su líder, removido del cargo, se marchara. Las órdenes habían sido claras: Heinst debía ser apartado de la investigación, pero Lucas no podía dejar que se fuera sin saber que finalmente había logrado obtener algo crucial, algo que podría cambiar todo el rumbo de la investigación: la copia del video de vigilancia del lugar donde Heinst había perdido a su padre.

Respiraba con dificultad, tratando de controlar su ansiedad mientras esquivaba a los demás agentes que apenas le prestaban atención. Su mirada estaba fija al final del pasillo, donde podía ver la figura de Heinst caminando con pasos rápidos y decididos, como si ya hubiera aceptado su destino, pero también con esa tensión característica de alguien que no iba a rendirse tan fácilmente.

—¡Heinst! —gritó Lucas, su voz resonando en el amplio pasillo. Heinst se detuvo por un momento, girando la cabeza ligeramente, pero no se detuvo del todo. Lucas aumentó el ritmo, casi tropezando con una silla en su apuro por alcanzarlo. Cuando finalmente llegó a su lado, jadeando, tocó su brazo con firmeza para que se detuviera.

—Heinst... espera, no te vayas aún —logró decir entre respiraciones agitadas.

Heinst lo miró de reojo, con esa mezcla de ira contenida y resignación que había estado manteniendo desde que Alfred lo apartó del caso. Aunque era evidente que no tenía deseos de hablar, Lucas notó que en su mirada había un atisbo de curiosidad, como si algo dentro de él le dijera que Lucas traía noticias importantes

—¿Qué es lo que quieres, Lucas? —preguntó Heinst con voz firme, aunque claramente cansada. Estaba listo para irse, para dejar atrás la estación que había sido su vida durante tantos años, al menos por ahora.

Lucas respiró hondo, tratando de calmarse. Sabía que no había tiempo que perder, así que fue directo al grano.

—Logré conseguirlo, Heinst. Finalmente tengo la copia del video de vigilancia del lugar donde... donde tu padre fue asesinado —dijo, su voz bajando un poco al mencionar la tragedia.

Heinst, quien había estado con una expresión impasible, se detuvo por completo. Giró lentamente para enfrentar a Lucas, y sus ojos, que momentos antes estaban llenos de frustración, ahora brillaban con una mezcla de sorpresa e intensidad.

—¿Estás diciendo que tienes el video? —preguntó Heinst, con un tono bajo pero peligroso, como si no pudiera creer lo que estaba escuchando.

Lucas asintió rápidamente, sacando un pequeño dispositivo USB de su bolsillo y sosteniéndolo en alto. La evidencia, la pieza que podría darle a Heinst una nueva oportunidad de descubrir la verdad, estaba justo allí.

—Sí, lo conseguí anoche. Me costó, pero hice una copia antes de que sellaran toda la investigación. Sabía que no podías quedarte sin esto... sé lo que significa para ti —respondió Lucas, su voz suave pero cargada de seriedad.

Heinst extendió la mano y tomó el dispositivo con cuidado, observándolo como si fuera una llave que podía abrir todas las puertas que habían permanecido cerradas desde la muerte de su padre. Un silencio pesado cayó entre los dos hombres, pero en ese instante, las emociones de Heinst eran evidentes. La furia, la desesperación y la determinación de hacer justicia estaban claramente en su rostro.

—Lucas... —Heinst comenzó, luchando por encontrar las palabras adecuadas—. Gracias. No tenía idea de que habías hecho esto. Sabes que podrían haberte suspendido también, ¿verdad? —preguntó, aunque en su tono no había reproche, sino una sincera gratitud.

Lucas asintió, sin apartar la mirada.

—Lo sé, pero no podía quedarme sin hacer nada. Sé lo que esto significa para ti, y aunque oficialmente te hayan apartado del caso, sé que no vas a detenerte. Alguien tiene que hacer lo correcto —dijo Lucas, su voz firme.

Heinst guardó el dispositivo en el bolsillo interior de su chaqueta, sintiendo el peso de la información que ahora llevaba consigo. Esto no cambiaba el hecho de que estaba fuera del caso, pero le daba una nueva arma para seguir adelante, aunque fuera de manera extraoficial.

—Lo veré esta noche —dijo Heinst, su mirada más decidida que nunca—. Y cuando descubra quién está detrás de esto, ellos desearán nunca haberse cruzado conmigo.

Lucas asintió con seriedad. Sabía que aquello no sería fácil, pero también sabía que Heinst no era del tipo de hombre que se daba por vencido.

—Estaré aquí para ayudarte en lo que necesites, incluso si las cosas se ponen feas —agregó Lucas, con una pequeña sonrisa de complicidad.

Heinst le dio una palmada en el hombro, una señal silenciosa de agradecimiento. Sin decir una palabra más, ambos se dirigieron hacia la salida de la estación, conscientes de que lo que vendría después sería mucho más peligroso que cualquier otra misión que hubieran enfrentado antes.

Heinst, condujo en la carretera para dirigirse directamente al reclusorio donde se encontraba el enemigo de su padre y de él.

Heinst caminaba por los pasillos del reclusorio con un paso firme y una expresión seria. Había decidido, después de días de deliberar, visitar a Román, el hombre que había sido su principal sospechoso desde el principio. Si alguien tenía la información sobre la muerte de su padre, era Román. Su poder dentro del bajo mundo era innegable, y si bien ya estaba encerrado, Heinst sabía que no se podía subestimar su alcance.

Al llegar frente a la puerta de la sala de visitas, los guardias lo miraron con cierto respeto. Conocían su rango y su reputación en el C.I.O., y sabían que su presencia allí no era por simple curiosidad. Le abrieron la puerta y Heinst entró al frío y desolado espacio donde Román esperaba detrás del grueso cristal, esposado y con su típica expresión de indiferencia.

Román alzó la vista al ver entrar a Heinst y esbozó una sonrisa burlona. Parecía disfrutar del hecho

de que incluso desde dentro del reclusorio seguía siendo una espina en el costado de aquel agente. Heinst, sin embargo, no mostró ninguna reacción. Tomó asiento frente a él y dejó que el silencio inicial estableciera la tensión en el aire.

—Heinst, qué honor —dijo Román con un tono sarcástico —¿A qué debo el placer? ¿Vas a sacarme de aquí o solo vienes a recordarme que no puedes atraparme más?

Heinst no respondió de inmediato. En lugar de eso, lo observó con detenimiento, estudiando cada uno de sus gestos. Finalmente, inclinó ligeramente la cabeza y rompió el silencio.

—Sabes por qué estoy aquí, Román. No he venido por tus juegos —comenzó Heinst, su voz baja y controlada, aunque cargada de firmeza —Quiero respuestas sobre la muerte de mi padre. ¿Estás detrás de eso?

Román dejó escapar una risa corta y seca, como si encontrara la pregunta ridícula. Se reclinó en su asiento, encadenado a la mesa, y lo miró con una mezcla de desdén y diversión.

—¿Tu padre? —repitió Román, fingiendo sorpresa—Heinst, te sobreestimas si crees que tengo algo que ver con su muerte. Yo solo soy un hombre de negocios... aunque, claro, no el tipo de negocios que tú apruebas —dijo con esa sonrisa cínica que parecía nunca abandonar su rostro.

Heinst apretó la mandíbula. Sabía que Román era astuto y que no soltaría la verdad fácilmente. Pero también sabía que había una pequeña posibilidad de que, si lo acorralaba lo suficiente, el criminal podría soltar algo, incluso sin darse cuenta.

—No juegues conmigo, Román —advirtió Heinst, acercándose un poco más al cristal que los separaba —Sé que tenías cuentas pendientes con mi padre, y ahora él está muerto. No creo en las coincidencias, y mucho menos en tu inocencia.

Román lo observó durante unos segundos, en silencio. La sonrisa desapareció lentamente de su rostro, y su expresión se tornó más seria, casi evaluativa.

—Tu padre, Heinst... —comenzó Román con un tono más sombrío —Él no era tan diferente a mí, ¿lo sabías? Siempre hizo lo necesario para mantener su poder. Quizás te cueste aceptarlo, pero ambos sabíamos cómo funcionaban las cosas en este mundo.

Heinst sintió una punzada en el pecho al escuchar las palabras de Román. Parte de él sabía que había una verdad incómoda en lo que estaba diciendo, pero no estaba dispuesto a dejarse manipular por sus insinuaciones.

—¿Eso es todo lo que tienes? —preguntó Heinst, manteniéndose firme —Porque si no vas a darme algo útil, esta conversación termina aquí.

Román lo miró en silencio durante unos momentos más, como si estuviera evaluando si valía la pena seguir hablando. Finalmente, se inclinó un poco hacia adelante, su tono más suave, pero cargado de intención.

—No soy yo quien mató a tu padre, Heinst —dijo con una sinceridad que parecía desentonar con su usual actitud —Pero te diré esto, si sigues escarbando, vas a encontrar cosas que no te van a gustar. Cosas que tu padre hizo... cosas que quizás preferirías no saber.

Heinst lo miró fijamente, sintiendo una mezcla de frustración y confusión. Sabía que Román no era

alguien en quien confiar, pero también sabía que no estaba mintiendo del todo. Había algo más detrás de la muerte de su padre, algo que quizás no se limitaba a los enemigos obvios.

Román se recostó nuevamente en su silla, su sonrisa retornando lentamente.

—Haz lo que quieras con eso, agente. Pero te aseguro que si sigues por este camino, descubrirás verdades que podrían destruir más que a tus enemigos.

Heinst se levantó lentamente de su silla, sintiendo el peso de las palabras de Román sobre sus hombros. Aunque no había obtenido una confesión directa, las pistas estaban claras: había más en juego de lo que él había pensado. Y si Román tenía razón, la búsqueda de la verdad podría costarle mucho más de lo que había anticipado.

Sin decir una palabra más, Heinst salió de la sala, sus pensamientos nublados por las implicaciones de la conversación. Sabía que no podía detenerse, pero también sabía que lo que estaba por descubrir podría cambiar su vida para siempre.

Heinst entró nuevamente a la sala de visitas, su semblante endurecido, dispuesto a obtener más respuestas de Román. La charla previa había dejado a Heinst con más preguntas que respuestas, pero una cosa era evidente, Román sabía más de lo que estaba dispuesto a revelar. Cuando Román lo vio entrar, su sonrisa cínica volvió a asomar, como si disfrutara de tener una pieza del rompecabezas que Heinst buscaba desesperadamente.

—Volviste... Sabía que lo harías —dijo Román con voz burlona mientras cruzaba los brazos, recostado en su silla —Siempre vuelves cuando te falta algo.

Heinst no respondió de inmediato. Se limitó a sentarse frente a él, con la mirada fija, tratando de mantener la compostura. Apretó los puños bajo la mesa, conteniendo su frustración. Sabía que Román jugaría con él, pero estaba determinado a no caer en sus trampas.

—No quiero tus juegos, Román. Quiero la verdad. ¿Qué sabes de la muerte de mi padre? — preguntó Heinst, su voz baja pero firme.

Román lo observó en silencio por unos segundos antes de esbozar una sonrisa maliciosa. Se inclinó hacia adelante, apoyando los codos en la mesa, y mantuvo su mirada fija en los ojos de Heinst.

—Te diré algo, Heinst. No fui yo quien planeó todo esto... —empezó Román, su voz cargada de una mezcla de provocación y seriedad —Yo solo hice realidad los deseos de tu esposa.

El corazón de Heinst dio un vuelco en ese momento. Por un segundo, las palabras de Román no parecieron tener sentido. ¿Su esposa? ¿Qué tenía que ver ella en todo esto? Heinst lo miró incrédulo, tratando de procesar lo que acababa de escuchar.

—¿Qué demonios estás diciendo, Román? —exigió Heinst, inclinándose hacia él con el rostro tenso —Mi esposa no tiene nada que ver con esto.

Román dejó escapar una risa corta, como si la confusión de Heinst lo divirtiera.

—Oh, claro que sí. Mucho más de lo que crees —respondió Román, disfrutando del impacto que sus palabras tenían en el agente —¿Acaso nunca te preguntaste por qué las cosas salieron tan mal entre ustedes? ¿Por qué se distanciaron tanto? Te aseguro que no fue solo culpa tuya.

Heinst sintió un nudo formarse en su estómago. Había intentado evitar pensar en todo lo que había

salido mal en su matrimonio, en cómo su relación con Clara se había desmoronado. Pero nunca imaginó que ella pudiera tener alguna relación con la muerte de su padre. Sacudió la cabeza, negándose a creer lo que Román insinuaba.

—Estás mintiendo —dijo Heinst con voz firme, aunque la duda comenzaba a filtrarse en su tono— Clara nunca habría hecho algo así. No tiene sentido. Y si lo hizo fue por arrebatos de ira.

Román se encogió de hombros, como si no le importara si Heinst lo creía o no. Su expresión se tornó más seria mientras continuaba.

—Créelo o no, me da igual. Pero tu esposa... bueno, digamos que tenía sus propios motivos. Ella me contactó, Heinst. Fue ella quien pidió mi ayuda para eliminar a tu padre.

Heinst sintió como si el suelo se desmoronara bajo sus pies. Las palabras de Román resonaban en su mente una y otra vez, incapaz de procesarlas completamente. Román lo observaba con una mirada calculadora, viendo cómo el impacto de la revelación afectaba a su interlocutor.

—Tú no la conoces como crees, Heinst. A veces las personas más cercanas son las que más secretos esconden —continuó Román con tono sombrío —No digo que ella disfrutara de la idea, pero estaba desesperada. Había cosas que tú no veías, problemas que tú no entendías.

Heinst se levantó de la silla de golpe, incapaz de permanecer sentado ante tal revelación. El sudor perlaba su frente mientras se pasaba las manos por el cabello, intentando asimilar lo que acababa de escuchar. Su mente giraba, tratando de unir piezas que antes no había considerado.

—No puede ser... —murmuró Heinst, más para sí mismo que para Román —Clara no haría eso. No...

Román permaneció en su asiento, observando cómo Heinst luchaba internamente con la información. Sabía que había golpeado un punto débil y lo había hecho con precisión. Se levantó lentamente, con las cadenas de las esposas sonando mientras se acercaba lo más que podía al cristal que los separaba.

Heinst lo miró fijamente, su rostro endurecido pero sus ojos delatando la confusión y el dolor que sentía. Sin decir una palabra más, giró sobre sus talones y salió de la sala de interrogatorios, el sonido de la puerta resonando tras él.

El mundo de Heinst acababa de desmoronarse. Las preguntas sobre la traición de Clara ahora lo atormentaban, y la realidad de lo que Román había revelado lo perseguiría en cada paso que diera.

Román observó a Heinst con una mirada calculadora, notando el aturdimiento en sus ojos. A pesar de la revelación impactante que acababa de hacer, parecía que aún tenía algo más que decir. La intensidad en el aire se palpaba, cargada de expectación y tensión. Heinst, temblando ligeramente por la adrenalina y la confusión, se quedó de pie, esperando que Román revelara el último secreto que tenía guardado.

—Antes de que te vayas, Heinst... hay algo más que debes saber —dijo Román, su voz bajando a un tono casi conspiratorio —Algo que puede cambiar todo lo que creías saber sobre tu esposa.

Heinst se detuvo en seco, su mente aun girando alrededor de la sorprendente declaración anterior. Se volvió hacia Román, su mirada fija en el hombre encadenado.

—¿Qué más tienes que decir? —preguntó Heinst con voz tensa, intentando mantener la calma mientras la incertidumbre lo envolvía.

Román dejó escapar una sonrisa enigmática, disfrutando del efecto que sus palabras estaban teniendo sobre Heinst. Se recostó en su silla, el brillo en sus ojos mostrando que estaba a punto de dar una última sacudida al ya tambaleante mundo de Heinst.

—Te sorprenderá saber que en las venas de Clara corre sangre de dos criminales —comenzó Román, enfatizando cada palabra para maximizar el impacto —Ella no es quien parece ser. Desde el momento en que nacieron, su vida estaba destinada a tomar un camino muy diferente al que conoces.

Heinst parpadeó, intentando asimilar lo que acababa de oír. La revelación era tan increíble que por un momento le pareció casi absurda. Sin embargo, el rostro serio de Román y la intensidad de su mirada le daban peso a sus palabras. La confusión y la incredulidad se mezclaban en la mente de Heinst, tratando de entender lo que esto significaba.

—¿Qué estás diciendo exactamente? —preguntó Heinst, su voz apenas audible mientras la realidad de la situación empezaba a asentarse en su mente.

Román inclinó la cabeza ligeramente, como si ponderara cuánta verdad revelar. Luego continuó, con un aire de misterio y una pizca de satisfacción.

—Clara y su hermana Cara estaban destinadas a ocupar lugares importantes en una organización criminal. La sangre en sus venas no es solo un rasgo de su ascendencia, sino una marca que las conecta con una herencia que ha estado esperando a ser reclamada. Cara, tu cuñada, ya no está... pero Clara... ella sigue allí, y su lugar está reservado.

Heinst sintió un escalofrío recorrer su columna vertebral. La idea de que Clara tuviera una conexión con una organización criminal, y que su hermana Cara también estuviera involucrada, era más de lo que podía procesar de inmediato. Todo su mundo parecía girar a su alrededor, cuestionando la verdadera identidad de la mujer con la que había compartido su vida.

—¿Y qué significa todo esto para Clara? —Preguntó Heinst con voz temblorosa, tratando de entender el alcance de la situación —¿Qué se supone que haga con esta información?

Román se encogió de hombros, como si no le importara el destino de Clara una vez que se hiciera la revelación. Su rostro se iluminó con una sonrisa fría mientras observaba la lucha interna de Heinst.

—Eso, Heinst, es algo que tendrás que averiguar por ti mismo. Solo sé que el tiempo de Clara en la oscuridad está por llegar, y el papel que ella debe jugar en esa organización pronto será inevitable.

—Déjame decirte algo, Román. Jamás permitiré que mi mujer sea una líder de tu maldito organización... Ella es mía, y tú no tienes poder en ella

Heinst salió de la sala de visitas con la mente hecha un torbellino, sus pensamientos atrapados en la tormenta de nuevas revelaciones. Las palabras de Román resonaban en su cabeza, mezcladas con el dolor y la confusión que sentía. Las piezas del rompecabezas se estaban ensamblando de una manera que nunca había imaginado, y la verdad sobre Clara ahora parecía más desconcertante y peligrosa que nunca.

Realidad Distorsionada

Heinst no pudo enfrentar a su esposa directamente. En lugar de enfrentarse a la dolorosa realidad de la revelación que Román le había hecho, buscó refugio en el alcohol. La noche había caído con una frialdad que parecía igualar la que sentía en su interior. Sin palabras, se dirigió a un bar cercano, uno que conocía bien y que había sido testigo de muchas de sus noches de escape.

Se instaló en una esquina oscura del bar, donde las luces tenues apenas lograban iluminar su rostro cansado. El murmullo de la conversación de fondo y el tintinear de los vasos llenaban el ambiente, pero para Heinst, todo sonaba a una distorsionada melodía distante. La barra estaba llena de botellas de diversas formas y colores, y Heinst no perdió tiempo en pedir una bebida tras otra.

Cada sorbo que tomaba parecía adentrarlo más en un abismo de desesperanza y confusión. La amargura del alcohol en su garganta no se comparaba con la amargura que sentía en su corazón. Sus pensamientos eran un torbellino caótico de recuerdos y dudas. La imagen de Clara y las revelaciones de Román se entremezclaban en su mente, creando una tormenta que no lograba calmar.

La noche avanzaba lentamente, y Heinst continuó bebiendo como si cada trago pudiera borrar el dolor que lo atormentaba. La realidad se desdibujaba a su alrededor, y el mundo exterior se volvía cada vez más borroso. Sus compañeros de bar y el camarero lo miraban con una mezcla de curiosidad y desdén, pero Heinst estaba demasiado absorto en su propio tormento como para prestarles atención.

A medida que la madrugada se acercaba, Heinst comenzó a tambalearse, el alcohol había nublado su juicio y su capacidad para tomar decisiones. Finalmente, cuando el bar comenzó a vaciarse y la luz del amanecer empezó a infiltrarse, Heinst se dio cuenta de que no había logrado escapar de sus problemas, sino que simplemente los había intensificado. La resaca y la culpa se unieron al dolor que ya sentía, y se encontró a sí mismo en un estado de confusión aún mayor.

Con pasos vacilantes, salió del bar y se dirigió de regreso a su hogar, sintiendo el peso de la noche pasada como una carga pesada sobre sus hombros. El camino a casa parecía interminable, y la imagen de Clara se mantenía en su mente como una sombra persistente. Sabía que no podía evadir la realidad por mucho tiempo; pronto tendría que enfrentar las verdades dolorosas que había estado intentando ocultar.

Finalmente, al alba, Heinst estaba en el último escalón de la escalera. La noche de bebida había

dejado sus efectos: tambaleándose y aferrándose a las paredes por apoyo, luchaba por mantener el equilibrio en cada paso. El pasillo que llevaba a su habitación parecía interminable, y cada paso que daba se sentía como si estuviera atravesando una niebla espesa. El alcohol aún corría por sus venas, nublando su percepción y haciéndole difícil mantenerse erguido.

Cuando llegó a la puerta de su habitación, Heinst trató de girar el pomo con manos temblorosas. La oscuridad dentro de la habitación era densa y abrumadora, y a medida que empujaba la puerta para entrar, sintió cómo el mundo a su alrededor se tambaleaba con él. La falta de luz no ayudaba en absoluto; sus sentidos estaban desorientados y su visión borrosa.

Tropezando con los muebles y haciendo un esfuerzo por evitar el desastre, Heinst se acercó a la entrada. Sin embargo, la estabilidad que intentaba mantener se le escapó de las manos. Su cuerpo descontrolado chocó contra la mesa que decoraba la habitación, causando un estruendo que rompió el silencio de la noche. La mesa tembló, y varios objetos en ella cayeron al suelo con un estrépito que resonó en la oscuridad.

El ruido despertó a Clara, que había estado dormida en la cama. Sus ojos se abrieron de golpe, y en un instante se encontró alerta y en estado de alerta. Clara se incorporó con rapidez, el sueño despejándose de su mente mientras sus ojos buscaban a Heinst en la penumbra de la habitación. Vio la silueta tambaleante de su esposo, con el rostro visiblemente cansado y preocupado.

—Heinst, ¿qué pasa? —preguntó Clara con una mezcla de preocupación y sorpresa. Su voz era suave pero cargada de inquietud, tratando de entender la situación en medio del desorden causado por el tropiezo de Heinst.

Heinst, con dificultad, se giró hacia ella, su mirada fija y vacilante. El alcohol aún parecía tener un control firme sobre su cuerpo, y su expresión era un reflejo de la batalla interna que estaba librando. Su mente estaba tan embotada que le costaba formar palabras coherentes.

Clara, viendo el estado deplorable de su esposo, se levantó rápidamente de la cama. Se acercó a él, ayudándole a estabilizarse y a alejarse de la mesa para evitar más accidentes. Su preocupación se volvía más evidente mientras lo guiaba con cuidado hacia la cama, tratando de ayudarlo a sentarse sin causar más caos en la habitación.

—¿Estás bien? ¿Qué ha pasado? —preguntó Clara, su voz era ahora un susurro lleno de compasión y alarma. Aunque su corazón estaba acelerado, se esforzaba por mantener la calma para poder asistir a Heinst de la mejor manera posible.

Heinst, aún tambaleándose y con la cabeza colgando hacia un lado, trató de responder, pero las palabras se le escurrían sin coherencia. Clara lo ayudó a recostarse en la cama y se sentó a su lado, observándolo con una mezcla de tristeza y preocupación. Sabía que algo estaba muy mal, pero el estado en el que se encontraba Heinst era un claro indicio de que necesitaba ayuda, y ella estaba dispuesta a hacer lo que fuera necesario para apoyarlo en ese momento difícil.

En la oscuridad de la habitación, Clara tomó la mano de Heinst entre las suyas, intentando ofrecerle consuelo mientras él intentaba recuperarse de la noche agitada. La situación era desesperante, y la tristeza de la noche anterior se hacía más palpable con cada minuto que pasaba. Clara se preguntaba qué había llevado a Heinst a ese estado, y su corazón se llenaba de una preocupación que no podía ignorar.

Heinst, a pesar del dolor abrumador de la pérdida de su padre, y del caos interno que lo envolvía, se aferraba a la única chispa de cordura que aún le quedaba. La noche había sido larga y tormentosa, y su mente estaba sumida en una niebla de angustia y desesperación. Sin embargo, a pesar de su estado tambaleante y el alcohol que aún nublaba su juicio, había un sentimiento que persistía con una claridad dolorosa: el amor que sentía por Clara.

Con cada paso que daba en la oscuridad de la habitación, Heinst sentía que sus fuerzas se desmoronaban, pero su deseo de conectar con Clara y aferrarse a lo que quedaba de su realidad era más fuerte que cualquier otra cosa. La visión de Clara, su esposa, y la profunda conexión que compartían, se convirtió en su ancla en medio de la tormenta.

Finalmente, se aproximó a ella con una determinación que parecía contradecir su estado tambaleante. Clara estaba sentada en la cama, su preocupación y tristeza claramente visibles en su rostro. A medida que Heinst se acercaba, sus movimientos se volvían más lentos pero llenos de una intención ferviente. La lucha interna por mantener su cordura se hacía evidente en su rostro, pero su amor por Clara parecía ser el único faro de esperanza en su caos emocional.

Heinst tomó a Clara por el cuello con una firmeza que sorprendió incluso a él mismo. Sus manos, temblorosas y ásperas, la sostuvieron con un cuidado desesperado. Sus miradas se encontraron, y en esos momentos de silencio cargado de tensión, todo lo que él deseaba era conectarse con ella, encontrar consuelo en el único lugar que sentía seguro.

Sin previo aviso, Heinst chocó sus labios contra los de Clara en un beso ardiente y apasionado. Clara, al sentir el contacto de sus labios, experimentó una oleada de calor abrasador que la envolvió completamente. Era como si el beso fuera una chispa que encendía un fuego profundo dentro de ella, un fuego que desafiaba cualquier lógica y razón.

El beso de Heinst era urgente, desesperado, como si intentara transmitir todo el dolor, el amor y la desesperación que sentía en ese instante. Clara, aunque consciente del peligro y la intensidad del momento, no pudo evitar sucumbir a la pasión que sentía. El amor que ella sentía por Heinst era una fuerza poderosa, más fuerte que cualquier razón o culpa que pudiera tener en ese momento.

Mientras sus labios se movían juntos en una danza frenética, Clara se dio cuenta de que, a pesar del peligro y el caos que los rodeaba, el amor entre ellos seguía siendo una constante, una fuerza que los unía y les daba esperanza. En medio de la tormenta emocional, ese beso se convirtió en un refugio temporal, un escape de la realidad dolorosa que enfrentaban.

Finalmente, cuando el beso se rompió y Heinst se apartó ligeramente, ambos respiraron pesadamente, sus corazones latiendo con una intensidad compartida. Clara, aún con el calor del beso envolviendo su ser, miró a Heinst con ojos llenos de una mezcla de amor y preocupación. A pesar de las circunstancias dolorosas y complicadas, el vínculo entre ellos seguía siendo fuerte, una luz que brillaba en medio de la oscuridad.

Heinst, con el aliento entrecortado y los ojos llenos de una vulnerabilidad cruda, buscó consuelo en la presencia de Clara. En ese momento, la conexión entre ellos se sintió más real y significativa que nunca, y el amor que compartían se convirtió en el refugio que ambos necesitaban para enfrentar la adversidad que se avecinaba.

Finalmente, la batalla interna de Heinst y el peso del alcohol lo vencieron por completo. Con un último esfuerzo, se desplomó sobre la cama, su cuerpo pesando como una losa sobre el colchón. El

agotamiento y la embriaguez habían dejado a Heinst inconsciente, su respiración era pesada y rítmica mientras dormía en un sueño profundo y agitado. Clara, al verlo caer, sintió una mezcla de alivio y preocupación, su corazón latía con una intensidad que no podía ignorar.

Mientras se mantenía a su lado, Clara no podía evitar sentirse confusa y herida por el beso desesperado que Heinst le había dado. El acto había sido inesperado y cargado de una urgencia que la había sorprendido. Clara, todavía procesando la intensidad de ese momento, se encontró examinando los sentimientos que el beso había desatado en ella.

Con delicadeza, se inclinó sobre la cama y comenzó a despojar a Heinst de sus zapatos, asegurándose de que estuviera cómodo para su descanso. Cada movimiento de Clara era cuidadoso y considerado, intentando no perturbar la tranquilidad del sueño de su esposo. A medida que se ocupaba de él, sus pensamientos seguían regresando al beso, al calor que había sentido, a la desesperación en los labios de Heinst.

Con un suspiro, Clara se sentó en el borde de la cama, sus dedos se posaron sobre sus propios labios, aún sintiendo el eco del beso. Se quedó allí, en silencio, contemplando el tumulto de emociones que el contacto había provocado en ella. Era como si el beso hubiera desenterrado algo profundo dentro de ella, una sensación que había estado enterrada bajo capas de dudas y orgullo.

Clara no podía negar que el beso le había gustado, a pesar de la confusión y el dolor que la rodeaban. El fervor y la desesperación que Heinst había mostrado se habían transmitido a través de sus labios, y esa intensidad la había tocado de una manera que no podía ignorar. Se preguntaba cómo había llegado a sentir tan intensamente, y si quizás, si el beso hubiera continuado, habría estado dispuesta a entregarse completamente a él.

El pensamiento de entregarse a Heinst, de dejarse llevar por el momento, la hizo reflexionar sobre su propia vulnerabilidad y el deseo que sentía por él. A pesar de la situación caótica y las complicaciones emocionales, no podía evitar preguntarse si había algo en su conexión que era más profundo de lo que había querido admitir.

Finalmente, mientras contemplaba la imagen de Heinst dormido en la cama, Clara se dio cuenta de que su propio corazón estaba en conflicto. El amor y la atracción que sentía por él seguían siendo fuertes, y el beso había avivado una llama que ella había intentado apagar. A pesar de todo, el deseo y el cariño que sentía por Heinst seguían presentes, y no podía evitar preguntarse qué significaba eso para su futuro.

Clara, aún sentada en el borde de la cama, con la mirada fija en su esposo, permitió que sus pensamientos vagaran libremente. El beso había sido un recordatorio poderoso de lo que realmente significaba para ella, y mientras Heinst dormía en paz, Clara se enfrentaba a la realidad de sus propios sentimientos, con la certeza de que el camino hacia adelante no sería fácil, pero estaba decidido a enfrentarlo con el corazón abierto.

Al día siguiente, Clara se encontraba sola en la mesa del desayuno, la tranquilidad de la mañana envolvía el ambiente mientras ella deslizó sus dedos sobre la pantalla de la tablet. Se sumergió en las noticias, esperando encontrar algún rastro de la incursión de los agentes en la empresa, pero para su alivio, no había reportes ni menciones que pudieran complicar aún más su ya turbulenta situación.

La luz suave del sol entraba por las ventanas, iluminando la cocina con un resplandor cálido. Clara se acomodó en su silla, disfrutando de un desayuno tranquilo. Sus pensamientos estaban envueltos en

una mezcla de preocupación y alivio, y el aroma del café y los croissants frescos proporcionaban una sensación de normalidad que parecía casi irónica en contraste con el caos de los días anteriores.

Mientras disfrutaba de su comida, observó de reojo a Leila, la viuda de su suegra, quien estaba sentada en la mesa del otro lado de la cocina. Leila estaba en proceso de servir su desayuno con una gracia que parecía deliberada. Clara no podía evitar notar los sutiles, pero evidentes, destellos de interés en los ojos de Leila cada vez que miraba hacia su esposo, que todavía no había aparecido en la cocina.

El brillo en los ojos de Leila no pasaba desapercibido para Clara. Aunque el gesto podría parecer inofensivo a simple vista, Clara percibía una intención subyacente en cada mirada que Leila lanzaba hacia su esposo, una insinuación sutil pero inconfundible. Había algo en la forma en que Leila se movía y en sus pequeñas sonrisas que le indicaban a Clara que ella tenía sus propios planes y deseos hacia Heinst.

Clara sintió un nudo en el estómago al pensar en las posibles intenciones de Leila. Sabía que las apariencias podían ser engañosas, pero no podía ignorar la sensación de malestar que le causaban las actitudes de Leila. La situación la ponía en alerta, ya que el deseo de Leila por su esposo parecía más evidente con cada interacción que Clara presenciaba.

El sonido del café derramándose en una taza rompió el silencio, y Clara se dio cuenta de que sus pensamientos se habían vuelto más pesados de lo que había esperado. A pesar de la tranquilidad de la mañana, sentía una creciente tensión interna. Intentó distraerse con el desayuno, pero no podía deshacerse de la sensación incómoda que le provocaban las acciones de Leila.

Clara se obligó a centrar su atención en su tablet nuevamente, deslizando los dedos con calma mientras seguía revisando las noticias. Aunque el ambiente parecía relajado, ella sabía que el bajo perfil de la situación no debía ser motivo para bajar la guardia. La presencia de Leila en la cocina solo era un recordatorio de que, incluso en los momentos de aparente normalidad, había elementos en su vida que podrían desestabilizarla en cualquier momento.

A medida que el día avanzaba, Clara se preparaba mentalmente para enfrentar cualquier desafío que pudiera surgir. La situación con Leila y el reciente beso con Heinst seguían en su mente, creando una maraña de emociones y preocupaciones. Sin embargo, intentó mantener la compostura mientras disfrutaba del último de su desayuno, consciente de que la realidad a menudo superaba cualquier intento de controlarla.

Finalmente, Heinst hizo su aparición en la cocina, donde Clara y Leila lo observaban con atención. Al cruzar el umbral, Heinst se forzó a mantener una expresión relajada, a pesar de la evidente resaca que lo atormentaba. Los estragos de la noche anterior se manifestaban en su rostro, con ojeras prominentes y una palidez que no pudo ocultar. Sin embargo, tenía una misión que cumplir: mantener las apariencias y simular normalidad.

—Buen día a las dos... —dijo Heinst con un tono que intentó ser jovial, pero que traicionaba una ligera somnolencia. Se acercó a Clara con una sonrisa que no lograba esconder por completo su malestar. La mirada de Leila, fija en él, no pasó desapercibida para él; había una mezcla de interés y expectación en sus ojos que Heinst decidió ignorar momentáneamente.

Con un gesto que pretendía ser natural y cariñoso, Heinst se inclinó hacia Clara y le ofreció un delicado beso en los labios. El contacto, aunque breve, le pareció a Clara una mezcla de familiaridad

y una pizca de desdén, una actuación que ambos sabían que debían mantener para evitar levantar sospechas. La sonrisa en los labios de Heinst era forzada, pero clara en su intento de proyectar una imagen de normalidad.

El dolor de cabeza que lo acompañaba era un tormento constante. Cada latido parecía resonar en su cráneo, haciendo que se sintiera como si el mundo estuviera girando a su alrededor. Los detalles de la noche anterior se encontraban envueltos en un vago borrón, y Heinst se esforzaba por recordar cada momento, pero el efecto del alcohol había borrado la mayoría de los recuerdos. Sabía que había actuado impulsivamente, pero el hecho de no recordar nada de lo que había hecho bajo el efecto del alcohol le resultaba inquietante.

Leila observaba con una mezcla de curiosidad y satisfacción mientras Heinst se acomodaba en la mesa. La manera en que él se dirigió a Clara, con esa apariencia de normalidad, no hizo más que reforzar las intenciones ocultas de Leila. La viuda parecía encontrar en el acto una confirmación de sus propios deseos, y aunque trataba de mantener una actitud discreta, era evidente que estaba disfrutando de la situación.

Clara, por su parte, mantenía una actitud compuesta, aunque en su mente se debatía entre el alivio por la aparente normalidad y la inquietud por el beso inesperado de la noche anterior. El hecho de que Heinst no mencionara nada sobre su estado de ebriedad ni sobre el beso la hizo sentir un revuelo de emociones. A pesar de sus esfuerzos por parecer natural, no podía evitar preguntarse cómo enfrentarían la situación ahora que el asunto de la resaca y la relación entre ellos se habían vuelto aún más complicados.

Mientras los tres compartían el desayuno, el ambiente en la cocina estaba cargado de una tensión subyacente que ninguno de ellos podía ignorar por completo. El dolor y las emociones se entrelazaban, y Heinst, a pesar de sus esfuerzos por mantener una fachada tranquila, sabía que las próximas horas serían cruciales para resolver los enredos que había creado la noche anterior y enfrentar los desafíos que le esperaban tanto en su vida personal como profesional.

Mientras Heinst intentaba desayunar, con cada bocado sintiendo el peso de la resaca y el dolor de cabeza, Leila decidió dar un paso importante. Con una expresión que pretendía ser preocupada pero que tenía un matiz de curiosidad, comenzó a hablar.

—Veo que has bebido como jamás pensé que te vería hacerlo. ¿Qué sucedió contigo para que bebieras de ese modo? —preguntó Leila, dejando a Heinst momentáneamente incómodo. Sus palabras eran como un dardo directo a su estado vulnerable, y Heinst, sintiendo la presión de la pregunta, se aclaró la garganta antes de responder.

—Solo bebí, salí con algunos amigos, eso es todo —respondió Heinst, tratando de mantener un tono casual que no delatara su malestar. Su voz, sin embargo, temblaba ligeramente, traicionando el esfuerzo que hacía por parecer natural.

Clara, que estaba sentada a la mesa con la vista fija en su tablet, no pudo evitar levantar la vista hacia la conversación que se desarrollaba entre Leila y Heinst. Aunque intentaba parecer inmersa en las noticias, sus oídos estaban atentos a cada palabra intercambiada. El tono de Leila, cargado de insinuaciones, le resultaba inquietante.

Leila no perdió la oportunidad de presionar aún más. Su mirada estaba fija en Heinst, y su voz se volvió más grave y decidida.

—¿Sabes quién mató a Darién? Yo averiguaré en la organización sobre su muerte... Algo me dice que encontraremos al asesino —dijo Leila con una confianza que contrastaba con la incertidumbre que Heinst sentía. No tenía idea de que el verdadero asesino, el maestro de la muerte de su esposo, estaba sentado en la misma mesa compartiendo el desayuno con ella. Mientras tanto, Heinst, consciente de la verdad que no podía revelar, se esforzó por comportarse de manera natural.

—Creo que deberías no inmiscuirte en ello... Si saben algo, estoy seguro de que los de la C.I.O. me lo dirán —dijo Heinst, tratando de restarle importancia al asunto y evitar que la situación se agravara. Su tono era firme, pero su mente estaba en un torbellino de pensamientos contradictorios. Sabía que Leila, al igual que él, tenía sus propios intereses y que su intervención podría complicar aún más la situación.

La conversación se convirtió en un tenso tira y afloja de palabras, mientras Clara, aún absorta en su tablet, sentía el peso de las palabras de Leila y la preocupación por cómo su esposo estaba manejando la situación. El ambiente en la cocina estaba cargado de una tensión palpable, donde cada palabra y cada gesto parecían llevar consigo un subtexto que ninguno de los presentes podía ignorar.

El cambio de personalidad en la mesa se hizo sentir de manera inmediata. Leila, con su aguda percepción, notó el cambio en el comportamiento de Heinst. Desde que él había regresado del bar y había intentado aparentar normalidad, Leila había estado observándolo con atención. El silencio tenso y la manera en que él respondía a sus preguntas no pasaron desapercibidos para ella.

Leila ya había tenido sus propias sospechas sobre el manejo del caso por parte de Heinst, y las palabras de Clara la habían confirmado. Ahora, al observar el comportamiento de Heinst, comprendió que él había sido apartado del caso. La revelación fue casi palpable; el aire en la habitación parecía cambiar, cargándose de una nueva dinámica. La frialdad en la actitud de Heinst y la manera en que evitaba el contacto visual con ella le hicieron darse cuenta de que su suposición era correcta.

Mientras Heinst trataba de mantener una fachada tranquila, su rostro revelaba signos de agotamiento y preocupación. Su intento por actuar con naturalidad se veía opacado por la evidente desconfianza de Leila. Ella había estado al tanto de la intrincada red de relaciones y conflictos en juego, y la manera en que Heinst se comportaba ahora le indicaba que estaba bajo un peso enorme, tanto personal como profesional.

Leila, con una expresión de comprensión casi victoriosa, observó cómo Heinst luchaba con su propio estado. Ella sabía que, al estar apartado del caso, Heinst estaba perdiendo control sobre una situación que él consideraba vital para su estabilidad y reputación. La tensión en la mesa era palpable, y el desayuno, que había comenzado como una rutina diaria, se había convertido en un escenario de confrontación silenciosa y una batalla de voliciones.

El cambio de personalidad en Heinst era evidente para todos, y Clara, desde su asiento, podía sentir el peso de la situación. La preocupación de Leila por Heinst y el reconocimiento de que él ya no estaba en el control del caso solo aumentaban la presión que se cernía sobre ellos. El ambiente en la cocina se cargó de una atmósfera densa y expectante, donde cada gesto y cada palabra parecían cargar un significado profundo en el contexto de la crisis que enfrentaban.

Clara se sintió como una presa a punto de caer en las fauces de un depredador. Mientras observaba a Heinst, una sensación de inquietud se apoderó de ella. El momento se cargó de una tensión

palpable, como si el aire alrededor se hubiera vuelto más denso y pesado. Los ojos de Heinst, que en otras ocasiones le habían transmitido confianza y cariño, ahora parecían esconder una frialdad que la desconcertaba.

Ella había notado un cambio en su esposo desde que él había regresado de aquella noche de copas. Su actitud era diferente, su mirada contenía una profundidad oscura que no podía descifrar. Clara sentía que algo estaba cambiando, y la angustia la envolvía mientras intentaba entender qué había causado esa transformación. Sus ojos, en lugar de reflejar el amor y la seguridad a los que estaba acostumbrada, ahora emitían un destello de desconfianza y una intensidad inquietante que le erizaba la piel.

En ese instante, Clara vio en los ojos de Heinst algo que le produjo un escalofrío. Era como si detrás de su mirada hubiera un velo de secretos inconfesables y tensiones no resueltas. La mirada de Heinst parecía penetrante, como si estuviera evaluando cada uno de sus movimientos y pensamientos, y ella se sintió expuesta, vulnerable. Cada parpadeo, cada gesto de Heinst le parecía ahora lleno de significados ocultos y oscuros.

La sensación de ser una presa se intensificó cuando Clara se dio cuenta de que su esposo estaba distante, casi desconectado de la realidad que ella conocía. Aquel brillo en sus ojos no era uno de amor ni de preocupación, sino uno que parecía indicar una lucha interna, una batalla silenciosa con la verdad que ella no lograba comprender del todo. Clara trató de mantener la compostura, pero el malestar que sentía era evidente en su rostro. La atmósfera a su alrededor se volvió opresiva, y el desayuno que una vez había sido un momento de normalidad se había convertido en una escena de sospecha y desconfianza.

Cada palabra que Heinst pronunciaba parecía cargada de un subtexto desconocido para Clara, y la percepción de que estaba al borde de un precipicio emocional la hizo sentir aún más desamparada. La sensación de estar al borde de una verdad dolorosa la perseguía, y el miedo a descubrir lo que realmente se escondía detrás de la mirada de su esposo se volvía cada vez más intenso. Clara sabía que debía enfrentarse a la verdad, pero la imagen de su esposo como un depredador, aguardando para revelar algo inquietante, era una carga que parecía demasiado pesada para soportar.

Futuro Incierto

A pesar de haber sido apartado de la C.I.O., Heinst no pudo quedarse de brazos cruzados. Sentía una obligación inquebrantable de continuar investigando por su cuenta, motivado por el deseo de encontrar la verdad tras la muerte de su padre. Aunque sabía que sus acciones violaban las normas, el peso de la venganza y la justicia lo impulsaba a seguir adelante. Noche tras noche, Heinst revisaba viejos archivos, analizaba grabaciones y contactos que aún mantenía en la sombra. Su mente no

descansaba, y cada pista parecía llevarlo más cerca de una verdad que lo consumía por dentro. Sin embargo, este comportamiento lo alejaba cada vez más de su hogar, y Clara lo notaba.

Por su parte, Clara había tomado una decisión igualmente difícil. La presión sobre la empresa de los Miller era abrumadora, y la constante caída de las acciones ponía en peligro todo lo que su padre adoptivo le había dejado. Los socios, que habían confiado en ella inicialmente, ahora la miraban con desconfianza. Consciente de que debía actuar con rapidez, Clara decidió implementar nuevas estrategias para buscar inversores que pudieran salvar a la empresa del colapso. Sabía que no podía contar con Heinst en ese momento, ya que su obsesión con la investigación lo alejaba de cualquier otra responsabilidad.

Clara, que siempre había sido una mujer fuerte y decidida, ahora se encontraba más fría y distante hacia su esposo, no por amor, sino por el temor de que su esposo supiera que ella era responsable de la muerte de Darién. La cercanía que una vez habían compartido se estaba desvaneciendo. Durante las cenas, el silencio entre ellos era pesado, y las miradas apenas se cruzaban. Heinst, sumergido en su búsqueda de respuestas, apenas notaba el cambio en ella. Estaba cegado por su misión, y cada vez que Clara intentaba hablarle, él respondía con monosílabos o simplemente se retiraba a su estudio.

El abismo entre ellos crecía. Clara sentía que Heinst ya no era el mismo hombre del que se había enamorado, y la distancia emocional la hacía cuestionarse sobre su futuro junto. Mientras luchaba por salvar la empresa, también se debatía internamente sobre si luchar por su matrimonio valía la pena. Ambos estaban enfocados en sus propios objetivos, pero esa desconexión parecía empujar su relación hacia un punto de no retorno. Aunque compartían el mismo techo, vivían en mundos diferentes.

Tras escapar de las garras de Heinst en una ocasión anterior, Noah había desaparecido por completo del radar. Durante ese tiempo, se sometió a una transformación drástica, cambió su identidad, y su rostro, irreconocible gracias a varias cirugías, le daba el anonimato que necesitaba. Su regreso a la ciudad, sin embargo, no era casual. Desde las sombras, observaba, planificaba cada movimiento con precisión quirúrgica. Su objetivo era claro, recuperar el amor de Clara, la mujer que jamás había dejado de amar. Sabía que el camino no sería fácil, pero su pasión y determinación eran más fuertes que cualquier obstáculo que se interpusiera en su camino.

Noah había construido una nueva vida en las sombras, conectando con poderosos aliados que podrían ayudarle a cumplir su misión. Sabía que no bastaba con simplemente reaparecer ante Clara; debía ganarse su confianza nuevamente, derribar los muros que el tiempo y las circunstancias habían levantado entre ellos. Desde lejos, la observaba cuidadosamente, viendo cómo la distancia y el estrés aumentaban entre Clara y Heinst. Cada día, la frialdad en su relación se hacía más evidente, y Noah sabía que esa brecha era la oportunidad que estaba esperando. Sin embargo, debía ser paciente. Cualquier error podría costarle todo, especialmente si Heinst lo descubría antes de tiempo.

Mientras Noah movía sus fichas estratégicamente en el tablero de la clandestinidad, Román, desde su prisión, seguía orquestando su imperio criminal con la misma frialdad que siempre lo había caracterizado. Aunque encarcelado, el poder de Román no había disminuido. A través de su red de contactos y aliados, planeaba su próximo gran golpe. La caída de la familia Miller era su objetivo principal, y para eso necesitaba a alguien con recursos y una posición estratégica en el mundo de los negocios. Román había dado la orden a sus hombres de prepararlo todo para recibir a un nuevo socio, alguien influyente que lo ayudaría a ejecutar su plan maestro. Ese nuevo socio tenía todo lo

necesario: capital, poder e influencia para destruir la empresa de los Miller y apoderarse de la herencia de Clara.

Para Noah, cada paso era crucial. Sabía que Clara estaba en peligro, no solo por Román, sino también por la constante amenaza que representaba Heinst. Aunque Heinst había sido apartado de su puesto en el C.I.O., no estaba completamente fuera del juego. Noah había aprendido a ser cauteloso, a no subestimar a sus enemigos. Su misión no solo era recuperar el amor de Clara, sino también protegerla de aquellos que querían destruirla. Sabía que la paciencia era clave y que el momento adecuado para actuar estaba cerca.

En medio de toda esta tensión, Noah mantenía su fachada como líder de los Dragones Dorados, una organización que dominaba los bajos fondos con puño de hierro. Aquella noche, se encontraba en uno de sus clubes nocturnos, un lugar donde el lujo y la decadencia se mezclaban en una atmósfera de placer y peligro. Rodeado de mujeres y bebidas, Noah se dejaba llevar por el poder que había acumulado. Las risas y los murmullos a su alrededor eran una constante en su vida, pero por dentro, su mente estaba enfocada en su próximo gran movimiento.

Desde que asumió como jefe de los Dragones Dorados, Noah había disfrutado de los beneficios del poder. Tenía dinero, hombres leales que harían cualquier cosa por él, y una posición que le daba acceso a todo lo que deseaba. Sin embargo, también conocía el lado oscuro de ese mundo. Recordaba cómo, antes de convertirse en líder, había sido una pieza desechable, un simple deudor atrapado en una espiral de violencia y desesperación. Había peleado en jaulas clandestinas para pagar sus deudas, enfrentando la muerte cada noche, sabiendo que un solo error podía costarle la vida.

Todo cambió cuando una joven, hija del antiguo líder de los Dragones Dorados, lo rescató de esa oscuridad. Nur Sullivanch, una mujer poderosa y obsesionada con Noah, vio en él algo que otros no habían percibido. Ella lo sacó de la miseria y lo elevó a su posición actual, pero a cambio, él debía entregarse a su voluntad. Nur no era una mujer fácil de controlar; era un verdadero demonio en su vida, obsesionada con mantener a Noah bajo su dominio. Aquella noche, mientras Noah se dejaba llevar por las atenciones de tres mujeres que intentaban seducirlo, Nur irrumpió en el club con sus guardaespaldas, su presencia imponente y su mirada furiosa.

—¡Noah, sabía que te encontraría aquí, rodeado de estas zorras! —exclamó Nur, su voz llena de ira mientras caminaba hacia él.

Las mujeres que lo rodeaban se apartaron inmediatamente, conscientes del poder que Nur ejercía. Noah la miró, sabiendo que no podía escapar de su destino. Nur había sido la clave de su ascenso, pero también representaba el precio que había tenido que pagar. Ella no solo era su aliada, sino también su carcelera, y aunque Noah había ganado poder, siempre supo que para mantenerlo debía estar a la altura de las expectativas de Nur.

—Necesitamos hablar, Noah —continuó Nur, dejando en claro que no aceptaría ningún tipo de excusa.

Noah rodó los ojos, resignado a enfrentar la conversación que sabía que tarde o temprano tendría que tener con ella. Aunque ahora era un hombre poderoso, seguía siendo vulnerable a los caprichos de Nur, la mujer que lo había rescatado pero que también lo mantenía encadenado a un destino oscuro y peligroso. Mientras se levantaba de su asiento, Noah no podía dejar de pensar en Clara, en cómo esa relación le había costado tanto. Sabía que para salvarla y conseguir lo que realmente deseaba, tendría que enfrentarse a las sombras de su pasado y, sobre todo, a la implacable Nur Sullivanch.

Nur lo miró intensamente, sus ojos ardiendo de deseo y determinación. Sin decir una palabra más, le indicó que la siguiera, girándose con una gracia casi felina y caminando hacia las escaleras. Noah observó su silueta mientras avanzaba, consciente de que aquella conversación no se limitaría a simples palabras. Los dos hombres que siempre la acompañaban, como sombras silenciosas, se detuvieron en la entrada, vigilando junto a los guardias que Noah había contratado para custodiar el club. Eran parte de su seguridad personal, pero en ese momento parecía que la autoridad de Nur los había silenciado.

Sin pronunciar ni una palabra, Noah siguió a Nur hasta el segundo piso, donde ella abrió la puerta de la primera habitación que encontraron. Una vez dentro, él cerró la puerta tras ellos, el silencio entre ambos se cargó de tensión. Antes de que pudiera reaccionar, Nur se abalanzó sobre él con una energía voraz, empujándolo contra la puerta. El golpe resonó, pero Noah apenas tuvo tiempo de procesarlo. La cercanía de Nur lo envolvió, y antes de que pudiera decir algo, ya sentía sus manos recorriendo su pecho, desabotonando su camisa con una urgencia que lo descolocó.

Nur no se detuvo, sus labios se encontraron con los de Noah en un beso impetuoso, cargado de una necesidad incontrolable. Sus manos hábiles deslizaban los botones de su camisa con destreza, mientras lo besaba con una pasión que no dejaba espacio para el rechazo. Noah, sorprendido por la intensidad de sus acciones, intentó hablar, tratando de detener lo que sucedía, aunque solo fuera por un momento.

—Mmm... Nur... ¿Qué estás haciendo? —murmuró Noah con dificultad, sus palabras apenas audibles entre los besos apresurados de Nur. Intentaba apartar su rostro, pero la cercanía y la fuerza con la que ella lo mantenía inmovilizado hacían imposible evitar el contacto.

Nur ignoró su intento de hablar, completamente sumida en su propia necesidad. Su respiración era agitada, y sus manos se aferraban a Noah con firmeza, como si no quisiera permitirle escapar. Cada vez que él intentaba decir algo o apartarla, Nur lo besaba con más fuerza, silenciándolo una y otra vez. Noah sentía el calor de su cuerpo contra el suyo, y aunque su mente luchaba por encontrar una manera de detener lo que estaba ocurriendo, su cuerpo reaccionaba instintivamente a la intensidad de la situación.

—Para un momento... Nur... —trató de insistir Noah, logrando apenas despegar sus labios lo suficiente como para terminar la frase, pero la voz de Nur lo interrumpió antes de que pudiera avanzar.

—Noah... —dijo ella entre jadeos —no puedes resistirte. Sabes que esto es lo que quiero... lo que siempre hemos compartido.

Sus palabras cargadas de deseo lo desarmaron. Noah sabía que su relación con Nur había sido compleja desde el principio. Ella lo había rescatado del infierno, le había dado poder, pero también había reclamado una parte de él que, en esos momentos, parecía estar fuera de su control. La influencia de Nur era como una red que lo envolvía, atrapándolo en una mezcla de poder y dependencia. Aunque Noah sabía que debía detenerla, había algo en la forma en que Nur lo miraba, lo tocaba, que hacía difícil resistirse.

Los recuerdos de su pasado compartido comenzaron a invadir su mente. Momentos de pasión, de alianzas secretas, de promesas no dichas pero entendidas entre ambos. Nur siempre había sido una mujer intensa, capaz de llevarlo a los extremos de sus emociones. Y ahora, allí, en esa habitación, parecía que toda esa energía acumulada durante años estaba a punto de explotar.

Noah intentó nuevamente apartarla con suavidad, pero la firmeza con la que Nur lo mantenía contra la puerta lo hizo entender que ella no estaba dispuesta a ceder tan fácilmente. Cada intento de detenerla era contrarrestado con una mayor intensidad por su parte. Los besos se volvieron más desesperados, como si Nur estuviera peleando contra el tiempo, como si algo en su interior temiera que Noah se alejara definitivamente.

—Nur... no podemos... no así... —murmuró Noah, buscando en sus palabras la forma de hacerla entender, pero Nur simplemente no lo escuchaba.

Los besos continuaron, su camisa ya completamente desabrochada, mientras los dedos de Nur recorrían su torso con la familiaridad de alguien que lo conocía demasiado bien. Noah sintió cómo su resistencia empezaba a desmoronarse poco a poco, no solo por el deseo, sino también por el peso de los recuerdos que lo conectaban con ella. Sabía que detenerla sería más difícil de lo que había imaginado, especialmente porque, en el fondo, una parte de él seguía sintiendo algo por Nur, aunque no quisiera admitirlo.

Finalmente, en un momento de claridad, Noah tomó a Nur por los hombros con firmeza, obligándola a detenerse por un segundo. Ambos respiraban agitadamente, y por un instante, el silencio entre ellos fue palpable. Las emociones seguían allí, tensas, cargadas, pero Noah sabía que debía hablar antes de que las cosas fueran demasiado lejos.

—Nur... esto no está bien. —Su voz era más firme esta vez, pero había una mezcla de compasión y resolución en ella —No podemos seguir así.

Nur lo miró a los ojos, sus labios aún entreabiertos, con una mezcla de deseo y frustración. Durante un instante, pareció dudar, pero luego su expresión cambió. Aunque su respiración seguía siendo rápida, bajó las manos lentamente, apartándose de Noah. Él, aún apoyado contra la puerta, la miró con una mezcla de alivio y preocupación.

—Noah... siempre lo hacemos así —murmuró ella, casi con incredulidad —No me digas que ahora quieres cambiar todo.

—Te recuerdo el trato que tenemos —dijo Nur, con una voz firme y calculada, mientras sus ojos se clavaban en los de Noah. Aquellas palabras resonaron en la mente de Noah como una sentencia. Supo en ese instante que no tenía escapatoria. El acuerdo que había sellado con aquella mujer, aunque lo había salvado de muchas cosas, lo había también encadenado a una relación que él nunca había deseado. No tenía más opción que complacer a Nur, la mujer que había tomado como pareja, no por amor, sino por un contrato frío y pragmático.

La noche avanzaba lentamente, cada minuto pesando más sobre los hombros de Noah. Se sumergió en los brazos de Nur, cumpliendo con su papel de pareja, tal como se esperaba de él. Los labios de ella buscaban los suyos, sus manos exploraban su cuerpo con familiaridad. Pero en el corazón de Noah no había espacio para ella. Estaba sellado, reservado para otra persona, para alguien que, a pesar del tiempo y la distancia, seguía siendo la única que importaba realmente.

Clara. Su nombre flotaba en la mente de Noah, como un fantasma que no podía ignorar. Los recuerdos de ella lo atormentaban, mezclándose con los gestos de Nur, como si su memoria fuera una presencia constante que no lo dejaba en paz. Cada vez que cerraba los ojos, podía ver el rostro de Clara, sus ojos, su sonrisa, todo lo que le hacía desear volver a estar a su lado. El anhelo por verla nuevamente lo consumía, le desgarraba el alma, al tiempo que lo mantenía prisionero en un cuerpo que estaba entregado a otra persona.

Mientras cumplía con su deber como pareja de Nur Sullivanch, su mente viajaba lejos. En lugar de ver a Nur frente a él, Noah veía el rostro de Clara. Era su imagen la que se filtraba en cada rincón de su mente, la que aparecía cuando Nur lo miraba o lo tocaba. La voz de Nur se volvía distante, sus caricias ajenas. Noah estaba allí físicamente, pero su corazón estaba atrapado en el recuerdo de un amor que nunca había podido olvidar.

El contrato que lo unía a Nur era más que una simple obligación. Para ella, Noah era una posesión, algo que debía tener a toda costa. No dudaba en usar cualquier medio para mantenerlo a su lado, y Noah lo sabía. No había amor en aquella relación, solo control y poder. Nur, con su determinación implacable, era capaz de todo. Si él intentaba huir o romper el trato, no dudaba que ella sería capaz de incendiar la ciudad entera solo para asegurarse de que Noah no estuviera con nadie más que con ella.

Y sin embargo, allí estaba, atrapado en una farsa de afecto, fingiendo un amor que no existía. Mientras la noche avanzaba, Noah continuó con aquel teatro, tratando de cumplir con lo que se esperaba de él, aunque cada gesto, cada palabra, le resultara falso. Se sentía como un actor en una obra cruel, obligado a interpretar un papel que lo destruía por dentro.

El cuerpo de Nur se pegaba al suyo, pero la distancia entre sus corazones era inmensa. Noah podía

sentir el peso de la manipulación y el control, pero lo peor era la desesperanza. No había forma de escapar de esa prisión que él mismo había ayudado a construir. Aunque su alma clamaba por liberarse, por buscar a Clara y reencontrarse con lo que alguna vez fue real, su cuerpo estaba encadenado por las cláusulas de un contrato que lo ataba a una mujer que no conocía límites en su obsesión por él.

Cada movimiento que hacía junto a Nur lo alejaba más de sí mismo. En su mente, Clara seguía siendo el faro que iluminaba su oscuridad, la única que podía devolverle algo de lo que había perdido. Pero, al mismo tiempo, sabía que cada noche que pasaba con Nur, fingiendo una vida que no le pertenecía, lo alejaba más de ese sueño imposible.

Mientras el silencio de la habitación los envolvía, Noah cerró los ojos y se permitió, por un instante, imaginar que era Clara quien estaba allí con él. Que los brazos que lo rodeaban eran los de la mujer que realmente amaba. Pero, al abrirlos de nuevo, la cruda realidad lo golpeó como un balde de agua fría. Nur seguía allí, mirándolo con esa expresión de posesión que tanto lo inquietaba.

Noah dejó escapar un suspiro silencioso, sabiendo que el precio de su libertad era demasiado alto, y que su vida, al menos por ahora, seguiría siendo una mentira envuelta en las sedas de un contrato que no podía romper.

Nur había tomado aquella oportunidad como su única posibilidad de sentir lo que siempre había anhelado: ser amada por Noah, el joven al que había salvado de su destino incierto. Lo amaba con una intensidad casi desesperada, y contra ese sentimiento no había nada que hacer. Para ella, Noah era más que una simple compañía, era el centro de su vida, y no importaba lo que tuviera que hacer para retenerlo a su lado.

—Aquí tienes... tal como te lo prometí —dijo Nur, con una sonrisa en los labios mientras sacaba un sobre marrón de su cartera. Sin detenerse a pensar, lo lanzó cerca de Noah, quien estaba acostado en la cama, con la mitad de su cuerpo desnudo, envuelto en las sábanas blancas. Él apenas había terminado de vestirse, y su cuerpo aún brillaba ligeramente bajo la tenue luz del atardecer que se filtraba por las cortinas de la habitación.

El sonido del sobre al caer llamó la atención de Noah, quien se incorporó con rapidez, sin siquiera dirigir una palabra a Nur. Su mente estaba enfocada únicamente en el contenido de ese sobre. Sabía lo que había dentro, lo que había esperado durante tanto tiempo. Alargó la mano con algo de ansiedad y lo tomó, abriendo el sobre con precisión, casi con una mezcla de temor y emoción contenida.

Dentro, como Nur le había prometido, estaba una nueva identificación, un pasaporte que lo legitimaba en su nuevo propósito. Nur había utilizado sus influencias para comprar los documentos necesarios, utilizando los contactos de la poderosa familia Miller. Se había encargado de todo, asegurándose de que Noah tuviera lo que tanto deseaba, aunque en el fondo, sabía que lo hacía por razones egoístas. Quería que él estuviera a su lado, que no tuviera ninguna excusa para escapar de su control.

Los ojos de Noah brillaron al ver el documento. Sus dedos recorrieron con cuidado el papel, asegurándose de que todo estuviera en orden. Ese pasaporte no solo representaba una nueva identidad, sino también una llave que le abría las puertas hacia su verdadera obsesión: Clara, la mujer que él amaba en secreto, la que había sellado su corazón mucho antes de que Nur entrara en su vida.

Finalmente, tenía la herramienta que le permitiría estar más cerca de ella, aunque fuera bajo una identidad falsa, lejos de la vigilancia que hasta ahora le había impedido buscarla.

Nur observaba cada movimiento de Noah con atención, sus ojos oscuros seguían el brillo en los de él, pero sabía que no era ella quien lo hacía sentir así. A pesar de haberle dado lo que él necesitaba, el verdadero destinatario de esa mirada de satisfacción no era ella, sino Clara. La realizadora de sus sueños lo miraba en silencio, aceptando en su interior que, aunque Noah cumplía con sus deseos por obligación, su corazón pertenecía a otra.

—Todo está en orden, ¿no? —preguntó Nur, su voz ligeramente tensa, intentando no mostrar la inseguridad que la carcomía por dentro.

Noah apenas asintió, sin levantar la mirada del pasaporte. Era como si estuviera en otra dimensión, lejos de la habitación y de Nur, soñando con el momento en que pudiera usar esa nueva identidad para acercarse a Clara. Nur lo sabía, pero no lo admitía. Se convencía a sí misma de que, tarde o temprano, él terminaría amándola a ella, que todo lo que había hecho por él no podía ser en vano. Había invertido demasiado para dejar que se escapara ahora.

El silencio entre ambos era denso, casi palpable. Nur, al ver que Noah seguía sumido en sus pensamientos, se levantó de la silla en la que había estado sentada y caminó hacia la ventana, mirando hacia la ciudad. Su mente era un torbellino de emociones contradictorias. Lo amaba, pero al mismo tiempo, sabía que nunca podría tener su amor de la forma en que deseaba. No importaba cuántos documentos falsos le comprara, ni cuántas veces lo rescatara de situaciones complicadas. Noah siempre pensaría en otra mujer.

—Sabes lo que esto significa, ¿verdad? —dijo ella sin mirarlo, su voz sonaba más fría de lo que pretendía. —Con esto ya no tendrás que esconderte más... ni de ellos, ni de mí.

Noah la escuchó, pero sus pensamientos estaban lejos de sus palabras. Nur siempre sería una pieza clave en su vida, pero nunca la protagonista. Sabía que debía cumplir con el trato, debía mantener las apariencias, pero su mente estaba fija en el futuro. En ese futuro en el que él podría, finalmente, encontrar a Clara y liberarse de las cadenas invisibles que Nur había creado a su alrededor.

—Gracias —murmuró Noah finalmente, levantando la mirada por un breve momento hacia ella, pero sin el calor ni la emoción que Nur esperaba. Era un agradecimiento vacío, lleno de distancia, como todo lo que había entre ellos.

Nur cerró los ojos un momento, tratando de controlar el dolor que esa única palabra le provocaba. Sabía que, a pesar de todo lo que había hecho por él, Noah nunca la vería como ella deseaba. Pero eso no la detendría. Estaba decidida a hacer lo que fuera necesario para mantenerlo a su lado, incluso si eso significaba seguir fingiendo que todo estaba bien, que él la necesitaba.

Y así, mientras el pasaporte descansaba en las manos de Noah, como la promesa de un futuro diferente, Nur se quedaba en las sombras, aceptando su papel en una relación que, aunque unilateral, le daba la única cosa que no podía obtener de ninguna otra forma, la ilusión de que él era suyo, aunque fuera solo en apariencia.

Nur se encontraba en la habitación, su mente ocupada por pensamientos de incertidumbre y duda. Mientras se quitaba la ropa que había estado usando durante el día, sus manos se movían con lentitud, casi con una pesadez que reflejaba el agotamiento que sentía. Sabía que había hecho todo lo

posible por mantener a Noah cerca, pero en el fondo, una voz persistente le recordaba que su esfuerzo podría ser en vano.

—Solo espero que todo esto no sea en vano —murmuró, apenas audible, mientras se deslizaba en su nueva vestimenta, un vestido ligero que apenas tocaba su piel, buscando comodidad más que estilo. Después, se sentó frente al tocador, observando su reflejo en el espejo.

Las luces suaves que rodeaban el espejo iluminaban su rostro con una luz tenue, pero no podían ocultar las sombras bajo sus ojos. Tomó con calma el pincel de maquillaje, intentando restaurar la imagen de perfección que había construido para sí misma, como si, al mejorar su apariencia, pudiera también arreglar todo lo que estaba mal en su vida. Pero a pesar de los productos que aplicaba con maestría, no lograba disimular el cansancio emocional que llevaba por dentro.

Noah, por su parte, estaba recostado en la cama, con las manos entrelazadas debajo de su cabeza, mirando el techo. Su expresión era una mezcla de determinación y rencor. Cada palabra que Nur pronunciaba lo irritaba en cierto modo, aunque no lo mostraba abiertamente. Estaba acostumbrado a escucharla hablar de lo que ella quería y esperaba, pero él solo tenía un objetivo en mente, y estaba lejos de complacer las expectativas de Nur.

—Lo será... —respondió con voz firme y fría, sin apartar la mirada del techo —Recuperaré todo lo que alguna vez me han arrebatado.

Las palabras resonaron en la habitación con un eco de resentimiento. Noah había aprendido a vivir con el peso de la traición, el dolor y la pérdida. Todo lo que había sufrido en el pasado lo había convertido en el hombre que era ahora, frío, calculador, y completamente enfocado en vengarse de aquellos que le habían robado lo que más valoraba. Sus manos, apoyadas debajo de su cabeza, estaban tensas, como si cada fibra de su ser estuviera lista para actuar, para llevar a cabo su plan de recuperación.

Nur, al escucharlo, detuvo brevemente el pincel sobre su rostro. Sus ojos se encontraron con los de Noah en el reflejo del espejo. Por un momento, se quedó observándolo, tratando de descifrar si alguna de esas palabras estaba dirigida a ella, si había alguna parte de él que aún pudiera querer lo que ella le ofrecía. Pero su expresión era impenetrable. No había amor ni deseo en esos ojos. Solo la fría determinación de alguien que no tenía más espacio para sentimientos profundos, al menos no hacia ella.

Nur suspiró, retomando su tarea de maquillarse, pero sus movimientos eran más mecánicos ahora, sin el entusiasmo de antes. Sabía que Noah no estaba pensando en ella cuando hablaba de recuperar lo perdido. En su mente, seguramente solo estaba Clara, aquella mujer que seguía ocupando cada rincón de su corazón, a pesar de todo lo que Nur había hecho por él. Y eso dolía, aunque nunca lo admitiría en voz alta.

—Noah... —dijo ella, su voz temblando ligeramente mientras aplicaba un toque final a su maquillaje —¿Alguna vez has pensado en... qué pasaría si no lo logras? Si todo lo que estás planeando... no te lleva a donde esperas.

Noah no respondió inmediatamente. Sus ojos permanecieron fijos en el techo, como si estuviera buscando una respuesta entre las sombras de la habitación. Finalmente, después de un largo silencio, habló, con un tono aún más duro.

—No hay "si no lo logro". No existe otra opción, Nur. Todo lo que hago, todo lo que he soportado, es para asegurar que lo recuperaré. No permitiré que me arrebaten más. No después de todo lo que me han quitado.

Sus palabras eran como un muro que la mantenía a distancia. No había espacio para dudas en su mundo. Nur lo sabía, pero aún así, una parte de ella seguía aferrada a la esperanza de que, algún día, él la vería de otra manera, que no todo lo que habían compartido había sido solo por un contrato o conveniencia.

Terminó de maquillarse, y dejó el pincel sobre el tocador con un pequeño golpe seco, mirando su reflejo una vez más. El rostro que la devolvía la mirada estaba impecable, pero detrás de esa imagen perfecta, se ocultaba la frustración de una mujer que había dado todo por un hombre que nunca la amaría de la misma forma.

—Noah... —susurró, sin esperar una respuesta esta vez —Espero que cuando recuperes lo que buscas... recuerdes quién estuvo a tu lado todo este tiempo.

Él no contestó. Quizás no la escuchó, o quizás decidió ignorarla. En cualquier caso, el silencio que siguió a sus palabras fue más elocuente que cualquier respuesta que él pudiera darle. Noah ya había tomado su decisión. Y mientras Nur se levantaba del tocador, sabiendo que sus palabras habían caído en oídos sordos, comprendió que, aunque él recuperara lo que deseaba, su lugar en la vida de Noah siempre sería secundario.

Deseo sin Amor

Mientras Noah, con su nueva identidad, se encontraba ansioso por regresar a la vida de Clara, su mente no dejaba de anticipar el momento en que volvería a cruzarse con ella. Había pasado tanto tiempo esperando, planeando y reconstruyendo su vida en las sombras. Ahora, con un nuevo rostro y una nueva posición de poder, estaba más cerca que nunca de recuperar lo que siempre había querido, el amor de Clara. Sabía que no sería fácil, pero la idea de estar cerca de ella otra vez lo llenaba de una adrenalina incontrolable. Cada detalle estaba calculado, y cada paso lo llevaba más cerca de su objetivo final.

Mientras tanto, en un mundo completamente diferente, Heinst estaba inmerso en su propia búsqueda. La muerte de su padre lo había dejado marcado, y desde aquel fatídico día, no había descansado hasta encontrar al responsable. Su búsqueda de venganza lo había llevado a rincones oscuros del mundo criminal, lugares que nunca imaginó que frecuentaría. Ya no era el hombre que una vez fue; se había transformado en alguien frío, calculador y dispuesto a todo para hacer justicia.

Vestido como uno más de los criminales que ahora lo rodeaban, Heinst se mimetizaba en ese ambiente sombrío. Para todos los efectos, había dejado de ser el hombre de la ley, y ahora se movía

con la misma facilidad que cualquier criminal en los bajos fondos. No era fácil para él adaptarse, pero la sed de venganza lo mantenía enfocado. Sabía que debía pensar como ellos, actuar como ellos, para llegar a su objetivo.

Uno de sus contactos más valiosos en esa vida oculta era un expolicía, un hombre que había cruzado la línea hacia el mundo oscuro después de años sirviendo en la fuerza. Ese hombre había dejado atrás su vida de justicia y ahora operaba en las sombras, ofreciendo sus servicios a quien pudiera pagar el precio correcto. Fue él quien le había ofrecido su ayuda a Heinst, entendiendo su necesidad de justicia a cualquier costo. Heinst confiaba en él lo suficiente como para pedirle un favor delicado: localizar al hombre que había visto en un video de seguridad, el mismo hombre que él creía responsable de la muerte de su padre.

El video que Heinst había conseguido era vago, pero contenía un detalle crucial, un pequeño tatuaje en forma de estrella con una bala en el centro. Aquel símbolo estaba grabado en la piel del asesino, y era la única pista que Heinst tenía para seguir. Aunque no era mucho, él sabía que era suficiente para empezar. Ese tatuaje significaba algo, y Heinst estaba decidido a descubrir qué.

El ex policía, con sus conexiones en el bajo mundo, se puso a trabajar de inmediato. Sabía que encontrar a alguien con ese tatuaje no sería sencillo, pero también sabía que en ese mundo, todos tenían un precio y que la información siempre estaba disponible para quien supiera buscarla. Mientras tanto, Heinst se mantenía cerca, observando cada movimiento, asegurándose de que nada pasara desapercibido. Cada día que pasaba sin una respuesta era un día más que su venganza se retrasaba, pero él era paciente. Sabía que este tipo de cosas tomaban tiempo.

Los días se volvieron semanas, y cada día Heinst se sumergía más en ese mundo oscuro, perdiendo de vista quién era realmente. Las noches en bares clandestinos y las reuniones con individuos peligrosos se convirtieron en su nueva rutina. A veces, la tensión lo superaba, pero la imagen de su padre, y el deseo de justicia, lo mantenían firme.

Mientras tanto, Noah, ajeno a la lucha interna de Heinst, avanzaba en su plan. Sabía que Heinst aún estaba en la vida de Clara, pero eso no lo detendría. Su nueva identidad le permitía moverse con libertad, y pronto estaría en la posición perfecta para acercarse a ella. Lo único que le faltaba era la oportunidad perfecta, y Noah siempre había sido paciente para esperar el momento adecuado.

Pronto, Heinst, un agente del Centro de Inteligencia de Operaciones (C.I.O.), comenzó a forjar su camino en el submundo criminal, ganándose lentamente la confianza de los hombres más peligrosos y despiadados. Su misión requería que se sumergiera por completo en ese universo sombrío, dejando atrás cualquier vestigio de su vida anterior. Para sobrevivir y avanzar en ese entorno, tuvo que hacer sacrificios que nunca habría imaginado.

El nombre de Heinst había sido cuidadosamente ocultado, y en su lugar, todos lo conocían como "El Chiquillo". Era un apodo que había ganado debido a su juventud en comparación con los otros criminales experimentados, pero también porque subestimaban su capacidad. A ojos de los más veteranos, parecía inofensivo, un recién llegado que debía demostrar su valía. Sin embargo, lo que no sabían es que detrás de ese apodo se escondía un hombre calculador, dispuesto a hacer lo necesario para cumplir su objetivo.

Para integrarse en ese mundo, Heinst tuvo que hacer cosas que iban en contra de su naturaleza. Su moral, antes tan firme, se fue desvaneciendo lentamente con cada paso que daba. Desde pequeños

favores hasta involucrarse en negocios sucios, Heinst dejó que la oscuridad de su nueva vida lo envolviera. Sabía que cuanto más profundo entrara, más confianza ganaría de aquellos a quienes debía observar y derribar desde dentro. Cada acción que realizaba era una pieza en su juego mayor, un movimiento calculado para avanzar en la estructura de poder de ese mundo criminal.

A medida que el apodo "El Chiquillo" resonaba en los círculos del hampa, Heinst comenzó a ganarse la admiración y el respeto de aquellos que inicialmente lo despreciaban. Se mostraba como un hombre dispuesto a ensuciarse las manos sin titubear, y poco a poco, las puertas que antes estaban cerradas para él empezaron a abrirse. Los líderes de las organizaciones más peligrosas empezaron a confiar en él, y Heinst supo que estaba cerca de lograr su meta. Cuanto más se adentraba, más información obtenía, y su red de contactos en el C.I.O. lo mantenía informado y protegido en las sombras.

Sin embargo, Heinst nunca perdía de vista su verdadero objetivo. Cada movimiento que hacía, cada conversación que tenía, todo era un paso más hacia la venganza por la muerte de su padre. Sabía que el asesino estaba en alguna parte de ese mundo, oculto tras una máscara de poder e impunidad. El único detalle que tenía era aquel tatuaje de una estrella con una bala en el centro, y cada noche, cuando regresaba a su escondite, repasaba las pocas pistas que había conseguido. Era un rompecabezas complicado, pero estaba determinado a resolverlo.

El ex policía que ahora trabajaba como su contacto en el bajo mundo le proporcionaba información valiosa. Juntos, empezaron a seguir el rastro del hombre que tenía ese tatuaje. Mientras Heinst continuaba infiltrándose en el corazón del crimen organizado, su paciencia empezaba a dar frutos. Algunos de los criminales más influyentes comenzaron a confiar en él con trabajos delicados, y a través de estos encargos, Heinst obtuvo más acceso a información privilegiada. Sabía que pronto encontraría lo que buscaba.

Sin embargo, el precio de esa inmersión era alto. A veces, en las noches más oscuras, Heinst se miraba al espejo y apenas reconocía al hombre que veía. La línea entre su vida anterior y la que llevaba ahora se desdibujaba cada vez más. Era consciente de que ya no podía regresar fácilmente a lo que alguna vez fue, y aunque eso lo inquietaba, su deseo de justicia era más fuerte que cualquier temor.

El apodo "El Chiquillo" seguía expandiéndose en el mundo criminal, y con ello, su influencia crecía. Los más peligrosos empezaron a llamarlo para trabajos importantes, convencidos de que era uno de ellos. Había aprendido a moverse con la rapidez y la astucia de un verdadero criminal, y eso le permitió consolidarse como una figura de confianza. Aun así, sabía que debía mantenerse alerta. En ese mundo, la traición era moneda corriente, y cualquier paso en falso podría costarle la vida.

A pesar de todo, Heinst permanecía firme en su propósito. Había dejado de lado su vida anterior, su identidad como agente del C.I.O., y ahora solo existía como "El Chiquillo", un hombre en busca de venganza. Sabía que el camino hacia su objetivo final sería largo y lleno de peligros, pero estaba dispuesto a enfrentarlo.

Clara, por su parte, estaba al frente de la empresa, enfrentando con determinación los desafíos que amenazaban con desmoronar los cimientos que sus padres habían construido con tanto esfuerzo. A pesar de que ellos ya no estaban, el legado que le habían dejado seguía siendo su mayor responsabilidad y motivo de lucha. Cada día se levantaba con el propósito de salvar la compañía, de

evitar que la crisis que estaban atravesando se convirtiera en la ruina definitiva de todo lo que sus padres habían creado.

La situación no era fácil. Los problemas financieros eran cada vez más evidentes, y las tensiones entre los empleados también crecían. Sin embargo, Clara no dejaba que el estrés la derrotara. Con su ingenio y su voluntad férrea, continuaba buscando soluciones, enfrentándose a los números rojos y a las decisiones difíciles que debía tomar para mantener la empresa a flote. Cada día era una batalla, pero Clara se negaba a rendirse. Sabía que la caída de la empresa no solo significaría una pérdida económica, sino que también representaría el fin del sueño de su familia.

El personal de la empresa también sentía el peso de la crisis. Sus asistentes corrían de un lado a otro, preparando los últimos detalles para la reunión con los nuevos inversores. Clara había trabajado incansablemente para conseguir esa oportunidad, y sabía que sería clave para el futuro de la compañía. Cada uno de sus empleados estaba enfocado en su tarea, reparando desperfectos, organizando documentos, y asegurándose de que todo estuviera impecable. Las oficinas estaban más agitadas que nunca, pero también llenas de esperanza.

Clara había hecho grandes sacrificios para llegar hasta ese punto. Había renunciado a su vida personal, a sus propias necesidades, para dedicarse en cuerpo y alma a la empresa. Sabía que el futuro dependía de convencer a esos inversores de que aún había un potencial en lo que alguna vez fue un negocio próspero. Pero no todo dependía de ellos. Clara confiaba en su capacidad para negociar, en su instinto empresarial y en la fuerza que sus padres le habían inculcado.

Mientras caminaba por los pasillos, observaba cómo sus asistentes trabajaban sin descanso. Sentía una mezcla de gratitud y preocupación. Sabía que sus empleados también estaban bajo una presión tremenda, y se esforzaba por mostrarles que, aunque las cosas fueran difíciles, había luz al final del túnel. A medida que se acercaba la hora de la reunión, Clara repasaba en su mente cada detalle de la presentación que haría, consciente de que cualquier error podría costarles caro.

En medio de toda la agitación, Clara no podía evitar recordar a sus padres. Recordaba las enseñanzas de su padre, quien siempre le decía que el éxito de una empresa no se medía solo por los números, sino por la gente que trabajaba en ella. Y su madre, con su constante apoyo y consejos, siempre le recordaba que no importaba cuán dura fuera la tormenta, siempre habría una forma de salir adelante. Esos pensamientos le daban fuerzas, la impulsaban a seguir adelante.

Finalmente, el momento llegó. Los inversores estaban por llegar, y Clara se preparó mentalmente para la reunión más importante de su vida. Sabía que tenía que proyectar confianza, mostrarles que a pesar de la crisis, la empresa aún tenía mucho que ofrecer. Las horas previas habían sido frenéticas, pero Clara confiaba en su equipo. Habían trabajado como una máquina bien engrasada, asegurándose de que cada detalle estuviera bajo control.

Cuando los inversores finalmente entraron a las oficinas, Clara los recibió con una sonrisa segura. Sabía que lo que estaba en juego era grande, pero también sabía que no estaba sola en esta lucha. Con un último vistazo a su equipo, que aguardaba expectante desde sus escritorios, Clara se dispuso a dar todo de sí para salvar la empresa.

Clara observó la hora en su reloj de mano. Era el momento de levantarse de su silla y dejar su despacho para dirigirse a la sala de juntas, donde la esperaban los nuevos inversores. Caminó con paso decidido, consciente de que esa reunión era crucial para el futuro de la empresa. Al entrar en la

sala, vio a varios inversores ya sentados, todos con expresiones de interés y cierta expectación. Sabía que estaban dispuestos a cooperar y a invertir en la compañía, pero cada uno tenía sus propias expectativas y dudas.

—Buenas tardes... quiero darles la bienvenida a este nuevo proyecto. Veo que aún falta un inversor —dijo Clara, observando los asientos ocupados y notando la ausencia de una figura clave.

Los demás inversores comenzaron a murmurar entre sí, intercambiando impresiones mientras esperaban al último invitado. De repente, las puertas de la sala de juntas se abrieron de par en par, interrumpiendo el murmullo. Un hombre joven y de apariencia elegante hizo su entrada. Caminaba con una confianza natural, irradiando una presencia que no pasó desapercibida. Sus ojos, fríos y calculadores, se fijaron en Clara al instante.

—Disculpen la tardanza... pero me surgió algo imprevisto —dijo el hombre, su voz grave resonando en la sala, mientras no apartaba la mirada de Clara, a quien reconoció inmediatamente como la directora ejecutiva de la empresa.

Clara se levantó de su silla, sorprendida por la entrada imponente del desconocido. Caminó hacia él para estrechar su mano, buscando mostrarse profesional a pesar de la sorpresa.

—Bienvenido... me llamo...—Clara comenzó a presentarse, pero su voz se apagó cuando fue interrumpida abruptamente por el hombre que la observaba con intensidad.

—Clara Miller... —pronunció él con una voz profunda que la envolvía—. Estaba ansiando este momento para conocerla finalmente.

La forma en que sostuvo su mano fue inesperada, más firme y prolongada de lo que ella esperaba. Clara sintió la presión de su contacto, sus dedos siendo atrapados por los del hombre desconocido. Había algo en su mirada, un destello de familiaridad que la desconcertó por un segundo.

—Soy Alexander Renaud —dijo, pronunciando su nombre con una especie de orgullo inherente—. Soy el nuevo inversor.

La sala quedó en silencio por un momento, mientras Clara asimilaba sus palabras. Ese nombre no le era desconocido. Había oído hablar de Alexander Renaud, un magnate de los negocios con una reputación tan impresionante como su habilidad para manipular el mercado. Sin embargo, no esperaba que fuera él quien completara el grupo de inversores. Su nombre, de alguna manera, había sido mantenido en secreto hasta ese mismo instante.

Los ojos de Alexander no se apartaban de los de Clara, como si estuviera midiendo cada una de sus reacciones. La intensidad de ese encuentro inicial la dejó inquieta, aunque intentó mantener la compostura. Sabía que, a partir de ese momento, tendría que lidiar con más que solo negocios. Alexander Renaud no era un inversor cualquiera; su presencia traía consigo una nueva dimensión a todo lo que hasta ese momento había planeado.

—Un placer conocerlo, señor Renaud —respondió Clara con una sonrisa profesional, recuperando su voz y la compostura—. Espero que este sea el inicio de una colaboración fructífera.

Alexander esbozó una leve sonrisa, aún manteniendo el contacto visual. Clara, a pesar de su calma exterior, no pudo evitar sentir que algo más se estaba desarrollando detrás de esa aparente formalidad.

—No tengo ninguna duda de que lo será —dijo él en un tono bajo y seguro, finalmente soltando su mano y dirigiéndose a su asiento.

La reunión estaba a punto de comenzar, pero para Clara, el verdadero desafío acababa de entrar por esas puertas, vestido con traje de diseñador y con una mirada capaz de atravesar cualquier fachada.

Después de haberse presentado ante el nuevo inversor, Clara retomó el control de la reunión con una calma y seguridad que imponían respeto. Había trabajado mucho para llegar a ese momento, y no podía permitir que una inesperada presencia la desestabilizara. Con una postura firme, dirigió la reunión, exponiendo los detalles del proyecto y las estrategias que había diseñado para sacar a la empresa de la crisis en la que se encontraba. Cada palabra que pronunciaba era clara, precisa, como si hubiera ensayado cada frase mil veces.

Alexander, por su parte, la observaba en silencio, aparentando ser solo otro inversor más, pero su atención estaba fija en ella de una manera que no podía disimular. Ocultaba su verdadera identidad detrás de un nombre que, aunque poderoso en el mundo de los negocios, no revelaba nada sobre su vínculo pasado con Clara. La observaba tal como la recordaba: firme, determinada, siempre enfrentando cualquier desafío con una solución en mente, como si ningún obstáculo fuera lo suficientemente grande para detenerla.

Los otros inversores hicieron preguntas, algunas críticas, otras alentadoras, pero Clara respondió a todas con una precisión y serenidad que dejaba claro que dominaba cada aspecto del negocio. Ella sabía que esta reunión era crucial para salvar la empresa, para mantener vivo el legado de sus padres, y por ello no podía permitirse fallar. Su equipo, a su lado, también colaboraba con eficiencia, presentando cifras y proyecciones, asegurándose de que todo fluyera sin contratiempos.

Sin embargo, a pesar del ambiente de negocios que la rodeaba, Clara no podía ignorar del todo la presencia de Alexander. Había algo en él que le resultaba extrañamente familiar, aunque no podía poner el dedo en el porqué. Cada vez que alzaba la vista, lo encontraba observándola con una intensidad que la incomodaba, aunque él no mostrara ningún indicio de quién era realmente.

Por su parte, Alexander no perdía detalle alguno. Recordaba a Clara desde aquellos días en los que sus caminos se habían cruzado brevemente, antes de que el destino los separara. Ahora, sentado allí, viéndola manejar la situación con una habilidad que pocos poseían, no podía evitar admirarla. Clara había cambiado en algunas cosas, pero en esencia seguía siendo la misma mujer decidida que había conocido.

Mientras la reunión avanzaba, él notaba cómo la mente analítica de Clara procesaba cada pregunta, cada comentario, buscando siempre la solución más eficaz. En ningún momento vacilaba. Esa capacidad de encontrar respuestas ante la adversidad, esa fuerza inquebrantable, era lo que había marcado su memoria.

Alexander, aunque mantenía su fachada como inversor interesado en el éxito del proyecto, tenía otros motivos ocultos para estar allí. Quería recuperar algo más que una inversión. Quería, de algún modo, volver a conectar con aquella mujer que había dejado una huella tan profunda en su vida, aunque ella no lo recordara.

La reunión finalmente llegó a su fin, y Clara concluyó con un resumen de los próximos pasos, agradeciendo a todos por su tiempo y disposición para colaborar en el proyecto. Se levantó de su asiento, invitando a los inversores a revisar los contratos y discutir cualquier duda de manera privada

si lo deseaban.

—Confío en que este proyecto será beneficioso para todos nosotros —dijo Clara con una sonrisa profesional—. Estoy a su disposición para cualquier consulta que deseen hacer.

Alexander se levantó también, pero no se apresuró en marcharse como lo hicieron algunos de los otros inversores. Caminó lentamente hacia Clara, aprovechando el momento en que ella se despidió de los últimos participantes.

—Señorita Miller, excelente presentación. Es evidente que tiene todo bajo control —comentó con un tono que insinuaba más de lo que decía—. Estoy seguro de que esto será solo el inicio de algo muy exitoso.

Clara lo miró, aún con esa sensación extraña en su interior, pero respondió con la misma cortesía que había mostrado durante toda la reunión.

—Gracias, señor Renaud. Hago lo que es necesario por el bien de la empresa —respondió, intentando descifrar la mirada que él le dirigía.

Alexander sonrió levemente, pero en su interior, había algo más. Sabía que pronto llegaría el momento de revelar su verdadero propósito allí, pero por ahora, se conformaba con estar cerca de Clara, observando cómo se movía en el mundo que una vez compartieron, aunque ella no lo supiera aún.

En los días que siguieron, Alexander, quien en realidad era Noah, el antiguo prometido de Clara, se mantuvo atento a cada movimiento en la empresa. Sabía que debía actuar con cautela, pero a la vez estaba decidido a recuperar un lugar en su vida. Pasaba cada vez más tiempo cerca de Clara, buscando oportunidades para estar a su lado tanto en el trabajo como fuera de él. Poco a poco, fue ganándose su confianza, volviéndose una presencia constante, no solo en su vida laboral, sino también en la personal.

A medida que transcurrían las semanas, Clara no podía evitar notar lo rápido que Alexander —o mejor dicho, Noah— se estaba volviendo indispensable en su vida. Aunque intentaba mantener una cierta distancia profesional, no podía negar que había algo familiar en él, algo que la hacía sentir cómoda a pesar del poco tiempo que llevaban conociéndose bajo esta nueva identidad. Sin embargo, no mencionaba nada al respecto, prefiriendo ignorar esa inquietud que latía en su interior, como si temiera descubrir una verdad que no estaba lista para enfrentar.

Alexander, por su parte, conocía a Clara mejor que nadie. A pesar de su nueva identidad, seguía siendo el hombre que había estado a punto de convertirse en su esposo. Sabía exactamente qué la molestaba, qué la hacía sentir incómoda o nerviosa. Podía reconocer los pequeños gestos que ella hacía cuando estaba abrumada por el trabajo, como el tic de mover su pie bajo la mesa o la manera en que apretaba los labios cuando algo no salía según lo planeado. Él sabía que, por más que tratara de ocultarlo, Clara no podía dormir con la luz apagada; esa pequeña inseguridad que solo él conocía.

Cada mañana, Alexander se aseguraba de traerle su café exactamente como a ella le gustaba: descremado y sin azúcar, un detalle que cualquiera podría considerar insignificante, pero que en el caso de Clara era una pequeña prueba de cómo él aún la conocía en cada uno de sus hábitos más íntimos. Lo hacía de manera sutil, sin levantar sospechas, como si fuera una simple coincidencia que él adivinara con tanta precisión sus preferencias.

Clara, aunque agradecida, no podía evitar sentirse un poco confundida por estos gestos. Había algo en Alexander que la inquietaba, pero no lograba descifrar qué era. A veces, sentía que él la observaba con una intensidad que iba más allá de lo meramente profesional, como si hubiera algo en su mirada que le resultaba extrañamente familiar, pero no podía precisar por qué.

Sin embargo, Alexander sabía exactamente por qué. Él era Noah, el hombre que había estado a punto de compartir su vida con Clara. Recordaba cada detalle de ella, desde la manera en que torcía el gesto cuando algo la frustraba hasta su miedo secreto a dormir en la oscuridad. Ese miedo que solo él había conocido, cuando solían pasar las noches juntos, soñando con un futuro que nunca llegó a concretarse. Ahora, bajo el manto de una nueva identidad, él estaba allí nuevamente, cerca de ella, dispuesto a recuperar lo que una vez había perdido.

Mientras los días pasaban, Alexander encontraba formas de involucrarse más en la vida de Clara. Se ofrecía a ayudar en los proyectos más importantes de la empresa, se mostraba como un apoyo constante, y aunque sus intenciones parecían puramente profesionales, en el fondo, había algo más. Estaba reconstruyendo la relación que había perdido, aunque Clara no lo supiera. Y, de alguna manera, Clara comenzaba a depender de él, a confiar en su presencia y en la tranquilidad que le brindaba.

Pero a pesar de esta cercanía, Clara no podía ignorar esa voz en su interior que le decía que algo no encajaba del todo. Sabía que era extraño cómo Alexander parecía comprenderla a la perfección, cómo adivinaba sus pensamientos antes de que ella los expresara, y cómo, en tan poco tiempo, había logrado entrar en su vida de manera tan natural.

No obstante, Clara no se permitía profundizar en esos pensamientos. Estaba demasiado ocupada manteniendo a flote la empresa, lidiando con la presión de los inversores y con el legado de sus padres, como para detenerse a analizar la creciente conexión que sentía con Alexander. Pero en el fondo, esa familiaridad que él proyectaba empezaba a ser innegable, y aunque ella no lo expresara, cada día era más evidente que su intuición le estaba diciendo algo que aún no estaba lista para aceptar.

Alexander, por su parte, seguía adelante con su plan, cada vez más cerca de Clara. Sabía que eventualmente llegaría el momento de revelar quién era realmente, pero por ahora, se conformaba con estar allí, recuperando poco a poco la relación que una vez había sido suya.

El Último Adiós

Clara y Alexander estaban profundamente concentrados en los detalles del proyecto, con papeles y archivos esparcidos sobre el escritorio. La luz suave de la tarde llenaba la oficina, creando una atmósfera de tranquilidad. Ambos estaban trabajando en silencio cuando, en un momento de distracción, Clara se levantó rápidamente para buscar unos documentos en el otro lado de la mesa.

Con su habitual torpeza, no se dio cuenta de que su pie golpeaba la pata de la mesa. El impacto fue lo suficientemente fuerte como para hacerla perder el equilibrio. En un instante, sintió cómo su

cuerpo se inclinaba hacia adelante, soltando la taza de café que sostenía.

Antes de que pudiera caer al suelo, Alexander reaccionó con una velocidad inesperada. Con un movimiento ágil, la sostuvo firmemente por la cintura con un brazo, deteniendo su caída justo a tiempo. Con la otra mano, atrapó la taza que Clara había soltado, evitando que se derramara sobre los papeles importantes del proyecto.

El corazón de Clara latía con fuerza por el susto, pero también por la cercanía de Alexander. Sus cuerpos quedaron a centímetros de distancia, y por un momento el tiempo pareció detenerse. Ambos se miraron a los ojos, atrapados en la tensión del momento.

—Gracias... —murmuró Clara, todavía sorprendida por su destreza.

—No hay de qué. ¡Creo que hemos salvado el proyecto después de todo! —respondió Alexander con una sonrisa ligera, sin soltar su cintura de inmediato, prolongando ese instante de proximidad.

Heinst había llegado a la empresa sin previo aviso, decidido a sorprender a Clara con una invitación a cenar. Caminó por los pasillos con paso firme, acostumbrado a moverse con la autoridad que le otorgaba su posición. Al entrar en la recepción, una pared de cristal llamó su atención, revelando una escena que lo hizo detenerse en seco.

A través del cristal, vio a Clara, la mujer que él creía conocer mejor que nadie, en los brazos de un hombre completamente desconocido. La cercanía entre ellos encendió una punzada de desconfianza en su pecho. El extraño la sostenía con una mano en la cintura, mientras Clara parecía haberse apoyado en él, como si aquel contacto fuera algo natural.

Los ojos de Heinst se endurecieron. Observó cómo los dos compartían una mirada breve, y aunque Clara parecía sorprendida, no podía ignorar lo evidente: aquella intimidad no era la que esperaba ver entre su esposa y un extraño. La escena, aunque rápida, se grabó en su mente con una nitidez perturbadora.

Sin pensarlo dos veces, empujó la puerta de la oficina y entró. Clara y Alexander se giraron al unísono, sorprendidos por la repentina presencia del hombre que acababa de irrumpir en la habitación. Clara, aún con el rubor de la situación, se apartó de Alexander de manera instantánea.

—Heinst... —su voz apenas fue un susurro, mientras intentaba recomponerse. El nerviosismo en sus gestos era evidente.

Alexander, por su parte, se mantuvo en silencio, observando la reacción del recién llegado con una mirada tranquila pero inquisitiva, como si estuviera esperando una respuesta.

—¿Qué está sucediendo aquí? —indagó Heinst con voz tensa, intentando mantener la compostura, pero la desconfianza era evidente en su tono. Sus ojos no se apartaban de los de Clara, buscando una explicación.

Clara se apresuró a responder, acercándose un poco más a él para intentar disipar la incomodidad.

—Cariño, él es el nuevo inversor. El señor Alexander —dijo con un esfuerzo por calmar el ambiente, aunque la tensión en el aire era palpable.

Heinst mantuvo su mirada fija en Alexander, quien simplemente asintió, ofreciéndole una sonrisa educada pero carente de sinceridad. Entonces, Heinst avanzó un paso, su postura firme, dejando

clara su presencia.

—Soy Heinst Conrab, su esposo —mencionó con una seguridad fría, como si sus palabras fueran un recordatorio para Alexander de que Clara no era una mujer disponible.

La atmósfera en la oficina se volvió aún más tensa. Clara, atrapada entre la desconfianza de Heinst y la enigmática presencia de Alexander, se dio cuenta de que la situación se estaba volviendo más complicada de lo que esperaba. Pero Alexander no pareció inmutarse. Su sonrisa permanecía intacta, y con un leve asentimiento, extendió la mano hacia Heinst, aunque este no pareció dispuesto a aceptar el gesto tan fácilmente.

El silencio en la habitación fue ensordecedor. Clara sabía que tendría que encontrar una manera de calmar a Heinst, pero también era consciente de que la relación con Alexander, aunque profesional, ya había encendido una chispa de celos en su esposo, y eso no sería fácil de apagar.

Nosh, quien ahora vivía bajo su nueva identidad como Alexander, observaba la escena con un ligero brillo de satisfacción en sus ojos. Desde su posición en la sala de juntas, podía ver cómo Heinst, su primo, estaba a punto de perder el control. Los celos que comenzaban a brotar en él eran tan evidentes que Nosh casi podía sentirlos en el aire. La tensión en los hombros de Heinst, la manera en que su mandíbula se tensaba, y la forma en que sus ojos se clavaban en Clara, eran indicios claros de que la situación lo estaba afectando.

Ver a su primo al borde de revelar sus celos por Clara era algo que a Nosh le gustaba más de lo que estaba dispuesto a admitir. La ironía de la situación le resultaba deliciosa. Heinst, el hombre que siempre había mostrado una fachada impenetrable, el esposo seguro de sí mismo, estaba siendo corroído por la incertidumbre y el miedo de perder a Clara. Cada pequeño gesto de acercamiento que Alexander hacía hacia ella, cada sonrisa que compartían, parecía encender una chispa en su primo, haciéndolo tambalear.

Sin embargo, esa misma chispa que encendía el resentimiento en Heinst, también comenzaba a quemar a Nosh por dentro. Mientras observaba la creciente incomodidad de su primo, no pudo evitar notar que, aunque le causaba placer verlo así, también le despertaba una sombra de celos que no había anticipado. Cada vez que veía a Clara en brazos de Heinst, cada beso que compartían, le causaba una punzada de incomodidad.

El deseo de Noah por Clara, a pesar de todo el tiempo que había pasado, no se había apagado. De hecho, en muchos aspectos, se había intensificado. Saber que Clara pertenecía a otro hombre, que ahora compartía su vida con Heinst, lo devoraba por dentro. Y aunque él había entrado en la vida de Clara bajo la máscara de Alexander, fingiendo ser el inversor frío y calculador, no podía negar la tormenta de emociones que lo dominaba cada vez que los veía juntos.

Apretó los puños bajo la mesa, sintiendo cómo la tensión se acumulaba en su interior. No podía soportar la idea de que Heinst la besara, la tocara, la mirara de esa manera. Era como si cada gesto afectuoso entre ellos fuera una daga clavándose lentamente en su corazón. Pero no podía mostrar debilidad. No podía permitir que Heinst o Clara se dieran cuenta de que los celos lo estaban devorando. Su plan, meticulosamente trazado, dependía de su habilidad para mantenerse frío y distante.

Sin embargo, la imagen de Clara y Heinst, abrazados, compartiendo una intimidad que él anhelaba, era insoportable. Cada vez que Heinst la besaba, algo en Nosh se rompía un poco más. Y aunque su

mente trataba de recordarle que todo formaba parte de su estrategia, su corazón no dejaba de gritar en silencio, deseando ser él quien la tuviera entre sus brazos.

Observó a su primo, quien intentaba mantener una conversación trivial con Clara, pero no pudo evitar sentir una mezcla de ira y frustración. Heinst, con toda su fachada de seguridad, estaba tan celoso como él. Pero mientras su primo se consumía en sus propios celos, Noah se juró que encontraría la manera de volver a estar con Clara. No importaba cuánto tiempo tardara ni cuántas mentiras tuviera que sostener. Clara sería suya nuevamente, y cuando llegara ese momento, Heinst no sería más que un espectador en su derrota.

Noah cerró la puerta de la oficina de Clara detrás de él, con una calma que no correspondía con la tormenta que llevaba en su interior. Cuando el sonido de la puerta resonó en el pasillo, se quedó allí, inmóvil, con la espalda recta y las manos apretadas en los costados. Respiraba de manera controlada, pero por dentro sentía cómo la tensión se acumulaba en su cuerpo, especialmente en su mandíbula, que estaba tan apretada que sentía que sus dientes podrían romperse en cualquier momento.

Durante esos segundos que permaneció allí, observando las paredes del pasillo frente a él, trató de calmar sus pensamientos. Había pasado la primera prueba: mantener su fachada de serenidad ante Clara y Heinst, sin dejar que sus emociones lo traicionaran. Cada palabra, cada gesto que había hecho dentro de esa oficina había sido cuidadosamente calculado. Había sido una actuación perfecta, pero ahora que estaba solo, el peso de la situación recaía sobre él con toda su intensidad.

Noah sabía que Heinst lo observaba con desconfianza. Desde el primer momento en que se encontraron, sintió la mirada inquisitiva de su primo, esa mirada que parecía intentar atravesar su máscara y descubrir sus verdaderas intenciones. Y aunque Heinst no había dicho nada directamente, Noah percibió que las sospechas estaban latentes. Eso no le sorprendía. Heinst siempre había sido perceptivo, capaz de leer entre líneas y detectar lo que otros no veían.

A pesar de ello, Noah había logrado pasar la prueba de mantener una conducta impecable. No había dejado que ni una sola grieta apareciera en su fachada. Todo lo que hacía debía ser perfecto; cada palabra que pronunciaba, cada mirada que lanzaba, debía estar cuidadosamente medida. Sabía que si se permitía bajar la guardia, aunque fuera por un instante, Heinst lo descubriría. Y eso no podía permitírselo.

Se quedó parado por unos segundos más, con los hombros tensos y el corazón latiendo con fuerza. Su mente volvía a recorrer los momentos recientes en la oficina. La cercanía con Clara, el control que había ejercido sobre sus propios sentimientos, todo formaba parte de su plan, pero no era fácil. Clara, la mujer que una vez había amado y que todavía ocupaba un lugar en su corazón, estaba a solo unos metros de distancia, y sin embargo, parecía tan lejana como siempre. Cada vez que la veía, sentía cómo la nostalgia lo golpeaba, recordándole lo que una vez tuvieron y lo que podría haber sido si las cosas hubiera sido diferentes.

Finalmente, respiró hondo y dio un paso hacia adelante. Debía mantenerse enfocado, no podía dejar que la frustración lo desviara de su objetivo. Sabía que Heinst lo vigilaría, que cualquier paso en falso podría ser su perdición, pero eso solo lo hacía más decidido. Noah estaba acostumbrado a lidiar con situaciones difíciles, y esta no sería la excepción.

Mientras caminaba por el pasillo, las imágenes de Clara y Heinst juntos lo atormentaban, pero su expresión no lo delataba. Por fuera, era el perfecto hombre de negocios, el inversor frío y calculador.

Por dentro, en cambio, el deseo de recuperar lo que había perdido lo consumía. Sabía que el camino sería largo y lleno de obstáculos, pero estaba dispuesto a enfrentarlo. No importaba cuánto tiempo le tomara o cuántos riesgos tuviera que asumir; tarde o temprano, encontraría la forma de volver a estar al lado de Clara. Y cuando ese momento llegara, nadie, ni siquiera Heinst, podría detenerlo.

Bajo la apariencia de un hombre de negocios impecable y calculador, Alexander ocultaba su verdadera esencia. No era solo un inversor con ambiciones en el mundo empresarial, sino también el líder de una organización mucho más oscura y peligrosa: los Dragones Dorados. Durante mucho tiempo había trabajado en las sombras, moviendo hilos y manejando situaciones con una precisión quirúrgica. Pero ahora, había llegado el momento de acabar con los cabos sueltos que podían poner en peligro todo lo que había construido.

Con un gesto decidido, sacó su móvil del bolsillo de su chaqueta, su mirada fría y calculadora, mientras sus dedos marcaban un número que conocía de memoria. Al otro lado de la línea, nadie pronunció una palabra. Solo el silencio, expectante, aguardaba sus instrucciones.
—Es hora de llevar a cabo ese plan —fueron las únicas palabras que Alexander dijo antes de cortar la llamada de manera abrupta, sin más explicaciones. Sabía que no hacía falta decir nada más. Aquellos a quienes había encomendado la tarea ya estaban al tanto de lo que debían hacer. Y el tiempo de esperar había terminado.

En otro lugar, alejado de las oficinas lujosas y los despachos de cristal, el hombre que había recibido la orden de Alexander se preparaba para ejecutar el plan. Aquel individuo no era un hombre cualquiera. Era un miembro leal de los Dragones Dorados, una organización tan letal como discreta. Su misión era clara, y no había lugar para errores.

Dentro de un edificio que escondía una fachada de elegancia, aquel hombre sacó una pequeña arma de un cajón, moviéndose con una seguridad inquietante. Sabía que lo que estaba a punto de hacer era necesario. Se levantó de su silla y abandonó la habitación sin mirar atrás. El plan ya estaba en marcha, y no había vuelta atrás.

Al mismo tiempo, en el reclusorio, otro eslabón del plan comenzaba a tomar forma. El mismo hombre que había recibido la orden directa de Alexander ya se encontraba en el lugar, infiltrado y sin levantar sospechas. Llevaba consigo un paquete cuidadosamente diseñado para pasar desapercibido en la revisión. Sabía que lo que contenía en su interior tenía el poder de cambiar el curso de los acontecimientos de manera irreversible.

El paquete fue entregado sin problemas, tal como estaba previsto. Nadie lo revisó, nadie sospechó nada. En su interior, ocultas entre papeles y objetos cotidianos, descansaban dos armas. Cada una de ellas estaba marcada con precisión. Llevaban el número del reclusorio y estaban destinadas a manos específicas, las de dos reclusos que habían sido instruidos para llevar a cabo una misión muy clara: eliminar a un objetivo que Alexander consideraba una amenaza.

Alexander, en su despacho, observaba la ciudad a través de los grandes ventanales. Sabía que en ese momento, su plan estaba a punto de comenzar. El poder que ejercía sobre los Dragones Dorados le daba la seguridad de que todo saldría tal como lo había planeado. Los cabos sueltos serían eliminados, y con ellos, cualquier rastro que pudiera vincularlo con el pasado que tanto se esforzaba por enterrar.

Mientras sostenía una copa de licor en su mano, Alexander no podía evitar sentir una mezcla de

satisfacción y calma. Todo estaba bajo control. Cada pieza del tablero había sido movida con precisión, y pronto, todo aquello que lo inquietaba desaparecería. La amenaza se desvanecería, y él continuaría su ascenso en el mundo empresarial sin que nadie supiera de su doble vida.

El reloj marcaba el tiempo de forma implacable. En el reclusorio, los reclusos designados ya estaban preparados, las armas en sus manos, esperando el momento adecuado para actuar. Y mientras tanto, Alexander se reclinaba en su silla, seguro de que el mundo estaba jugando bajo sus reglas, sin dejar espacio para el azar ni la incertidumbre.

Román se encontraba en el patio del reclusorio, rodeado de un pequeño grupo de reclusos con los que compartía tiempo regularmente. Estaban hablando de manera despreocupada, entre risas y cigarrillos que pasaban de mano en mano, recordando momentos del pasado. Las conversaciones, a menudo interrumpidas por carcajadas, le daban a Román una falsa sensación de seguridad, como si por un breve instante, el peligro que lo rodeaba quedara suspendido.

Pero mientras el grupo seguía con su charla, dos hombres se dirigían hacia ellos, cada uno viniendo de una dirección diferente. Caminaban con pasos firmes y decididos, sus rostros inmutables, como si la muerte que estaba a punto de traer fuera solo una tarea más. Ambos hombres tenían un solo objetivo en mente: Román. Y él, sumergido en la conversación y la risa, no se percataba del peligro inminente que lo rodeaba.

El primero de los hombres llegó con la mano oculta en la cintura, sus ojos fijos en Román. Sin dudarlo, interrumpió el ambiente relajado sacando un arma de su cintura. El segundo hombre, viniendo desde el otro lado, hizo lo mismo. En un instante, el aire se tornó tenso, los rostros de los reclusos pasaron del asombro al terror. Román, desconcertado, apenas tuvo tiempo de procesar lo que ocurría.

Los disparos resonaron en el lugar, tan fuertes que parecían sacudir las paredes del reclusorio. Uno tras otro, los compañeros de Román fueron cayendo, sus cuerpos golpeando el duro suelo con un eco sordo. El pánico se apoderó de los pocos que quedaban en pie, pero los asesinos no dejaron a ninguno con vida.

Finalmente, uno de los hombres apuntó directamente a Román. La primera bala se incrustó en su pecho, arrancándole un grito ahogado de dolor. Román, con la mano en el pecho, sintió la calidez de su propia sangre manando rápidamente, manchando su ropa. Trató de mantenerse de pie, tambaleándose, con la mirada fija en su agresor. Pero antes de caer, el segundo hombre, que hasta ahora lo había observado detenidamente, se acercó un poco más, con una frialdad que helaba los huesos.

—Tengo un mensaje para ti... ¡Noah! —dijo el hombre, pronunciando aquel nombre con una intensidad que sacudió a Román.

Al escuchar ese nombre, Román abrió los ojos de par en par, como si la realidad de la situación lo golpeara de repente. Noah... Su mente procesaba frenéticamente la conexión, pero ya era demasiado tarde para él. El último disparo fue directo a su cabeza. El eco del disparo resonó por todo el reclusorio, y Román cayó muerto en aquel duro suelo, su cuerpo inmóvil y sus ojos aún abiertos, congelados en una expresión de sorpresa.

Los dos asesinos, conscientes de que su misión estaba cumplida, no opusieron resistencia cuando los guardias del reclusorio llegaron rápidamente al lugar. Los sometieron con golpes y gritos, pero los

hombres no mostraron signos de arrepentimiento. Su tarea estaba hecha. Habían seguido la orden de Alexander, el líder de los Dragones Dorados, y Román ya no era una amenaza.

El caos se apoderó del patio, con los reclusos en estado de shock, y los guardias tratando de controlar la situación. Mientras tanto, en la distancia, la sombra de Noah, o mejor dicho, Alexander, se extendía más allá de las paredes del reclusorio, implacable en su búsqueda de poder y control, y dejando tras de sí una estela de muerte y venganza.

Heinst y Clara se encontraban en un lujoso restaurante, sentados a la mesa con un ambiente que reflejaba una tranquilidad engañosa. Las luces tenues y el murmullo bajo de las conversaciones alrededor de ellos creaban una atmósfera íntima y elegante. La cena transcurría sin sobresaltos, mientras ambos disfrutaban de sus platos. Sin embargo, detrás de sus gestos tranquilos, una tensión no expresada flotaba en el aire.

Heinst, vestido con un impecable traje negro, cortaba meticulosamente su carne, cuando su móvil comenzó a sonar de manera insistente. Frunció el ceño al ver la pantalla, pero decidió ignorar la llamada y concentrarse en Clara. No obstante, el sonido volvió a interrumpir. Con una expresión de creciente incomodidad, dejó el tenedor a un lado y cogió su teléfono. Mientras contestaba de mala gana, trataba de mantener el control, pero algo en el tono de la conversación que mantenía al otro lado del teléfono lo alteraba visiblemente.

Al mismo tiempo, el móvil de Clara vibró sobre la mesa. Ella dudó por un segundo, pero al ver el número desconocido decidió contestar, llevando el aparato a su oído.

—¿Hola? ¿Quién habla? —preguntó con voz tranquila, mientras Heinst levantaba la vista, observándola de reojo mientras él también hablaba en su propia llamada.

El silencio del otro lado de la línea duró solo unos segundos antes de que una voz grave e imperturbable le diera la noticia que jamás esperó escuchar. Román, su padre biológico, había muerto. Clara sintió como si el tiempo se detuviera por un instante. Su cuerpo se tensó de inmediato, y el aire que la rodeaba pareció volverse más denso. Aunque nunca había tenido una verdadera relación con Román, y su conexión con él era lejana comparada con el vínculo que había mantenido con sus padres adoptivos, la noticia la golpeó con una fuerza que no podía entender ni explicar.

Mientras la voz al otro lado continuaba dándole detalles del deceso, sus manos comenzaron a temblar levemente. No sabía cómo debía reaccionar ante la muerte de un hombre con el que compartía sangre, pero no una vida. La confusión, el dolor y el desconcierto se mezclaban dentro de ella. Un peso inesperado caía sobre su pecho.

Heinst, aún inmerso en su propia conversación, sintió la tensión que emanaba de Clara y, con una mirada, supo que algo grave había sucedido. Terminó su llamada rápidamente, dejando su teléfono a un lado, y clavó los ojos en Clara, quien seguía mirando el vacío mientras escuchaba la noticia. El silencio que se instaló entre ellos.

Las noticias se propagaron rápidamente, sacudiendo los círculos más peligrosos y oscuros del bajo mundo. Los rumores volaban de un lado a otro, mientras los medios informaban que alguien había enviado a matar a Román, el líder de una de las organizaciones más importantes y temidas. Su asesinato había sido meticulosamente planeado y ejecutado sin dejar rastro del culpable, dejando una sensación de incertidumbre y temor entre aquellos que conocían su influencia. La noticia llegó a cada

rincón del país, incluso a oídos de aquellos que vivían en la periferia del mundo criminal, causando conmoción y especulación sobre quién podría haber sido capaz de orquestar tal movida.

Alexander, al volante de su coche de lujo, escuchaba la transmisión de la radio mientras maniobraba en la carretera. El rugido del motor era un eco tenue en comparación con las palabras que salían del locutor, confirmando lo que ya sabía. Román estaba muerto. Los labios de Alexander se curvaron en una sonrisa fría, casi malévola. La satisfacción lo embargó, un deleite oscuro que se reflejaba en sus ojos. Finalmente, había logrado acabar con su enemigo, no solo en los negocios turbios que ambos controlaban, sino también con el único obstáculo personal que se interponía entre él y Clara.

Román, el hombre que durante tanto tiempo había sido una espina en su costado, ya no existía. Con su muerte, Alexander sentía que el campo de juego estaba despejado, como si una pieza crucial hubiera sido eliminada del tablero. Mientras conducía, su mente volvía una y otra vez a la idea de Clara. Ahora, ella estaba más vulnerable que nunca. Román, aunque nunca había sido una figura paterna en el sentido estricto para Clara, era la única conexión biológica que ella tenía, la única persona con la que podía reclamar una relación de sangre, aunque distante.

Alexander apretó el volante con una mano, mientras la otra descansaba relajada sobre la palanca de cambios. Sabía que la muerte de Román afectaría profundamente a Clara, que de alguna manera su fragilidad emocional se haría evidente. Esa era la oportunidad perfecta para acercarse más a ella, para infiltrarse en su vida de una manera que nunca antes había sido posible. Con Román fuera del juego, no había nadie que pudiera interferir en su plan. Nadie que se interpusiera entre él y la mujer que había comenzado a obsesionarlo.

Pero, mientras su satisfacción crecía, había una última pieza que necesitaba ser eliminada. Heinst. El esposo de Clara seguía siendo un problema, una barrera que Alexander no podía ignorar. A diferencia de Román, Heinst no era un hombre fácil de manipular ni eliminar desde las sombras. No, Heinst sería una tarea diferente, algo más personal. Alexander ya había decidido que quería encargarse de él personalmente. No bastaba con eliminarlo como a Román; con Heinst, el plan requería paciencia, astucia y, sobre todo, un toque más directo.

El pensamiento de enfrentarse a Heinst encendió en Alexander una chispa de anticipación. Sabía que su primo sospechaba algo de él, pero también sabía que Heinst nunca imaginaría lo profundo de su traición. Los dos hombres habían compartido muchos momentos juntos, habían sido cercanos una vez, y eso era precisamente lo que hacía esta situación tan emocionante para Alexander. Quería que Heinst supiera, en el último momento, quién lo había traicionado, quién había estado detrás de todo. La caída de Román no era más que el preludio de lo que estaba por venir.

Alexander ajustó el retrovisor, observando su reflejo mientras la sonrisa continuaba extendiéndose por su rostro. La carretera se abría ante él, pero en su mente ya se dibujaba el camino que seguiría. Con Román eliminado, los próximos pasos serían más fáciles de ejecutar. Solo quedaba un obstáculo entre él y el control total sobre la vida de Clara. Heinst era el último obstáculo, y Alexander ya tenía el plan en marcha para deshacerse de él.

Las sombras de la noche comenzaban a descender mientras Alexander aceleraba, dejando que el rugido del motor resonara en la soledad de la carretera. Sabía que cada paso que daba lo acercaba más a su objetivo final. Román estaba muerto, Heinst pronto seguiría su destino, y entonces Clara sería suya por completo.

La noche se desvaneció lentamente, dando paso a un día gris y sombrío que acompañaba el luto de Clara. El cielo estaba cubierto de nubes pesadas, y el aire olía a humedad, como si el mismo clima se uniera al dolor de la ocasión. Clara se encontraba en el cementerio, observando con ojos nublados el ataúd que lentamente descendía en la tumba. El peso de la pérdida la golpeaba con una fuerza inesperada, aunque el vínculo con aquel ser querido no había sido tan profundo como con sus padres adoptivos. Sin embargo, la muerte de Román, su padre biológico, traía consigo un dolor confuso, una mezcla de emociones que ella aún no lograba comprender del todo.

A su alrededor, las personas que habían sido parte de su vida se congregaban en silencio. Amigas de la infancia, compañeros de trabajo que la conocían desde hacía años, e incluso familiares distantes, todos estaban allí para ofrecerle su apoyo en este momento tan oscuro. Las caras conocidas le recordaban que, aunque su relación con Román no había sido cercana, su fallecimiento no dejaba de ser un hecho que transformaría su vida de maneras que apenas podía empezar a imaginar.

Heinst, su esposo, estaba firme junto a ella. Su presencia era un pilar de fortaleza, aunque Clara sabía que incluso él no comprendía del todo la magnitud de lo que estaba sucediendo. Él la rodeaba con un brazo, brindándole consuelo en silencio mientras ella intentaba mantener la compostura. Clara se inclinó, su mano temblaba ligeramente mientras tomaba un puñado de tierra fría y húmeda. Sus dedos se cerraron alrededor de la tierra, sintiendo la textura áspera contra su piel. Con un gesto solemne, lanzó la tierra sobre el ataúd, viendo cómo los primeros grumos caían sobre la tapa oscura que pronto sería cubierta por completo. El sonido seco de la tierra golpeando la madera resonó en sus oídos, un eco que parecía reverberar en su corazón.

A medida que el ataúd descendía lentamente en la tumba, Clara sentía que una parte significativa de su pasado también se hundía con él. El proceso era doloroso, casi simbólico; cada puñado de tierra que caía sobre el ataúd representaba no solo el final de Román, sino también el cierre de un capítulo en su vida que, a pesar de su distanciamiento, había tenido un impacto profundo.

El cielo gris y pesado parecía reflejar el estado de ánimo colectivo, envuelto en una melancolía que se apoderaba de todos los presentes. Clara, mientras observaba el ataúd descendiendo hasta su lugar final, no podía evitar sentir una mezcla de alivio y pesar. Aunque Román no había sido una figura cercana, su muerte abría la puerta a un nuevo mundo lleno de responsabilidades y desafíos. La sensación de pérdida era real y tangible, un recordatorio de que la vida no siempre seguía los caminos que uno hubiera elegido.

El cementerio estaba rodeado por un silencio solemne, interrumpido solo por el murmullo ocasional de los asistentes y el sonido distante del viento. Los rostros de aquellos que se habían reunido para ofrecerle su apoyo eran una mezcla de compasión y curiosidad. Clara sentía su mirada en ella, notando el respeto que se reflejaba en sus ojos, pero también la presión de la nueva posición que ahora le correspondía. Su mirada se desplazaba entre los rostros conocidos y desconocidos, tratando de encontrar consuelo en las muestras de apoyo mientras se preguntaba qué le depararía el futuro.

La muerte de Román no solo cerraba una etapa en la vida de Clara, sino que también abría un nuevo capítulo lleno de incertidumbre. Román había sido el líder de una organización poderosa, y con su partida, el liderazgo recaía sobre ella. Clara sentía el peso de esa responsabilidad como una carga pesada, un legado que no había solicitado pero que ahora debía aceptar. Mientras los hombres de Román se acercaban a inclinarse ante ella, Clara comprendía que su vida estaba a punto de cambiar de manera irrevocable.

Mientras el ataúd quedaba finalmente cubierto por tierra, Clara se encontraba en el epicentro de una transformación radical. La conexión con su padre biológico, aunque tenue, ahora la unía de manera más profunda a la organización que él había dirigido. Aunque no había tenido una relación cercana con Román, el hecho de que ella fuera ahora la cabeza de esa poderosa entidad la obligaba a enfrentarse a nuevos desafíos y a redefinir su papel en el mundo que se extendía ante ella.

El silencio que seguía al entierro era pesado, y Clara, a pesar del apoyo que recibía, sentía el peso de las decisiones que pronto tendría que tomar. Mientras se alejaba del cementerio, rodeada de los suyos y con la sensación de una nueva responsabilidad que se había posado sobre sus hombros, sabía que la vida no sería la misma. El futuro se extendía ante ella, lleno de posibilidades y peligros, y Clara estaba decidida a enfrentar lo que viniera con la fuerza y determinación que había demostrado hasta ahora.

La muerte de Román había sido el catalizador de un cambio inevitable, un punto de inflexión que marcaría el inicio de una nueva etapa en la vida de Clara, y ella estaba preparada para enfrentar los desafíos que se avecinaban, conscientes de que la batalla por el control y el poder apenas había comenzado.

Verdades Ocultas

Clara había sido convocada a una reunión de emergencia con los líderes de la organización de su padre, y la gravedad de la situación no podía ignorarse. La muerte de Román había dejado un vacío de poder, y ahora todos los ojos estaban puestos en ella. Heinst, consciente de la responsabilidad que recaía sobre su esposa, sintió también la necesidad urgente de protegerla. No iba a dejar que ella enfrentara sola a ese grupo de criminales despiadados. Así que la acompañó sin dudarlo, conduciendo hacia un lugar apartado, lejos de la ciudad, donde la reunión tendría lugar.

El trayecto fue silencioso, ambos perdidos en sus pensamientos. Cuando finalmente llegaron al lugar, Heinst aparcó el auto y apagó el motor. A través del parabrisas, ambos observaron la estructura que se alzaba frente a ellos: un edificio en ruinas, desmoronado por el paso del tiempo, abandonado y sombrío. Parecía el escenario perfecto para los encuentros clandestinos y oscuros que siempre habían caracterizado el mundo en el que Román había estado inmerso.

Antes de salir del auto, Heinst tomó las manos de Clara entre las suyas. Sus ojos la miraron con determinación, buscando transmitirle una seguridad que, aunque él también sentía la incertidumbre del momento, deseaba brindarle con todas sus fuerzas.

—Mi amor... estoy aquí para ti, para protegerte —dijo con firmeza, sus palabras resonando con un apoyo incondicional. Sabía que Clara necesitaba sentirse respaldada más que nunca, y él iba a ser esa roca en la que ella podía apoyarse.

Clara lo miró, sus ojos reflejando una mezcla de fortaleza y vulnerabilidad. A pesar de todo, ella era la hija de Román y estaba destinada a liderar. Pero por dentro, el peso de la responsabilidad la abrumaba. Sostuvo con más fuerza la mano de Heinst, asintiendo a cada palabra que él pronunciaba. Su apoyo le daba la confianza para enfrentar lo que venía.

—Gracias, Heinst —murmuró, tomando aire profundamente.

Ambos salieron del auto y caminaron hacia la única entrada visible del edificio. La puerta metálica estaba oxidada, y el lugar en sí desprendía una sensación de abandono, como si el tiempo se hubiera detenido dentro de esas paredes. Clara, a pesar de la apariencia descuidada del lugar, sabía que una vez dentro, se encontraría con hombres que no tenían piedad, los mismos que habían estado al lado de su padre durante años. Su liderazgo estaba a punto de ser puesto a prueba, y con cada paso que daba hacia ese lugar, sentía que su vida y la de Heinst estaban a punto de entrar en un territorio mucho más oscuro del que jamás había imaginado.

El aire era denso, y el silencio, pesado. Las luces del lugar parpadeaban, aumentando la sensación de inquietud que flotaba en el ambiente. Clara respiró profundamente, sintiendo cómo la ansiedad se acumulaba en su pecho. Pero no era momento para dudar. Ella debía demostrar que estaba lista para tomar el control, para liderar. Al llegar a la puerta, sintió la cálida mano de Heinst apretando la suya una vez más, y con ese gesto, supo que no estaba sola.

Clara avanzaba con paso firme, pero con una mezcla de nerviosismo y determinación que se hacía cada vez más evidente. Caminaba delante de Heinst, sintiendo el peso de cada mirada que la atravesaba cuando cruzaron el umbral de aquella puerta oxidada. Un grupo de hombres, todos antiguos asociados de su padre, estaban reunidos en semicírculo, esperándola. Sus miradas eran frías, inquisitivas, y cargadas de desconfianza. Sabían que el poder había cambiado de manos, pero ninguno estaba dispuesto a ceder su lealtad sin antes asegurarse de que Clara era digna de su nuevo lugar en la organización.

El aire en la sala se volvió pesado al instante, y el sonido del eco de sus pasos fue lo único que se escuchó antes de que uno de los hombres rompiera el silencio. Era alto, corpulento, y no dudó en sacar su arma con una rapidez que dejó a Clara atónita.

—Has llegado finalmente. Se suponía que debías venir sola —gruñó el hombre, apuntando directamente a Heinst con una expresión de desprecio —¿Qué hace él aquí?

Clara abrió los ojos, sorprendida por la repentina hostilidad. Sabía que aquel mundo estaba lleno de reglas no escritas, pero no había anticipado que su mera presencia junto a Heinst encendería semejante chispa de tensión. Su corazón latía con fuerza mientras intentaba encontrar las palabras adecuadas para calmar la situación.

—Yo le pedí que me acompañara —respondió rápidamente, su voz temblando ligeramente, pero llena de resolución —¿Acaso no sabes que él es mi esposo?

Las palabras apenas habían salido de su boca cuando el ambiente cambió de inmediato. Los hombres intercambiaron miradas rápidas, y el hombre armado bajó el arma por un momento, pero la desconfianza seguía presente. Sin embargo, antes de que pudiera responder, una voz fría y calculada resonó desde las sombras del fondo de la sala.

—¿Tu esposo? —repitió, y de las penumbras emergió otro hombre. Su rostro estaba cubierto parcialmente por la oscuridad, pero su voz lo hacía sonar como alguien que tenía la situación bajo control —Ya veo... ¿No le has dicho a ella que ya no es tu esposa, Heinst?

Las palabras cayeron como una bomba en el ambiente ya cargado de tensión. Clara giró bruscamente, mirando a Heinst con una mezcla de confusión y miedo. ¿De qué estaba hablando ese

hombre? La mente de Clara comenzó a correr en mil direcciones diferentes. Heinst, sin embargo, se mantuvo impasible, sus ojos fijos en el hombre que había salido de las sombras. El silencio en la habitación se volvió insoportable, mientras todos esperaban la respuesta del hombre aludido.

Clara podía sentir cómo su mundo empezaba a tambalearse. Todo lo que había creído conocer, todo lo que pensaba que estaba bajo control, ahora parecía escapar de su alcance. ¿Qué estaba ocurriendo realmente?

—Heinst, ¿de qué está hablando él? —preguntó Clara, volviéndose hacia su esposo con una mezcla de confusión y temor en sus ojos. No entendía lo que estaba ocurriendo, pero el silencio de Heinst la inquietaba profundamente.

El rostro de Heinst estaba rígido, tenso. Sus músculos faciales parecían contraerse con una fuerza inhumana, mientras apretaba su mandíbula al punto de que parecía que sus dientes podrían quebrarse en cualquier momento. Sus ojos, oscuros y llenos de emociones contenidas, no se despegaban del hombre que había salido de las sombras. Aquel hombre, que ahora había soltado una revelación devastadora, lo había reconocido al instante. Sabía perfectamente quién era y lo que representaba.

Clara, sin embargo, seguía sin respuestas. La ansiedad en su pecho crecía con cada segundo de silencio, cada latido de su corazón se hacía más fuerte en sus oídos. No podía soportarlo más.

—Heinst... ¿qué sucede? —volvió a preguntar, esta vez con más urgencia. La duda se transformaba en miedo, y el miedo en desesperación. Clara levantó su mano temblorosa y la apoyó en el rostro de Heinst, tomando su barbilla con firmeza para obligarlo a mirarla directamente. Quería respuestas. Necesitaba entender lo que estaba ocurriendo.

Los ojos de Heinst, que hasta ese momento habían evitado los de Clara, finalmente se posaron en los suyos. En ese contacto visual, Clara pudo percibir algo que nunca antes había visto en su esposo. Había una mezcla de dolor, rabia y algo más... algo que ella no lograba identificar del todo. El silencio entre ambos se volvió insoportable, y entonces, finalmente, Heinst habló. Su voz era grave, quebrada, como si cada palabra le pesara en el alma.

—Cuando tu padre te secuestró... también me tenía encerrado —empezó a decir, con las palabras saliendo lentamente, llenas de amargura y frustración—. Pensé que estabas en peligro, que no volvería a verte nunca más. No podía soportar esa idea, Clara.

El rostro de Clara se contrajo en una expresión de incomprensión, sus ojos buscando una explicación en los de su esposo. Pero Heinst continuó, sus palabras volviéndose más sombrías, cargadas de rabia reprimida.

—Tu padre... —hizo una pausa, como si pronunciar ese título lo quemara por dentro —me obligó a firmar un documento de divorcio. Me chantajeó, Clara. Me dijo que si no lo hacía, te mataría. No tuve elección. Lo siento... lo siento tanto.

Clara sintió como si el suelo se desmoronara bajo sus pies. El aire en la habitación se volvía sofocante, pesado. La traición de su padre, el sufrimiento de Heinst, y ahora esta revelación... todo parecía caer sobre ella de golpe. Miró a Heinst, aún sosteniéndolo por la barbilla, pero sus ojos ya no eran los mismos. Ahora estaban llenos de una mezcla de dolor y desesperación.

—¿Un divorcio...? —susurró Clara, como si la palabra misma no tuviera sentido para ella. Su mente

intentaba asimilar lo que acababa de escuchar, pero era como si todo estuviera ocurriendo a un ritmo demasiado rápido.

Heinst cerró los ojos un momento, sintiendo el peso de su culpa. Sabía que esta verdad la devastaría, pero no podía ocultarla más. La situación en la que se encontraban, rodeados de aquellos hombres, no dejaba lugar para secretos. Todo había salido a la luz de la peor manera posible. Clara, con su mano aún en el rostro de Heinst, bajó lentamente la mirada, mientras un torrente de emociones la abrumaba.

El hombre que había salido de las sombras observaba la escena con frialdad, sabiendo que había encendido una bomba emocional entre ellos. Había esperado este momento, disfrutando del caos que ahora reinaba entre Clara y Heinst.

Soria sabía que había encontrado la debilidad entre Clara y Heinst, y no perdió tiempo en explotarla.

—¿Por qué no me has dicho esto? —preguntó Clara con voz temblorosa, sus ojos brillosos traicionando las lágrimas que amenazaban con escapar. Heinst intentó mantener su compostura, pero no pudo sostener su mirada en los ojos de ella, desviándola hacia el suelo. Sabía que estaba en un aprieto, atrapado entre la verdad y el dolor que sabía que causaría.

Clara tragó saliva con fuerza, luchando por contener las lágrimas que ardían en sus ojos. El peso de aquella revelación se sentía como una daga clavándose lentamente en su corazón. Aquel hombre al que había confiado su vida, ahora le ocultaba un secreto tan devastador.

—Clara, no tenía salida… —dijo Heinst, su voz profunda y cargada de tensión. Endureció aún más su semblante, intentando mostrarse firme, aunque por dentro luchaba contra la culpa — Sabes que no renunciaré a ti.

Clara cerró los ojos por un instante, buscando fortaleza en medio de ese torbellino de emociones. Las palabras de Heinst resonaban en su mente, pero no borraban el dolor de la traición, de haber sido mantenida en la oscuridad por tanto tiempo.

Clara aclaró su garganta, tratando de recuperar la compostura antes de enfrentarse a los hombres que una vez habían servido a su padre. Todos ellos la miraban con atención, esperando instrucciones de la nueva líder. Sabía que, a pesar del dolor y la confusión que sentía por la revelación de Heinst, debía mostrarse firme.

—Señorita Clara… Desde hoy somos sus leales guerreros —dijo un joven que destacaba por su juventud en comparación con los demás. Clara dirigió su mirada hacia él, observando su rostro con detenimiento.

—¿Cuántos años tienes? —preguntó, sorprendiendo a todos en la sala con la naturaleza inesperada de su pregunta. El joven, visiblemente asombrado, intercambió miradas con Soria y los otros hombres, sin comprender del todo las intenciones de Clara.

—Tengo veintiuno, señorita —respondió con un leve titubeo.

—¿No deberías estar en la universidad? —dijo Clara, frunciendo el ceño. Soria no comprendía lo que intentaba hacer, y los otros hombres se mostraban igual de perplejos.

—Señorita, fui salvado por su padre… Le prometí que estaría a su lado hasta que mi vida se desvaneciera —respondió el joven, su voz cargada de lealtad hacia Román, el hombre al que sentía

que debía su vida.

Clara lo miró con seriedad, pero sus palabras fueron distintas a lo que cualquiera en esa sala habría esperado.

—Él ya no está. Te libero de tus obligaciones… Ve y vive tu vida como una persona común —dijo con un tono decidido, como si intentara otorgarle una segunda oportunidad, una salida que quizá él nunca había considerado posible.

Una risa amarga interrumpió el momento. El joven, incrédulo, bajó la mirada, visiblemente afectado, pero sabía que su destino estaba sellado.

—Lo siento, señorita… Pero lamento decirle que una vez que estás adentro, es difícil salir —dijo con seriedad. La crudeza de sus palabras resonó en el ambiente, recordándole a Clara que la organización que su padre había creado era una red que atrapaba a todos sin dejar espacio para una vida común.

—No seré su líder... No quiero esta vida para mí —dijo Clara con voz firme, mientras un incómodo silencio llenaba la sala. Todos, incluidos Soria y los demás hombres, quedaron atónitos al escuchar a la única heredera de la organización rechazar tan categóricamente el legado que su padre había construido a base de poder y crimen.

—¿Qué dijo? —preguntó Soria, su rostro reflejando sorpresa e incredulidad. La fuerza en las palabras de Clara había tomado a todos desprevenidos.

—Dije que no deseo llevar esta vida —afirmó Clara con una severidad que no dejaba lugar a dudas. Su tono firme contrastaba con el caos silencioso que se desataba entre los hombres que habían jurado lealtad a su padre. Soria, perplejo, recordó la conversación que tuvo con Román antes de su muerte. En ese momento, comprendió que no tenía más opción que tomar medidas drásticas si quería forzar a Clara a aceptar su papel.

Soria, decidido, sacó un arma y la apuntó directamente hacia Heinst. El choque fue inmediato. El asombro se apoderó de todos en la sala, y el aire se volvió tenso como una cuerda al borde de romperse.

—¿Qué haces? ¿Acaso te has vuelto loco? —exclamó Clara, su voz alzándose mientras el miedo comenzaba a filtrarse en su expresión. Heinst, al ver la determinación en los ojos de Soria, reaccionó de inmediato. Tomó la mano de Clara y la colocó detrás de él, protegiéndola con su cuerpo mientras mantenía la mirada fija en el arma que apuntaba a su pecho.

—Lo siento, señorita, pero no me ha dejado otra opción —respondió Soria con frialdad. Su voz no tembló, y aunque el arma que sostenía no tenía balas, la amenaza era real. No le importaba si debía mentir o manipular, su objetivo era claro, convencer a Clara de que debía aceptar su destino.

Clara miraba la situación con el corazón acelerado, sabiendo que Soria no vacilaría en seguir adelante con su amenaza. Por un momento, la idea de que todo esto era una trampa bien pensada cruzó por su mente. Román había previsto todo, incluso su rechazo, y Soria estaba cumpliendo con su papel para forzarla a continuar con el legado. La presión de la responsabilidad, el miedo por Heinst, y la incomprensible herencia que su padre le había dejado, la envolvían, dejándola sin salida.

Heinst, con la mandíbula apretada, se mantenía firme. Sabía que no podía permitir que Clara cediera

ante la presión, pero también sabía que Soria estaba dispuesto a cualquier cosa para cumplir su misión.

Soria, bajo la oscura influencia de Alexander, decidió que ya no había marcha atrás. Su paciencia había llegado al límite, y sus ojos brillaban con determinación al ver la resistencia de Clara y Heinst. Era momento de ejecutar el plan.

—¡Atrápenla! —ordenó Soria con una voz cargada de autoridad. Sus hombres, entrenados y leales, se movieron rápidamente, acercándose a Clara con la intención de sujetarla. Todo había sido orquestado con precisión. Alexander, con quien Soria había hecho un trato antes de la reunión, estaba manipulando la situación desde las sombras, asegurándose de que Clara no pudiera escapar de su destino.

Heinst, sin pensarlo dos veces, se colocó frente a Clara, su postura firme y su determinación aún más fuerte. No permitiría que le hicieran daño, aunque eso le costara la vida. Con una velocidad y habilidad sorprendentes, comenzó a luchar contra los hombres que se lanzaban sobre él, bloqueando golpes, desarmándolos y usando todo su entrenamiento para mantener a Clara a salvo.

—Clara, este es un buen momento para salir de aquí… ¡Vete ya! —exclamó Heinst mientras se defendía ferozmente. Cada palabra salía entre respiraciones agitadas, sus movimientos eran rápidos y precisos, pero el número de oponentes parecía interminable. No podía permitirse un solo error.

Clara, paralizada entre el miedo y la incredulidad, retrocedió lentamente mientras sostenía la camisa de Heinst con una mano temblorosa. Sus ojos no se apartaban de él, que seguía luchando con todas sus fuerzas, aun cuando uno de los hombres lo golpeó en el costado, y otro lo tiró contra una mesa. Pero Heinst no se rendía. Se levantaba una y otra vez, manteniendo su cuerpo como escudo entre Clara y los atacantes.

—¡Heinst! —gritó Clara, su voz cargada de desesperación. No quería dejarlo atrás, pero sabía que Heinst estaba arriesgando su vida para darle una oportunidad de escapar. Aun así, cada paso que daba hacia la salida sentía que dejaba una parte de sí misma en esa sala.

—¡Corre, Clara! —rugió Heinst, su voz quebrada por el esfuerzo, mientras uno de los hombres intentaba sujetarlo por la espalda. Con un giro violento, Heinst lo derribó, pero el agotamiento ya comenzaba a notarse en su cuerpo. Las fuerzas le flaqueaban, y las heridas empezaban a acumularse.

Soria observaba desde la distancia, su rostro inexpresivo, como si estuviera observando un espectáculo. Sabía que, aunque Heinst estaba logrando mantener a raya a sus hombres, era solo cuestión de tiempo antes de que lo superaran. Y cuando lo hicieran, Clara ya no tendría escapatoria.

Clara, con lágrimas en los ojos, dio un último vistazo a Heinst antes de girarse y correr hacia la salida. Sentía que su corazón se rompía con cada paso que daba, pero sabía que debía confiar en él. No podía dejar que el sacrificio de Heinst fuera en vano.

Heinst continuó peleando, aun cuando las fuerzas lo abandonaban. Sabía que proteger a Clara era lo único que importaba. Mientras el último de los hombres de Soria se abalanzaba sobre él, Heinst, al borde del colapso, sonrió. Había logrado su objetivo, Clara estaba a salvo… al menos por ahora.

Clara conducía por la carretera Silver Ridge, las manos temblándole al aferrarse al volante mientras el latido de su corazón resonaba en sus oídos como tambores de guerra. Sus pensamientos eran un torbellino incontrolable, llenos de miedo y desesperación. Al llegar a un tramo más aislado, decidió

detenerse, estacionando el auto a un lado de la banquina. Sabía que necesitaba calmarse, pensar con claridad. Pero los nervios seguían a flor de piel, haciéndole sentir como si su pecho fuera a explotar.

Con manos temblorosas, abrió la guantera y buscó algo, cualquier cosa, con la que pudiera defenderse si fuera necesario. Entre papeles y objetos olvidados, encontró el gas pimienta que había guardado para una emergencia, como si en el fondo siempre hubiera sabido que un momento como este llegaría. Lo tomó y lo guardó en el bolsillo de su abrigo. Su siguiente paso era pedir ayuda. Tomó su teléfono móvil y con los dedos torpes comenzó a marcar al 911.

Mientras el tono de llamada sonaba, trató de calmar su respiración, pero su mente no dejaba de volver a la imagen de Heinst, luchando por protegerla, posiblemente capturado… o peor. No podía permitir que la desesperación la consumiera. Necesitaba ser fuerte, aunque por dentro se sentía rota.

—Hola… —dijo entrecortada cuando alguien contestó al otro lado —Estamos en la carretera Silver Ridge… yo… yo logré escapar, pero mi esposo… mi esposo fue capturado. —Su voz era apenas un susurro, quebrada por el miedo.

De repente, una luz brillante iluminó el interior del auto, haciéndola saltar en su asiento. Clara entrecerró los ojos para intentar ver a través del reflejo, su corazón latiendo aún más rápido. Una linterna se acercaba desde el otro lado de la ventana del conductor. Su cuerpo se congeló, el teléfono aún pegado a su oído, pero las palabras se quedaron atrapadas en su garganta. ¿Quién estaba ahí?

Antes de que pudiera reaccionar, la linterna descendió, revelando el rostro de un hombre que no reconocía. Sus ojos eran oscuros, implacables. Su instinto de supervivencia se activó, y bajó el teléfono lentamente, ocultándolo a un lado, pero ya era demasiado tarde.

En un movimiento violento y repentino, el hombre rompió el cristal de la ventana del auto con un objeto contundente, los vidrios salpicaron por todas partes, algunos cortando la piel de Clara. Soltó un grito de terror mientras intentaba alejarse del alcance del hombre, pero fue inútil. El desconocido abrió la puerta del auto y la tomó del brazo, tirando de ella con fuerza.

—¡No! ¡Suéltame! —gritó mientras intentaba luchar contra el agarre del hombre, pateando y forcejeando con todas sus fuerzas.

El hombre la sacó del auto a tirones, su fuerza aplastante haciéndola sentir completamente indefensa. A pesar de sus intentos por liberarse, sentía que sus esfuerzos no hacían más que enfurecer a su captor. El gas pimienta aún estaba en su bolsillo, pero no podía alcanzarlo con las manos apresadas por el hombre.

Clara fue arrastrada lejos del auto, su mente se llenaba de pánico. Su única esperanza era que la llamada al 911 no hubiera sido en vano, que alguien hubiera escuchado su ubicación y que la ayuda estuviera en camino.

Clara gritaba por ayuda, pero sus gritos se perdían en la vastedad de la noche. Su voz se quebraba por el esfuerzo y el miedo, pero nadie parecía escucharla. El hombre que la había arrastrado fuera de su coche la empujó sin compasión hacia otro vehículo estacionado en el lado opuesto de la carretera. En su desesperación, no se percató de los detalles hasta que fue lanzada al asiento del pasajero de un auto de lujo. Al levantar la vista, lo vio.

Alexander.

El hombre que estaba sentado junto a ella tenía la mandíbula tensa y una mirada gélida que no recordaba. Pero, en su pánico, Clara no pudo pensar con claridad. El alivio inicial se apoderó de ella al ver a una cara conocida, ignorando las señales de peligro que empezaban a surgir en su mente.

—¡Alexander! Gracias a Dios que eres tú —dijo ella, aferrándose a su brazo con fuerza, sus dedos temblorosos buscando seguridad en los músculos de él. Su corazón seguía martilleando, pero una pequeña esperanza empezaba a formarse en su pecho.

Alexander la observaba con una frialdad implacable, su mirada no mostraba emoción alguna. Era como si Clara estuviera frente a un extraño, pero su confusión no le permitió procesar lo que estaba sucediendo.

—Señora Clara, ¿qué hace aquí? ¿No debería estar en una reunión importante? —dijo Alexander con voz seca y calculada.

Clara apenas prestó atención a sus palabras, todavía temblando por el terror vivido hace instantes. Sus pensamientos eran un caos.

—Unos hombres me persiguieron... intentaron capturarme... —balbuceó sin terminar la frase. De repente, su mente, tan rápida como el instinto de supervivencia, detectó algo fuera de lugar. Su respiración se hizo más pesada, como si estuviera a punto de descubrir algo aterrador.

Se quedó en silencio por un segundo, y luego, lentamente, su mirada se afiló.

—Espera... —susurró, su voz apenas audible — ¿Cómo sabías que debía tener una reunión?

Las palabras de Clara flotaron en el aire, pero su significado cayó como una piedra en el fondo de un pozo oscuro. La sonrisa que se formó en los labios de Alexander fue suficiente para helarle la sangre. Una sonrisa macabra, sin ningún rastro de bondad o empatía. La verdad comenzaba a desenredarse en su mente, como una pesadilla que apenas había comenzado.

Antes de que pudiera moverse, antes de que sus músculos reaccionaran a la urgencia de huir, Alexander sacó un arma de entre sus ropas. La negra y mortal figura del arma se alzó con precisión, apuntando directamente hacia Clara. La boca del cañón estaba fija en su mentón, como una sentencia silenciosa. Todo en ella se detuvo en ese instante, su cuerpo, su mente, incluso sus pensamientos. Solo su respiración agitada rompía el abrumador silencio del interior del auto.

Clara estaba inmóvil, con los ojos abiertos de par en par. El terror absoluto la invadió, robándole cualquier palabra o movimiento. Sabía, en lo más profundo, que el hombre frente a ella no era el Alexander que una vez había conocido. Era alguien más, algo más. El peligro era más grande de lo que había imaginado, y ahora estaba atrapada, sin salida, a merced de un enemigo que no había visto venir.

—¿Joven Alexander, qué está haciendo? —preguntó Clara, su voz temblando mientras seguía inmóvil ante la intimidación del arma y la imponente presencia de un hombre lleno de secretos oscuros. Sus ojos, grandes y brillantes, estaban fijos en Alexander, buscando desesperadamente alguna señal de compasión o arrepentimiento, pero solo encontró una frialdad abrumadora.

Alexander la observó con una calma que parecía casi inhumana, su dedo rozando el gatillo con una despreocupación que lo hacía ver aún más peligroso.

—Shh... Quieta, Clara. Si yo fuera tú, no movería ni un solo músculo —dijo Alexander con una voz

desafiante y serena, que escondía una amenaza clara detrás de cada palabra. La cercanía entre ambos era abrumadora; Clara podía sentir la presión del arma en su piel, cada latido de su corazón retumbaba en sus oídos, pero estaba completamente paralizada, incapaz de hacer algo más que seguir respirando.

El chofer de Alexander, que había permanecido en silencio hasta ese momento, lanzó una pregunta que rompió momentáneamente la tensión.

—Señor, ¿volvemos a la ciudad o seguimos con el plan? —preguntó, sin apartar la vista de la carretera, como si la escena que ocurría a su lado no tuviera la más mínima importancia para él.

Alexander seguía mirando a Clara, estudiando cada reacción, cada pequeño temblor en su rostro. Estaba tan cerca de ella que podía sentir su respiración acelerada, y aquello le producía una extraña satisfacción. Su terror lo excitaba de una manera que ni siquiera él podía explicar.

—Sigue con el plan —ordenó Alexander sin dejar de mirarla, con un tono cortante que no dejaba lugar a dudas sobre su determinación.

Clara intentó apartar la vista, pero su cuerpo se sentía atrapado, como si la presencia de Alexander la hubiera encadenado en ese momento de miedo absoluto. Ella no podía comprender lo que estaba sucediendo; el Alexander que había conocido, o creído conocer, parecía un fantasma ahora. Este hombre, frente a ella, era otra cosa. Era una sombra oscura, un predador.

—En cuanto a ti, muy pronto sabrás toda la verdad, mi querida Clara —dijo Alexander, su voz adquiriendo un tono casi seductor al pronunciar esas palabras.

Con un gesto deliberado, Alexander retiró el arma lentamente, como si disfrutara cada segundo de su tormento. El silencio que dejó el arma al alejarse fue aún más perturbador que su amenaza. El auto siguió su camino, alejándose de la carretera y sumergiéndose en lo desconocido. Clara sintió que su mundo se derrumbaba, mientras la promesa de Alexander resonaba en su mente. La verdad, cualquiera que fuera, la estaba esperando al final de ese oscuro y peligroso camino, y ya no había vuelta atrás.

Infierno

El viaje de regreso al lugar del que Clara había huido fue todo menos cómodo. El silencio que reinaba en el interior del auto era casi insoportable, cargado de tensión y ansiedad. Cada kilómetro que los acercaba a su destino parecía intensificar esa atmósfera sofocante, haciéndola sentir aún más atrapada.

Al llegar al edificio donde, tiempo atrás, Clara había tenido ese fatídico encuentro con los hombres de su padre, una sensación de inquietud la invadió. El lugar parecía estar a una distancia inalcanzable, como si cada uno de sus recuerdos allí tomara forma y la acechara desde lejos.

—Muy bien, princesa... hemos llegado. Te sugiero que no hagas nada que ponga tu vida en vilo —dijo Alexander con un tono frío, casi desafiante, mientras el hombre que la había arrastrado al auto abría la puerta para que ella descendiera.

Clara salió lentamente del vehículo, sus piernas temblorosas apenas la sostenían. Miró a su alrededor, escudriñando cada rincón, pero todo parecía tranquilo, como si nada fuera diferente a lo que había dejado atrás. Sin embargo, el peligro que presentía en su interior era palpable.

Alexander se acercó a lentamente a Clara, y sus manos firmes se posaron sobre los hombros con un control que transmitía una autoridad implacable. Ella sintió el peso de su presencia mientras ambos comenzaban a avanzar hacia el imponente edificio. La puerta crujió cuando se abrió, revelando un largo pasillo mal iluminado que parecía alargarse hacia una oscuridad que se cernía sobre ellos. Sus pasos resonaban en el silencio, cráneo un eco inquietante que solo aumentaba la tensión.

Al ingresar al interior, una figura a lo lejos captó la atención de Clara. Sentado sobre un silla y amordazado, se encontraba Heinst, el hombre que alguna vez le había ofrecido su ayuda. Su rostro estaba cubierto de sudor, y la cuerda que lo tenía inmovilizado le había dejado marcas visibles en la piel. Clara sintió un impulso desesperado de correr hacia él, para liberarlo de su sufrimiento, pero antes de que pudiera dar un paso, las manos de Alexander se apretaron contra sus hombros, deteniendo su avance.

—No tan rápido, querida —murmuró Alexander, su voz un susurro profundo y amenazante. El agarre que tenía sobre su brazo era lo suficientemente aterrador como para que Clara sintiera un escalofrío recorrerle la espalda. Su instinto la llevó a dar un paso atrás, buscando la protección de Heinst, que se encontraba más lejos en la oscura habitación. Cada vez que intentaba liberarse, la presión de sus dedos se hacía más intensa, como si Alexander disfrutara de su angustia.

Los ojos de Clara se cristalizaron, y en ese momento, se dio cuenta de que las lágrimas estaban a punto de brotar. Sabía que no debía mostrar debilidad, pero la desesperación le oprimía el pecho. Era como si su corazón quisiera escapar de su cuerpo y correr hacia la seguridad de Heinst.

—¿Quién eres en verdad? ¿Y por qué estamos aquí? —logró preguntar, su voz casi quebrada, ahogada por el miedo y la incertidumbre. Las palabras salieron con dificultad, como si su garganta estuviera cerrándose ante la tensión palpable en el aire.

—¿Quién soy? Jajaja… en verdad no sabes quién carajo soy —respondió él, con una risa que resonó en la sala, elevando su voz lo suficiente como para estremecer a Clara. Esa risa tenía un tono burlón, casi cruel, y la joven sintió que sus rodillas flaqueaban ante la presión de la situación.

Heinst, a pesar de estar gravemente golpeado y con moretones por todo el cuerpo, podía escuchar la voz amenazadora de Alexander. Sabía que aquel hombre no tenía buenas intenciones. Cada palabra que pronunciaba resonaba en su mente como un eco aterrador. La familiaridad de la risa de Alexander le hizo sentir un escalofrío. Había algo en su tono, en su manera de hablar, que le recordaba a un pasado que prefería olvidar, un pasado que lo había perseguido a través de los años.

Mientras la tensión aumentaba, Clara se preguntaba qué había llevado a esa situación. Recordaba momentos felices, antes de que todo se desmoronara. Recordaba la vida normal que había tenido, antes de cruzarse con Alexander. Pero en ese instante, lo único que podía pensar era en la amenaza que representaba. Heinst estaba allí, luchando con todas sus fuerzas, pero el miedo comenzaba a dominarla.

El lugar se llenó de un silencio inquietante después de la risa de Alexander, como si el tiempo se hubiera detenido. Clara sintió que cada segundo se alargaba, mientras buscaba una respuesta en los ojos de Heinst, quien, aunque débil, intentaba mantener la calma. Era su única esperanza en un mar de incertidumbre.

—Tú no tienes que hacer esto —dijo Clara, intentando recuperar un poco de su valentía. Pero su voz sonó más como un susurro, y Alexander solo sonrió, como si se alimentara de su miedo.

La atmósfera se volvía cada vez más pesada, cargada de tensión, y Clara lo sentía en cada latido acelerado de su corazón. Sabía que todo podía desbordarse en cualquier momento. No podía permitirse rendirse; no cuando Heinst seguía allí, debilitado y a merced de ese hombre aterrador. Necesitaba encontrar una manera de salir de aquel lugar, pero cada paso que daba hacia atrás parecía inútil. ¿Cómo podía enfrentarse a alguien como Alexander, un hombre cuya locura parecía no tener límites?

—Nadie podrá disfrutar de tu amor… si no soy yo —dijo Alexander, su voz desafiante y llena de resentimiento. Clara frunció el ceño, confusa por esas palabras que parecían cargadas de un rencor que no entendía. ¿De qué hablaba? ¿Qué significaban esas amenazas?

—Esto es una locura. ¿Quién se cree para hablarme así? —replicó ella, tratando de retroceder, desesperada por poner más distancia entre ellos. Pero cuanto más se alejaba, más se acercaba Alexander, avanzando con una furia creciente. Sus ojos ardían con una ira primitiva, como si algo profundo y oscuro se hubiera liberado dentro de él, algo que ni siquiera él sabía que podía sentir.

—Déjala en paz… sea lo que sea, podemos aclararlo —dijo Heinst, alzando la cabeza con dificultad para enfrentarse a Alexander. Su cuerpo estaba lastimado, pero aún intentaba defender a Clara. Ambos hombres intercambiaron miradas, una tensión palpable flotando en el aire. Ninguno parecía dispuesto a dar un paso atrás.

—Ella tiene que ver en todo… ¿No es así, querida? —preguntó Alexander, su voz gélida mientras apretaba con fuerza el brazo de Clara, quien no pudo evitar soltar un gemido de dolor. La presión era insoportable, y un estremecimiento la recorrió de pies a cabeza.

—No es así, Clara. Íbamos a casarnos… hasta que me traicionaste con él —continuó Alexander, su tono cargado de veneno mientras la tomaba bruscamente de la barbilla, obligándola a girar el rostro y mirar a Heinst. La cercanía entre los tres era abrumadora, y la confrontación parecía inevitable.

Clara no podía creer lo que estaba escuchando. La mención de un pasado que ya no recordaba de esa forma la desconcertaba, pero aún más aterrador era el resentimiento que Alexander parecía haber albergado durante tanto tiempo. ¿De verdad él pensaba que lo había traicionado? ¿Cómo podía Alexander distorsionar tanto los recuerdos, hasta el punto de creer en una traición que jamás había ocurrido?

Heinst, aunque débil, intentaba moverse, buscando una oportunidad para intervenir, pero Alexander lo mantenía vigilado. Clara sentía el control de Alexander sobre su cuerpo, su mente y su destino. El aire se hacía más denso, casi irrespirable, mientras Alexander continuaba apretando su brazo y su barbilla con una fuerza abrumadora.

—Alexander, esto no tiene sentido. ¡Déjame ir! —imploró Clara, con la voz quebrada por el dolor y la desesperación. Pero él no parecía dispuesto a escuchar razones.

—No. Tú no vas a ir a ninguna parte, Clara —dijo Alexander, su mirada fija en ella, cargada de obsesión y amargura. Mientras tanto, Heinst, debilitado pero determinado, seguía observando, esperando el momento adecuado para actuar.

La batalla no era solo física, sino también mental. Clara podía sentir que la ira y el resentimiento de Alexander lo estaban llevando al borde de la locura. Sabía que, si no encontraba una salida pronto, todo acabaría de la peor manera. Pero no podía rendirse. No ahora.

Clara se quedó inmóvil por un momento, sintiendo que el mundo a su alrededor se desmoronaba. Sus ojos se fijaron en la figura que emergía de entre las sombras. Su corazón se aceleró, y un escalofrío recorrió cada rincón de su cuerpo al reconocer aquellos rasgos. Todo a su alrededor se volvió borroso, como si la realidad se desvaneciera ante la sorpresa.

—¿Noah? ¿Eres tú? —preguntó, su voz temblando, apenas un susurro que escapaba de sus labios. El miedo y la confusión se mezclaban en su mente, haciéndola dudar de lo que veía. Durante años había intentado enterrar ese nombre, ese rostro. Pero allí estaba, de pie frente a ella, como si el tiempo no hubiera pasado.

El hombre no respondió de inmediato. Su figura, imponente y silenciosa, avanzó lentamente hacia ella, provocando que Clara diera un paso atrás. Cada músculo de su cuerpo se tensó, preparándose para lo peor. No podía ser él. Noah, su antiguo prometido, a quien había dado por desaparecido, ¿cómo podía estar allí? La sola idea la ponía temerosa. Era como si las viejas heridas, aquellas que había luchado tanto por sanar, se reabrieran de golpe, sangrando dolor y arrepentimiento.

Los recuerdos se agolparon en su mente, confusos y dolorosos. Recordaba los momentos felices que habían compartido, la promesa de un futuro junto, y cómo todo se había desmoronado de manera abrupta. Noah había desaparecido sin dejar rastro, y Clara había pasado años preguntándose qué había sucedido, tratando de encontrar respuestas que nunca llegaron. Ahora, verlo allí, tan cerca, le provocaba una mezcla de emociones intensas.

—No puede ser... —susurró para sí misma, su voz quebrada por el temor y la incredulidad. Su respiración se aceleró, y un nudo se formó en su garganta. El hombre se acercaba, sus pasos lentos y deliberados. A cada paso que él daba, Clara retrocedía uno más, como si el suelo bajo sus pies se desmoronara.

El rostro de Noah seguía siendo el mismo, aunque más endurecido, como si los años hubieran dejado cicatrices invisibles en su alma. Sus ojos, sin embargo, eran distintos. Ya no mostraban la calidez que ella recordaba, esa chispa de amor que alguna vez la había envuelto. Ahora estaban fríos, vacíos, como si la persona que una vez conoció hubiera desaparecido.

—¿Qué… qué estás haciendo aquí? —preguntó finalmente, su voz apenas audible mientras trataba de contener el pánico que amenazaba con apoderarse de ella. La posibilidad de que Noah estuviera de vuelta, y con intenciones desconocidas, la hacía sentirse vulnerable. ¿Qué quería de ella? ¿Por qué había regresado ahora, después de tanto tiempo?

Noah la observó en silencio durante un largo momento, como si estuviera midiendo sus palabras. Finalmente, dejó escapar una risa amarga, una risa que no tenía nada que ver con el hombre que Clara había amado. La frialdad en sus ojos se hizo aún más evidente.

—¿De verdad no lo sabes, Clara? —respondió él, su tono bajo y amenazante. El sonido de su voz

hizo que un nuevo escalofrío recorriera su espalda. Era Noah, pero al mismo tiempo, no lo era. Algo había cambiado en él, algo que no podía explicar pero que la aterraba profundamente.

Clara retrocedió un poco más, sintiendo cómo sus piernas comenzaban a temblar. La mente le gritaba que corriera, que se alejara de él lo más rápido posible, pero su cuerpo no reaccionaba. Estaba paralizada, atrapada entre el miedo y la confusión. Las palabras de Noah resonaban en su mente, pero no lograba comprender el motivo de su regreso.

Clara sintió que el silencio entre ellos era más pesado que el propio aire. Su respiración se volvió irregular, y el eco de sus propias palabras resonaba en su mente. Había confesado algo que durante años había tratado de olvidar, algo que había ocultado incluso de sí misma, ella lo había dejado escapar. En su momento, había pensado que era lo mejor, que dejar a Noah ir sería su manera de protegerse de un futuro incierto, pero ahora, después de todo ese tiempo, se preguntaba si había cometido un error irreversible.

—Te dejé escapar… ¿Por qué has vuelto? —susurró Clara, con la voz rota por la confusión y el miedo. Sus ojos buscaban en Noah algún vestigio del hombre que una vez había amado, pero lo único que encontró fue una mirada vacía, fría, carente de cualquier rastro de humanidad. Era como si el tiempo hubiera transformado a Noah en una sombra de lo que alguna vez fue, alguien irreconocible.

Noah dio un paso más hacia ella. Clara se quedó inmóvil, sus pies enraizados al suelo. Esta vez, no retrocedió. Había algo en su interior que le decía que ya no podía seguir huyendo. Huir era lo que siempre había hecho, lo que había intentado desde el día en que él desapareció, pero ahora se daba cuenta de que el pasado la había alcanzado, y no había escapatoria. No esta vez.

Los años los habían cambiado a ambos. Clara podía sentirlo en su propia piel, en los recuerdos que luchaban por salir a la superficie, y sobre todo, en la frialdad que veía en los ojos de Noah. Él no era el mismo. Ya no quedaba nada del joven apasionado que había conocido, del hombre que había prometido amarla para siempre. Ahora, había algo oscuro, algo turbio y peligroso que la hacía temer lo peor.

—Todo este tiempo, Clara… todo este tiempo he estado esperando este momento —dijo Noah finalmente, su voz más suave de lo que ella había esperado. Sin embargo, esa suavidad no traía consuelo, sino una amenaza latente que le hizo estremecerse. Cada palabra que pronunciaba parecía estar cuidadosamente diseñada para destrozarla, para hundirla en una desesperación de la que no habría salida.

Clara sintió que el aire se volvía aún más denso, como si el espacio a su alrededor comenzara a comprimirse. Era como si cada sílaba que Noah decía robara un poco de su capacidad para respirar. Su cuerpo temblaba, pero no solo por el miedo, sino por la incertidumbre de lo que vendría después. En ese momento, se dio cuenta de que Noah no había vuelto simplemente para verla. Había algo más, algo que él quería, y Clara sabía que no sería nada bueno.

—¿Por qué? —preguntó finalmente, incapaz de contener más el nudo en su garganta. Su voz salió en un susurro apenas audible, mientras sus labios temblaban visiblemente —¿Por qué ahora? ¿Qué quieres de mí?

El silencio que siguió a su pregunta fue aún más aterrador que cualquier respuesta que pudiera haber imaginado. Noah la miraba con una intensidad que la hacía sentir pequeña, indefensa. Era como si

su destino estuviera completamente en sus manos, como si él hubiera estado controlando todo desde el principio. No necesitaba decir nada para que Clara comprendiera que las cosas nunca volverían a ser como antes.

Sin previo aviso, Noah extendió su mano hacia ella. El gesto, aunque lento y calculado, fue inesperado, y Clara sintió cómo su corazón daba un vuelco. Quiso moverse, retroceder, alejarse de él, pero sus piernas no le respondían. Estaba paralizada, atrapada entre el deseo de huir y la necesidad de entender qué estaba pasando.

Cuando la mano de Noah estuvo a punto de alcanzarla, Clara cerró los ojos por un segundo, preparándose para lo peor. El contacto nunca llegó, pero la sensación de peligro inminente la envolvió. Lo que fuera que Noah había venido a buscar, lo que sea que quisiera de ella, estaba claro que no era algo bueno. Algo en su interior le decía que ese encuentro marcaría un punto de no retorno, que su vida tal como la conocía cambiaría para siempre.

Finalmente, abrió los ojos, encontrándose con la mirada implacable de Noah. No había amor en sus ojos, solo una mezcla de dolor, resentimiento y algo más oscuro que no lograba descifrar. Sabía que lo que estaba a punto de suceder los destruiría a ambos, de una manera u otra. Pero ya no había marcha atrás. Lo que fuera que Noah había venido a buscar, no se detendría hasta conseguirlo.

Y Clara, por primera vez en mucho tiempo, se sintió completamente indefensa.

La tensión en la habitación era palpable, y el aire se sentía cargado de emociones desbordadas y recuerdos dolorosos. Heinst intentó mantenerse calmado a pesar de lo que estaba sucediendo, pero la mirada desquiciada de su primo Noah lo mantenía en alerta. Sabía que la situación era crítica, que cualquier movimiento en falso podría desencadenar una tragedia, y aunque los años habían llenado su relación de rencor, no podía ignorar la responsabilidad que sentía por haber interferido en la vida de Noah y Clara en el pasado.

—Noah... No empeores tu situación —dijo Heinst, con la voz baja pero firme, tratando de razonar con él. Aunque el odio entre ambos se había intensificado con los años, Heinst no podía evitar sentir una profunda culpa por el dolor que había causado. Había sido él quien se había entrometido en la relación de Noah y Clara, y esa decisión había marcado el destino de los tres para siempre.

Noah lo miró con desprecio, sus ojos llenos de furia. La traición que sentía era un veneno que lo consumía por dentro, cegándolo hasta el punto de no poder ver la realidad. Cada palabra de Heinst lo enfurecía más, haciendo que el odio que había albergado durante tanto tiempo se desbordara.

—¡Cállate! —gritó Noah, su voz temblando de ira contenida.

—Tú me pagarás por tu traición. No permitiré que ambos sean felices. No los dejaré —amenazó, sus palabras cargadas de una rabia que parecía crecer con cada segundo que pasaba.

Sin previo aviso, Noah sacó un arma de su cintura, y la tensión en la habitación alcanzó su punto máximo. Apuntó directamente en la dirección de Heinst, sus manos firmes y decididas. Los ojos de Noah, desquiciados por la venganza, brillaban con una intensidad que Heinst nunca había visto antes. Estaba cegado por el resentimiento, por la traición que creía haber sufrido injustamente. Para él, nada más importaba en ese momento que vengarse de quienes consideraba culpables de su desgracia.

Heinst sintió cómo el peso de la situación lo aplastaba. Sabía que su vida estaba en peligro, pero lo

que más le preocupaba no era él mismo, sino Clara. La mujer que estaba en el centro de todo este caos, la que había sido víctima de las decisiones de ambos hombres, estaba a punto de verse arrastrada a una tragedia que no merecía.

Clara, al ver el arma en las manos de Noah, sintió que el tiempo se detenía. Su corazón latía con fuerza en su pecho, y un terror helado recorrió su cuerpo. No podía permitir que algo le sucediera a Heinst. Sabía que la situación era desesperada, que Noah estaba más allá de cualquier razonamiento, pero también sabía que tenía que hacer algo. No podía quedarse de brazos cruzados mientras el hombre que amaba estaba en peligro.

Sin pensarlo dos veces, Clara se movió rápidamente, colocándose entre Heinst y el cañón del arma de Noah. Su instinto fue protegerlo, aun a costa de su propia vida. El frío metal del arma apuntaba directamente hacia ella ahora, pero no dudó. Estaba dispuesta a dar todo por él.

—¡No, Clara! —exclamó Heinst, horrorizado al ver que ella se interponía entre ambos. Intentó moverse para detenerla, pero Clara lo detuvo con una mirada decidida. No había tiempo para palabras, solo el entendimiento silencioso de que ella haría lo que fuera necesario para salvarlo.

En ese instante, Noah bajó ligeramente el arma, con los ojos fijos en Clara. La escena frente a él lo descolocó, y por un momento la furia que lo consumía se disipó lo suficiente como para que algo de claridad se filtrara en su mente. Clara estaba dispuesta a morir por Heinst. Noah lo supo en ese momento, con una certeza que lo hirió profundamente. Realmente a Heinst, y estaba dispuesta a sacrificar su vida por él.

El ambiente en el edificio se volvió irrespirable. Clara apenas tuvo tiempo de procesar la pregunta de Noah, cargada de dolor y resentimiento **"***¿Lo amas lo suficiente como para dar tu vida por él***?"**. Las palabras resonaban en su mente, mientras buscaba una respuesta que tal vez jamás hubiera querido enfrentar. Pero antes de que pudiera hablar, la puerta del edificio se abrió de golpe, rompiendo el tenso silencio que los envolvía.

Hombres armados comenzaron a entrar de manera abrupta, llenando cada rincón del lugar. Clara sintió el aire tornarse más denso, como si una tormenta estuviera a punto de desatarse. De un lado, los hombres leales a Heinst irrumpieron con determinación, sus rostros duros y enfocados en recuperar a su líder. No les importaban las consecuencias, estaban dispuestos a hacer lo que fuera necesario para sacar a Heinst de allí sano y salvo.

Pero del otro lado, Clara vio cómo entraba otro grupo, hombres que le resultaban demasiado familiares. Eran los soldados de su padre. Hombres que, tras la muerte de su progenitor, habían quedado sin un líder capaz de guiarlos, y ahora, en su desesperación y necesidad de seguir a alguien, habían decidido aliarse con Alexander. Esa traición no era solo hacia Clara, sino hacia el legado que su padre había dejado. A pesar de la incertidumbre, Clara sabía que esos hombres ahora responderían a quien tuviera más poder, y en este caso, era Alexander quien ostentaba ese control.

Las armas se alzaron de ambos bandos, apuntando sin vacilación a sus respectivos enemigos. Una sola palabra, un solo movimiento en falso, y todo desembocaría en una masacre. Clara miraba a su alrededor, intentando asimilar lo que estaba a punto de ocurrir. Podía sentir el peligro en el aire, el ruido de la respiración acelerada de los hombres que los rodeaban, cada uno con sus dedos ansiosos en el gatillo.

—Cadáver… Baja el arma, hazlo —ordenó Heinst con una voz autoritaria. Sabía que la situación

estaba a punto de salirse de control, y haría lo que fuera necesario para evitar un baño de sangre. Su mirada era dura, pero su tono intentaba ser conciliador. El apodo de "Cadáver" se refería al hombre que tenía el arma en alto, un soldado peligroso y despiadado, conocido no precisamente por su bondad.

El joven apodado "Cadáver" se mantuvo inmóvil, sus ojos fijos en Heinst. No había ni un rastro de duda en su rostro. Heinst sabía que la lealtad de aquel hombre no se compraba fácilmente, y menos aún cuando se trataba de un agente infiltrado, como él. Cada palabra que decía parecía caer en oídos sordos.

—No bajaré el arma... No haré caso a un agente —respondió "Cadáver", su voz llena de desprecio. Para él, Heinst era una traición personificada, alguien que había jugado con ambos bandos, infiltrándose donde más convenía. No le interesaba lo que Heinst tuviera que decir; todo lo que veía era un hombre que merecía ser eliminado.

Clara observaba en silencio, consciente de que un solo malentendido los llevaría a la destrucción. Las palabras de Noah seguían presentes en su mente, su pregunta aún sin respuesta. Pero ahora, frente a ese caos, frente a la inminente violencia que se cernía sobre todos, la respuesta parecía más clara de lo que nunca lo había sido. Amaba a Heinst, lo suficiente como para protegerlo, lo suficiente como para enfrentar la tormenta que se avecinaba, incluso si eso significaba arriesgar su propia vida.

Mientras la tensión seguía en aumento, Clara miró a Noah. Su rostro estaba marcado por la decepción, pero también por algo más profundo: el dolor de haber perdido aquello que más valoraba. Había llegado hasta ese punto cegado por la venganza, pero ahora, al ver a Clara dispuesta a arriesgarlo todo por Heinst, se enfrentaba a la amarga verdad de que nunca recuperaría lo que había perdido.

Alexander, por su parte, permanecía en silencio, observando cómo la situación se desmoronaba. Para él, todo se trataba de poder. Los hombres del padre de Clara ahora lo seguían a él, y no permitiría que nada se interpusiera en sus planes. Con un leve gesto, señaló a sus hombres para que se mantuvieran listos, esperando el momento adecuado para actuar.

El frío cañón del arma de "Cadáver" seguía apuntando hacia Heinst, y Clara sabía que el tiempo se estaba acabando. Debía actuar rápido, o todo estaría perdido. Lentamente, sin dejar de mirar a Noah, se adelantó unos pasos, posicionándose una vez más entre Heinst y el arma de "Cadáver".

—Baja el arma —repitió, esta vez con más fuerza, dirigiendo su mirada al soldado. —Si disparas, no solo lo matarás a él... también a mí.

La declaración dejó a "Cadáver" momentáneamente perplejo. No había esperado que Clara se interpusiera de esa manera, y aunque su lealtad era hacia Alexander y la venganza, la situación lo hizo dudar. El rostro de Clara, lleno de determinación, no dejaba lugar para vacilaciones. Estaba dispuesta a morir por Heinst, y eso era algo que "Cadáver" no podía ignorar.

El silencio volvió a caer sobre el lugar, solo interrumpido por el sonido de las respiraciones tensas de todos los presentes. La situación se sostenía sobre un hilo, y cualquier palabra equivocada podría hacer que todo se desmoronara en cuestión de segundos.

Finalmente, tras lo que pareció una eternidad, "Cadáver" bajó lentamente el arma. Sus ojos, aún llenos de desconfianza, se fijaron en Clara y luego en Heinst. No iba a disparar, al menos no ese día.

La balacera estalló en cuestión de segundos. El primer disparo resonó en el aire como una explosión, y en un abrir y cerrar de ojos, el caos se desató por completo. Las balas surcaban el espacio como si el tiempo se hubiera detenido, y Clara sintió su corazón latir con fuerza, sabiendo que cada segundo era vital. Su cuerpo entero temblaba, pero sabía que debía mantenerse firme. Heinst, aún atado, intentaba liberarse mientras el estruendo de los disparos se intensificaba a su alrededor.

Con un esfuerzo sobrehumano, Heinst logró deshacerse de las ataduras que lo mantenían prisionero. La adrenalina lo impulsaba, y el deseo de proteger a Clara era lo único que ocupaba su mente. Apenas se liberó, corrió hacia ella sin pensarlo dos veces, esquivando disparos y moviéndose entre las sombras y escombros del edificio derruido. Clara, al verlo acercarse, sintió un alivio momentáneo, pero el peligro aún estaba lejos de desaparecer. El sonido metálico de las balas chocando contra las paredes resonaba a su alrededor como un eco funesto.

Justo cuando Heinst la alcanzó, la envolvió con sus brazos, cubriéndola y llevándola hacia una zona más segura, detrás de una gran columna de concreto que se mantenía en pie a pesar del incesante tiroteo. Ambos cayeron al suelo, jadeando, mientras las balas seguían impactando a su alrededor. El rostro de Heinst estaba cubierto de sudor, pero sus ojos no mostraban más que determinación. Él no la dejaría sola. No esta vez.

Al mismo tiempo, los agentes bajo el mando de Heinst se movían con precisión milimétrica. A pesar del caos que los rodeaba, sabían que debían mantener el control de la situación. Hicieron su primera descarga, apuntando con habilidad hacia los hombres de Alexander y los delincuentes que habían tomado el control del edificio. Los disparos de los agentes eran certeros, y varios de los hombres enemigos cayeron al instante, sus cuerpos desplomándose sin vida sobre el sucio suelo del edificio.

Sin embargo, la victoria aún estaba lejos de ser asegurada. Entre la confusión, Alexander, impulsado por su sed de venganza, se dio cuenta de lo que estaba ocurriendo. Vio a Heinst correr con Clara, y un odio antiguo y profundo se encendió en su interior. No podía permitir que su primo se saliera con la suya. No ahora. No después de todo lo que había ocurrido.

Con una furia desenfrenada, Alexander corrió tras Heinst. Sus pasos resonaban con fuerza, su respiración se volvía cada vez más errática. Cuando lo alcanzó, no hubo palabras, solo un estallido de violencia pura. Ambos primos se encontraron en medio del campo de batalla, mano a mano, como si los años de resentimiento y traición se concentraran en ese instante. Las balas seguían volando a su alrededor, pero para ellos, el mundo entero había desaparecido. Todo lo que importaba era ese enfrentamiento.

Alexander lanzó el primer golpe, un puñetazo directo al rostro de Heinst, que lo hizo tambalearse. Pero Heinst, ágil y rápido, recuperó el equilibrio y contraatacó con un golpe seco en el abdomen de Alexander. El aire escapó de los pulmones de su primo, pero la furia en sus ojos no desapareció. Los golpes continuaron, brutales, cada uno cargado con la historia de una relación rota y un odio que había crecido con el tiempo.

—No dejaré que seas feliz con ella —gruñó Alexander, con la voz quebrada, mientras lanzaba otro puñetazo. —Todo esto es por tu culpa, tú me quitaste todo.

Heinst esquivó el golpe por poco, pero el cansancio comenzaba a afectarlo. La pelea era intensa, y las heridas y golpes acumulados empezaban a pasar factura. Sin embargo, él también estaba lleno de determinación. No permitiría que Alexander le arrebatara a Clara.

—No fue mi culpa, Alexander. Todo esto lo causaste tú, con tus mentiras y tu ambición —respondió Heinst con la voz tensa, mientras se lanzaba nuevamente hacia su primo, esta vez logrando tumbarlo al suelo con un golpe certero.

La pelea era salvaje. Alexander y Heinst rodaban por el suelo, intercambiando golpes como dos bestias salvajes que luchaban por la supervivencia. Las fuerzas de ambos comenzaban a menguar, pero ninguno de los dos estaba dispuesto a ceder. El odio y la historia que los unía los mantenían atados en ese enfrentamiento sin tregua.

Mientras tanto, Clara, aún resguardada tras la columna, observaba la escena con el corazón en un puño. Quería intervenir, pero sabía que en ese momento todo dependía de Heinst. Él era el único que podía detener a Alexander. Las balas seguían volando a su alrededor, pero los agentes de Heinst estaban logrando tomar el control de la situación. Poco a poco, los hombres de Alexander caían, uno tras otro.

Finalmente, en un último esfuerzo, Heinst logró tomar la delantera. Con un movimiento rápido, logró inmovilizar a Alexander, sujetándolo contra el suelo, su brazo presionando con fuerza sobre su cuello. Alexander forcejeó, pero estaba exhausto, y poco a poco su resistencia comenzó a desvanecerse. Heinst lo miró a los ojos, aún con el rostro cubierto de sudor y sangre.

—Esto termina aquí, Alexander —dijo Heinst con voz firme. —No más sangre. No más venganza. No más destrucción.

Alexander intentó decir algo, pero las palabras no salieron. Su mirada, llena de odio, comenzó a apagarse, sabiendo que había sido derrotado. Heinst, aún temblando por la intensidad de la pelea, se levantó lentamente, dejando a Alexander en el suelo, derrotado en cuerpo y alma.

Los disparos comenzaron a disminuir, y pronto el silencio cayó sobre el edificio. Los hombres de Heinst habían logrado someter a los pocos que quedaban de pie, y ahora todo estaba en calma. Clara salió de su escondite, corriendo hacia Heinst, su corazón acelerado aún por la tensión. Lo envolvió en sus brazos, sin decir una palabra, solo agradeciendo en silencio que ambos estuvieran a salvo.

Heinst la abrazó con fuerza, sintiendo cómo todo el peso de los últimos momentos comenzaba a caer sobre él. Habían sobrevivido, pero sabían que aún quedaba mucho por delante. Sin embargo, por primera vez en mucho tiempo, sentían que el futuro, aunque incierto, les pertenecía.

El caos comenzaba a calmarse lentamente. Los hombres de Heinst habían logrado reducir a la mayoría de los que seguían las órdenes de Alexander. El sonido ensordecedor de las balas se apagaba, pero la tensión aún llenaba el aire. Entre los escombros y el polvo, Heinst miraba a su alrededor, buscando desesperadamente a Clara. Su corazón latía con fuerza al no verla de inmediato. ¿Estaba a salvo? ¿Había logrado esconderse de todo el desastre?

Finalmente, sus ojos la encontraron. Clara, aún temblando, estaba detrás de una gran columna de concreto, su cuerpo encogido por el miedo, pero su mirada fija en lo que ocurría. Estaba aterrada, pero consciente de que debía mantenerse alerta. Heinst suspiró, sintiendo una pequeña oleada de alivio. Quería correr hacia ella, asegurarle que todo estaría bien, que todo había terminado. Pero aún había algo que lo mantenía en tensión.

Alexander, que había sido reducido por uno de los hombres de Heinst, yacía en el suelo, inmovilizado. Sin embargo, la furia en sus ojos no había desaparecido. Su pecho subía y bajaba con

rapidez, y aunque su cuerpo parecía derrotado, su mente seguía buscando una salida, un último acto desesperado. Heinst lo observó con cuidado, sabiendo que su primo no se daría por vencido tan fácilmente.

De repente, Alexander hizo un movimiento rápido, inesperado. Golpeó al hombre que lo sujetaba, con tal fuerza que este cayó al suelo. En ese instante, Alexander sacó un puñal que había mantenido oculto en su cintura, con la mirada fija en Heinst, sus ojos reflejando una mezcla de odio y desesperación. Heinst, atrapado por el momento, apenas tuvo tiempo de reaccionar cuando Alexander se lanzó hacia él, el puñal brillando bajo la luz tenue del lugar.

Todo ocurrió en un instante. Clara, desde su escondite, vio con horror cómo Alexander avanzaba con el puñal, dispuesto a apuñalar a Heinst por la espalda. Su corazón se detuvo por un momento, y antes de que pudiera siquiera pensar, su cuerpo se movió por instinto. No podía permitir que Heinst muriera. Sin dudarlo, corrió hacia él, su miedo reemplazado por una determinación inquebrantable.

Heinst, viendo que Clara corría hacia él, pensó por un momento que ella venía para abrazarlo, para refugiarse en sus brazos después de todo lo que habían pasado. Sonrió brevemente, aún con la adrenalina corriendo por sus venas. Pero lo que ocurrió a continuación lo dejó completamente paralizado.

Clara lo abrazó, pero no de la manera en que él había imaginado. Lo tomó con fuerza y lo giró, haciendo que el cuerpo de Heinst quedara de espaldas a Alexander. En ese instante, el puñal de Alexander se hundió profundamente, pero no en su objetivo original. El arma se clavó en Clara, quien había interpuesto su cuerpo para proteger a Heinst del ataque traicionero de su primo.

Un gemido seco y alarmante salió de los labios de Clara, rompiendo el silencio que había caído sobre el lugar. El sonido fue como una daga para el corazón de Heinst, que se quedó completamente tieso, incapaz de comprender lo que acababa de suceder. Sintió el cuerpo de Clara tambalearse contra él, y en un reflejo, la sostuvo con fuerza, como si al hacerlo pudiera evitar que la realidad se desmoronara a su alrededor.

Los ojos de Heinst se llenaron de horror cuando vio la sangre brotar del cuerpo de Clara, la misma sangre que él había jurado proteger. Ella, en su último acto de valentía, había salvado su vida. Su mente no podía procesar lo que estaba ocurriendo. La incredulidad lo invadió mientras las lágrimas empezaban a quemar sus ojos.

—Clara… no, por favor, no —murmuró Heinst con la voz rota, sintiendo cómo ella se debilitaba en sus brazos.

Clara, con el rostro pálido, lo miró directamente a los ojos. A pesar del dolor que sentía, había una pequeña sonrisa en sus labios. Era una sonrisa que mezclaba amor y resignación, como si hubiera aceptado su destino. Con esfuerzo, levantó una mano temblorosa y la apoyó suavemente en el rostro de Heinst.

—Tenía que hacerlo... —susurró ella con voz débil, pero firme. —No podía dejar que te pasara algo… no a ti.

Heinst apretó los dientes, sintiendo un nudo en la garganta que no le permitía respirar. Su corazón se rompía en mil pedazos mientras la sostenía más cerca de él. Las palabras no salían, el dolor era demasiado abrumador. Solo podía mirarla, incapaz de aceptar lo que estaba sucediendo.

Detrás de ellos, Alexander, quien había cometido el acto, se quedó inmóvil, con el puñal aún en la mano, pero su rostro estaba lleno de incredulidad. No había planeado que las cosas terminaran así. La imagen de Clara cayendo en lugar de Heinst lo sacudió profundamente. Los hombres de Heinst, al ver lo que había pasado, rápidamente lo redujeron nuevamente, quitándole el arma y tirándolo al suelo con brutalidad. Pero para Heinst, nada de eso importaba ya.

Clara soltó un suspiro, y sus párpados comenzaron a cerrarse lentamente. Heinst, con las manos temblorosas, intentó detener el flujo de sangre, pero era inútil. La vida de Clara se escapaba de entre sus dedos, y no había nada que pudiera hacer para detenerlo.

—Clara, por favor… quédate conmigo… —suplicó, pero su voz era un susurro perdido entre los latidos frenéticos de su corazón.

Los segundos se sintieron como horas, y finalmente, Clara dejó de moverse. Su cuerpo se volvió pesado en los brazos de Heinst, y con un último suspiro, la oscuridad la reclamó. Heinst, paralizado por el dolor, no pudo hacer más que abrazarla, sosteniendo su cuerpo inerte con desesperación. Las lágrimas comenzaron a caer libremente por su rostro, mientras el mundo a su alrededor se desmoronaba.

El silencio que siguió fue ensordecedor. Los disparos habían cesado, los hombres habían detenido la lucha, y solo quedaba el eco del sacrificio de Clara. Alexander, aún prisionero, fue arrastrado lejos por los agentes de Heinst, pero en su rostro también había una sombra de lo que había hecho. Había ganado la batalla, pero perdido todo lo demás.

Y allí, en medio del caos y la destrucción, Heinst sostuvo el cuerpo de la mujer que amaba, sintiendo que el mundo se había detenido, mientras el dolor lo consumía por completo.

El aire estaba cargado de tensión y desesperación. Clara yacía en los brazos de Heinst, su cuerpo inerte, mientras la sangre manaba de la herida mortal que había recibido al salvarlo. Heinst, con el rostro desencajado por el dolor, apenas podía reaccionar ante las palabras llenas de odio de Alexander. Las palabras resonaban en su cabeza como un eco distante.

—Te dije que no les dejaría ser felices... Ahora estamos a mano, Heinst —escupió Alexander, su voz ronca y sus ojos rojos de furia. El odio lo había consumido por completo, y ya no quedaba nada del hombre que alguna vez Heinst había conocido.

Los hombres de Heinst, entrenados y precisos, no dudaron. Uno de ellos desenfundó su arma con rapidez y apuntó directamente a las piernas de Alexander. Como agentes, sabían que no podían dispararle para matarlo, no cuando estaba desarmado y reducido. Sin embargo, el disparo fue certero y limpio. Dos balas impactaron en las rodillas de Alexander, quien cayó al suelo con un grito desgarrador, su rostro contorsionado por el dolor.

Mientras el eco de los disparos se desvanecía, Heinst no perdió ni un segundo más. Sabía que el tiempo era crucial. Tomó el cuerpo débil de Clara en sus brazos, apretándola con fuerza contra su pecho mientras la sangre aún goteaba de su herida. Sus amigos, que sabían la gravedad de la situación, se acercaron rápidamente para ayudarlo.

—¡Al auto! —gritó Heinst, su voz quebrada pero decidida, mientras corría con Clara hacia el vehículo. Los agentes de su equipo actuaron de inmediato, dos de ellos lo siguieron para ayudar a cargarla.

El auto estaba estacionada cerca, y en cuestión de segundos, lograron colocar a Clara en el asiento trasero. Heinst subió de inmediato, colocando la cabeza de Clara sobre sus piernas mientras le sujetaba la mano, su cuerpo temblando de pura desesperación. Sabía que debía mantenerse fuerte, pero cada segundo que pasaba sentía cómo la vida de Clara se escapaba entre sus dedos.

—¡Rápido, al hospital más cercano! —ordenó Heinst, su voz temblorosa pero firme. Uno de sus amigos se colocó al volante, mientras el otro ocupaba el asiento del copiloto, listos para abrirse paso entre el tráfico.

El auto arrancó a toda velocidad, las luces de emergencia encendidas mientras cruzaban las calles a toda prisa. El corazón de Heinst latía con fuerza, cada golpe resonaba en su cabeza como un tambor imparable. Miró a Clara, su rostro pálido y sus labios apenas moviéndose. La herida seguía sangrando, y él presionaba desesperadamente para detener el flujo, pero no era suficiente. Sentía el calor de su sangre empapar sus manos, y cada segundo que pasaba era una lucha por mantenerla con vida.

—Clara, por favor, resiste… estamos cerca, solo unos minutos más —le susurraba Heinst, su voz ahogada por las lágrimas que comenzaban a nublar su visión. No podía perderla, no después de todo lo que habían pasado. No después de haber visto cómo ella había dado su vida por él.

El sonido de las sirenas de la policía y las ambulancias resonaba a lo lejos. El hospital estaba a pocas cuadras, y la tensión en el aire era palpable. Los otros agentes que estaban en el auto intercambiaban miradas de preocupación, sabían que la situación era crítica. Heinst solo podía concentrarse en Clara, su respiración era cada vez más débil, y su piel, más fría.

Finalmente, el auto llegó al hospital, deteniéndose bruscamente frente a la entrada de urgencias. Antes de que el motor se apagara, Heinst ya estaba fuera del auto, con Clara en brazos. Gritaba desesperadamente pidiendo ayuda, mientras los médicos y enfermeros salían corriendo con una camilla.

—¡Ayúdenla, por favor! —gritó Heinst, su voz quebrada por la angustia. Los médicos rápidamente tomaron el control, colocándola en la camilla y llevándola a toda prisa hacia la sala de emergencias. Heinst intentó seguirlos, pero uno de los enfermeros lo detuvo, diciéndole que debía esperar fuera.

—Haremos todo lo posible, señor, pero ahora déjenos trabajar —dijo el enfermero con un tono firme pero comprensivo, antes de cerrar las puertas detrás de ellos.

Heinst se quedó de pie frente a las puertas cerradas, sus manos aún manchadas de sangre, su cuerpo temblando por el shock. Sus amigos se acercaron para consolarlo, pero él apenas podía escuchar lo que decían. Su mente estaba completamente enfocada en Clara, en su frágil cuerpo siendo llevado al quirófano, en su respiración débil, en los últimos susurros que ella había pronunciado mientras él la sostenía.

Las horas pasaron como una eternidad. Cada segundo era una agonía para Heinst. Se sentó en la sala de espera, con la cabeza entre las manos, sus pensamientos consumidos por la culpa y el miedo. ¿Qué pasaría si no lograba salvarla? ¿Qué pasaría si el sacrificio de Clara había sido en vano?

Finalmente, después de lo que pareció una eternidad, un médico salió de la sala de operaciones. Heinst se levantó de un salto, su corazón latiendo con fuerza en el pecho, incapaz de respirar mientras esperaba escuchar las palabras que cambiarían su vida.

—Hemos logrado estabilizarla —dijo el médico, aunque su rostro mostraba una mezcla de cansancio y preocupación. —Está fuera de peligro, pero la herida fue grave. Estará en cuidados intensivos por un tiempo. Lo que ella hizo fue increíblemente valiente, pero necesitará tiempo para recuperarse.

El alivio inundó a Heinst como una ola, haciéndolo tambalearse. Las lágrimas que había contenido durante horas finalmente comenzaron a caer, esta vez no de dolor, sino de gratitud. Clara estaba viva. Había sobrevivido, y aunque el camino hacia la recuperación sería largo, al menos había esperanza.

Epílogo

Un mes había pasado desde aquella noche fatídica en la que Heinst casi perdió a Clara para siempre. Los recuerdos seguían frescos, como una sombra que lo perseguía, y aunque Clara se estaba recuperando, él no podía dejar de pensar en lo cerca que estuvieron de no sobrevivir. Esa experiencia lo había cambiado para siempre, y sabía que no podía seguir esperando para dar el siguiente paso. Cada momento contaba, y no estaba dispuesto a dejar pasar uno más sin luchar por el futuro que quería junto a ella.

Una tarde de otoño, mientras el aire fresco llenaba la pequeña casa en la que se habían refugiado, Heinst había tomado una decisión. Había comprado un pequeño regalo para Clara, algo simbólico pero significativo, y lo había envuelto cuidadosamente. Sabía que no sería fácil encontrar el momento perfecto, pero quería hacer algo especial. El sol empezaba a ponerse, pintando el cielo de tonos dorados y naranjas, cuando Heinst decidió que era el momento adecuado.

Clara estaba sentada en el porche, observando cómo las hojas caían lentamente al suelo. Aunque aún se movía con cautela, se la veía más fuerte cada día, y la sonrisa en su rostro le daba a Heinst una paz que no había sentido en mucho tiempo. Con una pequeña cajita de regalo en la mano, él salió al porche y se sentó junto a ella.

—Clara... —comenzó Heinst, con el corazón acelerado— Sabes que estos últimos meses han sido duros para los dos, pero también han sido una lección. Me han hecho darme cuenta de lo que realmente importa. Y lo que más me importa eres tú.

Clara lo miró, sus ojos reflejando una mezcla de curiosidad y ternura. Antes de que pudiera responder, Heinst le entregó la pequeña cajita. Al principio, Clara se quedó mirando el paquete, un poco sorprendida. No era su cumpleaños ni había ninguna ocasión especial, al menos no que ella recordara. Sin embargo, tomó la caja con una sonrisa y comenzó a abrirla lentamente.

Dentro, envuelto en un suave paño de terciopelo, había un anillo brillante. Clara quedó en silencio, sus ojos fijos en la joya, sin poder creer lo que veía. Alzó la mirada hacia Heinst, quien la observaba

con una mezcla de nerviosismo y emoción.

—Clara, —dijo Heinst, su voz firme pero con un leve temblor— te amo. Y no quiero perder más tiempo. No después de todo lo que hemos pasado juntos. Quiero que seas mi compañera, mi esposa. Quiero pasar el resto de mi vida a tu lado, enfrentando lo que venga, juntos.

Las palabras de Heinst resonaron en el aire, y el tiempo pareció detenerse por un instante. Clara sentía su corazón latir con fuerza en su pecho, su mente tratando de procesar lo que acababa de escuchar. Las lágrimas comenzaron a llenarle los ojos, pero esta vez eran de pura alegría. Todo lo que había pasado, todas las heridas, las cicatrices, los miedos, ahora parecían desvanecerse ante la sinceridad de las palabras de Heinst.

—Heinst... —susurró ella, mientras las lágrimas corrían por su rostro— no tienes idea de lo feliz que me haces.

Sin esperar una respuesta, Clara se inclinó hacia él y lo abrazó con fuerza. No hacía falta que dijera más. La emoción en sus gestos lo decía todo. Y Heinst, sintiendo su calidez contra su pecho, supo que todo había valido la pena. Sabía que lo que compartían era algo irrompible, algo que ni el pasado, ni el dolor, ni la tragedia podrían destruir.

Cuando Clara finalmente lo soltó, tomó el anillo con manos temblorosas y lo observó detenidamente. Era sencillo pero hermoso, y representaba mucho más que una simple joya. Era una promesa, un símbolo del compromiso que ambos estaban dispuestos a asumir.

—Sí, —dijo ella finalmente, su voz suave pero decidida —quiero pasar mi vida contigo, Heinst.

Heinst sonrió, una sonrisa que no había sentido en mucho tiempo, llena de alivio y felicidad. Con delicadeza, tomó el anillo y se lo colocó en el dedo. El sol del atardecer iluminaba sus rostros, creando un momento que parecía salido de un sueño. En ese instante, supieron que, a pesar de todo lo que habían pasado, el futuro les pertenecía.

El silencio entre ellos era cálido, reconfortante. No necesitaban palabras para entender lo que significaba ese momento. Heinst la abrazó una vez más, sabiendo que, por fin, había hecho lo correcto. Había luchado por ella, y lo haría una y otra vez, sin dudarlo. Porque ahora sabía que Clara era el amor de su vida, y nada ni nadie podría cambiar eso.

Juntos, observaron el atardecer, sintiendo el calor del sol en sus rostros y la promesa de un nuevo comienzo en sus corazones. Aquella casa, que había sido un refugio, se convertiría en su hogar, un lugar donde construirían recuerdos, reirían, llorarían y, sobre todo, se amarían profundamente.

Mientras las estrellas comenzaban a brillar en el cielo, Clara se volvió hacia Heinst y le dijo, con una sonrisa brillante —No puedo esperar a comenzar esta nueva vida contigo. Estoy lista para enfrentar lo que venga.

Heinst asintió, sintiendo una oleada de felicidad. —Juntos, Clara. Siempre juntos.

Y así, con la luz de la luna iluminando su camino, ambos se sintieron preparados para cualquier desafío que el futuro les presentara, unidos por el amor y la promesa de un mañana mejor.

Fin.

ACERCA DEL AUTOR

Rocío Verdún, conocida bajo el seudónimo Escritorawhiteverdun, nació el 5 de diciembre de 1983 en la ciudad de Paraíso, Provincia de Formosa, Argentina. Desde pequeña, su pasión por la lectura y la escritura la llevó a crear una gran variedad de libros electrónicos, destacándose en géneros como el Dark romance y la fantasía. Rocío tiene una inclinación especial por los relatos sentimentales que exploran el amor fraterno y las pasiones románticas, lo que ha cautivado a miles de lectores.

Entre sus obras más destacadas en la plataforma Sueñovela se encuentran *Legado de Sangre*, *Ruya (Guerra de pasiones)* y *Los herederos (Venganza y odio)*, Una Esposa de Alquiler demás de otras novelas como *Amor & Castigo*. Tambien ha publicado realto cortos Amor Prohibido, La Espada de la Oscuridad. También ha sido parte de la plataforma digital Booknet. Amante de la literatura universal, Rocío encuentra paz en las cosas simples y delicadas de la vida, especialmente en los días de verano. Su autora favorita es Lynne Graham, quien ha sido una fuente de inspiración constante.

Su sueño es llevar sus escritos a la pantalla y publicarlos en formato físico, pero mientras tanto, sigue conquistando corazones con su estilo espontáneo y claro. Rocío cree firmemente que los sueños se cumplen, y que el amor, la cultura y el arte son expresiones que se llevan en el alma. 'Solo tú tienes el poder de crear un mundo maravilloso. No te rindas y sigue luchando por tus convicciones', afirma."